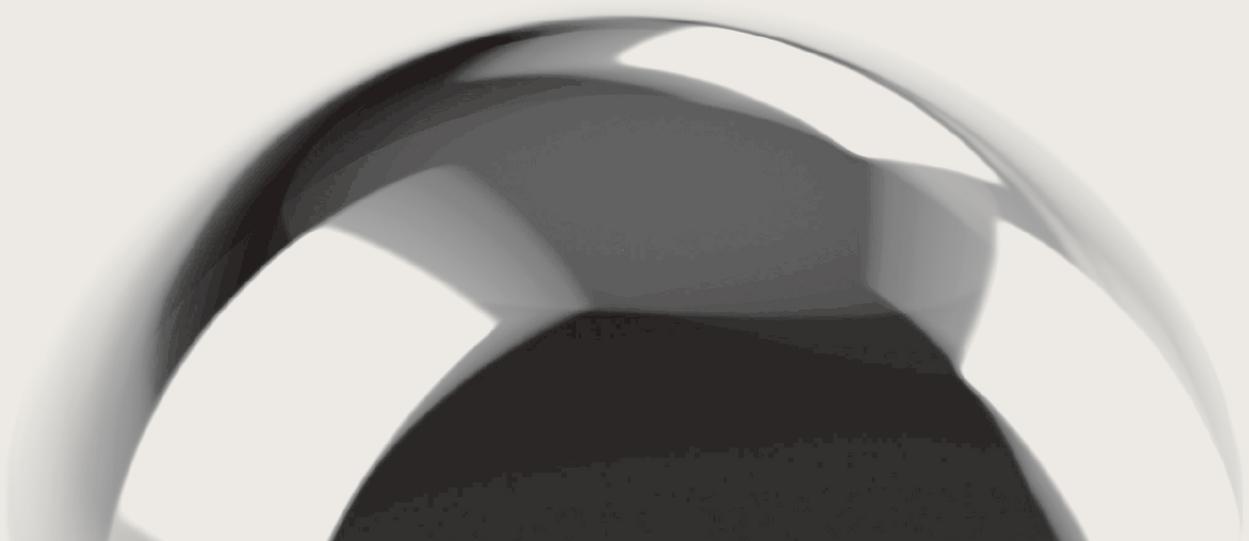


Mundo diseñado

Para una teoría crítica del proyecto total



Roberto Fernández

UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL





**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DEL LITORAL**

Rector **Enrique Mammarella**

Secretario de Planeamiento Institucional y Académico **Miguel Irigoyen**

Decano Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo **Sergio Cosentino**

.....

Fernández, Roberto

Mundo diseñado : para una teoría crítica
del proyecto total / Roberto Fernández.

-1a ed.- Santa Fe : Ediciones UNL, 2021.

Libro digital, PDF - (Ciencia y Tecnología)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-749-291-0

1. Arquitectura. 2. Diseño. 3. Educación Superior. I.

Título.

CDD 720.07

.....

© Roberto Fernández, 2021.



© edicionesUNL, 2021

—

editorial@unl.edu.ar

www.unl.edu.ar/editorial

Consejo Asesor

Colección Ciencia y Tecnología

Graciela Barranco

Ana María Canal

Miguel Irigoyen

Luis Quevedo

Gustavo Ribero

Ivana Tosti

Alejandro R. Trombert

Dirección Ediciones UNL

Ivana Tosti

Coordinación editorial

María Alejandra Sadrán

Coordinación diseño

Alina Hill

Corrección

Félix Chávez

Diagramación de interior

Julián Balangero

Diseño de tapa

Té de tintas

—



Mundo diseñado

Para una teoría crítica
del proyecto total

Roberto Fernández

*Para Ema, mi nieta,
que me muestra el futuro*

Índice

- 9 — **0. Para empezar**

- 19 — **1. Naturaleza muerta.** Notas sobre escenas ecopolíticas del fin de milenio

- 45 — **2. Plataformas de sustentabilidad.** Soportes urbano–territoriales, problemáticas y gestión ambiental
 - 47 — 1. El concepto de plataforma
 - 49 — 2. La noción de *plataforma 1*
 - 50 — 3. La noción de *plataforma 2*
 - 52 — 4. La noción de *plataforma 3*
 - 54 — 5. Lo sistémico I
 - 55 — 6. Lo sistémico II
 - 56 — 7. Intercambios I
 - 57 — 8. Intercambios II
 - 58 — 9. El mosaico de la *plataforma 1*
 - 60 — 10. El mosaico de la *plataforma 2*
 - 61 — 11. Diferentes mosaicos como *layers* territoriales
 - 62 — 12. Gestión ambiental: operar plataformas como *scoreboards*
 - 63 — 13. Corolario: gestión ambiental en la escena neoliberal exacerbada

- 67 — 3. Movimientos sociales y naturaleza secundaria.**
Construcción ambiental de ciudad
- 71 — 1. Sustentabilidad y política global
- 82 — 2. Posfordismo, globalización y crisis de sustentabilidad territorial y urbana
- 93 — 3. Escenas de la insustentabilidad urbana
- 103 — 4. Crisis de la sustentabilidad urbana y movimientos sociales
- 123 — 4. Ciudades americanas.** Ausencia de modernidad
y apogeo de la posplanificación
- 125 — 1. Una batería numerológica para entrar en tema
- 128 — 2. Después del plan, sin plan
- 130 — 3. El plan francés. Derivaciones imprevistas del *droit de ville*
- 131 — 4. El plan alemán. La ciudad técnica para el *welfare state* birmarckiano
- 133 — 5. La ciudad originaria de América. Territorio antiurbano y ciudad como instrumento de control capitalista
- 135 — 6. Oscilaciones del republicanismo en América
- 137 — 7. Le Corbusier como el regreso del adelantado
- 138 — 8. Ideal americano. El Mercado sin Estado (1): servicios públicos privatizados
- 140 — 9. El Mercado sin Estado (2): relanzamiento de la noción de ejército de reserva
- 143 — 10. El Mercado sin Estado (3): la ciudad *patchwork* o el *ghetto* invertido
- 145 — 11. Del modelo-plan al modelo-control. La ciudad (norte)americana como paradigma
- 155 — 5. Construcción ambiental de ciudad.** Reflexiones sobre
proyectos urbanos latinoamericanos
- 177 — 6. Paisaje de paisajes.** Panorama de tendencias
- 213 — 7. Global y fragmentario.** Crisis del concepto de Identidad

- 239 — 8. Mundo diseñado.** Visiones desde América Latina
1. América como proyecto
- 240 — 2. Preexistencias territoriales y voluntad proyectual
- 242 — 3. Modernidad inconclusa
- 244 — 4. Crítica del cosmopolitismo
- 245 — 5. Crisis de sustentabilidad mundial y oportunidades americanas
- 246 — 6. Nuevas dimensiones de la práctica proyectual
- 248 — 7. El problema de los que están alrededor del proyecto
- 249 — 8. El problema de lo que está después del proyecto
- 250 — 9. Instalaciones y adaptaciones
- 251 — 10. Conocimientos ecotécnicos y antropológico–culturales
- 252 — 11. Nuevos roles proyectuales en los nuevos modelos o funciones de ciudad
- 253 — 12. Región dentro de lo global
-
- 255 — 9. El vacío de la teoría.** Argumentos para la investigación proyectual como refundación teórica de la Arquitectura
1. ¿Qué es conocimiento proyectual?
- 259 — 2. ¿Qué características específicas puede tener, dentro del campo de la investigación, la llamada investigación proyectual?
- 260 — 3. ¿Qué temáticas podrían abordarse dentro del campo de las investigaciones proyectuales?
- 261 — 4. ¿En qué medida una investigación proyectual puede ser la base de una tesis doctoral en Arquitectura?
- 262 — 5. ¿Qué características o protocolos debe poseer una tesis basada en una investigación proyectual?
- 263 — 6. Agenda de temas de investigación proyectual
-
- 265 — 10. La angustia de las influencias.** Teoría y práctica de formas genealógicas de proyecto

- 281 — **11. Simulación:** pasos en la dirección del anti(pos)proyecto
1. De las platónicas certezas a las aperturas deleuzianas
- 283 — 2. Hipótesis sobre el fin del proyecto
- 289 — **12. Estéticas del fragmento.** El proyecto moderno de lo no-total
- 290 — 1. Conflicto entre *modernidad* y *vanguardia*
 - 291 — 2. Conflicto entre *modernidad* y *modernización*
 - 292 — 3. *Fisuras* de los *grandes relatos*
 4. *Arte surreal*
 - 293 — 5. *Arte como negación de la mercancía*
 - 294 — 6. Levedad de lo *no-mimético*
 7. *Arte en producción&consumo*
 - 295 — 8. *Fugacidad, shock, evanescencia*
 - 297 — 9. *Re-presentar lo social:* alejamiento del *welfare state* (*workfare, orgawre, etcétera*)
 10. *Experiencia como sensibilidad nerviosa*
 - 298 — 11. *Antitectónica, obsolescencia*
 - 299 — 12. Lo fragmentario como esencia de la *modernidad larga*
 - 301 — 13. Lo *fragmentario-estético* como anuncio de lo *fragmentario-social*
- 315 — **13. Intersticios.** Crisis: de la *productividad* a la *imaginación crítica*
- 325 — **Bibliografía**
- 330 — **Sobre el autor**

0. Para empezar

Este libro se organiza como una nueva colección de diferentes artículos publicados en revistas y/o presentados en varios eventos y por tanto es el tercer volumen —siguiendo a los anteriores *Derivas* (Fernández, 2002) y *La noche americana* (Fernández, 2007)— de una serie que plantea, aun en una condición miscelánea emergente de las diversas formas de encargo de estas reflexiones, la pretensión de establecer un registro o crónica del presente teórico del espectro que articula ambiente y arquitectura a través de la transición escalar y maquinica que proponen los artefactos urbanos.

Si bien esta antología reelabora temáticas y una estructura homológica de las mencionadas series anteriores —con cuyos contenidos ciertamente existe cierto diálogo que implica tanto reiteraciones o yuxtaposiciones cuanto divergencias o aun antagonismos y cambios de puntos de vista, porque se prefiere asumir la variación ideológica y/o científica que ha ido emergiendo en torno del tema o noción en cuestión—, lo que cambia es el tiempo y el diferente enfoque que en temas similares nuevos datos de contexto plantean o proponen.

En general, parece sin necesarias exageraciones de pesimismo militante, que el mundo está cada vez peor o que afronta desafíos más exigentes aunque el *inmediato presente* nos distrae, ya que ciertos beneficios hiperactuales sólo se asemejan a contraccaras de futuros más difíciles o al menos, de cierta inversión del proceso de democratización del desarrollo científico–tecnológico. Una sexta parte del mundo hoy padece un hambre históricamente inédita y, sin embargo, un eficaz manejo de la información nos hace convivir (?) sin culpas excesivas con esa realidad.

Aunque este libro y mi profesión básica se liga a la arquitectura (con algunas excursiones *macro* a la gestión ambiental) mi interés no radica en la proposición

de una hiperdisciplina capaz de entender el fenómeno de la *fausticidad del mundo*, expresión con que refero a la proyectación del mundo, a la delimitación conciente de grados de artificialización del origen natural. Sino mucho más modestamente, a entender algunas cuestiones sistémicas cuya comprensión al menos preliminar ayude a entender el marco de limitaciones cognitivas y éticas y el campo de condiciones políticas y sociales con que pueda afrontarse la producción de arquitectura y diseño.

Hablamos así del *mundo diseñado* y esa expresión incluye una compleja polisemia. Por una parte —que es lo que intenta el ensayo así llamado—, se imagina una omnicomprensiva construcción referencial atinente a la hipotética condición idiosincrática de la *americanidad*. Alguna vez dijimos que una de las características de tal americanidad es su condición de *diseñada* o sea, una identidad voluntarista, utópica o fallida de generar una realidad de *laboratorio*.

Por otra parte, se trata de presentar el hiperdiseño emergente del control del nuevo *poder global* (analícese como se quiera: no estoy exagerando mi paranoia) que usa el diseño como factor esencial de la expansión de los mercados o de la homogeneización consumística del mundo y también para mejorar la confianza acerca de un futuro de pura tecnología y naturaleza muerta. Un hiperdiseño que corre por fuera del colectivo de los diseñadores o proyectistas, que tiene otras lógicas y éticas y que se articula con nuevos modos de producción y de consumo como analiza Hal Foster (2004). Se trata de advertir que vamos camino hacia un mundo *hiperdiseñado* —Orwell una vez más...— pero que nosotros, el *colectivo proyectual*, no participamos del mismo.

La paradoja que se vislumbra es entre una voluntad tendiente al *proyecto total* y la implicancia del colectivo proyectual —los proyectistas, en tanto actores—, productores de proyectos y la sociedad receptora—demandadora—consumidora de proyectos —refiere a la vez, a una ampliación conceptual de la esfera del proyecto junto a una declinación del rol histórico de lo que mentamos como colectivo proyectual.

Se trata por lo tanto de intentar una *teoría crítica* de las condiciones, posibilidades y características del tal *proyecto total*, así como de iniciar indagaciones sobre los procesos socioculturales que lo instauran en época reciente. Una teoría crítica resulta necesaria en tanto que no estamos seguros, como quizá nunca antes, de la calidad social de tal proyecto total y si representa (como casi siempre ocurrió) una figura de progreso. Una teoría crítica además, porque parece necesario encontrar cauces de transformación de los saberes y habilidades tradicionales de la actividad proyectual y buscar argumentos para aumentar la *potencia responsable* del proyecto.

Los cambios son violentos y acelerados: por caso, el primer capítulo aquí incluido —“Naturaleza muerta. Notas sobre escenas ecopolíticas del fin de milenio”, ensayo presentado en el *II Congreso Latinoamericano de Pensamiento*

Ambiental, Manizales, 2007 y publicado en la revista *Theomai* 9, Buenos Aires, 2008— postula la necesidad de pensar una noción históricamente nueva de ambiente que ya no puede ser una forma o manifestación de la articulación sociedad/naturaleza dado que tiende a extinguirse la potencia y la autonomía de uno de tales términos —la naturaleza— claramente instalada en una suerte de agonía de su calidad.

Si bien la idea de *naturaleza muerta* parece cargarse de cierto catastrofismo, muchos pensadores actuales —Nancy, Latour, Sloterdijk— han llegado a un punto en que la positividad de un mundo construido parece subsanar el vacío (que parecía ontológico) de la desaparición de lo natural.

Digamos que se ha extinguido el reclamo de Heidegger o éste ha ingresado a la categoría de *filósofo inviable*, siendo que *político inviable* lo fuera hace ya 70 años. Por otras razones le está pasando lo mismo que a Marx y por eso hoy es tan interesante, ya no como metodólogo o *maitre a penser* sino como analista crítico.

De allí entonces que será preciso hacerse cargo de una noción de equilibrio o racionalidad en la que lo social es la única entidad, aunque desdoblada en un *socius* subjetivo y un *socius* objetivo, que se hibridiza en una nueva entidad mixta o impura según Latour, y que celebra el reencuentro de un sociólogo olvidado como Gabriel Tarde (2006) que había predicho al fin del siglo XIX que la naturaleza era susceptible de ser entendida (monadológicamente) como parte o aspecto de una socialidad excluyente.

La responsabilidad en la construcción o *efectuación* de mundo —como dice Lazzarato (2006)— se convierte en una dimensión ética nueva y autónoma, ya no desde la norma de lo natural o la revancha de la némesis; y esa ética nueva probablemente será ambiental o *equilibrante* como también lo anticipó Guattari, aunque deba discurrir en el espacio teórico de una *ecología artificial*. Así como no hay ya (casi) ecología *natural*, siendo toda conformación imbricada de materia viva y *socius* de alguna clase dominada por una racionalidad social, no puede ya —o no podrá— haber ningún pensamiento ambiental —a favor de maximizar la racionalidad de la hibridación sacionatural— que no sea *político*.

El ensayo aquí incluido en tercer término —“Movimientos sociales y naturaleza secundaria”, que fue escrito como marco general de discusión sobre las características de la asignación sociourbana del recurso agua en un trabajo de investigación–acción (Olszewski *et al.*, 2005) fuertemente interactivo con sectores sociales marginales— también asume el deslizamiento que la moderna o clásica noción de ambiente ha ido sufriendo a favor de una hipersocialidad de la que la naturaleza se ausenta, se mediatiza, se tecnologiza y se mercantiliza, como bien se advierte en la distorsión de aquella elementalidad que un recurso natural tuvo por miles de años de historia urbana (gratuidad, accesibilidad,

etc.) y que hoy hace que debamos hablar de recursos escasos o aun de la misma transformación conceptual inherente al pasaje de la idea de *componente a recurso* natural y su implicancia del orden de su conversión en mercancía. Las cosas de la naturaleza, en primer lugar son escasas y por tanto hay que pagarlas, y en segundo y consecuente lugar, ya no son para todos o son de diferente calidad y cantidad para cada estamento social concreto.

El trabajo que se presenta en segundo término —“Plataformas de sustentabilidad. Soportes urbano–territoriales, problemáticas y gestión ambiental”, que fuera presentado en el *Congreso Internacional de Urbanismo*, Medellín, agosto 2007, y editado por Peter Brand bajo el título *La ciudad latinoamericana en el siglo XXI*— continúa con la discusión acerca de la extinción/limitación de lo natural o de cómo ello ha llevado a acuñar el concepto de *sustentabilidad*, entendible como idea de soporte o viabilidad de instalación de *una* sociedad en *una* naturaleza.

La idea de sustentabilidad introduce la pérdida de cierta inocencia antropológica que posiblemente existiera en la noción evolutiva de ambiente, entendible como maniobras exitosas de adaptación de una sociedad a un exceso de naturaleza: los primeros ambientes habitativos o productivos debían contrarrestar lo inhóspito de lo natural, encauzarlo, acomodarlo y el hombre debía encontrar un molde adaptativo dentro de una complejidad biológica de lo que parecía el final de la evolución pero cuya estabilización lo obligaba a desnaturalizarse.

Con el correr del tiempo esa idea de ambiente introdujo cierto perfil de control de tales maniobras y se interesó por limitar el posible daño técnico colateral que el acomodamiento antrópico pudiera infringir a los sistemas naturales. Pero siempre pensando que cualquier tecnología era regulable y que siempre sería posible encontrar acuerdos entre productividad y conservación.

El filo del cambio de siglo al compás de la emergencia de cáusticas sanciones político–científicas acerca del descontrol del desarrollo tecnológico (que en algunos pensadores —como Carl Mitcham— incluso devino en proponer el carácter autopoietico de la tecnología y la autonomía de ésta fuera de toda teleología humanista) introduce el concepto de sustentabilidad como una inversión dramática de la vieja idea de ambiente: ya no se trata de controlar la calidad de la maniobras de antropización sino que se trata de modelar y calcular cuánta y qué clase de sociedad (con qué parámetros de consumo directo e indirecto de naturaleza) soporta esta Tierra que perdió su infinitud más bien mítica y ha hecho perceptibles ciertos horizontes de extinción de sus componentes y funciones.

Por lo que podemos instalar la idea de *plataforma* como múltiples capas de prestaciones que sostienen y soportan la actividad de más de seis mil millones de criaturas: las plataformas ya no aceptan cálculos democráticos de distribución del capital natural que las conforma y se trata entonces de ingresar al

dramático escenario del acceso socioterritorialmente diferencial a ese capital, discutir las formas con que se negocian las limitaciones de sustentabilidad, aprovechar quizá la oportunidad que la historia produjo entre un Norte desarrollado y un Sur todavía rico en Naturaleza, en el momento político de la globalización que como primera medida funcional al poder del Norte, ha instituido la virtual cesación de la noción de soberanía de Estados, regiones y poderes de tipo local.

En esa escena asimétrica, en el siguiente ensayo de esta colección —“Ciudades americanas. Ausencia de modernidad y apogeo de la posplanificación”, publicado en la revista *Ciudades* 8, Instituto de Urbanística, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2006— se pasa a la dimensión de lo urbano pero, como se verá, de lo urbano propio de las grandes ciudades latinoamericanas a caballo de una realidad local premoderna (o como modernidad/modernización pendiente) y de una dimensión global posmoderna, situaciones que se entrecruzan y que establecen no sólo la verificable condición de un palimpsesto de violentas contradicciones y una ciudad *getthificada* sino de un devenir por completo descontrolado o meramente sujeto a las capacidades de actuación de cada sujeto (entre ellos y predominantemente, el emergente del Mercado o la generación de nuevas subjetividades que éste ha engendrado). No sólo hablamos de fracturación física e irracionalidad funcional sino de multiplicación de subjetividades malsanas —en tanto promotoras de infinitas microviolencias— y de desarticulación social ya sea de antiguas colectividades estamentarias —las clases— o las organizaciones barriales y comunitarias.

La ciudad latinoamericana es una especie de magma que condensa (y quizá anticipe) problemas socioambientales, pero dentro de esa situación de riesgo ostensible también emergen embriones de nueva socialidad como las *culturas híbridas* o una creatividad institucional que hace prevaleciente la sociedad civil por sobre la política que se manifiesta, por ejemplo, en la emergencia de las nuevas figuras de las *redes* (que Bruno Latour —2008— en su iniciática incursión en las ciencias sociales pone como el nuevo gran dato del pasaje de *lo social a lo colectivo*). En tal contexto, nos interesa examinar la fragilidad comparativa de los instrumentos de planificación en estas ciudades que fueran de la previsibilidad de que los planes fluyen en los procesos caóticos de la informalidad y el Mercado.

También en la situación geocultural latinoamericana es ostensible una levedad conformativa de los proyectos urbanos en tanto módulos de gestión y producción de nueva ciudad, como parece visualizarse en una circunstancia histórica global en que se ha optado por una *cultura de proyectos* en lugar de una *cultura político-técnica de plan*, como fue aceptado tanto en los experimentos socialistas (cuyo aterrizaje en la realidad urbana de lo que llamaríamos ciudades socialistas fue muy pobre y eventualmente sólo teórico o crítico) como en las ciudades

que fueron receptivas de los intentos del capitalismo moderado del *welfare state*: hoy ya sin vigencia programática del plan, las ciudades se conforman mediante moderadas yuxtaposiciones de proyectos en eso que Rowe llamó *city collage*.

El ensayo que se incluye en quinto lugar —“Construcción ambiental de ciudad. Reflexiones sobre proyectos urbanos latinoamericanos”, presentado a la *V Bienal Iberoamericana de Arquitectura* realizada en Montevideo, diciembre, 2006— examina esa doble fragilidad urbana latinoamericana: pocos proyectos urbanos como matriz de mejoramiento y desarrollo de ciudad y menos todavía, proyectos entendidos como módulos sinérgicos de una posible gestión ambiental de ciudades en la que, fuera del paradigmático aunque un tanto inflacionado caso Curitiba, no parecen encontrarse demasiados vestigios de arquitecturas urbanas nuevas; aunque como parte de las problemáticas antes comentadas para estas ciudades, al mismo tiempo parece imprescindible incrementar las iniciativas de estas clases de módulos de intervención mejorativa.

La cuestión del *paisaje* —y más bien la del *paisaje cultural* como forma híbrida de naturaleza originaria modificada por actos culturales— aparece como interesante mediación entre la categoría ambiental y la proyectual, y si la primera se presenta como *relacional* y la segunda como *instrumental* bien cabría pensar un modo de instrumentar —proyectualmente— la relación compleja entre sociedad y naturaleza en torno de este concepto que, por otra parte, se presenta como modalidad de proyecto (la *landscaping architecture*) así como resultado perceptivo-analítico de acciones humanas en los territorios y por tanto, en esta segunda acepción, como forma o estado perceptible de los procesos de cambio ambiental. En ese razonamiento se incluye en el sexto lugar de esta antología una presentación que bajo el título “Paisaje de paisajes” pretendió ofrecer un panorama de la evolución histórica, así como de las tendencias contemporáneas en el campo de las teorías y prácticas del paisajismo que sirvió como conferencia inaugural del *I Encuentro Nacional de la Red Argentina del Paisaje*, realizado en Rosario en noviembre de 2008.

Un aspecto aparentemente consecuente del imperio de la globalización es la posible contrapartida del debilitamiento de las viejas ideas de *identidad* y *genius locii*: el ensayo incluido en la séptima posición de esta antología —“Global y fragmentario. Crisis del concepto de identidad”, originariamente presentado en el *Congreso Arquitectura de las Orillas*, celebrado en Villa Gesell en marzo de 2007— propone discutir el incremento de la circulación de las ideas y figuras emergentes del consumo globalizado (sobre todo el consumo simbólico o de signos de lo global: lo que ha dado en llamarse sarcásticamente *macdonaldización del mundo*) como factor de debilitamiento de las culturas locales y de cómo éstas habrían encontrado cauces expresivos en propuestas arquitecturales donde eran prevalecientes ciertos conceptos microculturales de tecnologías y programas.

El propósito del artículo es empero positivo, al basarse en la comprobación empírica de una suerte de cultura material global que en rigor resulta de un ensamble fragmentado de múltiples expresiones de tipo local o regional como se advierte sobre todo en las cocinas, músicas o indumentarias étnicas, quizá no tanto todavía en la centrifugación globalizada de arquitecturas o ambientaciones étnicas.

En todo caso —y esta es la hipótesis principal de este ensayo— debe revisarse el análisis que opone lo global a lo local por otro enfoque que interprete el conflicto entre lo global y lo fragmentario, siendo lo primero un magma aceitado en la circulación mundial de información y mercancías (y por tanto, una estrategia de reorientación del consumo) y lo segundo una suerte de espejo roto, de escena fracturada de múltiples fragmentos.

Lo primero se desborda por lo segundo y lo desdibuja; lo segundo resiste en variadas figuras de *locus*, *clusters* y fronterizaciones, cuya inraidentidad en cada caso, puede ser visualizada y consumida externamente como innovación o novedad en una época de aplanamiento extenuante de la diversificación calificada de las cosas y los sucesos.

Es cierto que este proceso es inescindible de nuevas apetencias de las dinámicas de Mercado, pero también es cierto que parecen adjudicarse potenciales de creatividad a esas expresiones provenientes de los márgenes, como si las culturas centrales —otroza motorizadoras de las vanguardias modernas— ahora parecieran exhaustas o estériles.

Lo que lleva en este eslabonamiento de reflexiones y articulaciones al octavo momento del conjunto —el ensayo “Mundo diseñado. Visiones desde América Latina”, que fuera el escrito preparado para una conferencia en la UAM de México de 2005— en que se procura fijar una suerte de registro o mapa del presente proyectual de la arquitectura latinoamericana, más o menos leído desde el prisma de ciertas premisas de teoría estética presumiblemente verificables en el devenir histórico latinoamericano, tales como las cosmogonías precolombinas, el afrontamiento de naturalezas desmesuradas, la creatividad tecnológica inherente a la condición de pobreza, el *melting pot* étnico endógeno y luego exógeno o el barroco deglutido americano tan ejemplarmente propuesto y ejercido por Lezama Lima. Situación que sin embargo no nos exime de abandonar la inocencia de los regionalismos —el *macondismo mágico*— y afrontar la dificultad de ser local en el bombardeo de lo global y hacer de esos procedimientos las bases de una producción innovativa pero asimismo socialmente referenciada.

En rigor, tal dificultad en moverse en una clase de identidad configurada por una suerte de autismo informacional confluye quizá en definir nuevas tareas para un programa de pensamiento arquitectural que sea consecuente con los diagnósticos efectuados, y de allí que sea necesario refundar un pensamiento

de la arquitectura mucho más crítico y experimental, mucho más teórico que fáctico (entendiendo lo fáctico como una empiria de la pura reproducción de las demandas). Ese es el planteo que realizamos en el noveno peldaño de esta compilación en el ensayo “El vacío de la teoría. Argumentos para la investigación proyectual como refundación teórica de la Arquitectura”, que se hizo como plataforma de discusión de diversos programas de doctorado en que estuve o estoy implicado en Buenos Aires, Lima y Mar del Plata. Preguntarse acerca del significado de la generación de nuevo conocimiento en Arquitectura (exigencia epistemológica que suelen tener los doctorados) es particularmente arduo en un campo que fue perdiendo su estatuto disciplinar y su espesor reflexivo puro —o especulativo, en tanto no reproductivo— en aras de una omnipotencia de lo profesional.

El campo de la producción de conocimiento arquitectural debe internalizar el *corpus* teórico que desarrollamos en los capítulos–escalas precedentes —por ejemplo, la efectuación artificial de mundos o el despliegue de una nueva ambientabilidad consustanciada inevitablemente con ecologías artificiales— y por tanto, emerge una idea de *proyecto–solución* frente a un dato o demanda configurada por una situación o condición problemática. Esta circunstancia obliga, si no a una nueva o inédita creatividad, a una necesidad de hacer que el proyecto sea en sí instancia de investigación como modo o forma de superar la construcción de la reproducción infinita de los productos sociales banalizados por la alianza del Mercado y las *mass–media*.

La creatividad induce a sospechar del falso ecumenismo del lema de Picasso —*yo no busco, encuentro*— y a la comodidad inherente a un funcionamiento fuertemente espontaneísta del arquitecto–genio. El ensayo inserto en el décimo lugar de esta antología —“La angustia de las influencias. Teoría y práctica de formas genealógicas de proyecto”, originalmente destinado a su publicación en un volumen de ANBA dirigido a la crítica, que luego se substituyó por otro trabajo centrado en el análisis de las convergencias urbanas entre Arte y Arquitectura— analiza en rigor el flujo de eslabonamientos propios del proceso tipológico–referencial según el cual se instituyen cadenas o formas genealógicas de proyecto en las que resulta imprescindible explorar la dimensión histórico–crítica que confronta el proyectista nuevo en su afán de innovación, sin que pueda escaparse del modelaje canónico que el crítico literario Harold Bloom llamó *angustia de las influencias* y que, expuesto o latente, existe en el núcleo propositivo de cada ejercicio de proyecto.

El proyecto, en fin, oscila entre su dimensión representativa (su potencia instrumental técnica) y su supuesta o posible entidad cognitiva. Un aspecto de la levedad social —o de la recaída en el campo cultural–simbólico— que la posmodernidad estaría imponiendo a la arquitectura se liga a una creciente autonomía del proyecto, sea para que éste re–presente una realidad virtual,

sea para que éste extinga su potencial de instrucciones de realización de la cosa real que el proyecto anticipa. El undécimo capítulo de esta colección —“Simulación: pasos en la dirección del anti(pos)proyecto”, originalmente editado en revista *D’Espacio* 2, Montevideo, 2005— indaga en esta situación y vuelve a los fantasmas platónicos y a las propuestas de Derrida y Deleuze a fin de indagar cómo la evanescencia de una idea de proyecto desprendida de su pasaje a construcción, contra lo que se cree, densifica la potencia intelectual de este dispositivo y lo devuelve a una condición de pensamiento más allá de la pura reproducción de lo técnico.

Nudos de una reflexión unificada por la inexorable tendencia a la artificialización del mundo y de la vida, estos ensayos participan del estupor emergente de tratar un presente dañado y de una condición de hiperdiseño mucho menos noble que aquel protagonizado por históricos proyectistas de objetos que alimentaban aunque de manera elitista, el arte y la calidad de vida. El vivir extremando el riesgo y el cálculo también incluye profundizar el desarrollo de ambientes diseñados, lugares que en última instancia —¡vaya exigencia...!— deben hacerse cargo de la sustitución de lo natural. Este devenir sin embargo, con ser históricamente real no es promisorio y más bien abre un enorme campo de tomas de conciencia y compromiso acerca de qué calidad debe tener lo inevitablemente artificial, qué cualidad de diseño se otorgará a esa proliferación y sobre todo, con qué argumentos se contribuye desde la escena proyectual, a mejores condiciones de accesibilidad social generalizada a los futuros posibles.

El ensayo 12 —“Estéticas del fragmento. El proyecto moderno de lo no-total” — fue presentado en el Seminario *Elogio de la Fractura* organizado por la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en el verano boreal de 2008. Esta reunión trató de profundizar los modos que la cultura contemporánea adjudica al aparente fenómeno posmoderno nombrado como el *fin de los grandes relatos* (y en general, todos los *fines*: del Hombre, de Dios, del Arte, de la Historia, etc.), visibles como el cancelamiento de una supuesta voluntad discursiva de carácter comprensivo. Mi enfoque matiza ese argumento general planteando en primer término que lo fragmentario no es algo que adviene en la posmodernidad, sino que es constitutivo de un *modus* conceptual extensivo a toda la modernidad, incluso llevando el inicio de ésta al siglo XVII como lo planteó Stephen Toulmin, o como lo analizó con relación a la noción de *pliege*, el célebre escrito de Gilles Deleuze.

La segunda hipótesis de mi enfoque es sostener que esa fragmentariedad programada de la producción estética representa —y tal vez *anticipa* en ciertos casos— la *fragmentariedad social*, esa fluidez que deriva de lo comunitario a lo social, de lo social a lo colectivo, de lo institucional-orgánico (por ejemplo las clases o los Estado-Nación) a las redes-inorgánicas, etcétera.

El capítulo 13 y final —“Intersticios. Crisis: de la productividad a la imaginación crítica”, preparado a pedido de la publicación montevideana *Mapeo* que lo editó a inicios de 2009— es también el último escrito en esta colección y es así que, en virtud del pedido citado, trata de reflexionar sobre el impacto que el campo arquitectural tendrá o no de la crisis socioeconómica que con epicentro norteamericano se cierne sobre el mundo globalizado desde el último trimestre de 2008 y que enmarca la reciente aparición de Barack Obama. Mi hipótesis central es que el impacto será reducido —centrado en la *fashion architecture* y en las hasta ahora, *utopías hipotecarias* del *capitalismo inmobiliario* (uno de los motores esenciales de la crisis pero también, una suerte de *bestia negra* para expurgar si cabe, los desastres generales del actual y ominoso estadio de capitalismo)— puesto que en realidad la crisis verdadera y fuerte, la que afecta a la arquitectura como territorio satisfactor de una cierta necesidad social y del general derecho al habitar, ya lleva su buen medio siglo y la *institución Arquitectura* la digirió, bien que estrechando patéticamente su cometido social y, recíprocamente, su visibilidad o importancia desde la óptica de la gente común. Entender la lógica actual del capitalismo y analizar la *triple porosidad* (espacial–urbana, cultural, social) de la vida colectiva actual, para emprender acciones diversas —a menudo más bien *críticas*— para *relleñar significativamente algunos intersticios* se presenta en ese texto como una especie de programa, por cierto lejano de cualquier cosmovisión utópicamente totalizadora, pero lejano también de la ácida ironía y cinismo que fluye en la *gran arquitectura del hoy*.

Se culmina así intentando proponer una asunción de este largo *estado moderno de no-totalidad*, estado que extingue las ideologías o los sistemas totales de pensamiento pero que a la vez obliga a potenciar críticamente cada acto esporádico, fragmentario, no total en los que la época nos instala como consumidores y también como productores. Sin mapas consistentes el *saber de los baqueanos* —esos telúricos conocedores de los signos de un territorio— tal vez se convierta en el único disponible.

1. Naturaleza muerta

Notas sobre escenas ecopolíticas del fin de milenio

De inicio, una pequeña reflexión sobre el título. Las *naturalezas muertas* nombran en el arte a un género de pintura descriptiva en donde el eje temático no son sujetos —ni heroicos, ni religiosos, ni comunes, aunque esta última clase de personas pueden llegar a aparecer como complementos— ni tampoco la *naturaleza íntegra* o viva (desde una marina turneriana a una pastoral de Poussin o Fragonard o una escena sublime como los páramos de Friedrich) sino a una naturaleza fragmentada, troceada, herida, en tránsito a alguna clase de transformación degradante, una ingestión o un paso al detritus: en una naturaleza muerta suelen verse aves recién cazadas, pescados moribundos todavía chorreando agua, hortalizas o frutas en los colores fuertes de su maduración final cuando empieza la podredumbre, etcétera.

La naturaleza se presenta como motivo de cultura al precio de mostrarse exangüe, extinta, convertida en el mero combustible humano de la alimentación y también alegóricamente, como ilustración un poco patética de una arcadía dominada, segmentada, compuesta, traída al espejo de la pintura representativa como nuevo documento del control técnico que el *homo faber* y productivo le ha infringido.

Uno sabe que los elementos de una naturaleza muerta ya no vuelven a la vida y que su destino inmediatamente terminada su copia, es el cubo de basura. Al mismo tiempo era evidente que por ejemplo en el arte barroco, estos motivos resultaban de una composición, había que prepararlos, no eran estrictamente escenas reales, y funcionaban como mensajes alusivos del proceso, entonces inicial, de dominio cultural y científico de esa naturaleza de infinito misterio y sensación de cosmos inabarcable y misterioso en su complejidad.

Me gustaría de esta suerte, como primer argumento de este escrito, el invitarlos a pensar *qué es hoy una naturaleza muerta*, si ese género existe, si es posible y válido hacer hoy el recorte y composición de una pieza artística de esta clase, si hay algún público interesado o dispuesto a emocionarse con una naturaleza muerta, si la fragmentación y desmembramiento de partes de un todo natural cabe en una representación puntual, o si tales características son ya intrínsecas de la entidad o calidad (o de la pérdida o degradación de ellas) de eso que (todavía) seguimos llamando naturaleza.

1. Como nota introductoria de este ensayo (que resulta ser una especie de agenda personal de estudios y reflexiones sobre el estatus de lo ambiental en su dimensión presente) diré que me interesa primordialmente tender hacia una definición *histórica* y no ontológica de la noción de *ambiente*; es decir, su construcción conceptual entendida sobre todo como *contingencia*, no como esencia.

La idea de ambiente —definida como espacio relacional o sistémico necesario para la evolución y maduración cultural y política de una estructura social determinada, espacio relacional que implica considerar la existencia de un *afuera* sistémico compuesto por macrosistemas generadores de servicios naturales, y también de un *afuera* social o macrosocial que opera sobre tal disponibilidad relativa de servicios naturales— es consustancial a cierto grado de evolución técnico—histórica y sobre todo a la conocida como era moderna en tanto escenario de despliegue del modo productivo capitalista industrial.

Es cierto que podría generarse una ampliación retrospectiva de esta noción a cualquier cultura históricamente previa, pero con ello estamos nombrando de otra forma a las organizaciones productivo—culturales que estudió cuidadosamente la antropología, por así decirlo, premoderna en tanto preurbana y preindustrial, si bien pudiera aceptarse una noción general simple o básica de *ambiente* situada en la prehistoria del forjado de asentamientos sociales humanos al amparo de cierta capacidad de extracción de recursos y uso de servicios naturales, la que si bien resultó genérica para estudiar antropológicamente tanto el montaje de esos asentamientos como el inicio de la noción que todavía entendemos como cultura, se hace mucho más compleja a medida que la modernidad irrumpe con la parafernalia de la tecnología, con ideales productivistas orientados por la acumulación de excedentes y no ya por la mera supervivencia biológica y sobre todo, por el despliegue de espesas y opacas mediaciones entre las esferas de lo social y lo natural, de modo que lo ambiental adviene a caracterizar una categoría relacional signada por la complejidad y por una axiología diversificada y contradictoria a caballo de un énfasis en tal relacionalidad o, por el contrario, acentuando la defensa de las autonomías de lo social y lo natural.

El concepto de ambiente, a menudo entendido más como meta crítica o aspiración de una clase de equilibrio o racionalidad que el propio desarrollo de

las fuerzas socioproductivas parecieron ignorar o subalternizar, resulta válido en su contingencia si lo referimos a esa contextualidad moderna: allí presenta su utilidad para estudiar la complejidad de la artificialización cuasi infinita de los sistemas naturales dentro de la explosión productiva de la revolución técnica eclosionada en el siglo XIX. Aunque el carácter contingente de lo ambiental pretenda hoy sustituir la reducción a casi nada de la naturaleza —o lo natural— que sí podría entenderse como esencia óntica, como entidad en tanto el famoso *ser-ahí* heideggeriano, quien entendía al *ahí* como naturaleza, como preexistencia condicionante de la misma posibilidad de ser.

Sin hablar del desaforado ingreso al territorio biopolítico del parque humano, es decir, el advenimiento de una neo-naturaleza humana también manipulable, sea para multiplicar la vida (clonándola, parasitándola con injertos y agregados, reconstruyéndola de manera protésica) sea para extinguirla (por primera vez en la historia natural aparece la noción de impedimento a garantizar la reproducción biológica de la especie).

Lo ambiental como categoría *sustitutiva* del *ahí* (natural) se presenta pues como extremadamente frágil, históricamente determinada y plagada de carácter contingente; es decir, ontológicamente débil.

La colección de notas que postulo tiene así que entenderse como una agenda tópica, un mapa nocional y a la vez una propuesta de itinerario de aspectos que creo deberían analizarse, discutirse y construirse, en tanto horizonte fundante de un nuevo saber cuya prioridad sería reflexionar sobre *si lo ambiental puede sustituir como sustrato óntico a lo natural, si puede o podrá haber un ser cuyo ahí sea lo ambiental* (en tanto producción antrópica: en cuyo caso el *ahí* ya no sea ontológicamente externo y previo al ser, sino parte de su actividad histórica) y si ya llegamos a un estadio histórico en que *lo natural se ha disuelto completamente en material mitológico*.

Por tales razones y pretensiones estas notas abordan *problemáticas*, no *metodologías*; es decir, formas de problematización no caminos de certezas, explicaciones o garantías de producción racional de sentido; menos aún, contribución moral a la construcción de axiomas.

Es pues una reflexión sobre las condiciones de un pensar teórico-crítico que por su propia razón de ser confronta la perspectiva finalista de un tratado, como estado relativamente afirmado del conocimiento o plataforma válida para las prácticas.

La pregunta inicial sería así: *¿qué cambió en la conceptualización clásico-moderna de la idea de ambiente* (sumariamente definible como un grado de *racionalidad en la relación sociedad/naturaleza*)?

Por una parte, la *degradación creciente del polo sociedad* de aquella relación, degradación implícita en el abandono políticamente calculado del modelo iluminista-bismarkiano; es decir, la asunción cínica del alcance de un estado

de desarrollo histórico cuya premisa de avance basado en la consecución de una racionalidad orientada a la calidad social universalizable ha sido cancelada, en la doble extinción del proyecto socialista y del proyecto de la *welfare state* (como vía regia de un capitalismo concurrente a un formato político liberal).

Se suele presentar esa cancelación como *cese del proyecto moderno* (como cultura de la *modernidad* modeladora de una calidad social exigible a la marcha del proceso económico–político de la *modernización*) fuera de las diversas postulaciones de reclamo sobre el completamiento de tal proyecto, como ocurre con el enfoque sociocomunicacional habermasiano y su ideal de perfección/consumación moderna cifrado en el *consensualismo* o en el optimismo consolatorio de los neomarxismos anclados en el *giro lingüístico* a lo Laclau o Žizek, o en la supuesta potencia de las multitudes como remodelatorias de la política a lo Negri.

Adicionalmente podría decir aquí que entiendo a lo ambiental como parte de la cultura moderna, no como elemento del proceso civilizatorio de la modernización, ya que las categorías generadas por el paradigma ambiental confluyen a un modelo de calidad de vida —o sea a una forma de vida cuya calidad contuviera entre otras cosas, el marco de una relación racional entre sociedad o comunidad y naturaleza— antes que a teorías políticas alternativas o confrontativas al modelo que identifica la modernización con el despliegue del capitalismo, ello aun respecto de la efímera e ingenua tentativa setentista de los ecodesarrollos más o menos prosocialistas o al menos rememorantes del *welfare state*.

Ahora que algunas teorías posmarxistas remiten, como recién apuntamos, a la cuestión de la *multitud* como nuevo eventual sujeto/institución política que reelabora la sustancia o esencia de lo social reemplazando o reactivando anteriores nociones como las de *pueblo* o *clase*, vale la pena detenerse en el reconocimiento que Toni Negri hace de esa noción no ya actual sino en cambio en manos de Hobbes —su acuñador originario— y de Spinoza: éste, en particular, alude a la multitud no como una noción decadente o residual sino, al contrario, al reconocimiento de una media de calidad social —o de un *protowelfare*— que hace que en la Holanda de inicios del siglo XVII prácticamente *toda la sociedad era multitud* en tanto poseedora de una calidad social generalizada.

Negri apunta entonces no a reconocer una marcha ascendente–moderna de la calidad histórica de lo social sino al contrario, trayectorias mucho más aleatorias o que en definitiva hacen que la calidad social sea más una construcción o un acuerdo que una instancia cuasi ontológica (que en rigor sería más bien lo que aparecerá en Marx cuando habla de evolución y de un momento ideal o superior de esa evolución).

Aquella idea histórica de multitud poseía el carácter de una calidad del polo social que al menos facilitaba el montaje de una racionalidad que llamaríamos

ambiental *avant la lettre* en tal caso, en tanto un modelo de equilibrio de la explotación y apropiación social de la naturaleza, si no fuera que esa Holanda —como un poco antes las ciudades-Estado noritalianas o la famosa democracia ateniense forjada sobre la externidad inconmensurable de una fuerza de trabajo esclava— conformaba su calidad interna de una multitud de iguales, dependiente de la apropiación de trabajo y naturaleza externas dentro de las condiciones provistas por la expansión colonial.

El dilema de la racionalidad ambiental ya desde ese lejano *incipit* de la modernidad —inicios del siglo XVII— es que la calidad social de un conglomerado determinado depende de la expropiación más o menos salvaje de naturaleza externa, merced al dispositivo político-militar de la expansión colonial, por lo que la categoría ambiental se trata así de una ecuación de *sociedad determinada* frente a *naturaleza indeterminada*, con lo cual el problema teórico no pasa por la noción estática o idealizada de la relación S/N sino por la discusión concreta sobre la dinámica de la apropiación social desigual de naturaleza, tema en que se funda por ejemplo, la historiografía de Alfred Crosby.

La idea teleológica —y por tanto de pretensión ontológica— que en Marx aparece visualizándose un *final de la historia* que arriba a un *modo perfecto de producción* (el comunista) también imagina una idealidad del polo sociedad, incluso sin Estado, aun cuando en su caso ese proceso no preveía límites en la producción de riqueza aplicando trabajo a la naturaleza y que por tanto, necesariamente dicha idealidad social finalista no aseguraba una condición de equilibrio ambiental, aunque evidentemente el desmontaje de la acumulación diferencial de excedentes previsto en tal idealidad podría presuponer, en una mejor asignación social de naturaleza, un tratamiento más sustentable de ésta.

En paralelo (y con concomitancias nítidas) se asiste al proceso de la *casi extinción del polo naturaleza*, en parte frente a la verificación de la in-potencia del mero desarrollo ilimitado del campo científico-tecnológico, cuyo límite impensado lo presenta justamente la *finitud de lo natural*, no sólo en términos de acabamiento de *stocks* (la finitud del capital acumulado y acumulable de recursos naturales) sino además con relación al descontrol de los procesos neguentrópicos de la dinámica natural.

La casi consumada extinción de la naturaleza (al menos, extinción de su autonomía funcional y por ende, de su potencia) se verifica junto a un paralelo —y culturalmente necesario— proceso de re-naturalización, dado en múltiples expresiones, que irán desplegándose en este trabajo, ya que en parte la simultánea degradación de la naturaleza original y su *re-naturalización* ideológico-cultural es la materia principal de su argumentación.

Baste quizá decir aquí que tal compleja aventura de re-naturalización —bisagra central del pasaje de una era moderna a una posmoderna— comportaría una fase necesaria de la expansión (e involución) histórica del modo capitalista,

proceso iniciado en la resignificación de elementos, bienes o recursos y servicios ambientales en *analogon* mercantiles, mediante sucesivos procedimientos de conmensuración y equivalencias.

La idea que insta la modernización (o más bien la cultura de la modernidad) no supone una cancelación total de la idea de ambiente —en tanto cierta relación de equilibrio entre demandas de la sociedad y ofertas de la naturaleza— sino más bien la confianza en una completa posibilidad técnica de sustituir cualquier faltante estructural o funcional de naturaleza y a esa perspectiva o supuesta disponibilidad es lo que llamamos *re-naturalización*, vigente aun cuando se ponga en cuestión la existencia misma de la *naturaleza natural*.

Finalmente, en este preliminar registro de hipótesis, cabría agregar una última posible definición de la noción de ambiente, que acorde a esta variada aceleración de la degradación del elemento natural, podría situarse en el contexto del intento de configurar una *re-naturalización de lo social*, algo ligado a una casi postrera intención de postular el saber y las prácticas ambientales como otra (tal vez la última) tentativa de *resubjetivación*.

2. Lo natural estaría derivando a *mitología*; es decir, a un sistema nocional referencial basado en mantener el recuerdo alusivo de *lo que ya no es*; lo natural se hace cultural, en tanto sustancia de intercambio simbólico, no ya intercambio matérico-energético controlado a favor de la resiliencia e intangibilidad del sistema naturaleza. De alguna forma ocurriría un retorno a la relación entre cultura y mito dable en la arqueología fundante del pensar greco-latino.

La noción de *hybris* en esa instancia original de la civilización occidental implicaba tentativamente la culturalización de lo natural; es decir, un modo de repotenciar como narratividad la ocurrencia de lo simbiótico híbrido, el primario intento de equiparar mestizaje cultural con hibrididad natural. Hay novedad cultural porque se trabaja en el componente de transgresión que comporta la *hybris* y así pues la mezcla (degradación) inevitable de lo natural se representa como argumentación lírico-filosófica.

Desde este punto de vista emerge una idea de sujeto complejo (por ejemplo, Edipo que supera su naturalidad humana al transgredir tabúes como el incesto) y a la vez un sujeto mítico-heroico capaz de agredir la supuesta autonomía de lo natural (por ejemplo, el potencial fáustico de Hermes Trimegisto o la infinitud operativa de Prometeo): la *hybris* se da en la novedad de un sujeto generador de otra cultura a expensas de transgredir lo natural o de cuestionar su orden autónomo o entidad de *cosmos*; la *hybris* se hace potente pues como *cultura del caos*.

En rigor, el pensamiento fundante de la filosofía otorga a la naturaleza un carácter de *caos* y es una *primera cultura* (estable, científica, apolínea) la que ordena el entendimiento de ese caos en la figura o carácter de *cosmos* —que

implica una naturaleza que incluye en sí y dentro de sí—, aunque en categoría cognitivo–poiético–dominante a la criatura humana, *sujeto de la estabilización* de aquel caos. Pero también hay una *segunda cultura* (turbulenta, artística, dionisiaca) que reprocessa ese cosmos y lo subvierte a una noción de caos, ya no el *hylético primigenio* sino el *híbrido provocativo* de aquellos sujetos idealizados desafiantes de los órdenes divinos, tales como Edipo.

Sin embargo, cabría asimismo distinguir *mitologías aurorales* o de *instalación*, de *mitologías crepusculares* o de *rememoración*. El concepto y función del mito para los egipcios o los griegos o para los mayas o los incas es una instancia de inicio de cultura como acomodamiento conceptual a la instalación antropológica de lo social en lo natural. La mitificación opera como manipulación conceptual de lo natural ominoso y potente para que sea posible un grado de antropización y estabilización de formas sociales y de sus aparatos como el Estado o la Cultura: se trata también de un primer procesamiento concurrente al estatus de conversión del *caos natural* en *cosmos cultural*.

El concepto mitológico que aún aletea en el sistema que Santo Tomás llamará *derecho natural* es asimismo fundante o auroral, en este caso de una idea de ordenamiento social futuro que plantearía cierta racionalidad asimétrica o diferencial en el acceso al capital natural asumiendo que éste no es autónomo (de la voluntad divina y sus representantes terrestres) ni infinito y que por tanto, debe ser protegido y racionalmente asignado con la mitológica contraprestación de una suerte de democracia *post mortem* de acceso a una naturaleza no terrenal sino paradisíaca.

No sabemos qué clase de funcionamiento podría tener en términos de sustentabilidad el infinitamente accesible prometido cielo que contendría un retorno triunfal a un estado paradisíaco de naturaleza absoluta. Probablemente tal consideración se liga a una noción de *lo inmaterial de la posvida*, una condición etérea que se distancia de toda clase de intercambios de materias y energías. O sea que en su inmaterialidad asume su instancia propositiva de mitología: la naturaleza abandona su condición inmanente y se hace trascendente.

Actualmente, una mitología referida a la *naturaleza perdida* —obsérvese de paso que así titulaba Milton su poema de fines del XVIII— parece tener una condición crepuscular y ya no cabe la idea de un derecho natural de mantenimiento de cierta noción de naturaleza mediada por una racional asignación material de la misma o de sus recursos, que en definitiva fue lo que intentó preestablecer una teología de anunciación de las diferencias capitalistas sólo organizables mediante estrategias jerárquicas y de disciplinamientos consecuentes de diferenciales de poder entre fragmentos diversos de sociedad (clases, Estados, etcétera).

Aunque podría entenderse al discurso posRío referido al desarrollo sustentable como una postrera, y tal vez ya inviable, reedición de cierta noción de derecho natural en tanto postulación de un *status quo* en la asimétrica

accesibilidad al capital natural que siempre sería mejor al que resultare fruto de otros ejercicios de dicho poder diferencial de disciplinamiento: es decir, el modelo que imagina y propone una China rural, un Brasil sin producción agointensiva, etcétera.

La propia noción de ambiente (como articulación o relación entre naturaleza y sociedad) parece remitir a diferentes formas con que la filosofía ha encontrado expresión en el siglo XIX. En efecto, podría decirse que la tradición hegeliano-marxista basada en una noción de articulación entre sujeto y objeto (y colateralmente entre sujeto y sujetos) aseguraría una idea de *productividad* siempre emergente de la aplicación de trabajo al mundo natural para engendrar valor social y que esa matriz de pensamiento estaría implicando una noción de ambiente.

Pero en una perspectiva que recogería otra gran tradición de pensamiento occidental y que en verdad, minoritaria o perdidosa, se opone al magisterio impuesto por Descartes, se abre una clase de pensamiento frecuentado auguralmente por Leibnitz, Spinoza y Montaigne que viene a confluír con cierta puesta en cuestión del estructuralismo racionalista —por ejemplo en Foucault y Deleuze—, que tiene además algunos puntos fuertes en la segunda mitad del siglo XIX por caso, en la propuesta neomonadológica de Gabriel Tarde, uno de los fundadores de la sociología moderna.

Como bien lo enfoca Maurizio Lazzarato (2006), éste indica que “actualizar y consumir no son actividades de transformación (de la naturaleza y del otro) sino efectuaciones de mundo” ya que “consumar los posibles que un acontecimiento ha creado implica modalidades de actuar y de padecer que son muy diferentes de la acción de un sujeto sobre un objeto o de un sujeto sobre otro sujeto”.

Esta derivación actual de una política del *acontecimiento* fundada en un reconocimiento no necesariamente anclado en la praxis transformativa (y por tanto, en el paradigma productivista) puede verificarse en el cauce Leibnitz-Tarde en tanto que la revitalización de la monadología implica, si se quiere, una *socialización de la naturaleza*, un cese de la dicotomía irreductible entre sujeto (activo, productivo, trabajador, transformador) y objeto y al contrario, una generalización del *socius* como algo no restringido a miembros humanos de lo social; y si fuera así aceptable que *todo es sociedad*, la idea de ambiente como emergente de una relación —pero también de una diferencia— entre sociedad y naturaleza quedaría difuminada si no anulada.

Bruno Latour presenta en su antropología híbrida, un punto intermedio al sostener que ya no existen puramente ninguna clase de entes sociales y naturales y que en cambio, ya vivimos en una totalidad de entes híbridos, emergentes de combinatorias imbricadas y ya inescindibles de la anterior dicotomía entre lo social y lo natural. Latour no sólo descarta así la noción

de ambiente sino también la de la autonomía de unas ciencias humanas y de unas ciencias naturales (dificultad que ya advirtió aunque no resolvió tanto la sociobiología como la ecología).

La efectuación de mundo desde este punto de vista no puede ser una *acción ambiental* sino un movimiento monadológico o un acontecimiento. También queda relativizada una idea o noción de *proyecto* entendible como acción calculada o predeterminada de efectos que un sujeto impone en un objeto o en otro sujeto.

3. De ahí en más la cultura en su relación con la naturaleza, encuentra dos cauces de productividad como tal, a saber, las perspectivas de la *representación* y de la *transformación*: una externa o de neta diferenciación sujeto/objeto; otra interna, en tanto consuma la posibilidad de imbricación del sujeto técnico en el (super) objeto natural, trascendiendo el mero momento de equilibrio de sociedades agro–pastoriles cuya existencia es consecuencia de cierta destreza de administración de un *quantum* de productividad natural.

La idea de la *cultura como representación de lo natural* remite no sólo a la fundación metódica del dispositivo de la *mimesis* sino directamente a la instalación de la noción de arte en la vertiente occidental, una noción que puede o no revestirse de religiosidad (como excluyentemente opera en otras formaciones civilizatorias) pero que siempre resulta ser consecuencia de alguna clase de manipulación observacional del mundo natural, incluida su franja dionisiaca, su costado híbrido.

La idea de naturaleza y el producto cultural como encarnación de esa idea, parece constituirse así no solamente en manifestación de la inmanencia de lo natural, sino también, malsanamente —en una dimensión de malestar cultural que bien vislumbró la cáustica preceptiva nietzscheana— en la constatación de la degradación inevitable de esa externidad natural que se imita y/o del imposible otorgamiento de un orden.

Sin embargo, la cultura instaure una cierta idea de *canon* (cultural) que se presentará como réplica racional y representacional al no–orden natural. Lo primero que logra la civilización grecolatina es pues, configurar el canon como *modus* de repertorizar y clasificar las formas de la *mimesis* de lo natural, otorgando a esa idea la pretensión de cosmos frente a la asignación del modelo de caos para aquella externidad natural que debe domesticar empezando por la religión y al arte y terminando con la ciencia y la tecnología. Parte de este voluntarismo mimético tiene que ver con una postura religiosa panteísta, ligada a un mecanismo de reverenciamiento/conjuro/acogimiento del hombre sociohistórico respecto de tal sistema natural, por tanto mitificado.

Pero el panteísmo es también un producto de cosmos cultural aplicado con finalidades utilitarias al caos natural. El primer hombre técnico es un transfor-

mador de naturaleza según las condiciones con que ésta queda representada en las mitologías panteístas.

Me parece importante retener la idea que las representaciones mitológicas montadas en la mayoría de las religiones panteístas premodernas no funcionan exclusivamente como amparo del ser en el estar potente del caos natural sino a la vez, como mecanismos organizadores de rituales que garanticen cierta clase de productividad: en este sentido no hay tanta distancia conceptual entre Viracocha y Santo Tomás.

4. El aparato simbólico de la fundación de la idea misma de cultura entendible como mimesis de lo natural no funcional —en Occidente— no está escindido de una complementaria noción de *cultura como transformación de lo natural*; cultura como *cultivo* —y en los inicios agropastoriles: cultura como destreza de adaptación del hombre en lo natural productivo; el hombre capaz de extraer exitosamente cuotas de la productividad natural— y por tanto, cultura como conjunto de saberes de coexistencia ambiental, entre sociedades y sistemas naturales territorializados, saberes aptos para inventar la noción de asentamiento (*settlement*) —como estabilización del nomadismo—, saberes que confluyen al concepto griego de *tekné*. La *tekné*, que nace como imitación de la *poiésis natural*, deviene *praxis* justamente anulando o interfiriendo la condición autopoiética del mundo natural.

En rigor, la evolución histórica parece definir una idea de progreso indefinido de una condición según la cual la sociedad se afirma en su evolución, expandiendo infinitamente la idea de transformación de la naturaleza con la finalidad de extraer de ésta todo posible engendramiento de más valor; transformación o *praxis* que se hará de manera crecientemente autónoma al entendimiento, aceptación y manejo de la *poiésis natural*.

Muy tempranamente los griegos advirtieron ese posible desplazamiento o interferencias entre el despliegue de lo técnico y la mecánica autopoiética natural, e identificaron figuras de resistencia o venganza natural —viabilizada en sus referentes panteístas como Vulcano o Neptuno— dentro de los episodios llamados *némesis* (terremotos, inundaciones, pestes, plagas, etc.) que reflejaban la reacción del sistema naturaleza ante fenómenos intrusivos—disruptivos de las *praxis* sociales.

Por fuera de la mirada marxista es obvio que toda la cultura de la modernidad larga —o la cultura de la instauración y desarrollo del modo capitalista de producción— se liga a una maximalización de la idea de rendimiento productivista y a la confianza de que cualquier idea posible de *progreso* (incluida aquella promovida desde el campo de los socialismos utópico y científico) depende del éxito de tal idea de transformación utilitarista de la naturaleza, para lo cual todo el aparato científico—tecnológico se propondrá acompañar y viabilizar esa expansión cuasi infinita de la transformación.

La tradición de la *tekné* tiene que ver con los mejores arreglos para destrezas de transformación natural y ya en la matriz griega aparecerá cierta homología entre belleza y utilidad, ya que será bello casi de manera canónica e inmanente aquello que efectiviza una transformación racional que, en este sentido, quiere decir una transformación de eficiencia productivista, de máximo provecho o utilidad con mínimo esfuerzo o capital.

La segregación de un campo autónomo por el cual primero, una noción de *ars* y luego, en general, un concepto de cultura de base contemplativa–mimética, probablemente se liga con la incertidumbre provocada por una noción absoluta y éticamente infinita de actuaciones de transformación de lo natural.

La idea moderna de arte tiene que ver con la generación de una esfera autónoma que pueda hacerse cargo primero, de un registro o testimonio de una realidad cuya integridad ya no se garantiza y segundo, de un enfoque decididamente crítico sea de la absolutización de lo mercantil (Adorno) sea de la degradación estética de una naturaleza que va camino a perder sus cualidades *hyléticas* y sublimes.

5. En cuanto al arribo a una condición que presenta y posibilita la casi total extinción de lo natural, ello vendría dado por el alcance de los límites en la expansión de la historia productiva moderna, con los periódicos momentos de euforia (que implican una suspensión relativa del pesimismo frente a la degradación de la calidad de la naturaleza) verificados en los *turning points* de expansión tecnológica, como el pasaje de la producción artesanal a la industrial o el proceso de sustitución de tecnología energética (vapor, petróleo, electricidad) o el proceso de desarrollo maquínico (mecánico, eléctrico, electrónico), etcétera.

El cruce entre la historia productiva moderna —una historia signada por ese evolucionismo técnico, sin embargo funcional a la historia del cambio de los modos de producción— y la historia de la degradación del sistema naturaleza, en parte está subyugado por la suposición de cauces racionales de regulación de la expansión productiva, suposición de control en buena medida dependiente del pensamiento ambientalista positivo; esto es, un pensamiento ambiental que buscó (y busca) presentarse como fachada remedialista de la irracionalidad intrínseca de dicho cruce.

La humanidad confía que antes de catástrofes finalistas aparezca un razonamiento salvífico devenido de ese positivismo ambientalista o bien, al menos, que emerja otra innovación tecnológica (en este momento por ejemplo, el subsidio energético extra–ecosférico).

Revistiendo toda esta sintomatología de finitud de la naturaleza como tal, emerge un pensamiento cuya necesidad y fundamento consiste en abstraer y culturalizar el materialismo de lo natural, señalar que lo natural tiene entidad

pensante, autoregulación, capacidad correctiva de desajustes antrópicos externos, comportamiento de némesis, etc. La hipótesis *Gaia* es una de las formas de este encubrimiento de lo real—material del mundo natural; la *ecosofía* (*deep ecology*) es otro esfuerzo en este caso confluyente a un determinismo antisociedad.

El otorgamiento a la naturaleza de una entidad equivalente a la sociedad —la hipótesis *Gaia* por caso— deviene tentativa mitificante e incluso fundamentalista toda vez que no contiene capacidad para entender (y menos aún para gestionar) el proceso histórico de la antropización de lo natural. Que tal hipótesis confluya a modelos aristocráticos de sociedad es consecuencia de su propia miopía y del reduccionismo del enfoque.

En todo caso, esta tentativa de difuminación del verdadero proceso histórico de degradación de lo natural constituye en sí tanto el alimento de la *ideología ambientalista* (entendiendo *ideología* al modo luckacsiano de *falsa conciencia*) como el motor de configuración de una naturaleza devenida en mitología; una mitología crepuscular y no auroral como la grecolatina.

6. Frente a un estado verificable de camino a la extinción de lo natural emergen obviamente escenas o figuras de *resistencia* muchas de las que deben ser entendidas como escenas de *re-existencia*: el fenómeno de reconocimiento de la extinción de lo natural —o al menos, de la transformación regresiva de su autonomía como sistema autopoietico, fatalmente interferido tanto por la expansión productiva como por la omnipotencia experimental de la ciencia— desencadena actos de resistencia, desde la fundación del saber protectorio del *ecologismo* devenido en actividad política hasta las formas aún incipientes de *ecoguerrillas*.

Algunas formulaciones y prácticas de grupos como *Greenpeace* o *Attac* y hasta movimientos insurreccionales como el *EZL* mexicano o el *MST* brasileño podrían encuadrar en los formatos genéricos de escenas de resistencia frente a avasallamientos de lo natural en tanto aceleraciones de la apropiación desigual de naturaleza.

La resistencia en tal sentido parece referirse más bien a enfrentar o criticar la *apropiación desigual* antes que a la *afectación* de la naturaleza; lo que se quiere discutir es cómo se reparte este *fnal de naturaleza* o cómo se concibe una sustentabilidad como *durabilidad* (en tanto ya no como infinitud sino como mejor administración largoplacista del remanente de naturaleza lo que obviamente se favorecería con la reducción de las mediaciones capitalistas que mercantilizan bienes, servicios y productos naturales).

En muchos casos estas luchas por la asignación de naturaleza tiene que ver con ritmos o tiempos de explotación, a veces ligadas a preservar estrategias de renovabilidad y por tanto discuten en el fondo la velocidad en la captación de la renta emergente del capital natural así como las condiciones de su acumulación diferencial y concentrada.

Así, por una parte, podría inferirse la decantación de la resistencia en re-existencia en tanto la confrontación no puede resolverse dentro del sistema capitalista sino presentando, al menos como un nuevo *estado de excepción*, la posibilidad de concebir alternativas sacionaturales, bolsones de indigenismo reinsertos en plena globalización, fragmentos de tejidos socioproductivos que pretenden un *eat local* dentro del *think global*, urbanitas desesperados que intentan reinventarse a sí mismos, como sujetos y comunidades, *volviendo a la ruralidad*, etcétera.

Así como el dispositivo de la globalización se ha montado sobre una previa *disolución de totalidades* (como la noción de Estado–Nación, los regímenes de intercambios comerciales protegidos o la pluralidad de múltiples sistemas y redes de información y transmisión de conocimientos en especial aquellas microrredes conocidas como *saberes locales*) luego de cuya fragmentación se crearon condiciones de nuevas totalizaciones suplantatorias de las deconstruidas (como la entronización de un virtual Estado global controlado por un número acotado de megacorporaciones, la llamada *libertad de intercambio comercial* —obturada empero por excepciones tales como trabas a la movilidad mundial de la mano de obra o el confinamiento de ésta en las EPZ o bolsones de trabajo esclavo militarizado— o la regulación global de regímenes de manipulación de la información y control disciplinario estricto de sujetos e instituciones) cabe pensar el esquema conceptual de la sustentabilidad no tanto como un *ecumene civilizatorio* —tal cual se presenta por ejemplo en las jeremiadas acerca del cambio climático o de la reducción de la biodiversidad— sino como una *fragmentación de problemas y oportunidades* cuya dinámica debería caer más bien del lado de la conflictividad y la negociación antes que del disciplinado acogimiento a aquella pretendida *ecumene*.

La sustentabilidad, medida o parametrizada de cualquier manera, debería tender a mostrar plataformas más parecidas al modelo *queso gruyère* antes que a flujogramas idealizados o metáforas holísticas recurrentes del tipo *earthship*. Hoy el mundo es un *archipiélago de problemáticas/potencialidades* que en cierta forma constituye un enorme *coto de caza* para una parte importante del mercado de capitales a la búsqueda de apropiación de capital natural. Una responsabilidad mínima de los analistas, intelectuales y críticos debe ser estudiar y presentar esa turbulencia, esa inmensa conflictividad hoy en juego, y que tiene que abrirse a una *multiplicidad de luchas locales* antes que a pretendidos acuerdos de sustentabilidad ecuménica global.

Sin que se garantice un alternativismo sistémico al globalismo expoliador, las escenas de re-existencia proponen en definitiva, una *praxis ambiental*, quizá no ya como cultura mitologizante de naturaleza sino como retrotraimiento a un estado anterior del grado de racionalidad entre sociedad y naturaleza: eso que ya no puede sostenerse como discurso de poder alternativo a los es-

tragos de la globalización (como expansión desesperada de esta fase final de capitalismo avanzado) ahora busca transformar resistencia (frente al modelo dominante) en re-existencia (en intersticios, vacíos o áreas neutrales de ese modelo dominante) haciendo base y potencia en la noción de archipiélago fragmentado y diverso antes que en la totalidad globalizada.

La *transferencia positiva* —de recursos de áreas pobres a áreas ricas— o negativa —de desechos de áreas ricas a áreas pobres— de los *salvos de capital natural* que configuran el mapa de la sustentabilidad mundial debe ser *obstruida* mediante *movimientos sociales locales*, los que, en primer lugar, deben conocer al máximo el estado de situación (la mejor contribución política de la llamada *educación ambiental* debería tender a ayudar a una *democracia informativa* sobre ese estado de la *sustentabilidad gruyerizada*) y en segundo lugar, advertir que la fricción de poder referente al cambio en la apropiación del capital natural es hoy uno de los más potentes escenarios de redefinición de futuros.

7. Una proposición central podría presidir estos razonamientos: *La naturaleza ha muerto; viva el ambiente*. Pero, ¿qué es el ambiente sin naturaleza (o con naturaleza degradada) fuera además de la posible hipertrofia de la idea de *socius* propia de la neomonadología?

El enfoque emprendido por las neoheideggerianas investigaciones sobre *esferología* que ha emprendido en su monumental trilogía el filósofo alemán Peter Sloterdijk plantea no sólo una *espacialización* de la mirada sobre el fin de la metafísica que había emprendido Heidegger alrededor de la relación ser/tiempo sino la reformulación completa de una antropología reconstructiva del ser ahí del hombre como historia de los acondicionamientos existenciales—habitativos (la multiplicidad esferológica que arranca del útero y hoy termina con el *globo* de la globalización) que bien puede ser base de una reconstrucción del concepto de ambiente.

Estas proposiciones asumen si se quiere el ingreso a un estadio histórico *trasmatural*, por así decirlo, lo cual implica el despliegue de urdimbres habitables—productivas cada vez más mediadas y lejanas de orígenes o vestigios de naturaleza, y en ese sentido un *pensamiento ambiental esferológico* haría, si cabe, un análisis más complejo y completo de una inevitable y exhaustiva artificialización. Pero de momento es necesario pensar lo ambiental en la *escena del fin de lo natural* —la *muerte de la naturaleza*— antes que en hipotéticas escenas de existencia posnatural.

Suspendamos por un momento ese tema de la muerte de la naturaleza (o su transformación/artificialización des—naturalizante) y pensemos en la idea de ambiente y hasta qué punto tal idea depende de un componente natural, ya que en efecto si aceptamos que ambiente es una entidad relacional entre sociedad

y naturaleza, la ruptura o cancelación de tal polaridad hace desaparecer esa noción o la conduce a una pérdida de realidad (que es un modo elegante de decir que la noción se hace cruda y totalmente ideológica).

Se trata así de pensar lo ambiental en el filo histórico del fin de lo natural y del inicio de un apogeo de lo artificial, etapa o devenir que no puede ser meramente tachada de in–humana y por tanto ahistórica porque de hecho este proceso ya se está sustanciando.

Si el razonamiento previo es válido me parece que surgen cuatro corolarios, que serían como modos de afrontar lo ambiental (como argumentación neopolítica resistente y re–existente) bajo la proposición central arriba presentada, a saber:

• **Suspender, moderar o mitigar la des–naturalización de la naturaleza si fuera un proceso aún activo.** Este argumento debería desplegarse más bien como multiplicación de microacciones o acontecimientos predominantemente locales o fragmentarios antes que en el grado de la discursividad general pos–Río (nave tierra, calentamiento global, etc.). Lo macro implica un grado de mediatización apto para seguir obrando des–naturalizaciones localizadas y puntuales incluso mediante la cooptación del discurso científico.

Los retazos de naturaleza aún remanentes deben ser defendidos, activados en relación con la sociedad cercana, usuaria u ocupante legítima de los mismos, operados con relación al mantenimiento de su calidad productiva natural a favor de esas sociedades, escamoteados de la presión hipertécnica genéricamente articulada a los poderes económicos globalizados y también discutidos en cuanto a la conveniencia de su conversión en mercancías terciarias sofisticadas y de usos elitistas tales como aquellos fragmentos de biomas de calidad ahora devenidos paraísos turísticos.

• **Resignificar lo natural como entorno artificial racional, económico, democrático, etc.** Si lo *natural absoluto* está perdido (o si sólo forma parte de comovisiones ideologizadas como *Gaia* o la *deep ecology* cuya viabilidad política depende de una violenta elitización del acceso social a la naturaleza) es preciso discutir en qué medida lo *social generalizado* contiene o implica instancias remitentes a una identidad entre ser y lugar, entre existencia y habitabilidad en el sentido más amplio. Es decir, un paso previo a una resignificación del pensamiento ambiental habida cuenta de la situación de naturaleza débil, pobre o devastada, es *reinventar una socialidad más solidaria–hospitalaria* (el tema del último seminario de Roland Barthes fue *Cómo vivir juntos*, propósito aparentemente no tan sencillo a esta altura de la historia), una socialidad que también debe despojarse de sus afanes de homogeneización planetaria tardocapitalista (la *mcdonaldización del mundo...*) profundizando los paradigmas de la multiculturalidad y el poscolonialismo, fracturando o *gruyerizando* lo social y afirmando respuestas al *Cómo ser diferentes y disfrutar de ello...*

Lo artificial no debe entenderse como campo infinito de alienación de los sujetos o de extinción de las subjetividades y, al contrario de cierto pensamiento ambientalista conservador interesado en la pureza de los relictos naturales, debería expandirse el aparato conceptual con que la noción de ambiente se había forjado desde la relación *sociedad/naturaleza* a la de *hábitat/habitar*.

El principal interés conceptual de la idea de ambiente radicó y radica en su *valor relacional, dialéctico y dialógico* (en el sentido que trabajaron Batjín o Levinas) y por tanto importa hoy más rescatar y aplicar ese interés o cualidad conceptual que ratificar consideraciones sobre una relacionalidad articuladora en crisis o perdida.

Puede que haya pensamiento ambiental, orientado a *racionalizar la relación entre aptitudes del hábitat y funciones del habitar*, aunque ya casi hayamos llegado a un estatus de pura sociedad sin poco más o menos naturaleza.

• **Asumir el ambientalismo como ideología crítica (a la desnaturalización) y/o adaptativa (a la antropización).** Entiendo evidente e inevitable que el ambientalismo devenga *pensamiento crítico* tanto en un plano de confrontación al proceso genérico de desnaturalización (ayudando a explicitar esa microconflictividad a que antes referíamos) como para trascender el positivismo inherente a un grado de acompañamiento casi mecanicista del desarrollo de los procesos de antropización.

Otorgar un sesgo de ideología adaptativa al ambientalismo con relación a la creciente artificialización del mundo no implica un *fatalismo de optimismo tecnológico* sino más bien un reclamo de *innovación* respecto del espectro de estrategias posibles de la *construcción de artificios y artefactos*. Me parece en este sentido más interesante —aunque más cognitivamente exigente— escoger la vía de la *innovación tecnológica dentro de una ideología ambientalista* más que participar externamente (por ejemplo mediante los procedimientos cada vez más burocratizados de evaluación de impacto ambiental) y bastante subsidiariamente de las tomas de decisiones de las tecnologías tradicionales.

• **Liquidar una noción de ambiente como sustituto remedial de naturaleza.** El punto precedente en lo referente al acompañamiento meramente mitigatorio, en el mejor de los casos, o en otros, puramente formal, que tienen los procesos evaluativos con que parece aceptarse que el ambientalismo acompañe bien colateralmente la marcha de la artificialización desnaturalizante del mundo, se presentaría como una reducción de potencia de este pensamiento de cara a pragmatizarlo cuando toda remediación minimalista ya es notoriamente insuficiente. Este enfoque no implica eludir la posibilidad de concebir el pensamiento ambiental como fragmentario u orbital o lejano de una voluntad utopizante de alternativismo socioeconómico. Pensamos más bien, en una clase de remedialidad pragmática más cercana a colaborar en la conflictividad que los movimientos sociales locales puedan desarrollar como

cuestionamientos en las reapropiaciones globalizantes de fragmentos naturales con alguna calidad de capital natural, lo que también lleva una cierta idea de praxis ambiental caracterizada por reconstruir algunos tópicos de aquello que supo conocerse como tecnología adaptada, regional o local.

8. El último corolario precedente confronta cierta tradición reciente de acunamiento de una especificidad discursiva de lo ambiental entendible como sucedáneo remedial o consolatorio de lo natural en retroceso o camino a su desaparición en el magma de lo artefactual. Esa tradición arranca con la aceptación de la inevitabilidad de un concepto de *ambiente* definible como entorno sistémico de la sociedad (civilización o *episteme*) industrial, tal que aceptada dicha facticidad histórica, lo ambiental procuraría fijar algunos parámetros de *control*. Por ejemplo, alrededor de toda la instrumentalidad inherente al tema del impacto ambiental, el cual debe ser descubierto, evaluado y prevenido/remediado.

La calidad, profundidad o pertinencia de esa instrumentalidad de ajustes y arreglos para minimizar los impactos generados por la tecnología de alta inversión es cuando menos paradójica toda vez que sus mayores desarrollos lo han realizado instituciones tales como el Banco Mundial, cuyos fines están notoriamente más vinculados a calificar la rentabilidad y velocidad de rotación del capital financiero. Albert Hirschman, un antiguo analista de proyectos de inversión, ha descrito varios sonados fracasos flagrantes en megaemprendimientos territoriales porque la minimización de los estudios de impacto o su franca subsidiariedad decisional no impidió llevar adelante ingenierías de fracaso estrepitoso, como la presa de Tarbela en Taiwán, que operó por menos de un lustro.

En cierto modo, la emergencia moderna de la idea de ambiente es consecuencia de cierto estado de sospecha y prevención frente al despliegue de los modos industriales de producción, y por tanto, no será extraño que emerja en ese sentido con un aura de conservadurismo aristocratizante, como si el enfoque de establecer alguna clase de equilibrio relacional entre sociedad y naturaleza estuviera inexorablemente atado a un *status quo* del primer término.

El pensamiento socialista practicó esa desconfianza sobre la incipiente idea de ambiente, toda vez que Marx siempre propuso un enfoque tendiente a transformar sin límite alguno la naturaleza, incluso formulando una lógica secuencial del desarrollo el cual debería llevar a su máximo despliegue el modo industrial capitalista. E inversamente, el pensamiento político genéricamente antimarxista se acogió a cierta tentativa de valorización de lo natural más bien como inherente a deshabilitar la perspectiva de un progreso social, frontalmente dependiente de mayor presión sobre los sistemas naturales: la doctrina *heimatstil* de los pensadores prohitlerianos (Heidegger incluido en este caso) revela cierto afecto por la intangibilidad de lo natural, pero sólo

como consecuencia de la posibilidad de modelar una comunidad organizada de carácter jerárquico y eventualmente incluso antidemocrática (entendiendo a la democracia como la vía política moderna que da cauce y viabilidad a un liberalismo industrialista). El *lichtung* o *claro del bosque* es para pocos...

El gran desafío del pensamiento ambiental, aun si entendemos a éste como fruto de la modernidad, es establecer una clase de lógica de pensamiento y una vía de legitimidad política aceptando y modelando las características de la sociedad urbano-industrial moderna, no negándola en nombre de un estadio previo. Ello implicaría varias tareas a saber:

- Superar el talante microrremedial del intento de ajustes mínimos a los despliegues de la lógica del desarrollo productivo industrial (en este caso extendido al momento fordista como al posfordista de tal desarrollo), talante del cual la operatividad de los llamados *dispositivos EIA* han constituido en general un mecanismo de falsa conciencia desprovisto de potencia crítica y hoy por hoy suelen presentarse como salvoconductos de las últimas excursiones a la depredación de lo natural.

- Hacer que la *crítica a la autonomía autopoietica de lo social* camino a su maduración evolutiva altocapitalista (es decir, el techo de desarrollo productivo que Marx incluso planteaba como condición o necesidad del progreso histórico-social) no devenga en *crítica sin más a la modernidad* o en *programática de retorno político a un estatus premoderno* en nombre de posturas defensoras de la calidad óptica de lo natural.

- Explorar las condiciones del *proceso moderno de desubjetivización* y de las *tentativas posmodernas de resubjetivización*, sobre todo a partir del discurso de la problematización del ser a partir de la enunciación heideggeriana y en torno de la discusión del pasaje de *modelos de acción a modelos de acontecimiento*. Cabe redefinir las perspectivas si no fáctico-metodológicas, al menos ético-religiosas de las posibilidades de una *crítica al ser eurocéntrico* básicamente esgrimidas en el modelo de pobreza y austeridad heideggeriana que replica un pensamiento multiplicado en los márgenes de aquel epicentro de modernidad prometeica.

- Discutir, proponer y elaborar una *ecología artificial*, por llamar así cierto estatuto de racionalidad en la relación hábitat/habitar. Tema que en parte remite a la *filosofía esferológica* antes citada de Sloterdijk y también a los discursos neotécnicos de críticos de la producción megaindustrial tales como Ezio Manzini.

9. Pero el despliegue del *episteme* moderno —común a las vías capitalista y socialista— conlleva, sin plantearlo como condición programática pero tampoco mostrando cierta clase de preocupación crítica, a la extinción teórica del sujeto natural basada en la descalificación operativa y categorial de la condición histórico-natural de la noción de sujeto con lo que la historia (social) puede verse como historia de la desnaturalización.

Una de las características del proceso general moderno de la desubjetivización es el acuñamiento programado de un *sujeto posnatural*, un sujeto disuelto en potencias productivistas del rendimiento y en una redefinición de la plataforma de *necesidades* básicas (algunas devenidas *derechos* políticos) propias del sujeto natural ahora reinstalado en las condiciones del consumo. Un consumo además que ha operado en dicha desnaturalización del sujeto haciéndolo por una parte (falsamente) *universal* y por otra tornando peligrosamente *intercambiables* las nociones de *necesidades* y *deseos*.

La hipótesis acerca de la *extinción del sujeto natural* como avatar o efecto de la modernidad ya no puede considerarse una metáfora de *barbarie* sino una constatación filosófica, por ejemplo en la argumentación sobre el fin de lo metafísico y el reclamo heideggeriano de una reconstrucción del ser (sujeto) como *ser-ahí*, deseo en verdad dificultado no tanto o no sólo por la imposibilidad de la reconstrucción en el mero discurrir de una historia técnica sino también por la paulatina pero segura extinción del *ahí*. Lo que muestra el concepto de *in-habitabilidad* en Heidegger es la dificultad inherente al *instalarse* del ser y constituirse como tal pero además, el anverso trágico de la disolución del *ahí acogedor*.

La pretensión de establecer el estatuto de la condición histórico-natural de la noción de sujeto, no sólo es una aventura teológica frustrante sino la agudización infructuosa de una doble intención constructivista: la de entender el ser histórico-social y la de proceder a la identificación del *animal humano* en el cuadro evolutivo de las ciencias naturales. La historia social, el propio devenir del hombre social hipertécnico y antiteleológico (es decir, sin miedo ante el destino de sus propios procederes transformativos) debe ser entendida como una real historia de la desnaturalización, como un proceso que con mayor o menor conciencia de sí, se propone extinguir la plenitud y aun la posibilidad del *ahí* de los seres. De allí que si ese *ahí* ya no podrá ser *natural*, al menos debe exigirse que sí sea *humano*.

Es así que suele estudiarse la condición hipermoderna (de la cual la llamada era posmoderna parece referir a una dimensión preponderantemente estética de sus procesos) como época definible sobre todo como la de la extinción de la noción misma de sujeto y de la condición de la subjetividad, en tanto capacidad reflexiva del sujeto en su propia entidad y aun como matriz del *socius* o de la urdimbre de relaciones entre sujetos.

La suspensión del horizonte teleológico del ser se apoya, como decía Paul Valéry al fin de la Primera Guerra Mundial, en que no sólo se adquiere *conciencia del fin del ser* sino más genéricamente, del *fin de la humanidad*, en tanto entidad de posición del ser en la trama social pero también en relación con lo natural. Y la pérdida teleológica de interés en el destino del ser-en-humanidad funciona como aceptación del evento catastrófico que adviene una posibilidad y

no una meta apocalíptica, y también como internalización inédita en la historia de *ser-en-el-riesgo*, un *vivir azaroso* aunque sin horizonte finalista ya no equipándose para sortear peligros naturales sino desnaturalizado ante ocurrencias riesgosas imprevisibles y que no pueden categorizarse como eventos destinales o providenciales ni como castigos divinos, sino meramente como alternativas descontroladas de la propia potencia fáustica de la evolución tecnoposhumana.

La crisis de subjetividad puede entonces verificarse como dato sustantivo del arribo a la llamada *condición posmoderna*, por ejemplo en pensadores como Lyotard o Vattimo, ambos más bien orientados a describir el proceso por el cual el cambio de la subjetividad y su crisis deviene *motivo estético* en sí, en una serie de fenómenos productivos tales como la extinción del contenido, la suspensión del juicio categorial kantiano disuelto en la multiculturalidad, la identidad entre cosas y referencias, la hiperdiscursividad o la muerte del aura en la era de la reproducción técnica.

Una faceta de esa caída de la subjetividad —por fuera del impacto creador de la estética posmoderna— es la indiferencia acerca de la conciencia de la relación sociedad/naturaleza, despachada si se quiere a la caracterización de cierta reminiscencia romántica completamente inactual, aunque en realidad esa indiferencia o bloque de conciencia supera el límite de la estética y remite doblemente a dejar de percibir lo natural como algo ya anulado por la *cultura* (que modernamente en este caso debe llamarse más bien *tecnología&mercado*) y a que el sujeto en sí deje de funcionar como *ser-en-lo-natural*.

La condición hipermoderna puede ser epocalmente definible como la era de la extinción de la noción misma de sujeto y de la subjetividad y la crisis de la subjetividad ha sido presentada por numerosos pensadores (Lyotard, Vattimo, Harvey) como dato sustantivo del arribo a la llamada condición cultural posmoderna. De allí que las tentativas hacia una re-subjetivización del mundo tardo e hipermoderno emerge como desafío histórico crítico de la posmodernidad (Guattari).

La *extinción del sujeto natural* puede ser también entendida como *hipertrofia del sujeto social*, frente a lo que resulta estratégica una redefinición de la noción de ambiente como consecuencia de las transformaciones regresivas en la relación sociedad/naturaleza, evidente en la doble crisis en la tergiversación de la idea de racionalidad —según la cual no existirían límites naturales al proceso socio-histórico— y de la gestión social de la naturaleza —exacerbando los modelos productivistas, incluyendo aquellos que incorporan parámetros de ecoeficiencia.

10. La resubjetivización guattariana —si bien en su caso no se plantea con total explicitación— debe entenderse como reemergencia del ser en lo natural: de allí deviene la actual utilización en ese sentido del pensamiento heideggeriano y los fermentos de aportes filosóficos que insinúan la perspectiva crítica

de una reconstrucción del ser sólo a partir de una restauración del ser natural o del ser en lo natural, por ejemplo en Sloterdijk, Serres, Nancy, Barthes, Alba Rico, etc., confluyendo diversa o heterogéneamente en consideraciones acerca de un entendimiento posmarxista (o poseconomicista) del modo productivo capitalista.

En el pequeño texto que Félix Guattari dedicará a su mirada ambiental —*Las tres ecologías*— propondrá la necesidad de elaborar a la vez una *ecología medio-ambiental* (que refiere a la naturaleza antropizada) y una *ecología social* (en donde las instituciones fueran resignificadas de cara a los acontecimientos dramáticos de la desnaturalización), pero asimismo también aludirá a la menos considerada *ecología de las conciencias*, según la cual la calidad misma de una posible resubjetivación pasaría por la capacidad del individuo de reinstalarse en el mundo, lo que llevaría consigo, a fin de alcanzar esa dimensión de salvación ecológica de las personas, redefinir por completo la educación, el derecho, el manejo psíquico de las pulsiones y los deseos y una recentración molecular de las actuaciones del ser en el mundo a partir de las características de nuevas redes relacionales signadas por valencias ecológicas.

11. El proceso de extinción de lo natural debe ser psicosocialmente soportado de varias maneras: una es el sucedáneo propuesto por la estética posmoderna y la propuesta de *resignificar lo bello no natural*; otra es la *hipertrofia técnica presentada como inexorabilidad histórica*, y una tercera es la elaboración de una *ficción de lo natural* en que *lo artificial se presenta como neo-naturaleza*.

La salida o el giro estético-comunicacional ha devenido no sólo en una modalidad funcional al desarrollo capitalista avanzado —abriendo nuevas dimensiones de praxis y de consumo— sino en un estamento más del pasaje de estados de bienestar objetivos a estados de consumación virtuales. Se trata de modos de desimplicarse en mundos materiales degradados a partir de fruiciones que algunos llaman hipersublimes, en tanto estéticas operantes en lo hórrido. La desactivación de lo bello implica a la vez la desaparición de lo feo y ello opera como mediación estéticamente validada de la degradación del mundo. Nunca como ahora caemos fuera de la idea de *belleza natural* (con todas sus preceptivas: armonía, rítmica, generatividad, sensibilidad, etc.) y no habiendo *naturaleza* se extingue también el concepto (¿clásico u ontológico?) de *belleza* y devenimos en flexiones estéticas sustitutivas como el gusto logocéntrico (o impuesto por modeladores del gusto general) o la exasperante velocidad de las modas.

La confianza en lo técnico avanza más allá del viejo (moderno) paradigma del progreso ya que se sitúa en un nivel que podría llamarse de la autonomía de la técnica, con lo cual ésta adviene un dominio, por así decirlo, autopoietico y capaz de suscitar encadenamientos irracionales del orden de tecnologías pro-

blemáticas paliadas, moderadas o sustituidas por nuevas tecnologías en cadenas causales cada vez más autónomas de realidades del orden de la necesidad de los sujetos. Ivan Illich discutió con profundidad esa hipertrofia de lo tecnológico sin valor en sí de mejoramiento social como el desarrollo de redes irracionales de tecnologías de la medicalización, la energía o el transporte. El fenómeno de la maquinización orgánica de unas tecnologías imbricadas en perfeccionamientos de falencias del ser humano —como las llamadas bioingenierías— o directamente en la capacidad de replicaciones genéticas *ad novum* son algunas de las perspectivas de esta vía de restauración de naturalezas perdidas.

Las colecciones de relictos naturales emergen en este procesamiento conceptual del desarrollo de sucedáneos de naturaleza, en parte como mala conciencia política-social, y en parte (mucho más socialmente restringida) como disfrute diferencial de lo último-natural. Como alternativa exótica pero complementaria a ese muestreo de naturalezas como esencias de consumo socialmente diferencial, se plantea una diversificación *ad infinitum* del concepto de *thematic park*: en Japón hoy se paga un abono bastante alto que da derecho, dentro de llamados *agroparks*, a ensuciarse la manos con tierra natural certificada en un minihuerto de 3 m²; en Postdam, a las afueras de Berlín, una cúpula de varios centenares de metros permite a los usuarios disfrutar de temperaturas tropicales, tostarse con soles artificiales y mojarse en un mar artificial.

12. Con la extinción de lo natural se extingue inevitablemente el *espectáculo de lo natural* y una noción de sujeto como espectador-fruidor de lo natural que había sido constitutiva primero, de la entidad de lo religioso y luego, de lo estético, en el arco de experiencias que llevan de la noción de lo bello-natural a lo natural-sublime.

Una breve historia del *paisajismo* —como arte de manipulación de la relación entre ese sujeto espectador y la naturaleza como espectáculo (que podía dis-ponerse en esa función)— detecta el pasaje de un modelo apolíneo o clásico en que el paisaje deviene inmersión cuasi religiosa del ser en el entorno, a los desarrollos alegóricos medievales (paisajes rememorantes del *Ur-paisaje*, el Edén paradisíaco), renacentistas (el paisaje natural establecido como contraparte necesaria de la abstracción urbana y fuente metafórica de la racionalidad de la cultura), barrocas (el paisaje natural violentamente sojuzgado como expresión de poder, aunque en cuotas irrelevantes que sin embargo funcionan como laboratorios de tecnologías de transformaciones territoriales intensivas) o el modo del *jardin anglais* (ya complejamente actuado para parecer natural en modo más o menos complementario al desarrollo del inicial liberalismo proindustrial).

La historia del paisaje —como historia de los acondicionamientos perceptuales entre sujetos y fragmentos distintivos de naturalezas, ambos selectos— es

también si se quiere, la historia de la resignificación política de la naturaleza, por ejemplo la construcción de concepciones como las del *desierto*, un paisaje susceptible de presentar una *hipernaturaleza* que validara una invisibilización de sujetos y culturas previamente activos en esa construcción ideológica necesaria como paso previo a ulteriores ocupaciones de tal supuesto vacío.

Otra derivación política del acompañamiento estético e ideológico del proceso histórico de transformación extintora de los mundos naturales es el forjado de la idea de *barbarie* como metáfora del sujeto natural, que dio lugar a la fundación colonial de disciplinas que como la antropología, aportaran criterios para medir los atrasos de esa naturalidad y la conveniencia de proceder a esquemas transformadores que genéricamente han sido expuestos bajo la contradicción *civilización versus barbarie*.

Aparecen no sólo científicamente sino también culturalmente, otras tipologías de lo natural susceptibles de operarse como naturalezas políticas, por ejemplo la *selva* como edén y como infierno. La noción ambivalente —munífica pero peligrosa— de la naturaleza-selva abre el campo para el despliegue de las metáforas del origen natural y de la lucha (darwiniana) por la supervivencia.

La concepción desordenada del *exceso de naturaleza* que conlleva la selva —si bien Darwin o Humboldt lo tomaron más bien como laboratorio explicativo de la complejidad natural— hizo viable y recomendable organizar desplazamientos desde el orden natural preindustrial a las apologías técnicas, desplazamientos en los que el ideal de la domesticación de lo natural se postula como históricamente necesario.

Esta escena se presenta bajo el síndrome robinsoniano como ambiente de munificencia y desorden, en el cual solamente el ingenio artefactual humano puede organizarlo primero como *homo faber* (ya no salvaje o natural sino prototécnico) y luego como maquinaria social, proceso éste explícito en el discurso de Rousseau que arranca del *buen salvaje* (porque necesariamente hay un *mal salvaje*) y concluye o se destina en un ideal de *gemeinschaft*, comunidad o sociedad organizada en que se han conjurado los problemas y peligros del exceso de naturaleza.

13. Cuando todo este proceso, cuyas características puntualizamos brevemente en las notas anteriores, concluye y puede aceptarse un estado de virtual y completa dominación productiva de la naturaleza emerge lo que ahora podemos llamar cultura o ideología ambiental, cuyo propósito central va a ser emprender no tanto una (ya imposible) salvación o restauración de los mundos definitivamente dañados, sino en cambio un proyecto de *mitificación de la naturaleza*.

Fuera del perfil crítico de algunas aproximaciones científicas vinculadas a la descripción de los procesos regresivos de descalificación natural, el am-

bientalismo se presenta más bien como una *neo-religión posmoderna* en tanto proyecto articulado con la nostalgia de un mundo perdido que hoy tan sólo puede criticarse. Heidegger sería uno de los profetas modernos de esta religión y, según su propia y decadente experiencia, más bien conviene adscribir este pensamiento a una modalidad ético-religiosa que a una alternativa política.

La reemergencia actual del romanticismo puede ser entendible como nuevo requerimiento de *sujeto sublime* cuyo proceder está situado ahora ya no como reacción estética al exceso de naturaleza sino al contrario, al *exceso de cultura*, surgiendo así una suerte de *sublime posmoderno* cuya experiencia se consume entre otros campos, frente a la contemplación de la devastación de lo natural.

La estética emergente de una política posibilista que Toni Negri —quizá la máxima expresión actual de *left-posmodernism*— elabora como tentativa neorromántica es la que propone como horizonte para una política de *multitudes*, en una revisión de las ideas de Hobbes y Spinoza ya muy lejana del *protowelfare* en que se forjaron sino ahora asumiendo el paisaje de lo hipersocial, una especie de macroanimalidad en la que reverbera la barbarie natural pero ahora fuera de la naturaleza y sin naturaleza.

El romanticismo de Marx, que propone una noción de *segunda naturaleza* engendrada por la estabilización cultural de las transformaciones productivas que el trabajo social obtiene sobre la naturaleza, da paso a una idea desbordada y desustancializada de *naturaleza secundaria* entendida meramente como producción tecnocultural en la cual aparece profundamente transformada la idea de productividad pero, mucho más gravemente, aparecen casi extinguidas tanto la categoría de trabajo social como la de naturaleza.

Entender este proceso no significa admitirlo o asumirlo pacíficamente —el camino *micropolítico* de la resubjetivización guattariana es una de las vías, tanto como el potenciamiento de la *multitud* o el *acontecimiento* como categorías políticas en Negri, Virno o Lazzarato— y entre otras cosas cabe una crítica a los modelos resemitizantes (del aporte de Austin —el *discurso performativo*— a las reivindicaciones minoritarias —Butler, en la línea de Arendt—) por su pragmática aceptación de la facticidad hipercapitalista, crítica que puede apuntarse en apoyar alternativamente las propuestas *dialógicas* y la recuperación del universo de Batjijn.

14. La emergencia del discurso ambiental, constituida en un momento ya relativamente tardío e irreversible del proceso de la modernización y de su negatividad situada en la tendencia a extinguir el mundo natural, alcanza como dijimos, y por tales circunstancias, una entidad o cualidad predominantemente dirigida a producir una mitificación de ese mundo camino a su desaparición fáctica, mitificación que señalamos, bien puede ser entendida más como una postulación ético-religiosa que científica, artística o cultural.

Decimos esto puesto que admitimos e incluso proponemos un talante *teleológico* en el ambientalismo, una voluntad de entender el final de un proceso y la tendencia conducente a ese final, de donde emerge un estrato ético y una argumentación axiológica.

Lo ambiental, aun o sobre todo en esa dimensión religiosa–mitificante que presenta, adquiere entonces una cualidad moral y utópica, no un mero contemplar y describir lo dado de un mundo políticamente inexorable que hoy se presenta en los campos de las ciencias, las artes o la producción de cultura (cuya entidad dicho sea de paso, hoy es muy difícil de circunscribir siendo que parece tratarse nítidamente de un modo más de producción altocapitalista de baja o nula capacidad de fugar del estatuto de las mercancías).

Como todas las formaciones mítico–religiosas lo ambiental también contiene un espíritu salvífico o de sanación y es así que puede verse como construcción remedial y consolatoria frente a la constatación de la degradación de la naturaleza.

En cualquier caso y habida cuenta de la complejidad de la agenda problemática de la modernidad posindustrial y posurbana, lo ambiental aparece quizá en soledad dentro del campo de las construcciones cognitivas contemporáneas, como un intento de proposición de una *naturaleza otra*: naturaleza recompuesta en el orden de lo posible (manejo prudente de los vestigios remanentes, reconstrucciones de biomas, parches, etc.), naturaleza secundaria entendida como cultura localmente estabilizada y como artificialidad de eficiencia comprobada que pueda sustraerse a una permanente renovación consecuente de la degradación y obsolescencia programada del mundo material–mercantil, y también utopía mítico–religiosa de una naturaleza perdida pero todavía esgrimible como condición de restauración de las subjetividades aun constituyendo los *futuros ser–ahí* en ambientes artificiales pero calificables como *ahís* posibles y necesarios.

2. Plataformas de sustentabilidad

Soportes urbano–territoriales, problemáticas y gestión ambiental

La noción de *sustentabilidad* es un concepto *relacional*, no absoluto, ya que algo se articula con cierta externidad y entre ambas entidades se sustancia la función o circunstancia de que *una sustenta a otra*.

Se trata de una relación inestable o variable que puede tener visos de eficacia o funcionalidad y también parece ser que se trata de algo circunstancial pero condicionante de la viabilidad, perdurabilidad y calidad de lo sustentado.

La sustentabilidad implica intercambios —de capacidad/demanda sustentante, traducible más o menos directamente a energía— lo cual y sobre todo en la era capitalista significa que la sustentabilidad cuesta, o sea que tiene existencia y traducibilidad o equivalencia económica. Un posible carácter arquetípico de la sustentabilidad para los humanos (pero en este caso, en tanto nada más que animal evolucionado) es que opera a través de transferencias energéticas simples básicamente en el orden de energías elementales como el trabajo físico–corporal, la combustión, la cubrición, la biocompatibilidad de sustancias tróficas entre el hombre y otros organismos, etc. Pero todo eso se complica tremendamente con el despliegue de la técnica, de lo cual, como entienden antropólogos como Redfield, la urbanidad es una clase específica de manifestación de ese despliegue: sobre todo con las que Peter Sloterdijk llama *alotécnicas* —entendibles como violadoras de naturaleza— que sólo muy recientemente y al borde de irreversibilidades catastróficas están empezando a reemplazarse con *homeotécnicas*, definibles como miméticas de propiedades y procesos naturales.

Para que lo sustentado funcione como tal, requiere una calidad de sustentación o un *soporte*: el ejemplo más ramplón es un organismo vivo, cuya función vital le es garantizada externamente por un determinado medio de sustentación (alimentos, oxígeno, etc.) que puede alcanzar una determinada expresión escalar o territorial (por ejemplo, los límites o la frontera de un biotopo).

La idea natural por la que se acuñó el concepto de *ecotopo* como entorno de supervivencia y evolución de una determinada especie da ejemplo a este concepto y en tal caso es bueno entender que ese entorno es vital o activo, es decir que se constituye como un entramado o enjambre de materia viva, no meramente como un soporte inerte.

Cuando el tema pasó de un recorte informacionalmente manejable —un terrario o un fragmento acotado de naturaleza en la que se pueden modelizar y analizar flujos y *stocks* de energía/materia como el famoso laboratorio de Hubbard Brook— a entidades complejas tales como una ciudad y su población, la noción se desdibuja y complejiza notablemente y puede llegar a devenir un concepto más ideológico que científico y por tanto, una noción puramente especulativa y para nada conclusiva en términos de análisis de problemáticas y gestión ambiental de ciudades o territorios complejos.

Pero está de moda y aparece en cuanto discurso innovativo que hoy quiera producirse desde el saber y/o el poder: todo tiene que poseer *calidades* o *garantías* de *sustentabilidad* justamente cuando empieza a ser históricamente constatable el ingreso a una etapa que está o estará signada por criterios de *asignación social desigual de capital natural*. Dicho de otra forma, entramos en la etapa histórica de seleccionar *estándares sociales desiguales de sustentabilidad*.

Lo que podríamos llamar una *desnaturalización* de la idea de sustentabilidad de lo social se patentiza en el inédito acceso a un momento de la historia en el cual, por primera vez, no existen garantías de reproducción biológica de la especie humana.

De hecho, una sexta parte de la población mundial no alcanza el umbral mínimo de aporte calórico de alimentación diaria, y otras proporciones variables pero importantes de la misma padecen diferentes síndromes de ausencia de sustentabilidad.

Los estudios teórico—empíricos sobre *huella ecológica* demuestran claramente tres cosas:

- 1) qué sustento o soporte natural tiene cada asentamiento urbano o sea, cuánta naturaleza gasta *in tótum* (ya que es una noción *per cápita* que como las económicas no logra discernir la realidad de la medida concreta de cada individuo real; cuánto efectivamente *come/quema cada quién*);
- 2) qué variaciones existen entre habitantes rurales y urbanos (de 0,5 HA/H a 20 y más) y entre habitantes de diferentes ciudades (desde 0,9 en Bombay hasta 20 en Nueva York) lo que ya entrega información sobre *apropiaciones desiguales de capital natural*; y

3) que el mundo democráticamente entendido ya *no es sustentable* (una media razonable de 4 HA/H daría más de 24 mil millones de HA y el mundo sólo tiene a máxima explotación, 10 mil millones usables o susceptibles de sustentar población con la tecnología relativamente disponible).

Recordemos de paso, a este efecto, aquel célebre aforismo de Arthur Clarke, uno de los fundadores de la *science fiction*: *Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia*.

Me gustaría sobre la base de estos comentarios sugerir pues que la sustentabilidad debería perder su pretensión de parámetro de control estricto y en lugar de ello, abrir un debate sobre la *negociación político-social de sustentabilidades posibles*, lo que se constituye en tema de relaciones políticas y formas de poder.

Asimismo, creo que debe profundizarse el análisis de la *relatividad* (y eventualmente de la intercambiabilidad o conmensurabilidad) de las formas o evidencias de medir, modelizar y referenciar las diversas expresiones de la sustentabilidad.

Es en este sentido que entenderíamos la idea de *plataforma*, que tendría varias acepciones o sentidos, a saber:

- 1) la idea de soporte o estructura relativamente *homogénea* en sí pero que opera como sustento de entes externos o heterogéneos que dependen de ella;
- 2) una noción de planos, estratos o dimensiones diferentes de esa primera idea de estructura soporte, de forma tal que podría hablarse de diferentes capas o *layers*, cada una cumpliendo con la definición precedente respecto de otra distinta en sí pero conceptualmente semejante;
- 3) un concepto de *núcleo e irradiaciones* para tales estructuras-soporte, de manera tal que haya epicentros y orillas de sustentación siendo por tanto la función soportante no tanto o no sólo una función claramente delimitable sino al contrario una prestación que adquiere cualidad (o defecto) de modo sinérgicamente sistémico; y
- 4) un modelo en el que se pueden simular alternativas de presión/respuesta (del ente sustentado respecto del sustentante), condiciones de control y variación del intercambio de oferta/demanda entre ente sustentante y sustentado y condiciones de negociación y compensación entre los factores que definen la presión/demanda en un sentido y la respuesta/oferta en otro.

Veamos ahora un pequeño conjunto de notas que nos permitan, si cabe, avanzar en una tentativa de axiomatización de los argumentos expuestos.

1. El concepto de plataforma

Si bien, como se verá, la idea de *plataforma* que será presentada es válida para *cualquier asociación entre entidades soportantes y soportadas*, lo que sigue estará más bien referido a discutir aplicaciones teóricas de esta noción para avanzar

en la comprensión del tema de la *sustentabilidad urbana*, en que una primera acepción comprendería *lo territorial/preurbano como entidad soportante y lo urbano* —como estructura y como función, como forma y como actividad, como multiforma y multiactividad, como artefacto—ciudad y como sociedad urbana— *como entidad soportada*, caracterización en la que una parte del proceso material de instalación de funciones urbanas en estructuras territoriales, a saber, la dotación de soportes técnicos estables o durables que llamamos *infraestructuras*, pasa procesualmente a formar parte de la entidad soportante y se funde o imbrica en el conjunto de componentes propios de aquella pre-existencia territorial/preurbana que referíamos.

La noción de sustentabilidad ha sido fértil para introducir la idea de una *sistematicidad biunívoca* entre organismos y medios—soporte, entendidas estas entidades como autorreguladas y autónomas entre sí, en todo caso interferidas entre sí por aquellos eventos que llamamos *impactos*.

A su vez podría referirse a una multiplicidad de *correlaciones de sustentabilidad*: un organismo es sustentado por otro (es el caso de las relaciones entre huésped e invitado), un organismo es sustentado por los residuos de otros, un organismo se inserta en una trama trófica determinada, un componente abiótico (por ejemplo, un estrato geológico) es sostenido por otro y emerge de un determinado estado de fluencia de componentes previos, etcétera.

Llamaríamos *plataforma* a la *interfase concreta de estipulación de una determinada condición o estado de sustentabilidad*. Restringir el análisis a esa idea de plataforma implica no tanto investigar las condiciones *per se* de los entes sustentantes y sustentados sino, al contrario, la cualidad y calidad de dicha condición o estado.

Es en el concepto de plataforma que podría modelizarse la situación específica de sustentabilidad en una relación cualquiera de entes o entidades sustentantes y sustentadas e incluso indagar tanto el proceso formativo o evolutivo de dicha condición, así como probables estados de desarrollo futuro de la misma.

Así como es conceptualmente posible modelizar un *quántum* virtualmente infinito de posibles plataformas, también es modelizable cierta integración sinérgica entre muchas de ellas obteniéndose si cabe, *integrales de calidad de plataformas*.

Operativamente por tanto, es perfectamente posible definir una escala determinada de la plataforma en cuestión, que resulta de la escala de la entidad sustentante y de la sustentada aun siendo tales entidades no isomórficas ni isocrónicas.

Cabe también hipotetizar alternativas de gestión o intervención tendientes a mejorar una determinada calidad de sustentabilidad mediante la exploración de variables externas a cada una de tales escalas (por ejemplo, achicando o ampliando poblaciones y/o territorios).

En estas hipótesis funcionan procedimientos de negociación e intercambio, mecanismos de ajuste o compensación, acciones racionales o irracionales, etc. Por ejemplo, el antedicho concepto de huella ecológica puede ser ampliado simplemente si la población sustentada tiene capacidad económica para transar productividad natural (renta natural) de áreas externas que pasan así a operar como extensiones de soporte.

La idea de plataforma debe operar, sin embargo, no como mero sinónimo de cartografía, aun cuando ésta se trate de sistemas complejos de información heterogénea ya que entenderíamos a esta noción como multidimensión activa, como geografía sensible/vulnerable tanto a dinámicas endógenas del subsistema soportante (por ejemplo, un régimen de drenaje de un suelo determinado o un potencial de oferta de servicio de red de agua por ejemplo a partir de combinación de variables como calibres–presiones de red) como a dinámicas endógenas del sistema soportado (por ejemplo, cambios de demandas de insumos por nomadismo de la población demandante) a lo que hay que integrar las dinámicas exógenas de cada subsistema (articulaciones unívocas de subsistemas soportado/soportante y viceversa) así como las demandas interactivas (articulaciones multívocas de ambos subsistemas). El concepto de plataforma se caracterizaría además por otras dos características: las variaciones procesuales y escalares —o cambios de su entidad sistémica en el tiempo y en el espacio—, conjuntamente, modelos de variaciones pulsátiles.

2. La noción de *plataforma 1*



La ciudad puede conceptualizarse como una tecnoestructura que sostiene/sustenta sociedad: allí aparece la noción de *sustentabilidad social* como una cierta medida de calidad de esa sustentabilidad.

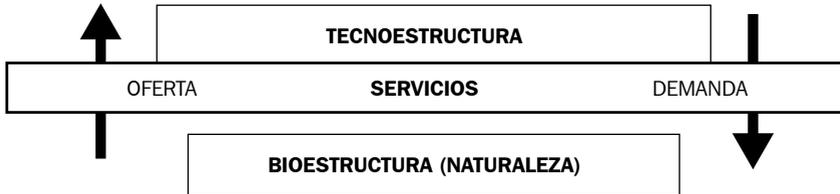
Llamamos *plataforma 1* a esa dimensión o estrato de interacción entre sociedad y aparato urbano. El aparato urbano no debe ser entendido como un soporte o estrato estable sino al contrario, como una plataforma de alta mutabilidad, que evoluciona complejizando su transformación técnico–infraestructural y/o su interacción con entornos externos que suministran subsidios matérico–energéticos o que operan como receptores de residuos.

Es además geoterritorialmente mutante ya que evoluciona orgánicamente sobre un soporte del cual tiende a captar espacios más grandes y mayores subsidios, a menudo distorsionando patrones territoriales complejos como redes de drenaje, cuencas o asociaciones suelo/agua/vegetación.

De allí que una parte de la gestión o manejo de estas plataformas se escinda entre agregar *intensivamente* tecnología al soporte en cuestión o agrandar lo funcional y *extensivamente* en relación con tales entornos territoriales.

Podemos modelizar y gestionar, en cierto sentido, esta plataforma como escenario de análisis de la calidad de sustentabilidad social, y también resulta posible en esta dimensión discutir fenómenos de asignación de cuotas de sustentabilidad (que equivalen en este caso a clase y cuantía de oferta de servicios, entendidos éstos en sentido amplio, es decir, más como *servicios ambientales*), caracterizar el estado y legitimidad de las demandas insatisfechas de servicios (que define negativamente el déficit de sustentabilidad) y definir marcos de negociación, consenso, modalidades estratégicas de mejoramiento de dicha dinámica de oferta/demanda, sinergias, etcétera.

3. La noción de *plataforma 2*



Dicha plataforma 1 entendible como una tecnoestructura evolutiva que interactúa con entornos de alta variabilidad está a su vez sustentada por un fragmento sistémico de naturaleza cuya calidad es modelable como *sustentabilidad ecológica*. Llamamos a ese sustrato *plataforma 2*.

Tradicionalmente en el campo de lo que llamaríamos ciencias del territorio ambas plataformas (aquí conectadas por su común aunque diferente supeditación a modalidades de asentamiento urbano) han sido analizadas, estudiadas y modeladas de manera autónoma. La primera más, bien como una esfera dominada por el complejo de demandas sociales y antropizada por las ofertas tecnoestructurales; la segunda, como campo de las ciencias de la naturaleza ahora relativamente interactivas en este sentido según las miradas y aportes de la ecología sistémica.

Cabe pensar además que las dos dimensiones de sustentabilidad que se verifican o miden en cada una de las plataformas mencionadas —la sustenta-

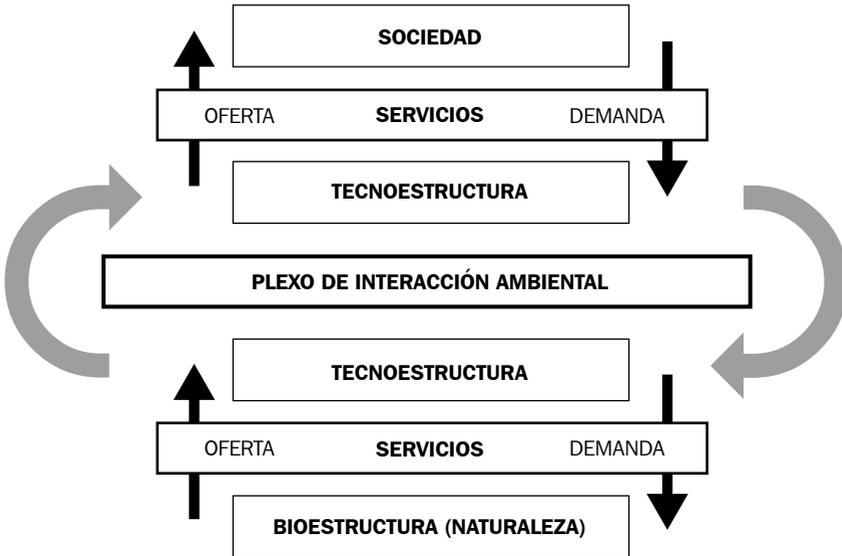
bilidad social y la sustentabilidad ecológica— resultan pertenecer a dos de las tres dimensiones en que se había formulado el concepto triádico de desarrollo en Río92, y aquí pensamos que estas dos dimensiones están suficientemente trabajadas desde los ámbitos de pertenencia académica mencionados de forma de constituir entidades susceptibles de fungir como objeto de conocimiento o, lo que es lo mismo, entidades susceptibles de ofrecer pruebas empíricas de sus características. En Río se intentó además definir y establecer dicha noción triádica a diversas escalas, de las cuales la que estipuló el capítulo XVI del Acuerdo puso en marcha el mecanismo llamado de *Agendas Locales XXI*, expresamente entendido como metodología de formulación de estado y metas de sustentabilidad a escala local y urbana.

Se trata así de entidades objetivas (fuera de las posibles dimensiones cualitativas que pueden ser atribuidas a propiedades o funciones en que se manifiestan tales sustentabilidades) y por tanto, con formas de evidencia espacial o territorial ya que las tecnoestructuras soportantes de sociedades (plataforma 1) y las bioestructuras soportantes de tecnoestructuras (plataforma 2) admiten representaciones y modelos predominantemente bidimensionales, ello sin perjuicio de contener, pero en modo subsidiario a su entendimiento, variables de profundidad o estratificación y variables de procesualidad o diacronismo, es decir, complejidad espacio-temporal.

No pueden afirmarse nociones semejantes del otro atributo de sustentabilidad perteneciente a la tríada original del concepto forjado en la reunión de Río ya que el concepto de sustentabilidad económica es en sí intrínsecamente abstracto, en tanto traduce a dimensiones de valor (económico o de cambio) cualquier otra manifestación que se lleva así a un plano de abstracción paramétricamente funcional a la idea de intercambio.

Si se abandona en cambio la pretensión hegemónica del pensamiento económico de forjar un estatus general y absoluto de valor apto para definir normas de intercambio, lo contrario resultaría científicamente aceptable, esto es que las sustentabilidades social y ecológica poseen características que en general admiten una amplia valorización siempre que se abandone la idea de una inconmensurabilidad absoluta, es decir que todas las expresiones o matices de aquellas sustentabilidades pueden ser traducidas a valores económicos y formar parte de intercambios políticamente morales.

4. La noción de *plataforma 3*



Podríamos suponer que existe una imbricación de las dos plataformas precedentemente definidas, imbricación cuya complejidad ha crecido en el desarrollo histórico de la modernidad. Se trataría de la articulación entre las nociones precedentes de plataforma (que permiten medir y modelizar sucesivamente las sustentabilidades social y ecológica de un asentamiento urbano) según un campo conectivo que aquí llamamos plexo de interacción ambiental y que contiene si cabe, tanto el esquema de la normalidad racional o positiva de las relaciones sociedad/naturaleza como el esquema de la anormalidad irracional negativa de las disrupciones sociedad/naturaleza que en general han sido definidas como impactos ambientales.

En ese plexo se establece una imbricación entre las plataformas 1 y 2 y asimismo aparecen definidos, por fuera de los circuitos oferta/demanda de la sociedad respecto de la tecnoestructura (plataforma 1 = sustentabilidad social) y oferta/demanda de la tecnoestructura respecto de la bioestructura (plataforma 2 = sustentabilidad ecológica), otros flujos de oferta y demanda que se pueden establecer directamente —o sea, fuera de las mediaciones técnicas— entre sociedad y bioestructura (en este caso como un componente de la naturaleza que la abarca y define).

Entendemos tal imbricación como la emergente de las relaciones del conjunto de demandas sociales con el conjunto de servicios ambientales (que a su vez disponen de una racionalidad relativa *versus* el sistema de impactos

ambientales —que puede ser leído como un conjunto de fenómenos de irracionalidad relativa— y las condiciones entrópicas o irreversibles de la condición autopoiética y autorregenerativa de la oferta de tales servicios).

Llamamos *plataforma 3* a los modelos ilustrativos de tal imbricación y, tal plataforma, resultaría ser la dimensión para modelar la noción de *sustentabilidad ambiental* que operaría pues no tanto como una condición ideal o maximalista de calidad de vida según los parámetros de sustentabilidad, sino más modestamente como medida del *balance entre déficits de sustentabilidad social y superávits de sustentabilidad ecológica*, ya que la *demanda* o *cualidad activa* que detona la calidad sustentante de la plataforma 1 siempre debería encontrar condiciones de *oferta* o *cualidad pasiva* emergente de cierta productividad de la plataforma 2, tal que no devenga en mermas irreversibles de la mencionada racionalidad.

La idea de *pasividad* remite más bien a una noción de *heteronomía del mundo natural* en el sentido de intentar mantener su autonomía funcional, limitándose en tal caso las maniobras sociotécnicamente activas de manejar o poner en hiperproducción ese mundo.

La relativa insondabilidad de esa productividad se articula con la relativización de las hipótesis de riesgo por cuanto sin conocimiento cabal de límites o fronteras de productividad se realizan maniobras de captación intensiva de tal, a menudo, productividad teórica muchas veces excesivamente dependiente de suplementos técnicos de extracción y captura.

Se han desarrollado recientemente diferentes modelos tendientes a describir el concepto de balance entre déficits de sustentabilidad social y superávits de sustentabilidad ecológica, de los cuales, un desarrollo evolutivo de la noción de huella ecológica, resulta ahora de interés por caso en torno de estudios liderados por Mathis Wackernagel (uno de los iniciales acuñadores de la noción de *ecological footprint*¹) *et al.* (2006). En tal ensayo se consideran, a los fines de establecer una suerte de balance ambiental–sustentable —lo denominan *ecological footprint accounts*— cuatro elementos, a saber, la población del Estado o ciudad en cuestión, la expresión de su EP (o sea, hectáreas *per cápita* de presión de la población sobre su plataforma natural), capacidad biológica (medida como hectáreas productivas *per cápita*) y el saldo que puede ser neutral (o), negativo (llamado *ecological deficit*) o positivo (denominado *reserve*).

De los resultados que presentan con datos de 2002 para el mundo global y para los 22 Estados nacionales de mayor significación demoeconómica extraemos algunos resultados en la tabla que se transcribe:

Estado	Población (millones)	Huella Ecológica	Capacidad Biológica	Déficit Ecológico (-) Reserva (+)
MUNDO	6225	2,2	1,8	- 0,4
ARGENTINA	38	2,2	6,7	+ 4,5
BRASIL	176	2,1	10,1	+ 8,0
CHINA	1302	1,6	0,8	- 0,8
INDIA	1049	0,7	0,4	- 0,4
MÉXICO	102	2,4	1,7	- 0,7
USA	291	9,7	4,7	- 5,1

5. Lo sistémico I

Para introducir algunas cuestiones más propias y explicativas de las dinámicas transformativas de las plataformas y su variabilidad empírica a la luz de cualquier indicador modelístico, cabe referir a dos ideas de sistematicidad (en tanto dinámica de partes/todo en relación con entornos o *afueras* sistémicos) a saber, la propia de la morfogénesis de los asentamientos y la específica del cambio societario en un sentido, y de la evolución/transformación de lo infraestructural en otro sentido complementario o interactivo.

Lo sistémico que estamos refiriendo aquí debe entenderse como una fenomenología que opera por sobre la entidad específica de las plataformas, tanto en el sentido de suponer la existencia de procesos o dinámicas que externas a ellas las transforman significativamente, cuanto en el sentido de entender a componentes de esa sistematicidad como si fueran *suplementos de plataforma*.

Hoy el concepto de sustentabilidad —superadas las fronteras políticas de soberanía y allanadas las transacciones de cualquier clase vía el mercado globalizado— está fuertemente redefinido no por lógicas propias de la entidad de la plataforma sino por la capacidad de generarle suplementos de extensión y evolución indefinida.

En parte esa ampliación ilimitada de plataformas es lo que avala la existencia de huellas ecológicas grandemente divergentes y su tendencia a ensanchar las brechas entre hiperdesarrollo y subdesarrollo directamente emergentes de las posibilidades diferenciales de financiar expansiones de *huella*.

Una característica dominante del capitalismo contemporáneo es la apertura indiscriminada de transacciones de capital natural según costeos crudamente economicistas y un nuevo factor de generación de renta diferencial se relaciona con un redoblamiento en la externalización de costes ambientales.

El primer nivel mencionado de sistematicidad alude a las dimensiones territoriales del crecimiento, expansión y desarrollo espacial de las organizaciones

sociales complejas. Tal condición sistémica posee características de complejidad en las relaciones partes/todo y posee un *afuera* sistémico que la modernidad ha presentado en una condición abstracta de presunta infinitud, salvo hasta encontrarse límites a la expansión interminable de las megaciudades, las áreas metropolitanas, los *urban corridors*, los sistemas *sprawl* o cualquier otra formación reciente; límites emergentes en un primer sentido de las condiciones maquínicas de las megaorganizaciones socioterritoriales (fricción, movilidad/accesibilidad, conectividad, etc.), en un segundo sentido, de las estipulaciones de la reorganización posfordista de la producción (alcance del paradigma de *economía líquida*, movilidad, logísticas *just in time*, redes y flujos de transferencia de datos, etc.) y en un tercer y último sentido, de las restricciones recientemente asumidas de las condiciones de sustentabilidad (o en rigor más bien, los límites técnicos y económicos para expandir aquella supuesta restricción de carácter sustentable, de forma que el problema no es transgredir o superar un límite teórico de soporte sino la superación de determinados parámetros de costos).

En general las tendencias de urbanización pueden verse en el desarrollo histórico moderno como aumentos en la concentración de presiones antrópicas, lo que se potencia negativamente en la ausencia de ordenamiento territorial para la optimización de las presiones dada en el fracaso de las planificaciones de tipo gravitatorio/locacional y aun en general, en las llamadas *economías de escala* hoy devenidas en *economías de alcance*.

Otros criterios de ordenamiento territorial estarían emergiendo en la búsqueda de la optimización del comportamiento de economías líquidas posfordistas, de los cuales los instrumentos pertenecientes al *strategic planning* parecieran todavía pertenecer a una especie de prehistoria fordista meramente regulada por la competitivamente exacerbada presentación de opciones, oportunidades u ofertas de servicios cuyas características centrales estriban en criterios de competitividad generalmente instalados en la externalización de costos de sustentabilidad y en la capacidad de delimitar restrictiva e irracionalmente mosaicos de las dimensiones sistémicas apuntadas.

6. Lo sistémico II

La sistematicidad precedentemente comentada —o sea aquella de la lógica evolutiva de los asentamientos en sus soportes territoriales— debe imbricarse con otro campo por así decir, abstracto, configurado por dos dinámicas no siempre congruentes con la sistematicidad antes referida. Quiero aludir concretamente a la sistematicidad que emerge, refiriéndonos a un determinado asentamiento, en los respectivos entornos de la sociedad y la infraestructura de tal asentamiento en cuestión.

Cuando hablamos de *sociedad*, existe al interior de ese colectivo una serie de aspectos y categorizaciones que definen y caracterizan segmentaciones de la calidad de vida general de tal colectivo —en lo que podría remitir a una cierta modelística de partes/todo, incluso funcionalizada tal sistematicidad en los instrumentos de comunicación al interior de tal colectivo, que algunos sociólogos sistémicos como Luhmann, directamente definen como sociedad, es decir que *lo social es lo comunicacional*— pero además, existe una dinámica que relaciona sistémicamente tal interior con un *afuera* contextual que estipula tensiones relevantes a lo social, por ejemplo, los procesos de movilidad demográfica afuera/adentro y viceversa y los procesos de movilidad social según los cuales los grupos sociales discurren sobre los territorios (dinámicas trabajo/residencia, dinámicas sobre *mercados del usado* del parque habitacional, dinámicas locacionalmente disruptivas como las de *homeless*, *squatters*, piqueteros, nómades urbanos, etcétera).

En cuanto a la infraestructura también posee una sistematicidad inherente la interacción partes/todo —en este caso bastante ligado a lógicas técnicas— y al derrame de esa totalidad en los entornos de sistema que establecen dinámicas diferentes como por ejemplo el agua que Cataluña compra en Francia, los excedentes energético-eléctricos que se subastan diariamente en USA mediante redes interconectadas —en que Las Vegas por caso, es la ciudad más compradora— o los procesos de relleno sanitario que megaconcentraciones como Buenos Aires están negociando no sin dificultad arrendando tierra de hasta 100 km a la redonda o los *packs* de basura compactada que la autoridad metropolitana neoyorquina negocia para depositar en reservorios submarinos de diferentes jurisdicciones internacionales.

7. Intercambios I

Las nociones precedentes de plataforma (como entidad de interacción ambiental de algún tipo sobre las que pueden modelizarse ideas o estados de sustentabilidad) y de sistematicidad (como los *afueras* de las plataformas que sin embargo afectan y determinan a éstas) deben complementarse a los fines descriptivos con otro par de nociones, a saber, la de *intercambio* y la de *mosaico*.

Llamamos *intercambios* a los procesos de flujo y transferencia que operan en las plataformas y en sus entornos sistémicos; y podemos agrupar tales procesos en dos grandes instancias relacionales: las relaciones de demandas y servicios entre Infraestructura y Naturaleza y las relaciones de demandas y servicios entre Sociedad y Naturaleza, la primera quizá incluida en la segunda pero en tanto mediaciones técnicas crecientemente sofisticadas en la modernidad, susceptible de ser caracterizada como un plexo de intercambios específicos.

Los *mosaicos* son recortes o fragmentos relativamente estables (pero no inertes o inmutables) de las plataformas que por así decir obtienen alguna clase de identidad por la homogeneidad emergente de los intercambios que los afectan ya sea de manera positiva o negativa.

La primera categoría mencionada de intercambios comprende las relaciones en-
tabladas, en la dimensión de un cierto mercado de servicios ambientales, entre las demandas de *naturaleza* requeridas por el plexo infraestructural de una plataforma y las ofertas o disponibilidades emergentes del conjunto de los, en este caso, bien nombrados, recursos naturales, cuya condición de uso difícilmente coincida con la dimensión física de una plataforma en cuestión y más bien se relaciona con el tipo de disponibilidad que llamaríamos sistémica y que resulta de cesiones más o menos lejanas de recursos mediante diferente tipo de transacciones.

En esta clase de intercambios sobrevienen varios tipos de racionalidad o eficiencia de los mismos a saber:

- Fricciones físicas directas entre armaduras infraestructurales y soportes naturales, por ejemplo, una vía circulatoria que se abre cortando y perturbando un determinado bioma.
- Insuficiencias de naturaleza como, por ejemplo, ausencia de caudales hídricos para la captación de una red de agua potable, o configuraciones atmosféricas que no garantizan razonables dispersiones de gases, etcétera.
- Demandas de naturaleza cada vez más lejana, por ejemplo en cuanto a volúmenes de agua para abastecimiento residencial o industrial, o con relación a superficies aptas para degradar residuos, etcétera.
- Incapacidad de manejar o controlar excesos perjudiciales de naturaleza, por ejemplo inundaciones recurrentes o excepcionales, emergencias climáticas relacionables o no con circunstancias de cambio climático, etcétera.
- Dificultades en gestionar adecuaciones entre ambas entidades de este nivel de intercambios en orden al manejo de condiciones ideales o de optimidad relacional, por ejemplo en cuanto a densidades óptimas de ocupación territorial compatibles con la oferta de servicios infraestructurales, niveles máximos razonables de alteración de recursos naturales por actividades y calidades de sus infraestructuras, por ejemplo con relación a contaminación de aire, suelo o agua, deforestación, ruptura de *buffers* territoriales, etcétera.

8. Intercambios II

El segundo nivel de intercambios que identificamos refiere a las relaciones de demandas y servicios entre Sociedad y Naturaleza, y parte de la elemental comprobación que no todo está mediado por infraestructuras ya que la sociedad se instala preferentemente sobre infraestructuras pero también sobre situaciones en que se verifican carencias o directamente ausencia de infraestructuras, lo

que implica, en un sentido, fricción directa de ciertos grupos sociales sobre naturaleza y, en otro, creación de defectos naturales (por ejemplo, contaminación de napas acuíferas por deposición directa de excretas no tratadas) y en el mismo u otro sentido, generación de perjuicios sociales (enfermedades infectocontagiosas, morbomortalidad infantil, deficiencias sanitarias por carencia de condiciones de saneamiento y/o salubridad, etcétera).

En este plano de intercambios merece considerarse la cuestión de la accesibilidad a los servicios por parte de las sociedades instaladas sobre dominios virtuales a los que pertenecen tales servicios.

En efecto, una parte de la problemática ambiental se sitúa en la conflictividad emergente entre demandas locales y servicios globales o más precisamente, globalizados.

Esta dicotomía difícilmente pueda ser autónomamente racionalizada o resuelta al interior de una supuesta esfera lógica de lo ambiental, lo que hace prever un mantenimiento y una profundización de dicha anomalía por lo cual cabe abrir una discusión de compensación en aquellos intercambios que puedan ser modelizados en términos de conmensurabilidad.

9. El mosaico de la plataforma 1

Lo que definimos como plataforma 1 puede ser leído como una organización socioterritorial de diferentes fragmentos (mosaico) caracterizados y diferenciados entre sí por diferencias en la calidad de vida territorializada y que por tanto posee, cada fragmento, cierta condición de área de homogeneidad de calidad relativa.

Este amosaicamiento resulta de procesos históricos de asentamiento que pueden alcanzar en cualquier punto de tal desarrollo cierto modo de configuración espacial. Resuena en esta caracterización el eco de la llamada ecología humana y urbana trabajada en la llamada *Chicago School* de sociólogos como Burgess o McKenzie que buscaron quizá de manera harto simplificada, patrones de diferenciación social según determinadas formas de disposición física y de procesos de apropiación social de fragmentos diversificados de ciudad, por ejemplo en relación con cierta organización anular radiocéntrica, por lo demás, inmediatamente negada por procesos verificados, por caso, en la propia ciudad de Chicago, en torno de los llamados *garden suburbs*.

La idea de mosaico que pensamos es diferente en varios sentidos a saber:

- Los mosaicos, como fragmentos referidos a determinada clase de homogeneidad social, se caracterizan como áreas de homogeneidad en tanto calidad o condición de sustentabilidad en cuanto grupos de sociedad instalados en sectores o porciones de plataformas infraestructurales con quienes intercambian, en diversa instancia, servicios ambientales.

- Esas áreas que estructuran mosaicos, el contrario de las modelizaciones de ordenación geográfica del tipo *Chicago School*, suelen ser no jerárquicas, aleatorias, extremadamente lábiles, pulsátiles o de cambio de calidad y límites en tiempos restringidos. Un ejemplo sería el del cambio de los ordenamientos anulares del tipo centro–periferias a las proliferaciones de multicentralidades o al salpicado —*sprawl*— de recalificación diferencial de áreas periféricas, por caso, en el desarrollo de barrios cerrados en la periferia del área metropolitana de Buenos Aires.
- Los procesos de cambios en las infraestructuras tecnológicas territoriales y urbanas pueden obedecer a razones no necesariamente ligadas a un completamiento evolutivo y racional de demandas sociales insatisfechas de servicios emanados de infraestructuras sino que el desarrollo de éstas, ligado a búsqueda de máximas rentabilidades diferenciales, pueden operar como innovaciones imprevistas en la racionalidad de un territorio.
- Las condiciones relativas de la calidad estos mosaicos pueden resultar bruscamente modificadas por efecto de procesos disruptivos de homogeneidad: *sprawl*, desarrollos inducidos irracionales respecto de condiciones de calidad relativa de Infraestructura y Naturaleza, etcétera.

Analicemos preliminarmente como ejemplo, la lógica del amosaicado de las plataformas en un caso concreto a saber, el cuadrante nornoroeste del Área Metropolitana de Buenos Aires, área caracterizada por una imbricación de usos sociales mixtos con predominancia de asentamiento de sectores sociales de alto *standing* mezclado con asentamientos de calidad inferior en relictos remanentes de menos valor (áreas inundables o bajos de mala o nula accesibilidad, fondos de valles altamente contaminados, etcétera).

Se trata de un cuadrángulo de unos 3500 km² desarrollado entre el frente noroeste de la ciudad central, el Río de la Plata y las ciudades de Campana al norte y Luján al noroeste. Dentro de ese cuadrángulo en el transcurso de los últimos 20 años se han desarrollado 405 enclaves de características cerradas —es decir, no atravesables ni accesibles sino para sus usuarios— destinados a receptor alojamientos y equipamientos complementarios de los sectores sociales más altos que en principio constituían segunda residencia y cada vez más, residencia permanente.

Se trata tipológicamente de 248 barrios cerrados —recintos urbanizados dentro de un perímetro controlado con bajo equipamiento propio, es decir casi exclusivamente enclaves dormitorio con superficies que oscilan de 1 a 3,5 km²—, 7 megaemprendimientos (Nordelta, Complejo Villanueva, El Nacional Club de Campo, Estancias del Pilar, Estancia San Miguel, Pilar del Este y Puerto Palmas) —que intentan erigirse como miniciudades casi exclusivamente residenciales con superficies que alcanzan hasta 40 km²—, 21 nuevos emprendimientos —semejantes a los anteriores pero más pequeños, de hasta 12 km²—, 29 clubes de chacras —que son fraccionamientos privados con lotes de entre

media y 4 hectáreas y superficies de hasta 12 km²— y 100 *countries clubs* —la tipología más antigua que implica amanzanamientos pintoresquistas y casas individuales con mínimo equipamiento colectivo, de hasta 6 km².

La superficie totalizada por esta gama de fragmentación o amosaicamiento territorial alcanza al 31% del área, unos 1085 km², poblados con unos 115 mil habitantes. Una densidad razonable de 2000 H/km² permitiría alojar en ese territorio una población de 2,3 millones.

¿Qué conclusiones emergen de este fenómeno según una lectura sustentable?

- 1) El mosaico del *queso gruyère*.
- 2) Las rupturas de trazados racionales de infraestructura de red.
- 3) El favorecimiento de medios de movilidad privados dado el relativamente bajo grupo poblacional radicado.
- 4) Un uso ocioso de la gran capacidad de oferta de sustentabilidad.
- 5) Un agravamiento de las condiciones de sustentabilidad de la población marginal que comparte el territorio.

¿Qué propuestas de negociación o regulación podrían preverse en esta área?

- 1) Un impuesto a la densidad ociosa pagado en suelo al inicio y en metálico durante el desempeño de estas lotizaciones (como un porcentaje vinculado a su renta real o potencial).
- 2) Una captura de suelo de inicio fondearía un banco de tierras que requilibre el mercado y aumente la oferta de mayor densidad.
- 3) Un fondo de mejoramiento que remedie las áreas desfavorecidas y nivelen las diferencias.
- 4) Un subsidio para financiar completamientos lógicos de infraestructuras de red y medios de transporte colectivo eficaces.
- 5) Otro subsidio para cooperar en la reducción/compensación de mayores costos de prestaciones de infraestructuras de red a sectores populares.

10. El mosaico de la *plataforma 2*

Lo que hemos referido como *plataforma 2*, es decir la *plataforma* dominante-natural que otorga sustentabilidad ecológica al plexo tecnosocial propio de un asentamiento urbano complejo, puede ser caracterizado como un ente heterogéneo articulado en forma de mosaico de áreas de homogeneidad en cuanto a su calidad relativa.

Esa diversidad de calidad de soportes puede engendrar el reconocimiento de diversos estados de oferta de servicios ambientales ya sea deficitarios o superavitarios dentro de cada fragmento de tal amosaicamiento, lo cual permitiría un análisis de las condiciones y potencialidades de la Infraestructura

y del mejoramiento de la no-Infraestructura incluso admitiendo niveles de negociación/compensación/regulación espacial en tal amosaicado.

Pero lo más importante de este grado de fragmentación de la llamada plataforma 2 es que ha sido bastante estudiado en su grado de calidades relativas desde el campo específico de la llamada ecología del paisaje, campo en el que se han realizado estudios y propuestas de la lógica inherente a la reorganización de los espacios predominantemente naturales como consecuencia de las presiones propias de la antropización emergente de poblaciones urbanas y sus actividades.

Por ejemplo, es interesante la propuesta de *composants* —componentes— para un análisis segmentado o amosaicado de los paisajes antropizados que proponen R. Forman *et al.* (1997), reconociendo cuatro categorías de tales componentes —parches, bordes/fronteras, corredores/conectores y mosaicos— cuya entidad y procesualidad puede entenderse en torno de 55 principios de manejo, lo cual supone, dentro de la orientación emergente de tal espacio de la ecología del paisaje, una forma de analizar y modelizar esta llamada por nosotros plataforma 2, entendible como un soporte heterogéneo de calidades fragmentariamente diferenciadas.

11. Diferentes mosaicos como *layers* territoriales

En rigor, la propuesta de segmentación diferenciada de lo que llamamos plataforma 2 según los criterios de Forman (2004), entrega datos para modelar y analizar la complejidad territorial de un área intensivamente transformada por efectos de la urbanización.

Esos datos se orientan en una perspectiva de búsqueda de una determinada calidad inherente a garantizar cierto *status quo* racional del estado de interferencia que ciertas demandas de servicios ambientales provocan sobre la naturaleza preantropizada, aunque ésta contenga condiciones de acogida del medio natural respecto de cierta clase y/o intensidad de actividad.

La consideración teórica de capacidades de acogida del medio natural seguramente engendra una clase de fragmentación de la plataforma 2 que suele rápidamente, dentro del despliegue de los procesos de antropización urbana, diferenciarse de los patrones específicos que va remodelando aquella acogida potencial.

Una de las características básicas de una evaluación de sustentabilidad debe basarse precisamente en modelizar las diferencias entre mosaicos puros (que se definen como capacidad de acogida) y mosaicos más o menos interferidos por diferentes clases de procesos de antropización urbana.

Cabe por ello valorar asimismo la necesidad de efectuar descripciones de las condiciones básicas de antropización de un territorio camino de su

des–naturalización en aras de su devenir urbanizado. Los procesos de antropización pueden ya ser tipificados en sus características de extensión peri o sobreurbana tanto como en sus estadios de intensificación de presión sobre componentes o atributos originariamente naturales, aunque la descripción de estos procesos está todavía lejana de prescripciones o modelaciones semejantes o equivalentes a aquellas realizadas por los ecólogos del paisaje.

La diversa superposición espacial y temporal de *layers* o *amosaicamientos* de las plataformas descritas admite considerar adicional pero crucialmente, mosaicos demostrativos de la segunda naturaleza o sea de condiciones relativamente estabilizadas de transformaciones técnicas de elementos o condiciones de naturaleza primaria u originaria que empero resultan de cierta estabilidad o racionalidad.

En las condiciones de alta regresividad de descalificación de cualidades de soportes naturales, estas consideraciones inherentes a identificar grados relativos de menor regresividad —e incluso de condiciones teóricas de resiliencia— no deben entenderse como posturas consolatorias ni del tipo de mal menor sino quizá una de las pocas alternativas de adopción de criterios de tutela respecto de degradaciones de mayor intensidad.

Es posible y deseable pues considerar las condiciones de organización del medio Naturaleza sujeto a procesos de antropización en los que las lecturas emergentes de la *Ecología del Paisaje*, el análisis de racionalidades de transición y la consideración y fijación de umbrales de conflictividad resultan factores sustantivos.

Estos mecanismos y sus bases teórico–conceptuales deben asimismo descubrir en la complejidad territorial propiedades nuevas que ayuden a desentrañar tal complejidad. Hay muchos aportes recientes a diversificar esa comprensión compleja como por ejemplo las investigaciones de *conectividad ecológica* (como clave de recalificación de soportes bioestructurales de áreas urbanas metropolitanas) y la consecuente construcción de índices de medición de tal conectividad tales como los de conectividad ecológica, afectación (a tal conectividad) de barreras tecnoestructurales y fragmentación ecológica como los estudiados recientemente para el Área Metropolitana de Barcelona.²

12. Gestión ambiental: operar plataformas como *scoreboards*

Bajo la perspectiva de las notas previas podría definirse a la gestión ambiental como una clase de gestión político–social orientada a obtener cierta racionalidad en las condiciones de sustentabilidad interactiva que se presentan en la que llamamos plataforma 3 como combinatoria de estados y procesos propios de las plataformas 1 y 2.

En tal plataforma 3 pueden realizarse maniobras de gestión como una suerte de *scoreboard* o tablero de control apto para proponer, inscribir y medir datos

de calidad de *capital ambiental* que debería entenderse como noción superior de *capital social*, al integrar además el componente dinámico de *capital natural*.

Desde este punto de vista interesa apuntar una serie de comentarios finales de este ensayo y una suerte de lineamientos para orientar una clase de gestión alternativa de ciudades y territorios a la búsqueda de mejores condiciones de sustentabilidad:

- El énfasis principal de los modelos de plataformas de sustentabilidad es ofrecer mecanismos conceptuales aptos para analizar los *problemas gruesos de in-sustentabilidad* poniendo en evidencia modelística las perturbaciones y disfuncionalidades principales y, en menor medida, subrayando cuando sea así, el *potencial de sustentabilidad* utilizable. El modelo de planificación territorial de Holanda —el llamado *sistema NEPP*— funcionó como plataforma territorial extendida para elegir las mejores condiciones de instalación de nuevos proyectos de desarrollo, ampliando al marco o plataforma de análisis, aunque amparándose en un mecanismo de concertación territorial (*verzuijing*) que admitía un análisis suprajurisdiccional: esta estrategia sintetiza algunas ideas de la orientación que aquí proponemos sobre la base de considerar condiciones sistémicas (los asentamientos dentro de todo el territorio operable) y plantear no criterios de ordenación sino un acomodo o ajuste dentro del balance territorial de sustentabilidad pasándose así a modelos de gestión urbanística de control, no de ordenación.
- El análisis debe aportar a profundizar los problemas profundos de la in-sustentabilidad (leída a diversos plazos de futuro) sobre la retórica prevaleciente de análisis de competitividad con que se arma la mayoría de documentos planificatorios en la línea del llamado *strategic planning*. La situación de los futuros urbanos leídos según el prisma de la sustentabilidad exigen consideraciones críticas en vez de optimismos ingenuos o egoístas situados en el aprovechamiento insolidario de competitividad u oportunismo territorial, el que siempre opera como contracara pasiva de movimientos capitalísticos de búsqueda exacerbada de rendimiento y de maximación de externalidades.
- El concepto de las plataformas fragmentadas o amosaicadas y la consideración de interacciones o flujos medibles y cuantificables o modelizables tiene que ayudar a discutir el acceso asimétrico a condiciones de baja sustentabilidad y también a documentar los mecanismos de nueva gestión basada en negociaciones y compensaciones de equilibrio territorial.

13. Corolario: gestión ambiental en la escena neoliberal exacerbada

Puede que este capítulo deba ser más contextualizado con relación a la escena neoliberal de las formas capitalistas avanzadas, que fuera de cualquier perspectiva ideológico-crítica, constituye ciertamente un campo de determinaciones enteramente nuevas. Descartando por un momento las lecturas *positivas* (de-

mocracias informáticas, flexibilidades locacionales–operativas, capitalismo *cognitivos*, etc.) —que sin embargo también requieren un análisis puntual de costos/beneficios sociales generalizado—, las nuevas condiciones, sin que ello quede explícitamente consagrado, refieren a instancias evolutivas (?) que recondicionan las perspectivas mismas de la racionalidad ambiental y el umbral de garantía de condiciones de sustentabilidad.

Por caso, la agudización de lo que los *social studies* ingleses recientes (Beck, Harvey, Bauman, Lash) han instituido como *sociología del riesgo* —la expresión original es de Lühmann—, circunstancia que introduce un cálculo de rentabilidad probabilística basado en el *aumento de las tomas de riesgo*.

Esta virtual nueva característica consensuada de la actualidad neoliberal implica desmontar por completo los antiguos y remanentes vestigios del *welfare state* e introducir parámetros azarosos en la *nueva mala vida social*, entre otros caracterizada por Sennett como el arribo a un *paradigma del postrabajo* en el que las figuras tradicionales del empleo estable + condiciones de seguridad social básica, rápidamente tienden a desmontarse, primero en las célebres EPZ (*exporting process zones*) que desde hace década y media instalan unos veinte millones de neotrabajadores —dominantemente en el sudeste asiático pero también en enclaves diversos como las *maquilas* normexicanas— en situación de nueva esclavitud aunque, mediante regímenes militarizados de producción, a cargo de las manufacturas más complejas y de más alto valor agregado, entre otras cosas por las casi nulas condiciones de aquello que supo llamarse *salario social* y que en cierta forma ayudó financiar las infraestructuras y equipamientos urbanos en la era industrial convencional.

El impacto de la deslocalización económica multinacional y el arribo a formas productivas posfordistas —con el *just in time* toyotista, el ensamble *justo a tiempo*, el mundo de la *logística* y la extinción de la idea de *stock*— resultan instancias que están generando impactos territoriales extensivos pero cuyos efectos encadenados todavía estamos lejos de estimar correctamente aunque los modelos inclusivistas ya establecen afectaciones globales a la calidad de la sustentabilidad.

La emergencia de colectivos posmarxistas que anclan en reivindicaciones de corte ecologista —como el grupo *Attac* y en general, los movimientos globalifóbicos— han entendido que estas condiciones promueven un estado de movilización social bastante más *inorgánico* (la escuela de Toni Negri ha introducido al respecto la noción de *multitud*, que en rigor había sido desarrollada por Spinoza en el siglo XVII y Gabriel Tarde en el XIX) que adviene a diversas instancias ligadas a reacciones frente al neoliberalismo, desde las ecoguerrillas hasta la neocontractualidad ecosocial que, en rigor, instaaura condiciones de negociación bastante oscuras al transar pérdida de naturaleza con beneficios secundarios. Este fue el caso de situaciones más o menos célebres como las

negociaciones compensatorias alcanzadas en la cuenca paulistana del Tieté, una de las áreas más salvajemente contaminadas del mundo.

En sentido estricto, estas modalidades neocontractualistas compensatorias resultan maniobras consolatorias que también funcionan al amparo de la creación de factores de *homologación económica de imponderables* en lo que han crecido los *mercados extraños* (como la Bolsa de compra de derechos de emisión atmosférica contra cuotas de verificación productiva), la noción economista de *revalúo completo* (se ha calculado la factibilidad de la reconstrucción completa de escenarios terciarios novo o posurbanos como Cancún, sujeto al riesgo de siniestros climáticos, la que estima posible amortizar un costo de destrucción completa en menos de dos décadas incluido los *daños emergentes* de hasta varios miles de vidas humanas...).

Estas escenas han generado el colapso de la *cultura del plan* y el desborde de criterios ligados a una *privatización* de la vida, soporte y funciones urbanas cuyos efectos sobre los sistemas territoriales —como lo ejemplifica el comentario vertido sobre el reciente desarrollo del sector noroeste del área metropolitana de Buenos Aires— queda fuera de cualquier modelación de distribución de ventajas y perjuicios en un conjunto diversificado de formas alternativas de urbanización.

Frente a estas circunstancias la herramienta de las plataformas debe entenderse como un instrumento de análisis crítico capaz de suministrar datos actualizados sobre procesos de transformación urbano-territoriales. Un instrumento que quizá ni siquiera valga como modelo predictivo o como formato administrativo-regulativo, pero que aun en su limitada capacidad de generar información crítica básica sobre el estado de la sustentabilidad ecosocial quizá resulte estratégico en la meneada pero todavía inasible figura del *empowerment* de los estratos sociales más marginales.

Notas

¹ Véase por caso, Wackernagel, M.; W. Rees (1996).

² Véase el artículo de los ecólogos Marull, J.; J. Mallarach (2002).

3. Movimientos sociales y naturaleza secundaria

Construcción ambiental de ciudad

Este capítulo resume y ensambla varios trabajos, apuntes y participaciones diversas en seminarios y foros vinculados a las temáticas de la sustentabilidad, su crisis presente y futura y los efectos regresivos que se estarían suscitando sobre los escenarios urbanos y sus colectivos sociales. Es decir, sobre el *hábitat* y el *habitar urbano*, sobre las estructuras materiales de las ciudades y sobre las actividades, funciones urbanas y las calidades de vida de las sociedades urbanas.

Se trata de establecer cierto marco o plataforma teórica en donde situar la cuestión de la *sustentabilidad* (o mejor dicho: de la *insustentabilidad*) entendiendo que dicha cuestión no es un fatalismo histórico ni un devenir natural sino una manifestación concreta del despliegue de lo que críticamente Wallerstein (1991) llamó *sistema economía-mundo* y otros autores *globalización*,¹ como concepto que define y caracteriza el estado del capitalismo avanzado a fines del siglo XX e inicios del XXI.

Desde esta perspectiva *la crisis de sustentabilidad*, el concepto mismo de sustentabilidad y su antónimo obvio, la insustentabilidad —y esta sería mi primera línea de razonamiento— *no es una circunstancia inexorable del evolucionismo histórico-productivo* (a Marx, aun en su máximo utopismo, jamás se le habría ocurrido concebir un *modo productivo* sesgado por la insustentabilidad —o su crisis y estado de emergencia—, o sea un modo productivo signado por una disfuncionalidad estructural y una incapacidad esencial de dar sustento a las condiciones mínimas de vida de la sociedad mundial, que sin embargo acepta, convalida e impone por la fuerza, la fracción de *sociedad sustentada*) sino que simplemente podría ser entendida como situación emergente o consecuente del

alcance de la instancia histórica propia del sistema economía–mundo y como tal, un escenario no deseado pero al menos aceptado racionalmente como la actual condición de posibilidad de vigencia de tal sistema economía–mundo.

Si esto fuera cierto, la mejora de la insustentabilidad en tanto alcance de un *grado cero de sustentabilidad* debería entenderse solamente viable *fuera o después* de tal sistema. Alternativa a la que ciertos científicos políticos más optimistas oponen a cierta *capacidad autopoietica* según la cual el propio sistema economía–mundo vire programada y concertadamente hacia una instancia de mejores condiciones de sustentabilidad. Viraje o proceso sin duda lento, pero que no se compadece con ningún signo visible de que el mismo estuviera ocurriendo, por ejemplo, al constatarse un irresistible *aumento de una sociedad de riesgos altos*, en la que las catástrofes —e incluso los comportamientos socioeconómicos indeseados— se aceptan como fatalismos incontrolables, como el precio inevitable de pagar por vivir en el siglo XXI.

Como un mero y provisorio documento de trabajo propongo desarrollar cuatro instancias —que no se escinden o autonomizan sino que se imbrican e interdeterminan— a saber:

- 1) Sustentabilidad y política global.
- 2) Posfordismo, globalización y crisis de sustentabilidad territorial y urbana.
- 3) Escenas de la insustentabilidad urbana.
- 4) Crisis de la sustentabilidad urbana y movimientos sociales.

Estas cuatro partes van de lo abstracto a lo concreto, de aspectos vinculados al desarrollo sociohistórico reciente a verificaciones territoriales, de temáticas relacionadas a las grandes escalas regional–territoriales a las medianas o pequeñas escalas urbanas y finalmente, ya dentro de esas escalas urbanas de cuestiones expresivas del deterioro de sustentabilidad ambiental y de la calidad de vida, a las respuestas autoorganizativas del mundo popular en torno a las organizaciones y procesos de los movimientos sociales. De tal forma que el pesimismo global pueda paliarse, al menos, en la dinámica microsocia del movimientismo social que busca pequeñas victorias acumulativas y pacientes en el cuadro general de una civilización globalmente injusta y ecosféricamente inviable.

Antes de entrar a tales cuatro partes del ensayo permítaseme reflexionar brevemente sobre los conceptos que figuran en el título y subtítulo del trabajo, en la medida que aportan creo, a sintetizar los nudos que articulan la perspectiva crítica y técnica del *análisis y la gestión ambiental* entendida como *crítica social a la insustentabilidad*.

La noción de *construcción ambiental de ciudad* apunta a reconocer una imbricación generativa de ciudad dada en la doble dimensión que contiene el concepto de *ambiente* y su uso adjetivado *ambiental*, es decir su aspecto

a la vez social y natural. *Social* en el sentido de apropiación justa y eficiente de naturaleza para obtener habitabilidad/productividad sustentable (es decir, duradera y mantenida); *natural* en el sentido de reconocer la base *material* de un *capital natural*, ya sea el *intrínseco* (suelo, agua, aire, funciones bioecosistémicas, etc.) o el *adquirido/transformado* (es decir, la naturaleza exitosamente adaptada por el tándem de cultura/tecnología, o sea, una *antropización sustentable*). Desde este punto de vista la idea de construcción ambiental de ciudad apunta así a un *desiderátum* tal que contempla a la vez la calificación social y material–natural, no como ámbitos escindidos sino interactivos.

Es interesante considerar asimismo una posible relación histórica de transformación de la noción de *ambiente*, de una condición fundante y basal en el inicio de la modernidad industrial a una condición más inerte y hasta de factor ya no estratégico sino fatal o consumado en la posmodernidad terciarizada.

En efecto, una primera idea de *ambiente* (que ahora parece animar nostálgicamente el discurso reactivo del *ecologismo* y hasta del pensamiento de la *ecología profunda*) se identifica a pleno con la idea de equilibrio racional entre sociedad y naturaleza, estableciéndose cierta lógica ligada a que la racionalidad máxima previsible en el momento de despliegue inicial de la modernidad industrial depende de la relación entre sociedad y naturaleza. Marx mismo en ese momento, habla de una idea motor del desarrollo cual sería el acuñamiento de *valor* emergente de la aplicación de trabajo (sociedad) a los recursos materiales básicos (naturaleza).

Digamos que esa noción *clásica* de ambiente troca en una noción posmoderna, en la que encontramos cierto uso de la noción de relación entre una *sociedad* (o un grupo social) y su *ambiente*, ya no más relación directa entre sociedad y naturaleza.

En vez de *naturaleza* (como correlato esencial de la ecuación ambiental definida en su contacto con las necesidades sociales) aparece una idea *otra* de *ambiente*, que equivale en este contexto a una relación previa sociedad/naturaleza que ya resulta históricamente compleja y quizá técnica y culturalmente irreversible.

No hay ya *naturaleza directa* sino *naturaleza historizada*, calidad relativa de una naturaleza racionalmente transformada por la cultura/tecnología a favor del mejoramiento o desarrollo de la sociedad y tratando de establecer un modo razonable de transformación de la naturaleza básica o fundante. Aparecen una suerte de mediaciones conceptuales y técnicas que son como plataformas de sostén y diferenciamiento de sociedad/naturaleza (véase el desarrollo de esta noción en el precedente capítulo 2 de este libro).

Esa naturaleza historizada —una *segunda naturaleza*— es por definición *efímera*, pulsátil, fungible, contingente, enteramente manipulable por las fuerzas ya desplegadas del desarrollo técnico impulsado por el capitalismo

y su teoría básica de incrementar indefinidamente la acumulación de nuevo capital siempre obtenible a base de degradar la calidad natural de tal *ambiente moderno* entendible como *precaria relación racional entre sociedad y naturaleza*.

Lo *ambiental posmoderno* (y en parte, *lo sustentable*) ya resulta arduo e ineficaz de definir como relación directa sociedad/naturaleza por lo que parece más atinado caracterizarlo como *relación entre sociedad y ambiente* (donde ambiente, en tal caracterización es *ambiente moderno* o momento histórico de relativa racionalidad en una relación anterior, y madura entre sociedad y naturaleza). Cabe plantear aquí cierta posible analogía conceptual entre el concepto de *ambiente* (moderno) y el concepto de *naturaleza secundaria* en tanto no una naturaleza connotada por sus atributos naturales sino una naturaleza transformada por un *relativo alcance de relación racional entre la oferta del sistema natural y la demanda del sistema social*, hasta un cierto punto de lógica funcional dentro del decurso histórico, y que parece aceptar todavía la idea marxiana de adquisición de valor como atributo de mejoramiento histórico social en tanto aplicación de trabajo humano técnicamente racional sobre la naturaleza primaria. Adicionalmente podría advertirse que la identidad entre naturaleza secundaria y ambiente tiene límites: la naturaleza secundaria sería una manipulación infinita y absoluta de la naturaleza primaria connotada como mero soporte o base recursística. En extremo, el ideal de naturaleza secundaria puede coexistir teóricamente con una naturaleza primaria o natural *muerta*. Véase un desarrollo de este argumento en el capítulo 1.

El concepto de ambiente en cambio, coincide con el despliegue que lleva a la naturaleza secundaria y se propone intervenir en la naturaleza primaria, pero incorpora criterios de protección o salvaguarda de esa primaria naturaleza a sabiendas que cualquier operación requiere márgenes de resiliencia o factores que no desintegren el sustrato natural básico.

Esa idea de valor sería susceptible de poder entenderse como forma de evaluar la calidad y racionalidad de la primera idea moderna de naturaleza secundaria, como un despliegue que no vulnera el umbral de calidad básica de la naturaleza primaria. Se trataría pues —aunque Marx no pareció advertirlo así— de una idea de *valor tope*, un *valor techo* ajeno al despliegue infinito de una mayor acumulación.

Eso nos lleva al subtítulo que habla de la articulación entre *movimientos sociales y naturaleza secundaria*; es decir, un afinamiento de aquella ecuación general ambiental de sociedad/naturaleza, donde *sociedad* es más precisamente *movimientos sociales* (en tanto formas organizativas precisas que superan la abstracción genérica de lo social buscando una demarcación de su grado de calidad social relativa —que generalmente implica admitir una condición identitaria de diferencia regresiva, marginalidad, pobreza, exclusión, etc., lo que motiva autoorganizarse para paliar aquello que no cae del cielo de la

sociedad abstracta o estadística— en base no sólo a tal autorreconocerse como un colectivo socialmente determinado sino además, a pasar de alguna forma a la acción de mejoramiento de dicha calidad relativa e insuficiente) y donde *naturaleza* es ante todo, *naturaleza secundaria*, es decir, algo ya definido por una urdimbre de mediaciones tecnológicas y culturales que sobre la base de una plataforma natural estricta desarrolla un plexo de infraestructuras, servicios, equipamientos y dimensiones materiales del hábitat construido cuyas cualidades hacen o no a la calidad social de cualquier grupo o fracción social, generalmente concordándose en *malas condiciones sociales* (que a veces instigan o motivan autoorganizaciones movimientísticas de mejoramiento) con *malas condiciones de naturaleza secundaria* (hábitat marginal o precario, insuficiencia de acceso a servicios básicos, etcétera).

Volviendo por un momento al análisis previo de cómo se construye al inicio de la modernidad una noción de ambiente relacionada con un grado de equilibrio racional entre naturaleza y sociedad; como esa noción converge a la idea marxiana de pensar el desarrollo como la búsqueda de un concepto de valor asociado a activar la aplicación de trabajo sobre la naturaleza primaria (en la que Marx no calcula o evalúa un posible límite del incremento incesante de valor definido por un tope de sustentabilidad de aquella naturaleza básica o primaria que es como una *materia prima* o un *recurso* a la espera de la aplicación de trabajo social) y como la actual consideración de una noción de sustentabilidad basada en verificar cómo un ambiente (moderno, o bien, una naturaleza secundaria) soporta la actual dinámica económica, quedaría claro que en un sentido, el problema de una racionalidad ambiental posmoderna estaría vinculado a pretender cierta clase de racionalidad entre esa forma social de capitalismo avanzado y aquella naturaleza secundaria (o ambiente entendido como un concepto moderno), en la cual un problema social hoy estratégico está ligado a cómo una parte crecientemente sustantiva de la sociedad requiere desplegar formas alternativas (de lucha y reorganización social, de nueva identidad autoorganizativa, etc.) a fin de paliar en lo posible el ser *variable de ajuste* de una *nueva relación ambiental* (sociedad del desarrollo terciarizado implantada desigualmente sobre una plataforma de naturaleza secundaria) llamada ahora *sustentable* en la que se debate cómo se genera valor, cómo se mantienen las plataformas naturales básicas para la formación de valor y cómo se lo distribuye socialmente.

1. Sustentabilidad y política global

Hoy ya podría muy bien hablarse de una *insustentable sustentabilidad*, del comprobado alcance de una *real insustentabilidad*. Al mismo tiempo que se establece la noción ecuménica de *sustentabilidad* (Cumbre de Río de 1992 y un

poco antes, en los documentos *Our Common Future* que había hecho uso del concepto acuñado por la WWF —*World Wildlife Found*— para referir a las porciones necesarias de territorio susceptibles de sustentar especies animales en peligro de extinción) ya existe comprobación científica empírica que el mundo y la sociedad mundial han entrado en una instancia de *insustentabilidad avanzada* y quizá irreversible, al menos dentro del modelo evolutivo capitalista.²

Es curioso advertir que el concepto de sustentabilidad —o mejor: el de *desarrollo sustentable*— nace casi al mismo tiempo que se disponen de constancias científicas empíricas acerca de la insustentabilidad ecosférica del mundo, o bien, que es posible proponer un grado de sustentabilidad sólo si una parte del mundo —en referencia tanto a sociedades y territorios— son insustentables en sí.

Una idea *non sancta* e impresentable de sustentabilidad está pues vinculada a la *sustentabilidad diferencial* de una parte del mundo (una parte de su sociedad y una parte de su territorio) a expensas de otra, cuyo tamaño puede crecer ajustándose a las necesidades de mantenimiento de un grado de sustentabilidad de la parte del mundo favorecida. El principio hipereconomicista del Consenso de Washington, de inicios de los '90, es un típico instrumento de sustentabilidad diferencial.³

De manera que la noción ideal de sustentabilidad se apoya por una parte, *científicamente*, en el aserto de la *insustentabilidad ecosférica global* y por otra, *ideológicamente*, en la *apropiación diferencial de cuántums de sustentabilidad* por parte de un sector de la sociedad global en detrimento de otra.

En este último aspecto, debe entenderse la globalización y transnacionalización ecuménica de la economía tanto como la devaluación de la autonomía política de los viejos Estados nacionales, como las condiciones esenciales para que ocurra tal apropiación diferencial de la sustentabilidad global ecosféricamente disponible.

Sobre la base de tal caracterización general existen pues una serie de *contradicciones insalvables del capitalismo avanzado*, a saber hipotéticamente las siguientes:

a) Negación o relativización de la teoría de la sustentabilidad

La primera contradicción radica en no aceptar *a priori* el concepto de sustentabilidad, o bien su base empírica matérico–energética, como plano de sustentación de la sociedad mundial. Ello sobre la base de suponer que podrían definirse nuevas plataformas de materia/energía de orden extra–ecosférico (por ejemplo, mediante el aprovechamiento generalizado de energía fotovoltaica o la conversión del sustrato petrolífero de los combustibles al hidrógeno, etcétera).

O al esperar novedades de radical transformación de la productividad que emerjan de la innovación tecnológica o que la dinámica del comercio globalizado encuentre mayor racionalidad en los intercambios y sobre todo en la relación entre valor transaccional o precio y valor intrínseco ligado al capital natural de las cosas o servicios a transarse.

Por fuera de la viabilidad o no de tales argumentaciones, por una parte es dable pensar que la espera de las novedades a descubrirse siempre debe operarse sobre la base del mantenimiento de un estado lamentable y progresivamente incrementado de la no-calidad de vida de una parte sustancial de la población mundial. Pero por otra parte, también resulta claro que algunas modificaciones tales como las del cambio de los términos de intercambio global de bienes y servicios de base natural implica, con otras palabras, algo semejante a alcanzar un modo productivo ya no ortodoxamente capitalista sino otra cosa diferente.

También resulta necesario apuntar la creciente desustancialización de la fundante idea de *capacidad de carga* que está en el surgimiento de la noción de sustentabilidad en los inicios de los '80 cuando el concepto se ligaba al análisis de supervivencia de especies naturales en peligro.

b) Asistematicidad o sustentabilidad competitiva. Racionalidad y poder

Así como los científicos apuntan a definir nociones ligadas a una creciente complejidad sistémica y a una imbricación progresiva de todos los procesos y actividades—incluso activadas por la copresencia en tiempo directo de todos los actores socioeconómicos planetarios que la globalización informático-económica ha suscitado— los políticos y administradores del poder socioeconómico global abonan teorías concretas basadas en la asistematicidad y en la ruptura planificada de interacciones y conectividades de tal mundo complejamente unificado.

De allí que pueda hablarse de una *sustentabilidad competitiva*, o sea de una sustentabilidad relativa de una parte de la sociedad y del territorio obtenida a expensas de mermas de sustentabilidad de otras, actuando regresivamente si se quiere, en orden a tal sistematicidad compleja de la actual globalización. La sustentabilidad competitiva sería la puesta en acción dinámica de procesos de activación de lo que antes llamamos sustentabilidad diferencial, que es como referirse al término exitoso y estabilizado de un proceso competitivo.

Lo que implica adicionalmente ensanchar las brechas entre *racionalidad* (de la búsqueda de calidad de vida generalizada, es decir esa racionalidad todavía tributaria del pensamiento iluminista) y *poder* (ligado a la exacerbación de la diferenciación socioterritorial, obtenida no transaccionalmente vía intercambios puros de mercado sino mediante el ejercicio violento de tal poder: véanse todas las guerras punitivas recientes organizadas por USA). Una nueva racionalidad relativiza toda posible *némesis* devenida desde lo natural; un nuevo poder exagera el *riesgo*.

c) Negación del contenido utópico-consolatorio de la teoría de la sustentabilidad

La teoría de la sustentabilidad, despojada de su aplicabilidad directamente vinculada con una transformación radical del capitalismo avanzado, cae en un

estado de *utopía consolatoria*, de tipo *new age*, cuya contribución al debate sobre el estado crítico de una buena parte de territorios y sociedades poco tiene que ofrecer salvo el dudoso aporte de una suerte de *nueva religión estoica* y confiada a un futuro indefinido. Este apunte cabe sobre todo para dar cuenta de un creciente *movimientismo ecologista* que reducido a connotaciones románticas poco puede contribuir a la elevación del grado de conciencia social.

Por otra parte, la recurrencia a instancias arcádicas —en el origen artesanal de formas productivas, en el acceso calificado a reservorios cada vez más escuetos de naturaleza, en la propuesta de capitalizar el subdesarrollo natural, etc.— se estaría aceptando una especie de ética restringida a la valoración de efectos y no una moral susceptible de cuestionar las causas o fundamentos.

d) Potenciamiento crítico de la insustentabilidad de la sustentabilidad. Superar la discusión acerca del cómo se sustenta por la del por qué no se sustenta

La economía, las tecnologías y las políticas del desarrollo poco se interesan en debates puntuales y técnicos sobre la explicación de las *causas* de la insustentabilidad, extremadamente confiadas —en el mejor de los casos— en saltos hacia delante o apuestas a un futuro redimido por el derrame emergente del exceso de productividad de una sociedad mundial finalmente dotada de los medios técnicos capaces de satisfacer demandas de la sociedad entera.

Incluso, desde luego, la tendencia a modelizar escenarios ideales de sustentabilidad —como el modelo triarticulado de Río92— tienden a establecer condiciones relativamente aisladas de cada una de las tres sustentabilidades, intentando dar pie a cierta clase de acuerdo o negociación entre los actores sustantivos y los objetivos específicos de cada sustentabilidad del triple modelo económico, social y ecológico.

Hay una suerte de falsa moral ligada a imaginar una especie de *sustentabilidad consensuada* o negociada basada en una ideal combinatoria de las metas de cada sustentabilidad específica.⁴

Por tanto, en un sentido, hay poco debate y menos contribución de teoría política al intento de explicar, como de hecho ya no hay sustentabilidad global de la sociedad ecosférica, cuáles serían las causas de tal hecho y qué debería modificarse de cara a una corrección de tal *status quo*.

Y en otro sentido, sigue asumiéndose una teleología de *futuro sustentable* ligado a aceptar cánones de formas de producción y consumo, entendibles como circunstancias inexorables o sea, ajenas a toda perspectiva de crítica radical.

Concretamente, existe un pensamiento hegemónico establecido en intentar acordar un modelo de sustentabilidad para el actual modo histórico de producción, casi en la veta de proponer una viabilidad histórica indefnida de la actual condición del capitalismo avanzado.

Incluso en tal sentido, el pasaje de un capitalismo pesado o industrial a un capitalismo financiero o terciario suele presentarse como escena de una mayor acogida de los imperativos emergentes del modelo de sustentabilidad, como si este capitalismo actual fuera más sustentable (o sea, susceptible de durar más, no de beneficiar a más sociedad sino al contrario) que el anterior.

e) Maximización del riesgo versus estrategias remediales. Lo remedial como inversión secundaria y/o externalidad. Remediación como instalación de nuevas estrategias de rentabilidad (Emscher Park). Lo remedial como estrategia discursiva: fatalismo del sino capitalista versus pequeña mejora

Frente a una irresistible tendencia histórico-cultural de *maximización del riesgo* —en el sentido lühhmanniano (Lühhmann 1992) que postula un mantenimiento de la tasa de crecimiento de la economía a expensas del incremento en la toma de riesgos de posibles fracasos productivos, siempre redundantes en generar afectaciones a las sociedades y los territorios, es decir, efectos ambientales potenciales adversos— se opondría tibiamente cierta *estrategia de la remediación* de naturaleza/sociedad dañada, un poco entendiéndolo como costos a intentar internalizar dentro de las ecuaciones de rentabilidad y rendimiento, otro poco pensando a este filón remedial como nueva instancia de inversión y/u obtención de nuevas clases de rentas.

Queda claro que esta perspectiva es justamente minimalista y paliativa y por eso mismo crece su utilización más como *estrategia discursiva* que como *operatoria técnica*.

Ahí es donde Niklas Lühmann centra su descripción filosófica de lo social, alrededor de la emergencia del concepto de riesgo: nunca, históricamente, debió vivirse con tanta exposición al *riesgo*, en tanto “forma de problematización del futuro” (95).

Marcar los riesgos —*dice Lühmann*— permite olvidar los peligros, marcar los peligros permite olvidar las ganancias que se podrían obtener con una decisión riesgosa.

En consecuencia, en las sociedades más antiguas lo que se marca es más bien el peligro, mientras que en la sociedad moderna lo marcado ha sido, hasta hace poco, más bien el riesgo.

Porque de lo que se trata aquí es siempre de la mejor utilización de las oportunidades. (68)

Para optimizar las oportunidades, lo que ha generado el discurso científico moderno, en torno al método, los modelos y el cálculo, es un intento de minimizar la perspectiva de peligro, mediante el cálculo de lo que se arriesgaba hasta la llegada a los umbrales mismos de la configuración de peligro o catástrofe, entendida como transformación irreversible.

El concepto de sustentabilidad no sería sino una de las últimas derivaciones de este proyecto de análisis de cálculo de un techo de riesgos con el fin de intentar conjurar o suspender algún escenario de peligro, por ejemplo, el *hambre*

o mejor, o más pertinentemente, la *conservación de la cualidad del capital* (su rotación, su crecimiento, su apropiación diferencial).

A menudo se toman riesgos —se apuesta— eligiendo qué clase de peligro conjurar primero, por ejemplo, se apuesta a conjurar el peligro de la devaluación de la cualidad del capital antes que el peligro del hambre.

Esas apuestas suelen llamarse *decisiones* y sobre este tópico se ha desplegado, según Lühmann, una de las mayores mixtificaciones acerca del momento o la oportunidad de la decisión: “el momento oportuno [para una decisión] —dirá Lühmann— es el mejor momento y, por consiguiente, el momento para una decisión sin riesgo” (198).

Evalúese aquí, cuánto se ha obliterado la racionalidad intrínseca de esta observación casi perogrullesca, sobre todo en el desplazamiento histórico de la prevalencia de la noción (social) de peligro a la noción (subsocietal, eventualmente científica) de riesgo.

Entre la decisión y el riesgo, media según Lühmann, el concepto de *prevención* —“una preparación contra daños futuros no seguros” (73)—: pero la prevención, como organización actual para moderar o evitar un peligro futuro, también está profundamente transformada como concepto, no tanto a la vista de dicha escenificación objetiva del peligro sino alrededor de todas las mediaciones pre-catastróficas que suponen más bien, intentar moderar —mediante el cálculo— los riesgos: la prevención no sería así, por ejemplo, evitar la construcción de un edificio en un terreno sísmico, sino moderar los riesgos: reforzar la estructura, asegurar económicamente el daño físico eventual de los pobladores, invertir algún dinero en equipos de defensa civil, etcétera.

De todo esto, Lühmann deriva a una proposición crítica acerca de las estructuras y organizaciones sociales, de los aparatos políticos y los estamentos y objetivos científicos: la ciencia, concluirá, tiene que crear las condiciones de una “observación de segundo orden”, capaz de observar la observación de los procedimientos científicos para así objetar o cuestionar los límites de una racionalidad demasiado excluyentemente direccionada a pensar, modelar y calcular los riesgos de la vida social, distanciándose en el tiempo y/o en el espacio de la realidad del peligro.

Es en el desplazamiento nocional que va del concepto de *peligro* al de *riesgo* en que deben situarse epistemológicamente los saberes ambientales y su relativa hegemonía intelectual contemporánea, simplemente porque se ha optado por maximizar los riesgos, que supone intentar convivir con los problemas y los conflictos.

Como se sabe, los argumentos de Lühmann resultarán sustantivos para discutir el concepto de *impacto ambiental*, esa noción con la que el paradigma ambiental parece haberse científicizado —o convertido en socialmente necesario— tanto como parece haberse hecho cargo del discurso del riesgo, pero no en tanto veto de escenarios de incertidumbre sino más bien, como indagación de límites de toma de riesgo.

f) Velocidad de la acumulación diferencial frente a los tiempos de la sustentabilidad

Un aspecto del avance de las formas capitalistas está ligado a la velocidad progresiva y creciente del desarrollo de la *acumulación diferencial*, haciendo vertiginoso el crecimiento de las asimetrías sociales ya que, en efecto, sólo en la última década es posible advertir un distanciamiento notable entre el máximo y mínimo ingreso *per cápita* tanto como la formación de un corto número de un centenar de fortunas personales con patrimonio ya equivalente al de un tercio del mundo.

En parte, esta aceleración es consecuencia del fenómeno del pasaje del *capitalismo convencional* —industrial y productivo— al *avanzado* —financiero, terciarizado, ligado a la producción inmaterial de conocimiento e información y la maximización de un mercado de consumo potencialmente global— que genera consecuencias de aceleración en diversos planos: de la obsolescencia acelerada de productos y servicios (que deben sustituirse por otros), de la velocidad de rotación del capital en sus aplicaciones territoriales (como luego se verá, del pasaje de las *economías gravitatorias* o *de escala* a las *economías líquidas* o *de alcance*) y del pasaje del modo productivo clásico (*fordismo*, producción serial, incorporación del salario social al costo de producción, economías de *stock*, etc.) al modo productivo *avanzado* (*posfordista* o *toyotista*, propio del *just in time*, producción dependiente de *logísticas* de ensamble y montaje, externalización máxima del costo del trabajo en la formación del precio de mercado, economías de distribución y *delivery*, un *mundo de containers* dando vuelta por donde haya algún pedido, etcétera).

El aumento de la velocidad implícito en la formación de valor en numerosas facetas del capitalismo avanzado es directamente conectable con una agudización de las discrepancias e incompatibilidades entre los tiempos de producción y los *tiempos de administración sustentable del capital natural* (desde el creciente desinterés por la reproducción biológica del trabajo humano —y la tendencia a ampliar infinitamente el concepto de *ejército de reserva*, basándose en la condición global de la economía— hasta el manejo productivo debajo de umbrales de resiliencia que permitan la regeneración de recursos renovables).

Diríamos que es posible constatar un suicida incremento de factores de aceleración en la obtención de rentas basados en una miope y cortoplacista apreciación del posible agotamiento de disponibilidades emergentes del reservorio de capital natural; es decir, lisa y llanamente estrategias directa y objetivamente insustentables.

g) Perspectiva de una revisión sociocultural de la sustentabilidad: más socio-antropopsicología, menos biología y economía (una demasiado maximalista–pesimista–estrategista; otra demasiado minimalista–optimista–tacticista). Estrategias de la convivencialidad (Sloterdijk, Barthes)

El debate marxista tradicional —la *lucha de clases* como conflicto histórico predominantemente económico— está abolido, suspendido o al menos desplazado a dirimir una nueva condición más bien superestructural —en el sentido estratégico que Gramsci otorgaba a dicha dimensión, no en el sentido tributario o determinado propio de la ortodoxia marxista— en la que sustentabilidad pierde relativamente identidad (en tanto si quisiéramos: expresión nueva de la conflictividad emergente del desarrollo reciente del modo productivo capitalista avanzado y por tanto, nuevo tema de una *crítica de la economía política*) o se disuelve en la cuestión sustantiva de la *new politics*, es decir, en el campo de conflictividad sociocultural en que pueda discutirse cambios en la representación democrática, emergencia táctica de nuevos sujetos sociales, discusión de nuevas contractualidades sociales, revisión del mundo de la comunicación en tanto nueva esfera del poder y la producción, nuevo análisis del *general intellect*, etcétera.

Este desplazamiento hacia polos socioculturales (e incluso sociosicológicos si consideramos el creciente uso de Lacan en el análisis sociopolítico) alcanza en ocasiones un intento de situar el ideal perdido de una posible convivencialidad humana ya meramente en el registro de una utopía pasada e irrepetible, como aparece por caso, en las referencias *nostálgicas* (palabra griega concomitante del extrañamiento suscitado por el exilio, el destierro practicado como castigo político) hacia los modos cenobíticos premonásticos en los que una convivencialidad —un *vivir juntos* dirá Barthes— resultaba posible casi con la precondition de una formas básicas de relacionamiento social, en tales casos ligadas a la mera supervivencia en un mundo extremadamente austero y natural (el *locus* esencial de este modelo será el *desierto* o bien, en el caso macedónico, los montes escarpados e inaccesibles) donde ejercitar un modo de vida capaz de coincidir con *habitus religiosos* comunitaristas típicos del cristianismo primitivo.

En un libro de Sloterdijk (1994) se puede leer el siguiente fragmento, concluyente, sobre el tema:

Pero mientras los escenarios de la cultura se atarean positivamente en la nueva inestabilidad, saludan al caos y celebran las inconsecuencias, desde hace pocos años, a partir de círculos ecológicos y ampliada luego por los económicos, se está imponiendo una discusión de nuevo cuño sobre el *desarrollo sostenible* —*sustainability*.

Poco a poco se comprende que la actual *way of life* y el largo plazo son, estrictamente, dos magnitudes que se excluyen mutuamente.

El debate, auspiciado por los economistas–ecologistas, prueba que la inteligencia del subsistema dominante ha llegado tarde, por detrás del rasgo fundamental más peligroso del

industrialismo: se admite, todavía con una cuidadosa dosificación, que se sabe que el entero sistema está enraizado en la ideología de una productividad no reproductiva, lo que viene a ser una variante económica del diagnóstico de nihilismo. El proceso industrial a gran escala destruye más reservas humanas y naturales de las que él mismo puede producir o regenerar. En esa medida resulta ser tan autopoiético como un cáncer, tan creador como un fuego de artificio, tan productivo como una plantación de drogas. Lo que hace más de doscientos años fuera celebrado casi sin discusión como productividad humana, se hace crecientemente visible en su carácter destructivo y creador de adicción.

A través de una entera secuencia de cambios generacionales, generaciones de jóvenes más sensibles, más dadas al consumo, más desvalorizadas han sucedido a generaciones mayores que ellas, relativamente conservadoras, relativamente ahorradoras, relativamente más pobres en vivencias. Esta es una secuencia cuyo comienzo puede fijarse en la juventud de la Revolución Francesa, a más tardar, en la juventud de 1870 y en las vitalistas rebeliones contra los mundos de los padres burgueses.

Lo que llama la atención por primera vez en el caso del último de los seres humanos —el solitario sin retorno—, se pone continuamente de manifiesto en artículos de consumo no retornables, en materias primas no retornables, en especies animales no retornables y finalmente, en biotopos y atmósferas no retornables. A la vista de cosas que se agotan o de naturalezas terminales, los últimos seres humanos no son capaces de sacar sus propias conclusiones. (101–102)

A cierto reconocimiento del grado de interés actual respecto de lo que podría denominarse *cultura posmoderna* (caos, inestabilidad, hipertrofia del consumo, etc.), Sloterdijk le sobrepone la necesidad de recentralización del tema de la sustentabilidad, no como un aderezo a esa *melange* de fenómenos sino más bien, como la verdadera cara de un nihilismo severo: sin ser expresamente nombrado, el mundo urbano metropolitano parece ser el escenario de esos *últimos hombres*.

Sloterdijk termina su planteo acerca de su diagnóstico sobre las situación presente y su posible evolución —un término decididamente en crisis— apelando al concepto de *apuesta*: a las sociedades actuales, de cara al futuro, no les cabe sino apostar a algún escenario dominado por incertidumbres o desconocimientos, con sus precarios datos para racionalizar tal apuesta, de los cuales el sistema del conocimiento científico es uno de los más flagrantes.

h) Lo remedial como paliativo a la creciente invisibilización del fracaso de la utopía moderna (hombre industrial con empleo formal y calidad de vida en el modo del “Estado de bienestar”)

Un reciente trabajo de Richard Sennett (2001) introduce la idea de una sociedad que lo que no resuelve, lo invisibiliza, especialmente con relación a la crisis del paradigma de la sociedad de pleno empleo, a partir de lo cual parece obtenerse una curiosa válvula de escape a la exigencia imperativa de

un modelo de sustentabilidad flagrante y excluyentemente economicista, aun cuando se hagan esfuerzos sobre todo ideológicos a favor de una sustentabilidad integrada.

La des-integración de una sustentabilidad ecosférica viene reflejada en una fragmentación de estándares bien diversos de acceso a condiciones asimétricas de sustentabilidad, uno de cuyos exponentes se verifica en los efectos del alcance de un estadio posfordista en el modo productivo capitalista.

Este sesgo está implícito en los cambios genéricos de la última década: desde la tecnologización del agro y final expulsión del remanente de mano de obra rural hasta el alcance del modelo industrial posfordista implícito en la noción del *just in time* y de la globalización de la producción partista logrando desde ese punto de vista, del ideal de la gestión logística, que existan ya unas 200 EPZ, eufemismo que explica la conformación de enclaves globales, dentro de Estados permisivos, de formas de producción rayanas en el esclavismo, desde el modelo de las maquilas mexicanas fronterizas de USA hasta los conglomerados del sudeste asiático donde es común disponer mano de obra de producción partística y/o de maquilaje a un costo laboral de un dólar diario.

El virtual desmontaje del *welfare state* —en rigor, una construcción que el primer capitalismo, por ejemplo el régimen bismarckiano de fines del XIX en la Alemania que pugnaba ingresar al modo capitalista industrial— recubre de alguna manera lo que estaría emergiendo como el cese del paradigma laboralista (cuyo modelo maduro es el modo fordista de producción): la natural aceptación de un mundo socialmente insustentado, en virtud de la emergencia de enormes masas sociales que ya no pueden vender su fuerza de trabajo —o lo que reciben en virtud de esa venta no asume ya las categorías de salario directo e indirecto y los imposibilita de acceder a los diferentes regímenes de ofertas de servicios, incluso aquellos ligados a la regeneración de la propia fuerza de trabajo— adquiere la característica de escamoteo o invisibilización del problema e incluso tiende a valorar la creatividad de aquellos desesperados que sin embargo todavía quieren vivir, aunque no haya trabajo ni accesibilidad a los servicios mínimos.

Este proceso también supone, visto quizá desde otro polo de elementos inexorablemente articulados (el polo del trabajo), la misma constatación de otra faceta de insustentabilidad, en este punto, más precisamente, la insustentabilidad social.

i) Hegemonismo y contingencia (Butler, Laclau, Zizek) frente a la temática de la sustentabilidad

El actual debate progresista del pensamiento político⁵ —diríamos un enfoque típicamente posmarxista que en parte retoma la discusión gramsciana— encarnado en teóricos como Laclau o Zizek o bien en una clase de pensamiento progresista alternativo como el emergente de los discursos reivindicativos del género, en los

cuales descuella la aportación de Judith Butler, parecen concentrados en analizar el fenómeno de nuevas y contingentes (o de mayor dinamismo histórico y, a la vez, espacio de representación de la confrontación de lo universal y lo no-universal —que pudiera llegar a ser el fragmentado territorio del multiculturalismo—) expresiones de hegemonía, no tanto en el seno del poder político-económico-militar sino más bien en la esfera pública, usándose esa expresión habermasiana para referirse al mundo del intercambio simbólico en donde se estaría librando una nueva dimensión de conflictividad básicamente encuadrable entre el intento de control de tal poder político-económico-militar de tal mundo (al menos en lo que respecta a su instancia de mercado terciario y nuevo espacio sustentativo de la producción de plusvalías en esta fase de capitalismo globalizado) y las formas microsociales —desde las minorías, el género y aun la resistencia del concepto ya más cultural que político de Estado-Nación— implicadas en la producción de significados.

Si se quiere este relativo estado del pensamiento posiluminista, centrado en debatir cómo se establecen luchas y conflictos por la apropiación hegemónica de componentes de tal mercado simbólico (con lo que el problema de la hegemonía se estaría dando en la esfera de la comunicación), soslaya o directamente no afronta, la cuestión de la sustentabilidad, quizá posponiendo una agenda de prioridades de teoría política progresista que a la postre podría verse como un serio error de selección del campo crucial de debate sociopolítico contemporáneo.

Dice Laclau, en el libro citado (Butler, Laclau, Zizek 2000) refiriéndose a lo que entiende como hegemonía, que “el terreno sobre el cual se extiende la hegemonía es el de la generalización de las relaciones de representación como condición de la constitución del orden social” (209).

Sobre la base de este conjunto de hipótesis que intentan situar la emergente cuestión de la sustentabilidad en el seno de la discusión sobre la actual condición del capitalismo avanzado, sobresale como vimos, cierta caracterización de la sustentabilidad o bien, como un enfoque excesivamente utopizante y de mera buena voluntad respecto de un futuro demasiado aleatorio, o bien como un discurso meramente justificativo de la inexorable conversión de la sustentabilidad genérica en sustentabilidad económica o mejor, sustentabilidad del modo productivo capitalista avanzado globalizado.

Desde este enfoque la sustentabilidad no estaría ofreciendo ni una teoría progresiva capaz de atender, con razonable viabilidad política, un escenario futuro de mejoras sociales generales ni una adecuada correlación entre tal marco teórico y dispositivos técnicos que ayuden a cambios significativos en la planificación y gestión del desarrollo.

Todavía más: el discurso del desarrollo sustentable carece de argumentos técnicos consistentes susceptibles de transformar radicalmente cuestiones básicas de la condición del modo productivo hoy históricamente vigente y generalizado.

Las formas en que esta teoría de la sustentabilidad se ofrece, no ya para intentar confrontar con el estilo de desarrollo hegemónico en este momento histórico, sino para estudiar y eventualmente intervenir en escenarios particulares —es decir, referidos a determinadas regiones territoriales y/o estratos sociales, o bien como es nuestro interés, a temáticas ligadas a los escenarios urbanos— tampoco pueden sustraerse de las contradicciones básicas comentadas más arriba, salvo en tanto se acepte y practique un modelo tipo *sálvese quien pueda*, en el cual bajo un aura de competitividad, un determinado enclave territorial y/o estrato social o una ciudad específica, puedan conseguir mejoras de sustentabilidad que, en muchos casos, deben evaluarse haciendo la vista gorda respecto del efecto regresivo de la calidad de sustentabilidad que tal mejora puntual ejerza respecto de un determinado contexto.

Paradójicamente es la generalización de la dinámica globalizante o el arribo a las comentadas instancias de economías líquidas y transnacionales, la que estaría brindando la explicación sistémica —casi del tipo *vasos comunicantes*— referente a que una mejora de la calidad sustentable de un determinado enclave casi siempre es consecuencia de una merma de esa calidad en el contexto de tal enclave.

2. Posfordismo, globalización y crisis de sustentabilidad territorial y urbana

Las ciudades están siendo impactadas por transformaciones devenidas del proyecto de la globalización económica y cultural y parecen estar entrando en una fase regresiva con cambios en su producción (y en la producción de sus unidades de gestión transformativa: los *proyectos urbanos*), con afectaciones ligadas a las crisis de sustentabilidad y en suma, de cara a posibles instancias o escenarios de posurbanidad, cancelando si se quiere la larga marcha civilizatoria iniciada y cimentada en la revolución urbana.

Nos proponemos entonces, indagar los términos de los *efectos de transformación territorial* resultantes del nuevo paradigma económico de la *globalización*. A nuestro entender la expansión capitalista tardía conjuga dos procesos contradictorios, consecuentes de exigencias y modelaciones territoriales devenidas del movimiento del capital: por una parte, en la fase *ascendente* de esa expansión —que podría datarse entre la inmediata posguerra y la caída del muro de Berlín— se presencia el incremento del proceso general de *urbanización*, la tendencia a una virtual homogeneización de un desarrollo de asentamientos poblacionales *concentrados en puntos discretos del territorio*; por otra parte, en la fase *descendente* (?) —que se manifiesta desde la década del '90 hasta ahora— una *disolución* de los criterios concentratorios urbanos de capital y población progresivamente tendiente, en nuestra hipótesis, a una *ocupación territorial*

intensiva y extensiva, de carácter *dispersivo* pero a la vez de *alta interactividad*, que podría connotar el inicio de una era o fase de *posurbanidad*.

A su vez, se globaliza la pobreza urbana —un tercio de la población mundial es pobre, debiendo sobrevivir con un ingreso menor a u\$s 2 diarios; hay 40 millones de niños de la calle sólo en Latinoamérica— fenómeno ya reconocido pero no atendido o resuelto por los poderes hegemónicos actuales.⁶

Entendemos así por *escenarios posurbanos*, a las nuevas configuraciones territoriales devenidas de efectos del comportamiento del capitalismo tardío o globalizado, que diluyen la característica centralidad urbanística convencional y avanzada (áreas metropolitanas organizadas alrededor de un polo urbano) y que parecen configurar organizaciones de asentamientos extremadamente dispersivos en vastas áreas territoriales, relativamente conectados por *hard-systems* (canales y medios de transporte de energía, materiales y personas) y más aún, por *soft-systems* (canales y medios de transporte de flujos de información).

Una característica adicional y muy importante de estos escenarios posurbanos es que la dispersividad urbano-territorial y la configuración de ocupaciones de tipo extensivo, es muy laxa, variable y no necesariamente dependiente de una infraestructuración rígida y pesada de las cuencas territoriales.

Frente a este fenómeno, signado por determinaciones devenidas de las consecuencias espaciales de las decisiones de la economía global, proponemos analizar:

- los cambios en la *producción* de la ciudad y lo urbano;
- los cambios en los factores de *control de la producción* de la ciudad y lo urbano (es decir, aquello vinculado con el rol político y técnico de la planificación y el planeamiento espacial, territorial, regional y urbano o local);
- la crisis de la *articulación entre producción y control* de la ciudad y lo urbano;
- las transformaciones que recibe el concepto de *proyecto urbano* en tanto *unidad o módulo de producción de ciudad* y lo urbano; y
- las posibilidades que tendría el concepto de *proyecto urbano* para configurarse como nueva *unidad o módulo de control de la producción de ciudad* y lo urbano.

Como consecuencia de haberse arribado a un momento del capitalismo avanzado caracterizable como de *economía líquida*, en tanto parecen maximizarse las alternativas para la circulación del capital, devienen cambios significativos en la producción de la ciudad y de lo urbano, que suponen primordialmente, el virtual *estallido* de la ciudad.

La ciudad se desgarrá territorialmente y en estructuras de red, como resultado del proceso sistemático y progresivo de incremento de la *conectividad*, no tanto —o no sólo— como interacción de áreas de centralidad relativa y/o de centros/*hinterlands* territoriales (que había instituido la figura de una *economía de escala*), sino como una hipermulticonectividad *rizomática* (o sea, no jerár-

quica o arbórea) que diluye o relativiza las formas territoriales *escalares* (como los centros o núcleos *duros* de actividades urbanas o los *hinterlands* o áreas regionales tensionadas por alguna correlación funcional escalar) instituyendo la figura de una *economía de alcance*.

Ello estaría implicando la caída de importancia de la centralidad estratégica, lenta y gravitatoria ligada a la *acumulación*, que se trueca progresivamente en una centralidad táctica, fugaz u oportunista y atópica ligada a la *conectividad relacional*.

Las consecuencias espaciales —territoriales y urbanas— de este cambio son extremadamente significativas y conducentes a procesos rápidos (pero no necesariamente estables) de transformación de la funcionalidad territorial y de pérdida de significación económica y política de los típicos epicentros del paradigma gravitatorio de acumulación: las ciudades.

El acomodamiento del *modus urbano* al despliegue de una economía terciarizada supone también un quiebre de una relación histórica sostenida al menos desde el inicio de la regeneración de las sociedades urbanas en la alta Edad Media, relación en la cual los dispositivos de organización territorial productivo–habitativas de la sociedad —entre ellos y primordialmente, las ciudades o aun antes, los asentamientos protourbanos— eran muy necesarios para el desarrollo de estrategias de acumulación (en rigor, eran *el lugar de la acumulación diferencial* desde donde se iniciaba otro tramo o fase de desarrollo, como ocurrió sucesivamente con el momento de verificación del intercambio comercial cada vez más lejano, el montaje de las revoluciones agrarias, la expansión colonial americana, la revolución industrial textil, la revolución industrial generalizada y la expansión imperialista del siglo XIX) y no como empieza a suceder en esta etapa del desarrollo histórico–económico capitalista, una entidad más bien impactada por fenómenos de desarrollo antes que factor causal o condicional del mismo. Incluso más, pierde su anterior rol de *acumulador* de plusvalías territoriales mantenido ininterrumpidamente por casi diez siglos en Occidente y pasa a funcionar como un *aglomerador de población susceptible de soportar variables de ajuste del modelo de acumulación*, como sucede con el incremento progresivo de pérdida de calidad de vida urbana.

La confrontación consecuente de un *nuevo orden económico* con un *viejo orden político* (ligado a las figuras estables de la acumulación larga: desde las estructuras nacionales a las estructuras urbanas municipales o locales) supone un nuevo escenario incluso en términos ideológicos.

Un síntoma de esta conflictividad y reorganización de las ideologías políticas convencionales lo ejemplifica el discurso de un ex candidato ultraconservador a la presidencia norteamericana, Peter Buchanan, cuando propone confrontar políticamente las enormes presiones deslocalizadoras del nuevo orden económico, que según dicho político y periodista, generan altas tasas de desempleo y desequilibrios internos en las ciudades: Buchanan llegaba a afirmar

que el hiperdesarrollo obtenido por la voluntad política de apertura mercantil implicaba un riesgo respecto de los intereses de aquella voluntad, o sea que la autonomía creciente del mundo económico monopólico se engullía a sus supuestos *paters* políticos. En esta argumentación parece intuirse la crítica a un *exceso* de liberalismo económico generador de un estatus de plutocracia virtualmente contrario a los principios del liberalismo político.

El enfoque del líder derechista norditaliano, Umberto Bossi en su propósito constitutivo de un nuevo espacio político —la *Liga Lombarda*— se orienta en la misma dirección de oposición a la libertad absoluta del movimiento de los flujos económico-financieros, en este caso para evitar eventuales *subsídios* a áreas de menor desarrollo: debiera haber una clase de poder político (intra o supranacional) parece decir Bossi, capaz de neutralizar la cuasi infinita capacidad de relocalización del capital.

La condición reaccionaria del discurso del líder liguista radica en su *egoísmo* tendiente a neutralizar la posibilidad que tal movimiento de capitales genere desarrollos fuera del ámbito de acumulación primaria de tales capitales, es decir, en tal caso, en las áreas de menor desarrollo del Estado nacional italiano.

El desarrollo de las economías globales, originadas en epicentros decisionales urbanos, tiende a la producción (y no al consumo) en el sentido de generar bienes y servicios urbanos no situables en un *estado social de necesidad* ni programables en un *estado político de organización*.

Los cambios tecnológicos posfordistas manifiestan una progresiva tendencia a segregar las decisiones locacionales: 1) de la proximidad relativa a las fuentes de materias primas y/o de recursos energéticos, 2) de la oferta de mano de obra de baja y alta capacitación y 3) de la proximidad relativa a focos poblacionales de consumo.

Lo cual conlleva a un proceso que ayuda a la indiferenciación locacional de las actividades productivas.

De allí surge la transformación territorial como negocio o emprendimiento en sí y como base abierta y especulativa de desarrollos oportunistas o actuaciones híbridas aptas para acoger alternativas productivas marcadas por el efecto competitivo de innovación.⁷

La capacidad de innovación territorial es así muy alta y nada previsible de ventajas comparativas espaciales o preexistencias locacionales y urbanas.

Los *technopoles* por ejemplo, comienzan a afianzar un rol territorial no necesariamente ligado a los centros urbanos convencionales e incluso en algunos casos como en las regiones del Véneto italiano o los *West Midlands* ingleses, los cambios productivos se basan en una fuerte dispersión territorial de la producción, incluso sobre la base de unidades productivas de pequeño tamaño.

En otros ejemplos, como la región italiana de Prato (343 km², 230 mil habitantes) el desarrollo territorial dispersivo supone la organización de un

sistema o red de miniemprendimientos productivos (14500 empresas textiles) *arborizados* (700 núcleos primarios, 1000 secundarios o *partistas* y 12800 artesanales). Y esto cuando, como en el caso de economía italiana, puede desplegarse una estrategia defensiva al *modus* hipercapitalista mundializado que deviene exitosamente en el fortalecimiento de redes productivas intermedias.

Se suele reconocer un primer estadio de desarrollo del vigente modo productivo hegemónico que da curso a lo que puede definirse como la urbanización capitalista *convencional*, como consecuencia de los *procesos de acumulación y localización de excedentes*, cuyas cualidades territoriales resultaron ser la *estabilidad*, la *homogeneidad* y la *organización jerárquica de los asentamientos*.

Un segundo estadio, subsiguiente y contemporáneo, suscita lo que suele entenderse como urbanización capitalista *avanzada*, que es consecuencia del *régimen de acumulación flexible* y la sobreacumulación subsiguiente, generadora de una alta capacidad de circulación de excedentes de capital financiero, cuyas cualidades territoriales —todavía bastante difusas— parecen ser la *heterogeneidad* y la *dinámica de flujos* resultantes de fenómenos de *centralidad de atracción conectiva* y ya no acumulativa. Es lo que suele llamarse modelo posfordista o *toyotista*, cuyo lema es *just in time* y que minimiza o anula las estrategias de *stock* y las inercias territoriales a favor de procesos mundializados de *delivery* y formas deslocalizadas de producción.

En esta segunda fase del desarrollo del modo productivo capitalista es necesario advertir que la generación de excedentes de capital resultan del incremento constante del valor del cociente entre *capital variable* y *capital fijo*. Desde el punto de vista espacial, territorial o urbano, este proceso ofrece un cierto dualismo que debemos entender y criticar: la existencia de la sobreacumulación que detona la dispersión territorial de los escenarios posurbanos se vincula con la dramática caída de *inversión en el capital fijo* y consecuentemente con lo que James O'Connor (1990) llama la *segunda* contradicción del capitalismo.

En efecto, si Marx hablaba de una *primera* contradicción según la cual un exceso de capital generaría una *crisis en las relaciones de producción*, ahora podría visualizarse una segunda contradicción en la que un déficit de capital (fijo), dado en el incremento del cociente antes indicado, estaría motivando una crisis en las condiciones de producción, cuyo efecto principal resulta ser la llamada *crisis de sustentabilidad*, dada en la incapacidad de explotar racionalmente los recursos naturales no renovables y en el progresivo descontrol de reproducción de los recursos naturales renovables: este doble proceso se liga a la creciente caída de inversión en el capital fijo.

Según este razonamiento, los excedentes del régimen de acumulación flexible son algo así como un espejismo, o un estado peligrosamente coyuntural de esta fase de capitalismo, según el cual la hiperdinámica territorial del movimiento de capital no puede conjurar a mediano plazo, la crisis de sustentabilidad, o

sea la reposición elemental del capital fijo: los escenarios posurbanos podrían ligarse al táctico escamoteo de esa inevitable condición de crisis de escasez.

Ciudades como Nueva York requieren hoy día unos mil millones de dólares de inversión anual sólo para el mantenimiento de sus condiciones de producción: no para su desarrollo sino apenas para su mínimo evitamiento de caída en situación de obsolescencia irreversible, por ejemplo, de su infraestructura de agua potable.

Las crisis energéticas de la costa oeste y este norteamericana —respectivamente de 2001/2 y 2003— son otro ejemplo ilustrativo de esta crisis intrínseca (al modo capitalista avanzado) de sustentabilidad, unida además, al retroceso de la responsabilidad de contralor del Estado dentro de la fantasía de ultraprivatización de todos los servicios urbano-territoriales básicos que están en la base de aquella voluntad expansiva del capitalismo a expensas incluso de las necesidades básicas de ciudadanos que ni siquiera son reconocidos como consumidores. Sin cambios de rumbos estructurales del modo productivo hegemónico vigente, estos hechos tenderán a repetirse, agravarse y generalizarse.

Los cambios comentados sobre la *producción* de la ciudad y de lo urbano —en tanto, derivados si se quiere, en la *producción de una urbanidad conectiva y dispersa en lo territorial*— conllevan cambios en el *control* de tal producción.⁸

Tradicionalmente, desde hace poco más de un siglo, dicho control estaba ejercido por la teoría y práctica del *planeamiento* (en tanto y sobre todo, sistemas prescriptivo-normativos de disposición de las actividades en los territorios: éste considerado en sus diversas escalas administrativas y de gestión, como la región o una jurisdicción específicamente urbana o bien, incluso, de parte de ella).

El planeamiento —*planning*, y sobre todo, la subespecie de la *zonificación* o identificación de áreas de homogeneidad o relativa heterogeneidad, *zoning*— fue antepuesto de un sistema prescriptivo previo, el *urbanismo* (*urbanisme* en la tradición francesa y *stadtbau* en la tradición germánica), del cual resulta en cierta manera tributario, aunque éste refuerza un nivel de normación o prescripción predominantemente morfológico (en las corrientes paisajísticas del arte de *embellesiments* urbanos de raigambre parisina) y/o morfotecnológico (en las corrientes ingenieriles alemanas orientadas al diseño de soportes o redes de infraestructuras *duras*).

Las primeras expresiones de las prácticas planificadoras urbanas refuerzan su voluntad constitutiva de elementos de control del desarrollo urbano: sea en la organización de la *expansión periurbana* (con la larga tradición que va de los *ensanches* decimonónicos a las *garden-cities*, los suburbios habitacionales como los constituidos por las *siedlungs* de entreguerras, las *villes-nouvelles* francesas o las *new-towns* inglesas y norteamericanas) o en las intervenciones de *recentralización* (desde el plan parisino del prefecto Haussmann hasta los fragmentos renovadores y el *urban renewal* de los años '60 e incluso las prácticas

de *gentrification* a antiguas áreas centrales de valor patrimonial social e inmobiliario). El así llamado *planeamiento urbano*, como dispositivo de control, puede ser caracterizado como un *arte de capturas*, una búsqueda, a menudo aleatoria, de los criterios lógicos de localización de actividades en los territorios.

Es evidente que el paradigma del planeamiento constituido en la segunda mitad del siglo XX, fue fuertemente connotado por las metáforas *gravitatorias*, provenientes de los modelos matemáticos astronómicos, en el sentido de suponer que las actividades territoriales tienden hacia un modelo ideal gravitatorio de disposición en el soporte territorial, del que emergió una teoría de interpretación de esas hipótesis de *equilibrio* (que pudo desplegarse desde los modelos hiperteóricos de Christaller o Thünen hasta la organización espacial territorial de Isard o los modelos polarizados de Perroux) según la cual las fuerzas económicas —más o menos institucionalmente reguladas mediante el doble sistema de restricciones o normas/planes y estímulos o beneficios crediticios y/o fiscales— podían encontrar un *locus* territorial ideal y *estable*.

El desarrollo del capitalismo avanzado ha puesto notoriamente en crisis estos dispositivos de control en términos generales, de la supuesta locacionalidad ideal territorial del capital y en términos específicos, de la lógica de producción de la ciudad.

La globalización de la circulación del capital financiero es como un *aceite* que fluye entre las rigideces sociales y culturales de las diferencias territoriales, de tal forma que de las mezclas de lo rígido-territorial y de lo fluyente-financiero surgen infinitas variaciones, por otra parte, aceleradas y oportunistas.

En algunos casos estos procesos pueden resultar de alta relevancia en grandes espacios económicos, como por ejemplo, los proyectos de configuración de enlaces bioceánicos en varias latitudes sudamericanas (enlaces Maracaibo-Buenaventura, San Pablo-Lima, Bahía Blanca-Concepción, etc.) o las reestructuraciones territoriales devenidas de iniciativas de transformación espacial ligadas a movimientos significativos de capital público y privado como el desarrollo del sistema de ciudades del *Sunbelt* americano (Los Ángeles, Houston, Austin, Dallas, San Antonio, Atlanta, Miami) emergentes de la política de las *interstate freeways* de los años '50 o la conformación de vastas áreas especializadas-integradas en Europa, como el sistema del *Randstadt* holandés o el *Ruhrgebiet* alemán.

Los parámetros globales del rendimiento del capital globalizado (en el sentido de no sujeto a ninguna lógica preestablecida de localización gravitatoria) funcionan: 1) como los verdaderos medios de control de la experimentalidad en las transformaciones territoriales (por encima de cualquier clase de control prescriptivo-normativo tradicional, como los cuerpos legales nacionales), y 2) como precondiciones de la *competitividad* urbana.

La capacidad de innovación territorial es muy alta y nada dependiente o previsible de ventajas comparativas espaciales y/o preexistencias urbanas. Así,

puede entenderse que la última generación (¿última?) de dispositivos de planificación —la así llamada *planificación estratégica*, devenida doblemente del *planning estratégico-militar* y del *planning empresarial*— haya tornado en un mecanismo de exploración y captura de las tendencias y apetencias de dicha movilidad del capital, internalizando en la toma de decisiones de un asentamiento cualquiera, las condiciones de competitividad impuestas en realidad por los movimientos experimentales del capital en el territorio.

Un ejemplo notable de la aplicación del *strategic planning* para identificar oportunidades en el desarrollo de los procesos de circulación del capital lo configura el montaje del plan estratégico de Barcelona,⁹ cuando funda toda su estrategia de redesarrollo en el apoyo a la transformación de la economía urbana de un rol histórico predominantemente *secundario* o industrial al despliegue de un rol *terciario avanzado*, pasaje que reclamará un ajuste territorial de la escala al *alcance* (o de la concentración a la dispersión).

El supuesto acomodamiento adaptativo de la práctica y pensamiento urbano-arquitectónico a las nuevas circunstancias de producción urbana, dado en los conceptos de talante posmodernista de *city-collage*, *plan de proyectos* o ciudad de *proyectos-fragmentos* tampoco parece resultar una respuesta adecuada a tales nuevas circunstancias.

En efecto, los planes urbanos tipo *collage* no asumen adecuadamente las exigencias de hiperconectividad y flujo, no aceptan el marcado carácter contingente u oportunista de los desarrollos neoinmobiliarios ni acomoda sus rasgos de estaticidad y marcada definición espacial y funcional de sus fronteras (los bordes del fragmento dentro del *collage* urbano) a tales exigencias.

En cierta forma, ello explica o el fracaso o las contundentes maniobras de adaptación que tuvieron que soportar la mayoría de los proyectos emblemáticos de la nueva generación de planes-proyecto, como los resonantes casos de Canary Wharf, Nova Icaria, Milano Due, Firenze-Novolli o Battery Park.

La ciudad (o sus procesos de producción) en esta fase ultracapitalista ha recaído en una forma de producción capaz de engendrar sus propios mecanismos de control, pero ahora tornados a formas de *autocontrol* o de generación de *modelos automórficos*.

Un similar proceso ha ocurrido en el campo de la tecnología que ha devenido en marcadamente autónoma de todo control social, político o cultural —en tanto, como contraparte, se instituye como fuertemente heterónoma del control económico-financiero—, por ejemplo, en el caso de la evolución de los servomecanismos, la inteligencia artificial o los TTT, *things that think*, objetos que piensan.

Ello se estaría manifestando en la internalización del control de lo urbano en la propia lógica de su producción, hegemonizada por las exigencias del movimiento oportunista del capital en su fase exacerbada de acumulación flexible y/o de minimización creciente de la inversión en capital fijo.¹⁰

El *planeamiento estratégico*, en tanto mecanismo decisorio pseudosocial–democrático (dado el encubrimiento de su innata característica de expresión de hegemonías en la lógica de movilización del capital) ha asumido bastante mejor que el *planning* de proyectos, el principio de éxito en la toma de decisiones en aspectos de producción de ciudad y ciudad–territorio, que es sin duda, la obtención de la mejor instancia de competitividad, demostrada según la *performance* de la hiperconectividad. La crisis del paradigma tradicional de la planificación (urbana y/o territorial) se da entonces, en tanto imposibilidad de articular control y producción de lo urbano–territorial.

La economía emerge como cuestionadora de la eficacia y pertinencia de la planificación, no sólo al seno del propio movimiento de la economía (no hay ejemplo más nítido del fracaso de la planificación que en el caso de la planificación económica y básicamente de la planificación económica pública, demasiado tensada a supeditar sus decisiones de inversión, cada vez más magras, como subsistema del movimiento de la economía privada multinacional) sino también y sobre todo, respecto de la planificación espacial (regional, urbana, local).

La planificación espacial convencional o gravitatoria es considerada como demasiado *lenta* respecto de la velocidad del movimiento de los flujos económico–financieros, sobre todo por sus rigideces en sus sistemas de información o base de datos y de toma de decisiones. A esto se une la programada obsolescencia y crisis del sector público.

Por otra parte, existe un proceso de *redemocratización* de las sociedades urbanas que tiene varias características *críticas* de este fenómeno general de cambios en la producción de la ciudad y de caída de los dispositivos de control, así como, inversamente, otras características *funcionales* a tal fenómeno.

Una característica crítica nítida es la emergencia de un paradigma alternativo a la planificación burocrática, dado en el desarrollo de formas de *gestión participativa*. El paradigma de la gestión aparece como fundado en: 1) la organización de la participación de los agentes sociales implicados en las transformaciones urbanas y territoriales, 2) la formulación de una crítica a la *falta de transparencia* del proceso de producción de ciudad y de lo urbano, y 3) la asunción de un rol más bien ocupado en la *mitigación de los problemas* antes que de la decisión en los procesos.

Como condición consecuente de las características apuntadas aparece un nuevo debate sobre la esencia de lo local. ¿Qué es *lo local*? Tradicionalmente es el grado de identidad de pertenencia a una estructura social *profunda* (la comunidad o *gemeinschaft*) —no a la estructura social *instrumentalista* (la sociedad o *gesellschaft*)—, la convención endógena de establecer *cierres* a la posible mutación brusca de esa comunidad y el acuerdo geopolítico de articular comunidad y *locus* territorial.

Sin embargo, contemporáneamente, lo local se re-presentaría como la maximización de la participación en los beneficios de la productividad posurbana: es decir, en participar, en alguna forma, de las nuevas instancias de la *economía de alcance* que vienen a convertir a las ciudades no ya en polos gravitatorios de concentración/acumulación sino en focos *atractores* de flujos posgravitatorios.

Posiblemente estemos de cara a un momento histórico que presenta la modalidad del *fin del plan*. Sin plan y ante la necesaria prosecución de un orden que proponga condiciones mínimas de antientropía, reemerge la figura del *proyecto urbano*: proyecto como *unidad de producción* de lo urbano y proyecto como *instancia posible de control*; proyecto sintético-productivo y proyecto analítico-crítico.

El *proyecto urbano* se presenta como una respuesta a las necesidades o exigencias de la esfera de la producción de la ciudad y lo urbano, incluso transformando radicalmente muchos de sus principios y procedimientos: en ese sentido es que se podría hablar de un fin del modelo del proyecto urbano albertiano.

Algunas características peculiares de este momento histórico del despliegue del instrumento proyecto urbano son la caída de importancia de las categorías funcionales y de las inmanencias tipológicas.

También, correlativamente, pierden significación las variables ligadas a la geometría y a la morfología urbana, en tanto los procesos contextualistas de morfogénesis que habían sido uno de los componentes de los marcos prescriptivo-regulatorios de los dispositivos de control de la producción urbana, reducen su sentido y relevancia. Entre las tentativas de acomodo de los proyectos urbanos a las nuevas condiciones de la producción contemporáneo de lo urbano, destacan los criterios de los *contenedores híbridos* y de los *fashion buildings*.¹¹

Se trata de conceptos marcadamente indeterminados y flexibles para acoger las variaciones funcionales de demanda, los cambios de uso más o menos rápidos, y para adaptarse a las necesidades de anomia locacional apta para los movimientos teóricos del capital, para la generación de rentas diferenciales rápidas e imprevisibles.

De allí que esta generación de conceptos proyectuales reelabore el carácter cerrado o rígido de los fragmentos urbanos tipo *enclosure* o de fronteras nítidas. Otras características del pensamiento proyectual proactivo de cara a las necesidades de la actual fase de desarrollo de las economías urbanas son las que se contienen en los conceptos de *terrain vagues e infill*.

Los *terrain vagues* (Morales, 1996) suponen el descubrimiento, casi dadaísta —en el sentido de verdaderos *objets trouvée* urbanos— de vacíos urbanos, espacios neutros o intersticiales, residuos de las diferentes formas de ocupación e infraestructuración de las ciudades y a la vez, áreas con un potencial estético ligado a las *bad forms*, el minimalismo o la trasposición de estéticas conceptualistas a la recalificación de estos remanentes de espacios.

La técnica del *infill* supone el ejercitar conductas de relleno y suturado de los *agujeros negros* o retazos inútiles de la ciudad, mediante operaciones que competen a una voluntad casi de *horror vacui* urbano, ciertamente emparentable con la conducta medieval de saturar extremadamente la ocupación de los burgos de intramuros.

Por otra parte, destacan en esta instancia del desarrollo de proyectos urbanos convergentes con las demandas del nuevo cuadro de la producción de la ciudad y su dispersión territorial, el despliegue de experimentos conducentes a la generación de *topologías conectivas*. Es decir, a proyectar la forma de los canales de flujo que hiperdeterminan las actuales tendencias a la dispersividad urbana en vastas configuraciones territoriales.

Pero existe otra posible consideración de la vigencia actual del concepto de proyecto urbano que es la ligada a su potencial función crítico-analítica en tanto dispositivo de control de la producción urbana.

Un antecedente de esta postura, ciertamente cercana a una característica utópica, es el caso de la llamada *resistencia antiindustrial* generada en la Escuela de Arquitectura de La Cambre de Bruselas, bajo la dirección de M. Culot en los años '70 (Culot, 1978). Para algunos autores los procesos de transformación urbana de Berlín están regulados por una supuesta existencia sociocultural de un cierto estatus de control estético de los cambios: emerge así una suerte de acompañamiento a la *ética de lo políticamente correcto*, en la vía de la *estética de lo formalmente correcto*.

Las posibilidades de un control social implícito en los dispositivos proyectuales puede relacionarse con los cambios de la arquitectura social, en lo referente al desarrollo de los procesos participativos de transformaciones urbanas (como el proceso de *Design by community* o el método *take part*, ambos de USA¹²), el peso creciente de los movimientos sociales urbanos (como los fenómenos de los *squatters*), la relevancia progresiva de acciones de *urbanismo étnico* (o *poscolonial* como lo designa J. Jacobs en su último libro —1996—) o el estudio crítico (como los trabajos de M. Augé sobre los *no-lugares* —1994—¹³) o positivo (como las investigaciones de N. García Canclini —1995— sobre la *etnodiversidad* urbana mexicana¹⁴) de las nuevas configuraciones urbanas de transformación de las viejas entidades del espacio público.

La necesidad de imaginar procesos proyectuales de tipo *narrativo* que superen el tradicional sesgo de lo que se llama procesos proyectuales *lineales* es asimismo propuesta por Richard Sennett como forma posible de institución de nuevos medios de control en la producción de lo urbano.

Dentro de esta postura posempirista y poshermenéutica se inscribe el postulado del cineasta Wim Wenders, cuando postula *un urbanismo que se proponga construir relatos*, ya que la inquietud frente al mapa sólo se resuelve trazando *itinerarios*: un itinerario o vector experiencial constituiría el equiva-

lente tópico de la narración. Este será un urbanismo de la *experiencia* —donde reaparece el sujeto, aunque sea el sujeto *sin atributos* de Musil o el hombre *blasé* de Baudelaire, exhausto ante la degustación del capitalismo mercantil y simbólico— antes que un urbanismo objetivo o de la *construcción*.

Precisamente Sennett estaría preconizando, junto a cierto pensamiento fenomenologista (por ejemplo en las posturas de Koolhaas o Tschumi) la necesidad de conducir el proyecto a la función de *control de producción de lo urbano*, en lugar de control de producción de la ciudad.¹⁵

En otro plano, el proceso de expansión territorial de lo urbano abre una perspectiva de confrontación ligada a los postulados de la *sustentabilidad ambiental territorial* (*Agenda Local XXI*,¹⁶ biorregionalismo —Sale 1985—, *ecological footprints* —Rees 1992—, etcétera).

El movimiento de los flujos del capital hacia la indeterminación territorial o la pérdida de la focalidad concentratoria de lo urbano, sugiere la posibilidad de debatir tal lógica en torno de una idea de proyecto crítico basado en el paradigma ambiental y relacionado con los datos de la frágil sustentabilidad territorial para soportar tal expansión.

La idea de expandir territorialmente la acumulación flexible minimizando el valor del capital fijo (en este caso, de los recursos naturales territoriales) puede presentar el verdadero talón de Aquiles de esta ilusión desarrollista diferencial y posurbana y de allí, recuperar la función crítica del pensamiento y práctica proyectual.

3. Escenas de la insustentabilidad urbana

3.1. La ciudad histórica como huésped de la naturaleza y los territorios

La ciudad es un artefacto relativamente reciente del largo proceso de la hominización de los soportes naturales y, como tal, emerge históricamente como un modo de ofrecer *nuevos servicios* (comerciales, religiosos, protoindustriales) a poblaciones concentradas que usufructúan el capital acumulado por excedentes territoriales (por ejemplo, de cosechas emergentes de administraciones más complejas y eficientes de la irrigación).

Por más de tres milenios —digamos hasta la maduración del modo productivo industrial— las ciudades no superan la condición inicial de disrupciones en los *continuums* naturales que no alcanzan un grado de impactación grave e irreversible de éstos. Karl Polanyi (1992) plantea que ya desde fines del medioevo, la presión del desarrollo urbano —cuando la ciudad pasa de *asentamiento* a *mercado* y el suelo de *naturaleza* a *mercancía*— contiene los términos de un deterioro creciente e ilimitado de la naturaleza y los célebres

cuanto sombríos estudios de Lewis Mumford (1979) sobre lo que llama *civilización neotécnica*, cargan las tintas del deterioro humano y social que fructificará en las ciudades industriales.

A veces se comete el error de pensar que únicamente existe el *modelo occidental* de ciudad —la ciudad de origen grecolatina, multiplicada en Europa y trasplantada a la América colonial del Sur y del Norte— pero, aunque de hecho sólo parece subsistir la historia del triunfador, hay otros modelos de ciudad, desde los núcleos territoriales de las vastas ocupaciones andinas hasta los asentamientos orientales y toda la tradición islámica de los *ksar* rurales caravaneros o las *kasbah* de artesanos y mercaderes.

Estas ciudades alternativas en algunos casos subsisten, en cierto sentido incluso, dando cuenta de mayor racionalidad en la relación ciudad/territorio (como las configuraciones de oasis del Sahel subsahariano o las ciudades como Shibán, la *Manhattan* de Yemen del Sud, un modelo de estructura urbana de alta economía energético–matérica), pero en general la proliferación de la noción occidental de ciudad y su desarrollo tecnológico infinito tiende a establecer una homogeneización de lo que llamamos *modo de vida urbano*, que contiene los términos de una crisis de sustentabilidad, ya que la idea de una ciudad sin límites en su demanda de subsidio energético extrarregional es en sí misma, plena de irracionalidad, como el caso patético, en su precaria sustentabilidad, que presentan ciudades como Phoenix (San Martín, 1996): dos millones de habitantes en una ciudad difusa de baja densidad situada en un bioma desértico, con poca agua natural e inexistente transporte público y el consecuente daño contaminativo del muy extendido parque automotor privado, la tasa de enfermedades respiratorias más alta de USA, etcétera.

3.2. Tendencia a la urbanización mundial

Escritos bien sesentistas del célebre y contestatario sociólogo francés Henri Lefebvre (1972) hablaban de la perspectiva, entonces utópica, de una urbanización absoluta de un modo de vida *concentracionario* según el cual toda la población mundial convergería a unas estructuras que el conocido ecólogo catalán, Ramón Margalef (1993), sólo encontraba en las macrociudades y en los termiteros.

En rigor, esta suerte de profecía se está cumpliendo ya que la tasa de urbanización es constante y que regiones como América Latina ya han superado el 80% de su población total residiendo en *ciudades*, eufemismo benigno que designa toda aglomeración de más de dos mil habitantes. Las tasas de crecimiento urbano más altas pertenecen además a las regiones más pobres, y más de dos tercios de las megaciudades de más de diez millones de habitantes radican en el hemisferio sur del planeta.

Asia es el continente de más veloz urbanización reciente, donde tienden a acumularse además las megaciudades, algunas de neta improvisación e insustentabilidad, como Zhuhai, la aglomeración del delta del Pearl River proveedora de mano de obra barata a Hong Kong que sólo en un par de décadas pasó de la nada a ser una de las veinte ciudades (?) más grandes del mundo (Sudjic, 1996).

La velocidad de la urbanización asiática es un síntoma de estas décadas finales del siglo, ya que de las apenas 9 ciudades —4 en Europa, 3 en América, 2 en Asia (Tokio y Shanghai)— de más de 5 millones de habitantes que existían hacia 1950; hacia el 2000, de las 39 registradas, Asia tiene 22, que serán 36 hacia el 2025, mientras que, hacia el cambio de siglo, Europa seguía con sus 4 megaciudades y América había llegado a 10.

El caso de la urbanización china es también sintomático y problemático, ya que la ancestral ruralidad de esta Nación—continente es otra de sus mitologías y la población urbana de alta concentración se acerca a la quinta parte del total (que a su vez, es la quinta parte de la población del globo).

Si nuevos chinos urbanos —digamos, un 10% adicional al actual— adoptaran *gadgets* modernos elementales como un refrigerador hogareño, la supervivencia de la capa de ozono dañada por los escapes del freón, el gas de las serpentinas de enfriamiento, duraría unas pocas semanas, agravando sustancialmente el cambio climático global regresivo. Pasar de la *cultura de la salazón* a la *cultura del frío* puede significar progreso relativo pero a la vez, crisis notable de sustentabilidad como supervivencia ecosférica planetaria.

Los procesos de crecimiento relativo de las tasas de población urbana suelen asociarse a la idea del modo de vida urbano como *desiderátum* civilizatorio, pero tal modo de vida, pobreza generalizada mediante, es cada vez un deseo imaginario que una meta alcanzable.

3.3. Trashumancias: del campo a la ciudad y de las ciudades pequeñas a las grandes

La nostalgia de la ruralidad perdida fue el motor estético del romanticismo —como lo atestiguan los estudios de Raymond Williams (2001)— tanto como uno de los factores que quería equilibrar la idea marxiana de una ocupación racional de los territorios, ya que la *utopía socioproductiva* de la homología entre trabajo manual e intelectual también implicaba la *utopía espacial* (valga la paradoja) de la ocupación continua de campos y ciudades, como efímeramente propusieron los urbanistas de la primavera leninista, como Miliutin y sus teorías de las *ciudades lineales*, precursoras de los corredores posindustriales actuales.

Las múltiples propuestas que conjugan romanticismo y socialismo (o anarquismo) como la *garden city* que Ebenezer Howard plantea en la Inglaterra

de fin del siglo XIX o la *green belt* promovida en el *new deal* rooseveltiano, así como la mencionada ciudad lineal de Miliutin, se insinúan como tentativas técnicas de anticiparse a la urbanización absoluta, aun al precio de anteponerse a la idea de la migración campo–ciudad como motor de modernidad, que los tempranos *surveys* científicas que Engels produjo para las ciudades industriales británicas de la segunda mitad del siglo XIX, demostraban como irreales ya que tales ciudades no implicaban mejoras directas para los recién venidos (Choay, 1970).¹⁷

Un tanto como testimonio de lo poco que reclama a este respecto, el pensamiento contemporáneo de izquierda —por ejemplo, Toni Negri (Negri; Hardt, 2001)— resalta en la proposición de contraponer a la absoluta *movilidad del capital*, signo sustantivo de las economías líquidas de la globalización, una similar *movilidad demográfica de las fuerzas del trabajo*, luchando contra la creciente tendencia a *fronterizar* la llegada de inmigrantes pobres (a menudo, excoloniales) a las ciudades afluentes. Como patética respuesta equilibrante desde el campo progresista, entender la movilidad demográfica o la errancia de la marginalidad a la afluencia, no implica más que agravar la insustentabilidad y el desarraigo.

La migración campo–ciudad también presenta comportamientos diferentes según las regiones, ya que en África y en América Latina las tasas decrecen entre 1960 y 1980 y en cambio crecen consistentemente en Asia.

3.4. Movilidad espacial como movilidad socioeconómica: el fin de un mito moderno

Un tópico sempiterno de la literatura sociológica acerca de la modernidad es la idea de la movilidad espacial como correlato a la ascensión social en trabajo y servicios; la homología entre *movilidad espacial* y *movilidad social* se sublima en los escenarios urbanos, en tanto históricamente las migraciones significaron ambos fenómenos a la vez y por eso son tan significativas en el proceso de la industrialización periférica y expansión imperial de fines del XIX a mediados del XX.

Dentro de los países fue habitual constatar el desplazamiento de capas rurales marginales a las ciudades, desplazamiento que al cabo de un par de generaciones conllevaban seguramente ascenso social. Incluso las grandes migraciones de europeos hacia América supusieron en un alto número de casos, situaciones de contingentes rurales de la marginalidad europea que se salteaba la migración hacia ciudades de su propio país y emprendía la aventura americana: así ocurrió con gran parte de los gallegos, calabreses o irlandeses que en lugar de tentar suerte con Bilbao o Barcelona, Milán o Turín, Londres o Manchester enderezaban su rumbo a Caracas, Buenos Aires o Nueva York. En tales procesos,

sin duda la aculturación urbana debe entenderse como un signo de progreso modernizante que implicaba mejoras laborales y de calidad de vida.

En el caso de San Pablo, la última megalópolis histórica de América Latina, su historia verifica esa norma de migraciones internas y externas, con bruscos incrementos poblacionales que daban cuerpo al proceso de modernización, industrialización y sindicalización.

Hoy ya resulta evidente una suerte de colapso de tal modelo: el habitante rural es expulsado de un ámbito crecientemente carenciado en cuanto espacio público y va a la ciudad como *última thule*, no ya como esperanza de mejoramiento social.

El habitante rural, despojado de los vestigios finales de territorio sustentador al menos de módicas modalidades de autosubsistencia, va a la ciudad a conseguir *un lugar donde instalar su cuerpo*, ya casi sin ninguna esperanza de futuro. Incluso podrían ocurrir situaciones que como en México, la ciudad se presenta como reserva de ancestralidad, el último y paradójico lugar donde subsisten hábitos lingüísticos, alimentarios o socioculturales de una ruralidad por lo demás desvanecida en la modernidad económica globalizada (Canclini, 1998).

3.5. Infraestructuras y redes de asentamientos

Las transformaciones posmodernas y globales del tiempo y el espacio han modificado completamente la geografía del mundo y el rol de las ciudades, las que sin asumir todavía su mayor peso político y económico —subsumidas por las mediaciones institucionales— recentran a la vez, las oportunidades y los problemas de este momento avanzado y tercerizado del capitalismo unipolar. La economía global ha funcionado como un sistema que tiende a la relativización de espacios, distancias y fronteras.

El carácter *líquido* de la economía trasnacionalizada supera las fronteras —otrrora proteccionistas ahora, a lo sumo, con un grado de proteccionismo dependiente de la magnitud de poder relativo de cada país— ha promovido la caída del concepto de *Nación*, sustantivamente en el caso de Europa, ahora redefinible como una yuxtaposición de regiones más una suerte de supranación (UE).

Canales, corredores, espacios de oportunidad, redes, desespacialización son algunas de las características geográficas y funcionales que emergen, como nuevos conceptos territoriales, de la concentración oportunista y monopólica de nuevas funciones urbanas, lo cual disuelve en un sentido las funciones centralizadas de la urbanidad tradicional y abre, en otro sentido, el cauce hacia nuevas formas de asentamiento territorial, a la vez dispersas en vastas organizaciones espaciales (lo que induce a hablar de un estatus civilizatorio posurbano, en tanto caducidad del concepto gravitatorio y focal de ciudad) que paradójicamente resultan identificadas con prestaciones urbanas deslocalizadas.

Autores como Saskia Sassen (1994) refieren a la reorganización de las formas de asentamiento urbano concomitantes de la globalización y, en ese caso, explicitando la muy selectiva emergencia de una nueva categoría de ciudad —las *ciudades globales*—, como unos pocos puntos de la geografía mundial que operan como centros de comando de la cultura y economía globalizada.

En un talante tal vez más optimista, el dúo M. Castells y J. Borja (1997) avizora una nueva relación entre *lo global y lo local*, en donde esta segunda categoría usufructuaría algunas ventajas de la circulación expandida de bienes, servicios e información de la globalización fortaleciendo localías, si bien éstas serían dependientes de ventajas oportunistas tanto como de estrategias afortunadas de competitividad entre distintas ciudades de prestaciones e implantaciones semejantes.

Todo ello implica grandes cambios de redes de infraestructura y, también, la amortización de las mismas en tanto significación del costo relativo *per cápita* de tales disponibilidades y sus servicios, se marcaría así un nuevo sesgo de la brecha entre desarrollo y no-desarrollo, ya que las ciudades emergentes o carecen de la acumulación suficiente de capital para mejorar su perfil de infraestructura o, si apelan a la receta privatizante como paliación de su ausencia de capitalización, seguramente confrontarán un alto costo relativo de los servicios de tales mejoras de infraestructura y equipamiento.

Si hablamos del transporte *inner-city*, también en tal rubro existen comprobaciones de netas diferencias entre las ciudades desarrolladas y las emergentes: en aquéllas el costo del transporte, como porcentaje dentro del PBI *per cápita* de los habitantes urbanos, ha bajado sistemáticamente y estar físicamente conectado es perfectamente posible; mientras que en las segundas, el transporte y las comunicaciones en general son cada vez más proporcionalmente caras.

En el caso de la región metropolitana de Buenos Aires, algo más de la mitad de la población activa percibe unos U\$S 120 de ingreso promedio mensual y de tal ingreso, el costo del *commuter* diario trabajo-residencia se lleva casi el 27% (un *commuter* de 40 km diario en promedio, con el costo de U\$S 1,6, que llega a U\$S 32 al mes).

3.6. La presión antrópica creciente sobre los reservorios naturales finitos

La confrontación de la *acientificidad* (o ideologismo) *economicista* respecto de la *cientificidad ecológica*, verificable especialmente en el desafío de las leyes de la termodinámica ha sido presentado por autores como Enrique Leff (1998) o Joan Martínez Alier (1994), como una de las causas fundantes de la problemática ambiental, en tanto irracionalidad de la acción de la primera sobre la capacidad de sustentación y resiliencia de la segunda.

Esa irracionalidad encuentra una expresión álgida en la presión antrópica de las formas urbanas sobre los territorios genéricos que las sustentan, ya que

la expansión creciente de la urbanización ha tenido un impacto consecuente en la ampliación geométrica de las áreas naturales afectadas por las demandas energético-matéricas de las ciudades y las formas de vida de sus habitantes y las tecnoestructuras que utilizan.

El concepto de *huella ecológica* —o los límites de la presión demográfica infinita sobre los soportes naturales finitos— desarrollado por William Rees (1992) expresa científicamente tal relación y más grave aún, demuestra la sustancial insustentabilidad actual del mundo, ya que si se aceptara una media de huella ecológica *per cápita* de unas 4 hectáreas (es el promedio por habitante del tamaño físico de naturaleza que consume, para su metabolismo corpóreo y extracorpóreo, un ciudadano de Vancouver, ciudad canadiense donde Rees hizo su primera medición) un mundo de 6,3 miles de millones de personas ya es insustentable, ya que ese índice estipula más de 25 mil millones de hectáreas cuando el mundo, a máximo uso de su disponibilidad, tiene menos de la mitad de esa dimensión.

La subsistencia o supervivencia —ya que no sustentabilidad— se explica en términos de *pobreza urbana*, puesto que un habitante promedio de Calcuta consume menos de media hectárea o uno de Santiago de Chile algo menos de 3 hectáreas, aunque, a la inversa y forzando más la brecha, uno de Nueva York supera cómodamente las 20 hectáreas.

Respuestas devenidas de las tecnoburocracias dominantes contestan a tales hechos con la apología de *nueva tecnología* (de reemplazo de la naturaleza directa, lo cual agudizaría más la brecha de calidad urbana: un antibiótico sintético cuesta hasta veinte veces más que uno natural) y con el elogio de una suerte de *neocomercio*, según el cual los felices poseedores de capital natural lo entreguen a transacciones siempre dominadas por el dueño del capital financiero (que es a la vez, el dueño del poder y la fuerza, por si la racionalidad comercial fallara).

Otras recetas a la insustentabilidad son, desde el punto de vista central, los nuevos *subsídios energéticos* (por ejemplo, la energía fotovoltaica) y la *desmaterialidad* (como forma de reducir la dependencia de insumos materiales).

Las respuestas desde un polo progresista serían las de nuevas relaciones internacionales susceptibles de ponderar mejor el equilibrio entre *capital natural* y *financiero* (el Norte le debe al Sur, por desgaste de capital natural —el 75% del mismo está en el Sur— más de veinte veces el monto de capital financiero que el Sur le debe al Norte), reducir la huella ecológica —mediante un consumo más frugal— de las ciudades dispendiosas y tender a modos de asentamiento posurbanos que limiten el consumo exagerado de materias y energías naturales.

3.7. Economías líquidas y horrores económicos posfordistas

El sociólogo anglopolaco Zygmunt Bauman (2002) ha planteado el dilema de una *modernidad líquida* (luego de una primera *modernidad sólida*, que ya

Marx veía *disolverse en el aire*) en el que la libre circulación de los capitales ha entronizado una profunda y continua transformación de territorios y ciudades, y una rápida capacidad de impactación de los flujos erráticos de tal comportamiento sobre los ciudadanos urbanos, otrora más defendidos por la cierta estabilidad e inercia de las relaciones socioeconómicas urbanas, que además hacía atractivo migrar del campo a la ciudad o de las ciudades pequeñas a las medianas y grandes.

El *horror económico* que describe Vivianne Forrester (1997) es la exposición de la condición crecientemente desvalida del urbanita —siendo que el hombre rural ya había sido victimizado en ocasión del despliegue de la revolución industrial desde el siglo XIX— frente a los vaivenes de la economía mundializada, sobre todo manifiesta en la decadencia absoluta de las formas del *salario social* (la base del *welfare state*) y en la práctica tendencia a la desaparición del empleo formal, análisis que comparten otros autores de la sociología contemporánea como Richard Sennett (2000), André Gorz (1998) o Jeremy Rifkin (1998). En rigor, se trataría de la definitiva desarticulación de una forma clásica del capitalismo sólido como fue el *fordismo* o *taylorismo*, con sus ideas de cadena de montaje y *stock*, pero también con su concepto de pagar al obrero fordista no sólo lo necesario para la recomposición biológica de su fuerza de trabajo sino también lo suficiente para que se compre... un Ford.

Lo que sucede a cambio, siguiendo con las metáforas automovilísticas (y luego de verificarse el fracaso en términos de competitividad globalizada, de la humanizada forma de trabajo en minigrupos que intentó Volvo) es la irrupción absoluta del *toyotismo*, verificable en el nefasto lema *just in time*, cuyas consecuencias serían la desaparición de la cadena de montaje y el *stock* (con sus efectos consecuentes en lo sociolaboral y en lo urbanoterritorial) y el indiscriminado manejo de la geografía económica mundializada por los planificadores ultracoynaturalistas del *just in time*.

Las versiones catastrofistas de un mundo dominado por estas estrategias tienen el fantástico —pero a la vez, ominoso por lo posible— libro de la socióloga francesa e impulsora del movimiento globalifóbico *Attac*, Susan Geoge (2000), o caracterizan el análisis del imperio del *branding* (o mundo de las marcas), manifestaciones que la analista social canadiense Naomi Klein (2000)¹⁸ cree verificar en aspectos regresivos del mundo contemporáneo.

3.8. Certezas amargas

Cities Transformed es un reciente estudio encargado por la Academia de Ciencias de USA que se tomó el trabajo de realizar un análisis de la dinámica poblacional urbana y sus efectos en factores sustanciales de la calidad de vida urbana como la salud, la educación, el trabajo o la economía de las

ciudades, justamente con relación al irresistible impulso a una urbanización planetaria casi total, ya que si sólo había 16 ciudades de más de un millón de habitantes a inicios del siglo XX, al final del mismo hay 400, con el agravante que tres de cada cuatro de tales ciudades se encuentran en las regiones más pobres del globo.¹⁹

El estudio presenta algunas certezas un tanto amargas, contra el optimismo de los adalides del neoliberalismo económico y la globalización. Justamente, si tal globalización planteaba que algunas ciudades centrales se desplazaban al sector terciario, ello dejaría impulsos para la industrialización de otras muchas periféricas, que debían fungir de locomotoras del crecimiento marginal: este estudio constata que tal transformación no ocurrió, aunque la nueva economía otorga más autonomía a las ciudades a la búsqueda de sus oportunidades, lo cual puede ser ventaja para algunas y retroceso para muchas otras.

Si bien el trabajo hipotetiza que a mayor crecimiento económico regional, mayor crecimiento urbano (lo que explicaría el crecimiento urbano suda-siático), los resultados no hacen pensar que tales nuevos habitantes urbanos tengan mejores estándares de vida que sus orígenes rurales o de asentamientos pequeños: están ahora más cerca de hospitales o escuelas pero a menudo no pueden pagar tales servicios.

El crecimiento demográfico tiende a regularse —puesto que hay más control en las ciudades— pero no mejora la alimentación o la regulación de las enfermedades más virulentas, como el SIDA y otras; tampoco hay mejoras de vivienda, hábitat y salubridad y crece el empleo informal, como prólogo al flagelo mayor del desempleo sin redes de contención social.

La globalización económica también ha impuesto en las ciudades mercados laborales muy volátiles, y algo que antes no ocurría ahora prolifera, cual es la alta exposición de habitantes urbanos de cualquier punto del planeta a efectos emergentes de crisis periódicas de la economía globalizada, como ocurriera en Indonesia y México, pero también en Gran Bretaña y Alemania, donde ha bajado bastante drásticamente el gasto social, eso que había sido el combustible del *welfare state* desde la segunda posguerra.

La gobernabilidad de las ciudades, por más que ha crecido exponencialmente su población y, por tanto, las *problemáticas sociourbanas*, son cada vez más las *problemáticas sociales* a secas; no ha tenido cambios cualitativos significativos, ni al nivel de las formas de la administración política ni de los criterios de asignación de la inversión pública.

Lo que los analistas urbanos y sociodemográficos han ido descubriendo en estos trabajos, suele ser moneda corriente de la vida cotidiana de las capas populares de las grandes ciudades (incluso las grandes ciudades de economías prósperas, que empiezan a enquistarse de problemas como pobreza, marginalidad de minorías étnicas, violencias e inseguridades urbanas, etc.) pero

además, las constricciones de la economía real de las ciudades, sus dificultades de gobernabilidad y financiamiento, su alta exposición a los vaivenes cíclicos y oportunistas de la economía y el empleo, son además factores que, directa o indirectamente, inciden en la generación o intensificación de problemas ambientales urbanos y en la vulneración de umbrales razonables de sustentabilidad.

3.9. La cuestión de la gobernabilidad urbana

Las ciudades, como una presa más de los fenómenos de organización general de la macroeconomía capitalista avanzada, no poseen adecuados niveles de gobernabilidad ya que a pesar de la retórica política acerca de la preeminencia de los poderes locales, carecen de condiciones de autonomía y autarquía adecuadas a sus problemáticas reales. A pesar de la gran concentración que representan en la formación del producto bruto territorial, administran una parte ajustada de tal generación de riqueza, y el financiamiento de las actividades y servicios urbanos tiende a ser cada vez más inadecuado respecto de las demandas.

Las ciudades y sus pobladores están en la primera línea de fuego frente a las ofensivas en la privatización de servicios de saneamiento, salud y educación: vivir en las ciudades tiende a costar cada vez más e incluso esta carga se hace más gravosa para los habitantes urbanos más nuevos.

Estas circunstancias de iliquidez presupuestaria unida a privatización creciente de prestaciones sociales engendran retos muy grandes a la gobernabilidad, ya que la administración de ciudades pasa por satisfacer las demandas de servicios básicos de sus habitantes (tanto como controlar adecuadamente a los prestadores privados de servicios) y tal satisfacción ha decrecido sistemáticamente en el contexto de las últimas dos décadas de un *fin de la historia* coincidente con la hegemonía absoluta del capitalismo globalizado.

Además, la presión tendiente a obtener más productividad y competitividad de los actores productivos de la ciudad engendran cada vez más *marginalidad* (del trabajo, del consumo, del transporte, de la integración social ciudadana, etc.), con lo cual gobernar ciudades es cada vez más dar algunos apoyos a los marginales o excluidos emergentes de aquella dinámica inexorable de la economía reciente.

Es así que algunas gestiones exitosas recientes en el campo de la gobernabilidad urbana —como los casos de Seattle (con la alcaldía de Schell, bajo la gobernación de Oregon de Tom McCall), Barcelona (bajo el gobierno Maragall), Roma (con la administración Rutelli), Porto Alegre (en la intendencia de Genro), Curitiba (en el municipio de Lerner)— encuentran oportunidades ya sea mejorando el financiamiento devenido de otros gobiernos nacionales o federales, aprovechando nichos favorables en coyunturas temporales y geográficas concretas,

rediseñando el perfil de participación pública y popular en la administración local y reformulando la gobernabilidad sectorial tradicional mediante el montaje de programas de relaciones sinérgicas.

3.10. Inventario provisorio (y promisorio) para una sociedad posurbana

Podríamos concluir este ensayo con una mínima referencia exploratoria a cauces de acción alternativa a la lógica imperativa del pensamiento único de la globalización insustentable especialmente manifiesta en la vida urbana, crecientemente advenida a vida contemporánea sin más, vista la declinación de la calidad territorial como sustento y balance de aquellos focos disruptivos de flujos de energía y materia que siempre fueron las ciudades. Algunos de estos ejes de reflexión y trabajo podrían ser los siguientes:

- Crisis de la gobernabilidad urbana y despliegue de formas alternativas de *democracia participativa*: el modelo Porto Alegre.
- Movilizaciones sociopolíticas que incluyen hipótesis de *reorganización territorial* racional: propuestas del EZL y del MST.
- Fortalecimiento de las *economías populares* (economías alternativas a la dicotomía entre economías públicas y privadas: informalidad, autogestión, microproyectos, etcétera).
- Crisis de la *abstracción territorial* de las macroeconomías neoliberales.
- *Biodiversidad y etnodiversidad*: fortalecimiento de las reivindicaciones de las *minorías urbanas*.
- Modelos de *complementariedad* territorial antes que de *competitividad* (*Agendas Locales XXI* versus *planes estratégicos*). *Redes* versus *ciudades globales*. Culturas de la posurbanidad.

La precedente, meramente enunciativa y para nada taxativa, es una agenda mínima de temas y cuestiones sobre los que hay que recentrar nuestro pensamiento crítico y nuestras vías alternativas de gestión técnica e implicación sociopolítica: en tales términos quizá pueda afrontarse el más grande desafío de la época, cual es la dramática conversión de las ciudades en sitios ya no de progreso y crecimiento, sino de alarmante insustentabilidad y deterioro entrópico incontrolable.

4. Crisis de la sustentabilidad urbana y movimientos sociales

Restaría ahora en el plan de este trabajo, apuntar una secuencia de notas que intenten articular la relación entre la *teoría de la sustentabilidad* (y su eventual utilización como *dispositivo crítico* de la *condición insustentable del modo productivo capitalista avanzado*) con su expresión local o urbana, y luego cómo en ese escenario particular, aparecen desplegadas las cuestiones específicas de la

naturaleza secundaria (como el modo particular en que se expresa localmente el polo *natural* de la noción de *ambiente*, entendible como relación racional *naturaleza/sociedad* o la complejización tecnocultural de las *mediaciones* superpuestas al estrato específico de la sustentabilidad ecológica) y del *movimientismo social* (como el modo particular en que se manifiesta localmente el polo *social* de dicha relación ambiental *sociedad/naturaleza*, o el modo de acceso a, y la apropiación social diferencial de, tal sistema de mediaciones superpuestas al sustrato de la sustentabilidad ecológica, cuya emergencia será lo que puede entenderse como *naturaleza secundaria* en tanto un *mix* de sustentabilidad ecológica o referente a la naturaleza primaria y sustentabilidad tecnocultural o referente a la naturaleza secundaria).

Precisamente esa conexión entre una verificación espacializada o localizada de tal relación ambiental sociedad/naturaleza unida al despliegue de un pensamiento *radical* (por no decir posmarxista), le permite a David Harvey (1996) centrarse en un abordaje de las relaciones entre el devenir sociopolítico posmoderno, sus expresiones territoriales y urbanas y la posibilidad de volver a discutir el estatus de lo natural, conjunción bastante asociable al análisis de la actual contingencia histórica de la sustentabilidad y su crisis.

Convendría detenerse en cierto análisis del plan desarrollado en el trabajo referido, ya que quizá suponga uno de los mapas cognitivos más fértiles recientemente desarrollados para dar cuenta del plexo problemático que posmodernamente puede asociarse a la economía líquida, la política globalizada, los territorios —y sus soportes de naturaleza— resignificados y las ciudades deviniendo en otras formas más ambiguas de asentamiento, todo dentro de la actual escena de capitalismo avanzado globalizado y crisis de sustentabilidad.

El libro despliega 14 capítulos agrupados en cuatro partes. La primera parte se llama “Orientaciones” y contiene un intento de deconstruir el concepto finalista de globalización a partir del análisis de ciertas aportaciones filosófico-políticas modernas como el discurso leibnitziano y la expresión discursiva de la noción de dialéctica.

La segunda parte se llama “La naturaleza del ambiente” y refiere a la dominación de la naturaleza y sus disensos, los problemas de otorgamiento de valor a lo natural y las dialécticas emergentes del cambio social y el cambio ambiental.

La tercera parte se titula “Espacio, tiempo y lugar”, y ya desde su título anticipa la voluntad de pasar de la abstracción del *espacio-tiempo* a la realidad material del *lugar*, trabajándose en torno de la construcción social de las nociones de espacio y tiempo, los intercambios de espacio-tiempo y el devenir del espacio al lugar y viceversa.

La cuarta y última sección alude al tema “Justicia, diferencia y política” e intenta plantear articulaciones entre relaciones de clase, justicia social y las perspectivas de una geografía política de las diferencias: ideas tales como las

de un *ambiente de justicia* (*the environment of justice*) o la de posibles mundos urbanos futuros, parten de la voluntad de trascender la abstracción del análisis marxista de las relaciones de clases y la preeminencia del mundo económico hacia una mirada territorialista en la que las diferencias sociales, políticas y culturales adquieren una dimensión espacial o geográfica, un espesor local que se transforma como efecto de los conflictos genéricos suscitados por aquellas diferencias.

Una visión generalista complementaria de la de Harvey es la aportada por el sociólogo inglés Scott Lash (1997), que también prefiere recurrir no a enfoques inductivistas que *ascienden* desde los productos y prácticas culturales a las relaciones sociales capitalistas, sino a un deductivismo semejante al de Harvey, sólo que en lugar de deducidos los hechos culturales del posmodernismo del estado del orden económico, prefiere establecer un análisis centrado en los cambios de la sociedad, sin el cinismo de la *third position* con que intenta dar liderazgo a Tony Blair el otrora progresista Anthony Giddens.

Lash, en su *Sociología del posmodernismo*, arranca su estudio presentando un análisis de la cultura que impregna los modos de vida metropolitanos, cuya generalización devendría tanto de la hipercomunicatividad contemporánea cuanto del éxito de los paradigmas posestructuralistas de Deleuze, Foucault, Derrida y Lyotard.

La descripción del estado de actualidad de una cultura posmoderna puede historizarse regresivamente mediante un intento de periodización del cambio histórico conducente al actual estado de cosas, que arranca en la Ilustración y atraviesa estadios de protomodernidad, modernidad clásica y posmodernidad.

Si bien este desarrollo conducente a la descripción de la actualidad sociourbana tiene su movimiento de cambios sociales, la hipótesis de Lash es indagar sobre cómo el unilateralismo de la maduración economicista del modo capitalista va engendrando efectos no previstos ni calculados de *desorganización social*, tales como la desarticulación de la organización productiva y el dismantelamiento de formas sociales definidas por el empleo sino además por la prevalencia de discursividad y comunicabilidad, por el auge de la terciarización y el consecuente intento de acomodo de las clases sociales —o sus fragmentos emergentes del estallido ulterior a su grado de organización inserto en las formas del capitalismo industrial— en los circuitos de *producción de signos y capital simbólico*, esa *liquidez* o liviandad que atraviesa las relaciones de producción y consumo contemporáneas y redefine campos de trabajo y cultura.

La postura de Lash establece una conectividad estructural entre nueva economía, nuevas formas de organización y relacionamiento social y nuevos modos de teorización y producción cultural.

Una conectividad hegemonizada por los criterios de eficientismo pragmatista y rendimiento productivo que emergiendo de la lógica económica adviene a

una nueva política económica (y no al revés) que impregna todas las esferas de la vida social.

Esa conectividad contiene los rasgos de una posible *decadencia* (observado el presente histórico, desde una óptica axiológica digamos habermasiana) pero quizá también las perspectivas del repotenciamiento crítico de cierta *productividad intelectual-cultural*, como la que en su hora pudieron exhibir Benjamin, Bataille o los surrealistas.

Y en ese repotenciamiento cabría imaginar un concepto alternativo de *proyecto*, cuya crítica a la condición contemporánea se exprese cuestionando la irracionalidad ambiental ecosférica y valorando el potencial geocultural territorial regional, así como su contribución tecnosocial se instale en el *descubrimiento de las oportunidades* de una *totalidad fallida*.

Dentro de este campo de ideas podría desdoblarse la consideración posmoderna del discurso ambiental entre una condición o efecto de *levedad* (una más de las microdiscursividades generadoras de debates en el seno de la escena global, en situación semejante a otras microdiscursividades emergentes como las del género, de las libertades sexuales, del orgullo étnico, etc.) y en otro sentido, el despliegue de un discurso crítico, o apocalíptico, desencantado frente al devenir histórico y fuertemente cuestionador (como lo que se revela en el auge de ONG's hipercríticas —como *Greenpeace*— o de movimientos guerrilleros de base ecologista —desde la ecoguerrilla italiana hasta el EZL mexicano).

Curiosamente ambas vertientes del posible reencauzamiento posmoderno de las ideas ambientalistas y ligadas a la sustentabilidad, coinciden en cierta *marginalidad* respecto de los espacios científico-tecnológicos y en cierta aceptación que esta cuestión debe plantearse más como una actividad *ideológico-discursiva* antes que mediante acciones de mayor envergadura en campos como los jurídicos y de la administración, o los del desarrollo de nuevas ingenierías y actuaciones metódica y científicamente alternativas a las convencionales desde el auge de la modernidad.

Según esta hipótesis, la posmodernidad, que también connota la esfera ambiental y de la sustentabilidad, hace que ésta sea preferentemente *discursiva*, en orden a introducir un matiz más dentro de la omnipotencia del intercambio de información.

Dentro del campo discursivo-argumentativo comentado caben desde luego, las posturas más críticas que cínico-adaptativas.

Tanto las ideas devenidas del campo de la *ecología política* como de la *crítica ecológica de la economía política* deberían ser adecuadamente repensadas en la fundamentación de las políticas urbanas según parámetros de sustentabilidad, sobre todo por su capacidad de aportar al *pensum ético-político* y de fundar un pensamiento crítico-filosófico que si no alcanza un estatus político-institucional o técnico, en cualquier caso ayuda a establecer nuevos estatutos axiológicos.

En la *ecología política*, el tipo de reflexiones de carácter crítico enarboladas hace más de 30 años por pensadores urbanos como Lewis Mumford o Murray Bookchin,²⁰ ahora han encontrado cierta formalización y relativa inserción en los discursos de la politología, ya sea en su vertiente ligada a la *deep ecology* (en los trabajos del filósofo danés Arne Naess) o en los diferentes procesos de redefinición *verde* de las propuestas socialistas, articulando los discursos biólogos y humanistas con un remozamiento del pensamiento marxista y anarcosocialista: los textos de Robyn Eckersley (1992) y David Pepper (1995) son suficientemente amplios en la presentación de las alternativas de la ecología política y su posible aportación en una redefinición de las políticas territoriales.

Desde una perspectiva devenida del pensamiento socioeconómico, un texto de Roberto Guimaraes (1994) introduce la duda acerca del valor renovador del pensamiento ligado al concepto de sustentabilidad, en el sentido de cuestionar el posible sentido oportunista neocapitalista de estas ideas.

La crítica ecológica de la economía política también recoge aportaciones liminares, como las de Karl Polanyi (1992) y su temprana crítica a la autonomía del mercado en la restructuración de los territorios, o las ideas de Nicholas Georgescu-Roengen (1971) y su revisión energetista de los flujos económicos y las primeras proposiciones confrontatorias entre las nociones de la pseudo-ciencia económica y la ciencia bioecológica.

Hay luego una extensa saga de autores que avanzaron en la economización de la problemática ambiental, o sea, en el intento de calcular las así llamadas *externalidades ambientales* devenidas de aspectos marginales de la productividad económica (sobre todo, la ligada a procesos industriales y, en menor medida, agrotécnicos): en esta línea destaca un esfuerzo de los economistas visible en los trabajos de David Pearce (1995) que recopilan los estudios de esta clase que, en lo referente a las problemáticas urbanas, se ligan centralmente a los diversos tipos de contaminación y deterioros de soportes naturales, aunque desde luego no logra resolver los problemas de inconmensurabilidad de determinadas cuestiones ambientales irreductibles a una mera valoración económica. Los intentos de modelizar económicamente los así llamados costos ambientales suelen carecer de suficiente envergadura epistémica como para entender e incorporar los factores sistémico-sinérgicos.

El mexicano Enrique Leff (1994) ha efectuado una importante revisión crítica de la economía capitalista, cuestionando sobre todo, los aspectos inherentes a su racionalidad intrínseca y aludiendo entonces a una necesaria reconstrucción epistemológica del saber que tienda a proponer un tipo de racionalidad superadora de los paradigmas de tipo productivista-instrumentalista (o sea, el vasto arco que va de Marx a Weber), estableciendo criterios para una rearticulación de las necesidades sociohistóricas con las posibilidades tecnoproductivas y sus deficiencias de apropiación diferencial y acumulación.

La relativización de la historicidad evolutiva de la vida social conducente a un modo de vida superior urbano sería otro aporte de Leff que lo lleva a considerar de un modo no antropológicamente nostálgico los modos culturales—productivos desplegados en los colectivos indígenas rurales americanos, en cualquier caso políticamente activos e inspirados por criterios ambientalistas tal vez más abiertos a futuros carenciados que a la supevivencia de ancestralidades casi puramente simbólicas: los movimientos sociales indigenistas cargan hoy un alto peso más de futuro que de pasado, en términos de viabilidad ambiental.

Por último, en este breve resumen, el economista español Joan Martínez Alier (1995) realizó diversas lecturas críticas del desarrollo del pensamiento económico tradicional desde una óptica ecológica, revalidando aportes como los de Georgescu, Daly o Podolinsky, para cuestionar los modelos de internalización de marginalidades e indagar en términos de una economía susceptible de basarse en argumentos crítico—ecológicos de las relaciones de producción de raíz capitalista.

Su trabajo referente a las políticas urbanas es —como en Leff— incipiente (ha efectuado un análisis crítico del caso Barcelona) aunque muchos de sus argumentos deben traducirse a la escala de las manifestaciones urbano—metropolitanas del escenario de la globalización.

Lo mismo vale para los estudios de crítica ecomarxista que ha propuesto el norteamericano James O'Connor (1990), sobre todo en cuanto a su postulación de la segunda crisis del capitalismo, es decir, la referida a la crisis de las condiciones de producción y el deterioro de (y la desinversión en) rubros de capital fijo, algunos de cuyos términos fueron desarrollados en los análisis urbanos de David Harvey (1982).

En estos rubros, el tipo de pensamiento crítico ligado a las proposiciones de la ecología política y de la crítica ecológica de la economía va a aportar argumentos decisivos en la revisión de las políticas urbanas.

4.1. La crisis de sustentabilidad y su encarnación en la esfera urbana

La crisis de sustentabilidad puede ser leída a un nivel abstracto y a un nivel concreto.

En el primer caso tiene que ver con el estado del planeta y los criterios ecosféricos con que suelen evaluarse fenómenos tales como la reducción de la calidad de la biodiversidad o el llamado cambio climático.

Esa dimensión abstracta o meramente declarativa no inhibe que debajo de tal paraguas se instalen y desarrollen políticas subecosféricas marcadamente insustentables.

En el nivel concreto en cambio, los síntomas de crisis de sustentabilidad son directos y evidentes y se despliegan en numerosos aspectos referentes al *malestar de la cultura* contemporánea incluso muy diversos, tales como

la desocupación creciente y el virtual cese del paradigma del pleno empleo (una de las facetas del fin del modelo de producción/consumo fordista), la inseguridad ciudadana, el temor al *diferente* (que tiende a vulnerar la ilusión posmoderna del multiculturalismo o convertir a éste no ya en una posibilidad de convivencia de lo etnodiverso, sino cuando más, en permitir un mero consumo de productos multiculturales como una dimensión del *shopping*), la desustancialización creciente del espacio público (y la manipulación regresiva de la esfera pública), etcétera.

Hay que recordar que al hablar de crisis de sustentabilidad aludimos a la triple faceta de las sustentabilidades económica, social y ecológica, a la forma que esta crisis afecta y distorsiona un cuarto aspecto que llamamos sustentabilidad política (o calidad de gobernabilidad) sobre todo a escala local y al modo imbricado en que estas transformaciones de la calidad de sustentabilidad se relacionan y potencian, como por ejemplo, hasta qué punto un estatus determinado de sustentabilidad económica —de una unidad cualquiera de negocios— se obtiene a expensas de caídas de la calidad de otras sustentabilidades.

Esta *hipertrofia protectiva* de la sustentabilidad económica constituye el punto de intersección entre el modelo analítico de la sustentabilidad actual de las sociedades y la necesidad de poner en marcha otro nuevo esfuerzo crítico del excluyente hegemonismo de consolidación del modo capitalista avanzado.

4.2. Crisis urbana como crisis de sustentabilidad

La tesis principal en este punto rezará que la afectación socioambiental urbana debe entenderse como *escalón final de la externalización de costos ambientales de la economía global*.

En este sentido se ha equilibrado o invertido la clásica concepción de la aculturación urbana como expresión y síntoma del alcance de un grado progresista de avance social; ahora es más *lo que quita* la ciudad que lo que da.²¹

Es cierto que la depresión cualicuantitativa de sustentabilidad medida o evaluada como se quiera, es manifiesta en cualquier orden de las organizaciones sociales (las poblaciones rurales por ejemplo, aun en regímenes de alto subsidio para mantener algunos rasgos de calidad originaria, están sufriendo directamente una suerte de desaparición completa habida cuenta de la tecnologización productiva y de la recomposición monopólica de las formas de explotación), pero es posible registrar los mayores índices de afectación, en virtud de las concentraciones demográficas crecientes, a nivel de las aglomeraciones urbanas que en buena medida —al menos en lo referente a las últimas expansiones de población urbana, por ejemplo en el sudeste asiático— se presentan en su novedad reciente como las conformaciones de menor calidad de urbanidad y por tanto, también de sustentabilidad.

Se exhibe asimismo, una representación de *preariado urbano* a modo de agregado de formas aglomerativas periféricas a las ciudades, en un grado de relevancia cuantitativa que excede la noción tradicional de *marginalidad urbana* (entendida ya sea como *marginalidad espacial* a espera de mejor integración y conectividad, ya sea como *marginalidad socioproductiva* en el viejo concepto de *ejército de reserva*), que adquiere un tamaño absolutamente incontrolado por los modos tradicionales de la gobernabilidad local y se convierte en una cuestión diferente tanto en lo rural o en lo urbano o en el definible medio de interfase, ganando una envergadura absolutamente problemática en la descalificación de la población urbana (¿periurbana?, ¿exurbana?, ¿posurbana?) allí instalada.

Por otra parte, resulta curiosamente subvertida la entidad objetiva de la manifestación de la crisis de sustentabilidad a nivel de la cotidianidad de la vida social urbana —*vida en sí*, acorde a las contingencias concretas de cada ciudad y cultura urbana y *vida en web*, según la normatización creciente de un modelo de vida urbana ideal dable en los discursos mass–mediáticos—, en tanto, y como parte de las transformaciones del capitalismo avanzado, lo concreto real se disuelve en el magma planificado (a la sazón: lo único planificado) de la *administración discursiva de la información* —según la cual *se naturaliza lo problemático* de la vida cotidiana— y a la vez, el proceso simétrico de transformación de la información (con su contenido relativo de verdad) en narración, relato, discursividad fluida, que si no garantiza en absoluto transmisión de verdad, sí provee argumentaciones verosímiles de adaptación sociocultural urbana a las crisis de sustentabilidad, de tal manera que aspectos como el desempleo absoluto, la marginalidad, la inseguridad o la violencia pasen a funcionar como tópicos narrativos, casi épicas de una cotidianidad que debe entenderse como heroica pero a la vez fatal e inexorable, casi con el mismo grado de naturalización que la teología explicaba para la mala vida medieval.

Un estudio de la geógrafa española Josepa Brú (1997) confirma esta tendencia al evaluar la preponderancia de la discursividad ambiental, no tanto dentro de cambios disciplinares significativos al interior de las ciencias formalizadas sino más bien como un efecto medible en la *vida cotidiana*.

El estudio de Brú se inicia con el intento de presentar *objetivamente* la emergencia de la problemática ambiental no como un desajuste en sí de la dinámica de lo natural transgredida por los efectos del desarrollo industrial, sino como una construcción fundamentalmente vinculable con cierta *contenciosidad* entre diferentes actores y agentes sociales, que divergen progresivamente sobre qué es daño ambiental y a quién perjudica o favorece: la *historicidad* de la problemática ambiental —y por tanto, su *no–naturalidad*— deviene así, exclusivamente como *problemática social*, como nuevo campo de divergencia y conflictividad.

La *gestión* —y dentro de ella, tanto la actividad *normativa* de los Estados como la *prescriptiva* de las ciencias— sólo será, por tanto, modos diversos de administrar tales conflictividades.

Planteada esa plataforma objetiva, Brú refiere a cómo esa trama real se transforma y *discursiviza* en tres historias posmodernas: el *mito del desarrollo sostenible* (que en realidad funcionaría como encubrimiento de la imposibilidad de racionalizar la economía contemporánea y las relaciones Norte–Sur), la *gestión ambiental* como campo confrontatorio entre el *etnoandrocentrismo* y el posible *enfoque de género* y la gestión ambiental entendida esencialmente como *narratividad* y *discursividad*, como una *espectacularización intertextual de la realidad* (en la que el cine ecocatastrófico pareciera ofrecer un ritual de sublimación para paliar en el inconsciente colectivo las ausencias de reflexión científica y acción política).

4.3. La desaparición del Estado como fenómeno predominantemente local

El fenómeno general que la teoría política reconoce como característico de esta fase de capitalismo avanzado sería el del retroceso de la función arbitral del Estado —respecto de la dinámica de los conflictos sociales— asumida básicamente desde la perspectiva de la regulación genérica (aquella propia de la norma legal) y la regulación específica (del equilibrio de la satisfacción de necesidades básicas a aquellos que quedan transitoriamente fuera de la oferta de servicios devenida del Mercado).

Como apuntábamos con relación a los planteos de Brú, la crisis del Estado aparece como regresión degenerativa de la capacidad de sostener una gestión —siendo la gestión la forma de administrar los disensos y las conflictividades interactorales— temática agravada por la redefinición de acciones y actores (por ejemplo, al afectarse las dinámicas de la gobernabilidad urbana por las acciones y actores tradicionalmente exógenos; es decir, lo que antes eran segregables en la norma y ahora, con gran capacidad de gestión intraurbana, precisamente debilitan la capacidad de gestión de los gobiernos locales).

La paradoja observable es que la teoría política ha ido progresivamente avalando el pasaje de las formas representativas a las formas participativas aunque ello, que resultaría sustancial en el campo de lo ambiental dada la complejidad actoral interviniente, queda desnaturalizado por el retroceso del Estado (como impulsor y garante de las formas participativas) frente a las imposiciones del Mercado (dada su creciente capacidad de manejos mediáticos cooptados o su cualidad para establecer comportamientos hegemónicos en el seno de instrumentos participativos).

Si entonces fuera correcta la tesis que el impacto desestatizante se evidencia primariamente en las escenas de la gobernabilidad urbana, también sería prudente considerar la necesidad de reconstruirlo prioritariamente desde la esfera local.

4.4. La *governance* como noción explicativa de la regresión del Estado local

El fenómeno emergente de la *governance* —y su reciente presentación como panacea transformativa pragmática para redefinir el rol de los Estados locales y su capacidad de gobernabilidad— aparece, más que como novedad progresista, como circunstancia concomitante de la caída de eficacia de los Estados locales, así como explica su remisión a formas agresivas no cooperativas de competitividad y de adaptación al esquema de exigencias de la lógica del capital privado.

Algunos recientes analistas de ciudad suelen integrar la discursividad ambiental como uno más de los sistemas de legitimación simbólica que adornan y viabilizan en el orden social, las políticas urbanas convencionales, incluso estableciendo una suerte de balanceo de equilibrio discursivo frente al expansionismo aceptado de la *governance*: el discurso ambientalista sería entonces no un campo efectivo de políticas, sino un marco ideológico capaz de relativizar el cambio de sustentabilidad política o gobernabilidad local al ejercicio de la *governance*, entendible como disciplinamiento de acciones locales a la hegemonía de actores relevantes del Mercado (incluso o sobre todo, extra-local).

En un trabajo reciente Peter Brand y Fernando Prada (2003) comparan las políticas urbanas recientes de las cuatro principales ciudades colombianas —Bogotá, Barranquilla, Cali y Medellín— sobre la base del análisis de la articulación de dos grandes estrategias: la *competitividad económica* y la *sostenibilidad ambiental*.

Por una parte, este estudio considera que las políticas urbanas actuales derivan de un *mix* de ambas líneas estratégicas y por otra, constatan que esas estrategias son fundamentalmente *discursivas* o sea, que comportan *modalidades narrativas*, con componentes disuasivos e invocaciones de integración.

En lo referente a la competitividad económica los autores destacan la relevancia actual del componente de la *governance* económica, un neologismo que alude no ya al sistema de las políticas públicas regulatorias de la administración del desarrollo (que en buena medida suelen ser tributarias imperfectas de políticas nacionales o regionales) sino a la imbricación de diversos roles actorales que complejizan el comportamiento económico y lo instalan en esferas de negociación de actores hegemónicos susceptibles de motorizar acciones de competitividad regional siempre a expensas de capturar mercados externos a cada una de las ciudades en cuestión.

La optimización de la *governance*, en términos de éxito de competitividad, sería uno de los atributos más reconocibles de la actual generación de los planes estratégicos de ciudades.

Una consecuencia de esta modalidad no es ya la identificación o promoción de transformaciones o proyectos urbanísticos sino la decantación de éstos como emergente de acuerdos de *governance*.

En cuanto a la estrategia de *sostenibilidad* los autores sostienen la constatación de dos fenómenos escindidos:

a) Por una parte, la realidad problemática del estado de los recursos naturales, la crisis de sostenibilidad urbano–territorial y la dificultad en la asignación adecuada de gastos ambientales (o por el contrario, la resistencia a internalizar en las economías urbanas los costos ambientales calculados con relación a las hipótesis de sostenibilidad); temas todos bien concretos en el devenir de las economías contemporáneas y de las contingencias de su redistribución social, pero a la vez camuflados u opacados en una virtual internalización socialmente generalizada de los que deberían ser costos perfectamente asignados a cada generador de daño. La paradoja actual consiste en naturalizar la brutal disyunción de las rentas diferenciales y eludir la discusión sobre la correcta asignación de los gastos universales que se consideran inexorables y a asumir por la totalidad de los colectivos sociales.

b) Por otra parte, la instauración efectiva del paradigma sostenible como modo discursivo o reideologización de objetivos de políticas urbanas que desde este punto de vista parece estar sirviendo como nueva *causa noble* (al menos en su aspecto meramente declarativo) que intenta ofrecer argumentos discursivos inherentes a establecer la necesidad de estudiar y resolver las nuevas problemáticas ambientales globalizadas y, mientras tanto, mantener un conservador estatus de *no innovar*.

En tres capítulos desarrollados por Brand se ejemplifican tres categorías analíticas —*discursividad, institucionalidad, espacialidad*— para las cuatro ciudades estudiadas, lo que permite vislumbrar cierta tipologización de cómo la estrategia de la sostenibilidad se estaría expresando en los casos estudiados, según puede verse en la síntesis ofrecida en el cuadro siguiente:

Ciudad	Categoría		
	DISCURSIVIDAD	INSTITUCIONALIDAD	ESPACIALIDAD
BOGOTÁ	Medio ambiente como <i>Autoregulación</i>	Coalición institucional	Escenificación del espacio público
MEDELLÍN	Medio ambiente como <i>convivencia pacífica</i>	Complejidades metropolitanas	Proyecto popular
CALI	Medio ambiente como <i>campo cognoscitivo</i>	Instituciones en crisis	Poca importancia, poco impacto
BARRANQUILLA	Medio ambiente como <i>disciplina social</i>	Efectividad a pesar de todo	Más potencialidad que realidad

La *discursividad* emerge como forma de representación simbólica con que el gobierno local escoge presentar a la sociedad política y civil su apropiación del tópico de la sostenibilidad, no necesariamente como un argumento fuerte de redefinición de políticas sectoriales sino como enunciación de paliativos diversos a las crisis de calidad de vida urbana; como argumentación que renueva la formulación de nociones utópicas o modelizaciones de futuro.

La *institucionalidad* revela el grado de crisis de los aparatos públicos para hacerse cargo desde la esfera de la gobernabilidad local, del nuevo imperativo de las crisis de sostenibilidad, cuya caracterización pública se efectivizará no tanto con transformaciones institucionales sino como emisiones discursivas. En las ciudades grandes y aún en procesos expansivos aparecen, como problemas no como soluciones institucionales, fenómenos nuevos como la metropolización no inducida ni planificada, la concertación interinstitucional a menudo connotada por acuerdos tácticos o el regreso de un pragmatismo empírico o fáctico que ya no es síntoma de burocracias técnicas sino más bien, canal de expresión de hegemonías actorales dentro de la creciente debilidad de liderazgos en la nueva *governance* urbana.

La *espacialidad*, por último, en este registro de atributos signados por la levedad posmoderna de las políticas y proyectos, se presenta por una parte como constatación efectiva del retroceso de *lo público* (del espacio y los equipamientos públicos y del pasaje de la producción de *lo público nuevo* a la resignificación y escenificación de *lo público existente*) y por otra, como renovación de la apuesta utópica o futurista así como estímulo a los microprocesos de recuperación de funcionalidades públicas.

4.5. Políticas sociales urbanas actuales:

administración remedial de la exclusión social + *governance*

El cuadro de la sustentabilidad política a escala local —o sea la calidad de gobernabilidad expresada en jurisdicciones locales— presenta uno de los menores niveles de tal calidad institucional desde su consideración desde la óptica de la teoría política, básicamente por configurar el ámbito dominante de la *governance* como *posibilismo de gestión* a favor de intereses y actores de índole hegemónico que plantean la falsa opción de inversión privada y efectos inducidos de mejoramiento social, vía refuerzo de la base de empleabilidad.

La dificultad de sustentación económica de las esferas locales de gobierno (tanto sea por su incapacidad de recaudación directa de tributos y tasas como por la regresividad del distribucionismo practicado desde el ámbito centralizado de recaudación, que en el caso argentino es directamente la Nación e indirectamente la Provincia) agrega otro plano de precariedad de gestión empujando a ella a concentrarse en las dimensiones *remediales*

de la *exclusión social* —básicamente mediante el intento de administrar la adjudicación local de raciones de las políticas sociales orientadas a subsidiar desocupados o carenciados— y al desarrollo de políticas de *governance*, a menudo de fuerte competitividad regional frente a semejantes criterios de *governance* de otros municipios.

4.6. El fenómeno del movimientismo social y sus cambios recientes

Pero así como se hace notoria en las esferas locales la baja calidad de las políticas de gobernabilidad (y la ausencia de asistencias devenidas desde ambientes provinciales o nacionales) también resulta remarcable el sintomático desarrollo del *movimientismo social*, incluso alterando fuertemente tanto el sesgo de política territorializada a nivel de cooptaciones caudillescas cuanto el talante autoorganizativo remedial con que la sociedad menos desarrollada se presentaba de cara al acompañamiento de políticas sociales otrora más activas (como las de producción de vivienda social o las del desarrollo de políticas de mejoramiento de la infraestructura y el equipamiento social periférico).

Por una parte así, es situable el emerger de un movimientismo si no apolítico (en el sentido de apego a las formas políticas tradicionales) al menos antipolítico, de cara a buscar *formas de acumulación políticas de base* que contrapongan el modelo cooptativo tradicional. Ante la progresiva y acelerada caída de las instancias de gobernabilidad tradicional —desde el Estado de bienestar hasta las organizaciones de sindicalización de los empleados tradicionales— lo que se pone en evidencia es el aspecto concreto de la crisis de sustentabilidad, notoria en cuestiones tales como la pérdida del empleo, la inaccesibilidad a los servicios, la violencia intersocial, la dificultad creciente en garantizar niveles de reproducción biológica en términos de alimentación y salud básica, etcétera.

La crisis de sustentabilidad genérica trasladada o traducida a fenómenos de crisis urbanas explica en parte las transformaciones recientes de las características y funciones de los movimientos sociales urbanos, trocados de amables acompañantes del *welfare state* a escala local a formas activas de conflicto social, procesos que explican el pasaje de los entes barriales a las ONG's; del vecinalismo al piqueterismo.

4.7. La ciudad como naturaleza secundaria

La noción de naturaleza secundaria aparece tempranamente en la filosofía política moderno-iluminista, primero en Kant y luego en Marx.

El principal filósofo sistematizador de la Ilustración, Kant, escribe al respecto este pasaje:

La luz y las sombras son leyes de la naturaleza, los materiales de construcción son elementos extraídos de la naturaleza, los hombres que habitan la arquitectura son ellos mismos naturaleza, las relaciones de todas esas cosas constituyen una segunda naturaleza construida según leyes análogas pero también según principios que tienen su más alto origen en la razón.

Kant establece desde un modo cultural y a la vez ontológico, las relaciones entre primera y segunda naturaleza, pero a su vez sanciona, como fundador de modernidad, la prevalencia de la segunda, en tanto garantizada por esos principios originados en la *razón*.

La *razón* será pues, la única forma de trascender o devenir primera naturaleza en segunda y esa razón no sólo es la que implica y contiene la lógica del proyecto moderno sino los términos de la crisis de sustentabilidad de la primera naturaleza.

Es Kant también quien intentará relacionar arte y naturaleza, según lo cual, el proceso artístico es *dar forma* (artística) al *concepto* (natural), a través de la *imaginación*, una potencia susceptible de crear *otra naturaleza*, que nunca empero podrá independizarse de la *materia* que le proporciona la *naturaleza real*.

4.8. Naturaleza primaria como estrato oculto

El concepto convencional de naturaleza —o sea, la naturaleza primaria o el sustrato basal sobre el que se instala cualquier actividad habitativa/transformativa como los asentamientos urbanos— aparece como estrato oculto, abstracción invisibilizada por la espesura de las mediaciones. En cualquier caso la invisibilización de la naturaleza primaria emerge como circunstancia habitualmente ligada a la ausencia de planificación y al modo inmediado o salvaje de formalización del tipo de manejo sustentable territorialmente localizado. No es casual por ejemplo, que una ciudad como Nueva York, en la formulación de la última edición de su plan estratégico, dedique uno de sus cinco ejes básicos (*campaigns*) al tema denominado *greensward* (*tutela verde*) como lineamiento troncal destinado a preservar la calidad territorial natural no sólo como actividad social disponible (para uso de tiempo libre, disfrute cultural, científico o turístico) sino además como reservorio de servicios ambientales del territorio a la ciudad (desde la *función buffer* a la *función sink* o la *función bubble*, etcétera).

La teoría y práctica de un estilo planificador de regulación de la transformación regresiva de la naturaleza primaria, dentro de áreas metropolitanas hiperexpansivas que propusiera Ian McHarg (1971),²² ofrece uno de los aportes conceptuales y metodológicos para el manejo de esa estructura de naturaleza primaria en la que se insertan los grandes asentamientos urbanos, pero también resulta evidente que no se trata de diagnosticar o de planificar esa

relación sino de considerar su viabilidad efectiva en sociedades de mediano a bajo desarrollo socioeconómico, en las cuales el tratamiento regresivo de la naturaleza de contexto resulta un elemento más de la recepción de factores de externalización generados en la dinámica económica global en aras de la sustentabilidad diferencial a que antes aludíamos.

4.9. Vivir lo urbano contemporáneo como degradación de la naturaleza primaria

Una de las maneras en que opera tal abstracción/invisibilización es la diferencia de acceso a bienes y servicios de tal naturaleza primaria, lo que equivale a una nueva forma de diferenciación social:

- a) *periferias altas*: construcción selectiva del goce de naturaleza primaria;
- b) *periferias bajas*: vida residual en la deconstrucción de la naturaleza primaria (inundaciones, contaminación, convivencia con actividades indeseables — industria, deposición de residuos, cuencas productivas desgastadas—, etcétera).

Curiosamente, estas escenas de ecología social visibles en modo genérico en las grandes ciudades latinoamericanas, llevan la instancia de la experiencia remanente de la naturaleza primaria a situaciones socialmente polarizadas, una en el disfrute de los relictos que subsisten (disfrute que se liga a una directa sobrevaloración que tal goce otorga a los espacios urbanos calificados que pueden garantizar dicho acceso); otra en el contacto con la naturaleza primaria degradada, fuera de control o simplemente des—capitalizada en la primaria voluntad moderna de domesticar técnicamente la naturaleza intra o suburbana, como otra de las facetas de su pretensión de progreso socialmente generalizado.

En medio de tal polaridad subyace el grueso de las capas o estratos medios de sociedad que ya no tienen sino muy esporádicamente la experiencia de la naturaleza primaria —que ahora parece empezar a convertirse en un espectáculo casi propio de una clase de *thematic park*— así como que tampoco acceden a una naturaleza secundaria calificada o valiosa (en lo patrimonial, en la generación de condiciones de identidad habitativa, en el alcance de uso de tipologías locales ambientalmente exitosas, etcétera).

4.10. Naturaleza secundaria como acción de calidad coartada

El modo histórico de arribo a una cierta característica de naturaleza secundaria careció probablemente del control de la razón iluminista (que imaginaba Kant) o el de la consumación de la forma de poder—Estado que ejerciera tal razón por la fuerza del Estado (como preveía Hegel). En tal caso prevalece la sensación de

cierta calidad coartada en el sentido de errores en la consecución de una naturaleza secundaria racional, apareciendo la noción histórico-moderna de proyecto (tanto proyecto social como proyecto técnico) fundada en una determinada y compleja relación con la naturaleza y cómo luego tal relación se deforma, transforma e informa, en un sentido por el cual la entidad misma del proyecto, o sea su *forma*, pasa históricamente, de cosa a imagen, de prestación-portación a información, de función mecánica a función discursiva: al respecto, quizá sea útil seguir el razonamiento del filósofo Santiago Alba Rico (2001), en su estudio acerca de lo que llama el *fin del neolítico* o la extinción/transformación de un largo desarrollo histórico que inaugura, posmodernamente, lo que llama *la ciudad intangible*, una ciudad, diríamos nosotros, que evidencia el fracaso de la obtención de una naturaleza secundaria racional. El acuñamiento histórico del concepto de naturaleza secundaria estaba atado a una planificación de la racionalidad de tal mejoramiento y a una consistente inversión pública. Ese desarrollo ahora se presenta como coartado por el subdesarrollo, por la crisis de las malas tecnologías, por la desinversión pública y privada, etcétera.

Al final de ese camino histórico, Alba Rico (258–260) identifica siete paradójicas conceptuales para definir el presente de esa actual ciudad intangible:

No es una sociedad materialista, constituida a partir de la erección de poemas y de ídolos, sino una sociedad “inmaterial”, sin cosas, sin símbolos, sin cuerpos, de puros “eidos” autistas que ni están en el exterior ni mantienen ninguna relación con el exterior: ni metafóricas con las otras cosas, ni metonímicas con los hombres.

No es una sociedad de intercambio generalizado sino de tabú generalizado caracterizada por la circulación vertiginosa de intangibles o intocables cuyo valor y existencia, medida de la calificación de los cuerpos y los sujetos, depende de su ilusoria emancipación de las redes del tiempo. En este sentido, en su condición de “mercancías”, el capitalismo pone incluso las cosas de comer [...] fuera del uso y del trabajo [...] tal y como hacen todos los pueblos de la tierra únicamente con sus “maravillas”.

No es una sociedad de acumulación o de abundancia sino de pura subsistencia, la más primitiva que ha conocido jamás la Historia, en la que los “fungibles” y las “maravillas”, las cosas de usar y las de mirar, han sido reducidas a puros “consumibles” o cosas de comer. En ella, por tanto, las cosas de mirar [...] han sido introducidas en el ciclo infinito del “consumo”; todo son “maravillas”, a todas se las come.

No es una sociedad deshumanizada sino, bien al contrario, una enteramente humanizada, un imperio del Hombre en el que la “condición indígena” ha sido devorada por una “condición humana” encerrada en la inmanencia de su propia especificidad. Por esta razón es menos una “cultura” que una “especie”, en el sentido biológico y zoológico del término.

No es una sociedad de acciones y palabras, de acontecimientos y relatos, sino —en la fórmula que hizo famosa Debord— una sociedad de “espectáculo”, donde se comen con los ojos también las “cosas de hacer”.

No es una sociedad de comunicación sino de ininterrumpida interrupción, una sociedad de “cuarentena estructural” dominada por la “precaución” contra toda forma desmercantilizada de existencia (e íntimamente orientada a la segregación cautelosa del espacio y de la lentitud de los cuerpos).

Por último, emancipada de la materia, de los cuerpos, de la trascendencia del “mundo” (del “olvido” redondo en forma de “fungible” y de “maravilla”), reducida virtualmente al puro intercambio de información, nuestra sociedad no se ha convertido por eso en una sociedad ni de “memoria” ni de “razón”. Vivimos más bien al contrario, en una sociedad no ya pre-lógica sino pre-mítica que ha retrocedido más allá de ese punto escenificado por todos los mitos de la tierra, en cuanto que relatos performativos del paso a la cultura, antes del cual no era posible diferenciar entre “cosas comidas” y “cosas no comidas”, entre naturaleza y cultura, entre animalidad y humanidad, entre recuerdo y experiencia, entre sueño y realidad, entre pasado y futuro.

Notas

¹ En la tradición sociopolítica reciente en Francia, se utiliza preferentemente el rótulo *mundialización*, y por otra parte numerosos ensayistas apuntan que la idea de *globalización* es un fenómeno de interacción, sobre todo cultural y comercial, ya verificado en otros momentos y situaciones históricas, quizá sin el grado contemporáneo de articulación de comunicación y poder.

² Uno de los primeros documentos sobre la sustentabilidad entendida como supervivencia de especies en peligro de extinción fue el de P. Nijkamp, *Regional sustainable development and natural resource use*, 1990. En cuanto a los es-

tudios empíricos conducentes a la comprobación científica de la insustentabilidad uno de los más reconocidos es el llamado *huella ecológica* (*ecological footprint*) desarrollado por W. Rees, al cual se aludirá más adelante en este mismo texto. Por ahora diremos que si la *huella ecológica per cápita* promedio —Rees calcula la HE de un habitante de Vancouver en Canadá, una ciudad desarrollada pero no afluente y excesivamente dispendiosa, llegando a un índice de unas 4 hectáreas de naturaleza por habitante— y multiplicando tal índice por la población mundial (digamos unos 6 mil millones de personas, aunque ya es algo más, debido al

incremento anual de unos 120 millones de nuevos habitantes) se obtiene la cifra de 24 mil millones de hectáreas, más del doble de las 10 mil que extremando la mayor intensificación productiva tiene actual y absolutamente la ecosfera. De modo que según este índice ya tenemos una flagrante y absoluta insustentabilidad: *nos falta medio mundo natural o nos sobra media sociedad*. De hecho, dado que un cuarto de población mundial se encuentra debajo del umbral de pobreza, está ocurriendo fácticamente el segundo tipo de ajuste.

³ El libro *El Informe Lugano* (2000), de la politóloga Susan George, miembro del globalifóbico colectivo *Attac* es, dentro de la forma ficcionalizada de una utopía al estilo swiftiano, una trágica satirización de supuestas decisiones tomadas por un poder mundial que, a la luz de un diagnóstico multidisciplinar de expertos dedicados a pronosticar la inviabilidad general del mundo dentro del modelo capitalista, ofrecen a los referentes de tal poder mundial (integrado por representantes desde el *board* de las grandes multinacionales hasta los responsables de entes globales como el WB, FMI o la Oficina de Comercio Mundial) algunas ideas para llevar adelante políticas de sustentabilidad diferencial, desde un neomalthusianismo del control demográfico hasta guerras, conflictos distribuidos estratégicamente por el globo, enfrentamientos por recursos, hambrunas, desatención programada de la mortalidad infantil, retroceso planificado de metas elementales de calidad de vida generalizada, etcétera.

⁴ Hay muchos pensadores y políticos progresistas que aceptan que la *armonización relativa* de las metas específicas y divergentes de cada clase de sustentabilidad (económica, social, ecológica) del modelo de Río 92 es directamente una *misión imposible* y que el concepto mismo de *desarrollo sustentable* desplegado sobre la base de tal argumentación es una cortina de humo ideológico para distraer el debate del problema sustantivo

que afronta el modo productivo hegemónico en este momento histórico que es sin más, *cómo garantizar la sustentabilidad económica*, es decir más precisamente, la sustentabilidad económica de tal modo productivo.

⁵ Un esfuerzo interesante de construir un mapa político de la izquierda posmoderna referido a reinsertar el cuadro de análisis gramsciano en el debate contemporáneo puede encontrarse en Butler, Laclau y Zizek (2000).

⁶ Véase el dantesco documento “Cities Transformed. Demographic change and its implications in the developing world”, preparado por el National Research Council de USA (2003).

⁷ Existen muchas interpretaciones de los cambios tecnoproductivos y económicos recientes en relación con sus efectos territoriales. Para el caso europeo es interesante la compilación realizada por Tosi y Cardia (ed.) (1987). En esta antología —en que figuran ensayos de D. Miller, P. Veltz, M. Savy y J. Van Kerchove— se recoge el debate en algunos países europeos como Francia, Italia y Gran Bretaña, y se analizan los efectos reterritoriales de la dispersión productiva en nuevas figuras como los *science parks* o las *entreprise agencias*, así como los posibles efectos de neoconcentración devenidos del desarrollo de los *polos de innovación R+D*.

⁸ Un análisis sugestivo de este proceso de cambios económico-territoriales y de sus efectos urbanos figura en el ensayo de Zaera Polo, “Orden out chaos (The material organization of advanced capitalism)”, 1994.

⁹ *Plan Estratégico Económico y Social Barcelona 2000*, (1990).

¹⁰ Una interpretación de las relaciones de las nuevas tecnologías con los nuevos espacios territoriales y urbanos puede verse en L. Winner, “Viviendo en el espacio electrónico”, 1989.

¹¹ Existe un resumen teórico y práctico de estas conceptualizaciones en los textos de T. Sprechmann y D. Capandeguy, “Montevideo: entre el

cambio competitivo y el posicionamiento marginal”; y de I. Abalos y J. Herreros, “La piel frágil”, ambos para dar marco al Seminario Taller *Contenedores Híbridos* que se realizó en Montevideo, Uruguay en 1997. Todas estas referencias constan en la revista *Dominó*, 1998.

¹² Véase el número monográfico “Design by community” en *Process* 3, Tokio, 1978.

¹³ Sólo los antropólogos, devenidos en analistas urbanos, parecen dar cuenta de algunas transformaciones *naturales* de la vida urbana, como las de la expansión de una pseudovida social en ámbitos orientados al movimiento continuo, la despersonalización y enmudecimiento y la caída del concepto heideggeriano de morada o *locus*, como en el caso de los *shoppings centers* o las aeroestaciones.

¹⁴ A la integración global —el *glocalize* o la *ciudad global*— se le opondría (o mejor: se le yuxtapondría) la dispersión espacial, la *ciudad sin mapa*.

¹⁵ R. Sennett propone su criterio de actuación narrativa en los procesos de análisis y producción de lo urbano en su libro *La conciencia del ojo*, 1991. La voluntad de reformular la planificación desde el control de la producción de la forma/función ciudad en el territorio al control de la producción de lo urbano/territorial se verifica en algunos productos más o menos renovadores de la planificación metropolitana como en el caso de las propuestas de la *Regional Plan Association* para Nueva York. Véase el texto de Yaro y Hiss, *A región at risk. The third regional plan for the New York–New Jersey–Connecticut metropolitan area*, 1996. En esa propuesta se enfatiza el despliegue de 5 estrategias o campañas de acción (*campaigns*): la tutela verde (*greensward*), la centralidad, la movilidad, la laboralidad y la gobernabilidad. El soporte principal de la propuesta de gestión es la identificación de procesos de

optimización (*campaigns*) que neutralicen factores negativos y apoyen fuerzas positivas en los cursos de las transformaciones de lo urbano.

¹⁶ ICLEI, *The Local Agenda 21 Planning Guide*, 1996.

¹⁷ También se puede consultar —para acceder a extractos del pensamiento sociourbanístico de Engels, Howard, Geddes y otros— a la compilación de R. LeGates y F. Stout, 1996.

¹⁸ Hay una edición española de editorial Paidós, Barcelona, 2001.

¹⁹ Véase la nota 19 del documento National Research Council de USA (2003).

²⁰ De los varios conjuntos de ensayos compilados de M. Bookchin, el titulado *Los límites de la ciudad*, 1985, representa un adecuado resumen de sus ideas ecourbanas desde su óptica anarquista.

²¹ Es sintomático el grado de nihilismo con que se analiza el actual modo de vida urbano en las regiones semi o subdesarrolladas del mundo en la nota 19 del informe *Cities Transformed* (2003) que fuera realizada por un selecto grupo de especialistas de las academias científicas norteamericanas, y en el que se constata el grado ilusorio de progreso social que tradicionalmente creyó asegurarse por el mero pasaje a condiciones de vida urbanas para crecientes capas de la sociedad (recordemos que, por ejemplo, en América Latina el porcentaje de población urbana creció del 50% hasta el 85% en menos de medio siglo, el último).

Por otra parte, el estudio constata la caída en la calidad de un sinnúmero de indicadores de calidad de vida urbana —al menos para la población más reciente y menos aculturada— de forma que hace dudar sobre la inexorabilidad de una modernidad solamente adquirible por vía urbana.

²² Básicamente los ensayos dedicados al estudio de los usos de suelo de las áreas metropolitanas de Filadelfia, Baltimore, Nueva York y Washington.

4. Ciudades americanas

Ausencia de modernidad y apogeo de la posplanificación

Este capítulo se propone trabajar un par de hipótesis que *a priori* pueden parecer un tanto provocativas. La primera es que América (toda, pero especialmente lo que llamamos Latinoamérica, o sea la América de origen católico) nunca fue estrictamente moderna, sobre todo hablando en términos de *urbanidad*, que definiríamos como el modo histórico de encarnación del programa iluminista en la vida urbana, la conjunción de colectividad social e individuación sujeta a derechos.

La segunda hipótesis, en parte como corolario de la primera, es que las ciudades americanas desembocan directamente en un *paradigma de posplanificación*, es decir en la recurrente y globalizada forma actual en que lo urbano adviene a una dinámica ultracapitalista en la que el Mercado —más que cualquier instancia o manifestación del Estado— organiza unas formas de transformación precisamente mercantil (inaugurando una clase especial de *mercancías*: las unidades rentísticas del suelo usable y las unidades de prestación de servicios urbanos) cuya lógica exige prescindir del mecanismo prescriptivo del plan. Lo nuevo no es esa situación de mercantilismo subyacente a la condición de urbanidad —ya que la misma rige desde el propio inicio de las formas capitalistas encarnadas en la dinámica urbana que como comenta Karl Polanyi es casi coincidente con el final del feudalismo— sino su condición superlativa y casi excluyente opacando la función reguladora de urbanidad del Estado.

Hacer ciudad sin plan es hacer ciudad taxativamente capitalista en la medida que ello significa ciudad sin urbanidad (en tanto más bien, ciudad de ciudada-

nía imperfecta o incompleta o socialmente selectiva), ciudad en que empieza a diferenciarse la existencia de *derechos ciudadanos simples* y *complejos*, ciudad en la que se debilita el ser–social–urbano, ese ser–social superior intuido por Weber o Simmel y desestimado por Heidegger no tanto como crítica de *lo inhóspito de la mercancía sin patria*, sino como elogio del *heimat*.

Hoy, simplíficadamente, parece haber varios tipos de ciudades, perfectamente acomodadas al grado relativo de desarrollo del territorio/cultura al que pertenecen. Son tipos de ciudades bien distintas y tienen dentro modelos subyacentes de formas de planificarlas o controlarlas: se podría estudiar, en parte, la historia del urbanismo en ellas, tanto como utilizarlas como laboratorios de futuro.

En Asia —sudeste asiático, China— se está apreciando una versión acelerada de esa historia, un pasaje de aldeas a metrópolis sin transiciones y donde todavía, en parte, aletea la utopía del plan, aunque es notorio un elevado porcentaje de fracasos urbanísticos en China, no sólo en los modelos occidentalistas de expansión urbana de Shanghai sino más bien en las neociudades del delta del Pearl River, esa especie de depósito humano de mano obra casi esclava funcional a Hong Kong surgido en menos de medio siglo y que quizá sea ya la ciudad (?) más grande del mundo (30–35 millones de habitantes).

En Europa prospera el formato de ciudades viejas, pequeñas y activas en la geografía del eurocapitalismo, recolonizando en términos capitalistas, por ejemplo, ciudades antiguas como las del Este europeo. Ciudades en las que sobrevuelan los fantasmas posmodernos de la multiculturalidad (*Banglatown* dentro de Londres) o peor aun, del multiculturalismo derivado en violencia étnica (las grandes ciudades francesas a partir del 2005).

Todavía hay plan urbano en Europa pero, por una parte, es un modelo severo de *closed planning* (urbanismo para ciudadanos legítimos y capitalizados, poseedores de *derechos complejos*) que excluye la planificación de las periferias, cada vez más un problema de seguridad policial, Sarkozy mediante, y cierta tendencia a una naturalización de la xenofobia. Por otra parte, crece el ideal de convertir el plan en una especie de *caja negra energética*, donde la preocupación macropolítica induce a realizar ya no planificación de entidad espacial sino meros balances locacionalmente abstractos de uso de energías.

También empieza a imponerse en Europa un modelo de *oportunismo territorial* en el cual las ciudades ya no dependen de sí (y en todo caso de su *hinterland* tradicional) sino de capturar eficazmente oportunidades de cambio geográfico relativo, pasando de las economías de escala a las economías de alcance. El caso escandinavo oscila entre la democracia socioespacial más estricta y los más agudos colapsos de vida personal (*noia*, depresión, anomia, adicciones, etcétera).

La ciudad islámica tradicional, los bordes del viejo imperio de la URSS o las mega aglomeraciones africanas transitan hacia un fatalismo de evolucionismo

demográfico, colapsos sanitarios o fronteras etnoreligiosas, de la mano de la modernización occidental, cuyos adelantos valga decirlo, hay que receptorlos únicamente por la vía del mercado. En algunos casos hay figuras anacrónicas (lo que queda fuera de la geografía globalizada también cae fuera de la historia) como ciertas homogeneidades barriales o la vida mercantil preindustrial —por ejemplo en algunos barrios de El Cairo o Istanbul—, los espacios públicos todavía no manipulados mercantilmente, etcétera.

La escena americana resulta distinta aunque con matices derivados de todas esas otras culturas de las que es tributaria simplemente por ser la última área del mundo a integrarse en la *pax colonial* ulterior al siglo XV. Como dijimos antes, al menos en el nivel urbano, hay muchas cosas compartidas entre las ciudades norte y sudamericanas, divididas quizá por las diferencias ideológicas existentes entre el catolicismo y el protestantismo (aunque el catolicismo funcionó como una especie de ideología propiciadora de un capitalismo retardado o culposos, en parte como consecuencia de su negación de la modernidad iluminista) y luego por el diferente destino económico de ambos territorios.

Ciudades abstractas, estimulantes de un crecimiento desaforado (Chicago es el nimio asentamiento militar de Fort Deaborn en 1850 pero alcanza los 3 millones en el cambio de siglo y es la segunda ciudad del mundo en tener metro subterráneo), con fuerte estratificación social desde siempre, vastos contingentes sociales marginales y marginados y formas de gobierno local de escaso nivel de acumulación y manejo de capital y por tanto, desde casi siempre, auspiciantes de la eufemísticamente llamada y encomiada *iniciativa privada*.

Así —y esta sería otra hipótesis— se puede hablar hoy de cualquier tipo de ciudades y al hacerlo se alude a las restantes en esta especie de magma global contemporáneo, ya que lo que se ha perdido es ese concepto estático de identidad como persistencia de cuestiones idiosincráticas propias de habitantes de determinada ciudad, y la teoría vuela por la *web* en una mera y débil manifestación casuística. Pero lo que sigue intentará ceñirse al título y hablar entonces de ciudades americanas, pero entendiéndolas como uno de los varios laboratorios hoy accesibles para tratar de entender de qué se trata el tópico de planificar/gestionar ciudades.

1. Una batería numerológica para entrar en tema

Centrándonos ahora exclusivamente en América Latina, su población urbana supera los 350 millones de habitantes, lo que implica un poco más del 80% de su población total y convierte al subcontinente en una de las regiones más urbanizadas del mundo, aunque se trate de esa urbanización sin urbanidad que mencionáramos, a esas clásicas aglomeraciones que sin llegar al extremo

de las nuevas ciudades (?) asiáticas imponen la consecuencia de una necesidad imperativamente histórica de exigencias de un Mercado depredador de mano de obra y un Estado rayano en la impotencia.

La tasa media de desempleo es apenas inferior al 10% pero la precarización laboral trepa, según los indicadores que se tomen, del 30 al 70%. Si la referencia es pertenencia al mercado formal de empleo, la irregularidad americana en tal sentido es del 55%, si en cambio se mide el acceso económico a un ingreso mínimo de superación del umbral o línea de pobreza entonces sí se puede tomar el dato del 30%, lo cual empero quiere decir que un tercio de la población urbana americana es indigente.

Sólo en el área metropolitana de Buenos Aires —que tuvo un drástico descenso de calidad de vida en el último lustro—, entre sus 12 millones de habitantes se computan 3 millones de *pobres* (técnicamente, capas sociales debajo de la NBI, *necesidades básicas insatisfechas*, que supone un ingreso menor a u\$s/mes 520 por grupo familiar) y 1 millón de *indigentes* (que están debajo de la LP, *línea de pobreza*, que equivale a ingresos menores a u\$s/mes 245 por grupo familiar) a valores de 2008.

Obviamente tal perfil socioeconómico explica las características de mermas graves de calidad físico-ambiental. Por ejemplo, CEPAL informa que el parque de viviendas de América Latina es de 90 millones de unidades pero a su vez que el déficit habitacional asciende al 30% de esa cifra, lo cual implica admitir que faltan unas 27 millones de viviendas asimilables al mínimo habitativo elemental, cifra que incluye a los *sin techo* de diferentes clases, desde *homeless* absolutos hasta tugurizados y hacinados. En un esquema razonable sería preciso construir unas 2,7 millones de vivienda-año en las ciudades de América Latina. Actualmente se construye menos de un tercio de esa cifra, de las que un 75% se trata de vivienda autoconstruida.

Lo que sociólogos enjundiosos llaman *vivienda subnormal* —eufemismo que permite no referirnos a miseria extrema o enfermedades sociales— alcanza el porcentaje del 60% en Bogotá, del 50% en Caracas o Quito o del 40% en Lima o México. En Río de Janeiro, tanto como en Sao Paulo, se admite que hasta un 20% de su población es *favelada*.

Por otra parte el problema no es meramente de vivienda como artefacto autónomo o solución extraurbana sino que, al contrario, esas expresiones se computan delineadas sobre enormes problemas infraestructurales visibles en apenas otro par de datos: de los 90 millones de viviendas citadas, 25 millones no disponen de agua potable de calidad razonable (agua de red o de pozos bajo control mínimo de calidad de agua) y unos 35 millones no poseen cloacas con alguna clase de tratamiento elemental de las aguas servidas.

Muchas de las mejores ciudades latinoamericanas de más de un millón de habitantes tienen más de tres cuartas partes de sus estructuras urbanas con

cloacas armadas sectorialmente o sea, sin redes integrales y sin control sanitario. Lima *soluciona* el servicio de agua de las nuevas expansiones urbanas colocando tanques en la cota más alta de la nueva expansión (que inconvenientemente se hace sobre laderas escarpadas) para aprovechar la distribución gravitatoria, pero el bombeo a tales tanques es cada vez más costoso e ineficiente en las presiones.

En ciudades que tuvieron un perfil razonablemente adecuado hace 7 u 8 décadas hoy admiten severos retrocesos: Buenos Aires tenía en 1930 un 55% del total de viajes de transporte público bajo regímenes de energía eléctrica; hoy apenas se alcanza al 15%. Sao Paulo tiene un promedio de *conmuting* (tiempo de traslado residencia/trabajo/residencia) que supera los 160 minutos, lo que implica que quizá un tercio de su población, unos 10 millones de habitantes de radicación más marginal destine probablemente más de 4,5 horas diarias de traslados.

Los datos centrales, para una mirada ambiental y sustentable, del hábitat urbano latinoamericano referentes a producción y tratamiento de basura urbana y de consumo de suelo para usos preurbanos, son igualmente críticos e indicativos de los problemas a afrontar en orden a la posible planificación.

Las grandes metrópolis americanas producen entre 0,8 (Buenos Aires), 1,2 (México) o 1,3 (Sao Paulo) kilos *per cápita* de basura diaria —lo que es bastante poco comparado con ciudades de más alto perfil de consumo— pero que dado los tamaños respectivos de esos ejemplos implica entre 10 millones T-día (Buenos Aires) hasta 22 para las otras dos grandes metrópolis citadas que además ocupan, valga el dato, las posiciones 1 y 2 de rango de tamaño de ciudad en el *ranking* mundial. El problema es que apenas entre un 38 y un 42% de esos volúmenes alcanzan el discutible estándar de alguna clase de tratamiento que en general se reduce al más elemental *relleno sanitario*.

El consumo de suelo periurbano es otro dato flagrante de la baja calidad ambiental de las grandes aglomeraciones latinoamericanas, ya que una consecuencia de la *planificación imposible* en las ciudades de América genera ocupación sin más del suelo disponible, en muy baja densidad y nula infraestructuración. Un par de datos al respecto: el área metropolitana de México pasó de tener 28 mil hectáreas en 1950 a 147 mil medio siglo después; en enclaves urbanos dispuestos en territorios típicos de oasis —como la implantación de Santiago de Chile o Lima, dentro de estrechos valles— *se pierden* casi unas 1000 hectáreas al año fruto de la mera expansión informal de las ciudades.

Por último, los problemas de gerencia urbana en América Latina son muy graves por la escasez presupuestaria: un estudio patrocinado por CEPAL —que tiene datos de hace una década pero que seguramente los mismos se han agravado en ese lapso— indicaba que el promedio anual de contribuciones impositivas (impuestos y tasas por servicios) que pagaban los habitantes de unas veinte ciudades americanas de un rango que iba de 0,4 a 1,2 millones, era de unos 40 u\$s/año. Complementariamente debe decirse que los mecanismos de redistri-

bución de los impuestos captados a escala nacional son de los más retrógrados a nivel mundial, incluso en los únicos tres Estados nominalmente federales (Brasil, México y Argentina) que se agregan en el continente a USA, el restante organismo nacional de corte federativo.

2. Después del plan, sin plan

Es probable que hayamos alcanzado globalmente un estadio posplanificador en referencia genérica al atributo moderno de modelar prospectiva y racionalmente un futuro deseable, que es lo que supuso ser históricamente la noción de plan tanto en el ámbito del capitalismo progresivo (las sociedades de bienestar) como en el del socialismo real: los gobiernos, las economías, las empresas o las ciudades ya no *planifican* —en el sentido de prefigurar racionalmente la programación secuenciada de acciones sujetas a una finalidad objetiva— sino que *gestionan*, actuando tácticamente al buscar la corrección de algunos indicadores. El modelo administrativo no es hoy actuar en el alcance de las metas y objetivos de un plan (aunque esa retórica todavía se mantenga) sino gestionar un *scoreboard* o *tablero de control*, el cuadro de variación objetiva y medible de algunos indicadores, que los politólogos de turno se ocuparán de seleccionar.

Ese supuesto abandono del paradigma de la planificación va de consuno con el *incremento del escenario de riesgo* en las esferas de decisión de cualquier ámbito o escala. Aumentar el riesgo y alejar la consideración de eventualidad del suceso intempestivo son aspectos descriptivos del actual pasaje técnico del *planning* al *management*, tanto del desplazamiento político de la relevancia decisional del Estado a favor del Mercado, o de la previsión prescripta o normada a la acción caracterizada por el beneficio del actor en cuestión. Una norma no escrita de los *urban business* del sector privado es en las ciudades, externalizar los efectos emergentes de una situación no estándar: así incluso se pone en los contratos de servicios con lo cual la planificación es menos necesaria y la toma de riesgos se puede aumentar.

Es lo que estaría unificando la comprobación de efectos poscatastróficos en eventos como la destrucción suscitada por el tsunami de 2004 en Indonesia o por el huracán *Katrina* en New Orleans en 2005. En ambos casos no hubo planificación urbano-territorial para prevenir y paliar el efecto catastrófico, pero probablemente sí haya habido algún cálculo de riesgo admisible en alguna esfera decisional que ya no es la de los gabinetes técnicos de los planificadores sino la de algún *board* ilustrativo de la militarización de la política social y urbana susceptible de utilizar términos hoy ya tan habituales como bajas, pérdidas, daños colaterales, afectado, damnificado, etc. La *struggle for life* se ha generalizado y encarnado en la vida cotidiana de las ciudades.

Si bien esta caracterización pudiera ser extendida a cualquier escenario urbano inscripto en la actual fase de globalización del capitalismo, algunos de sus matices son más específicos en las ciudades latinoamericanas, en aquello que algunos autores como Octavio Paz se atrevieron a denominar modernidad imperfecta, incompleta o ausente, entendiéndola a la modernidad, primero como superestructura de la modernización (Habermas) y luego como manifestación simbólica del orden de la espacialización y especialización racional iluminista. En todo caso, estas cuestiones son más nítidas en América Latina por su acelerada, tanto como débil e imperfecta, urbanización y por la virtual desaparición de las sociedades rurales y también concomitantemente, de los centros de servicio rurales o asentamiento de rango pequeño y medio.

El impecable análisis histórico de la ciudad latinoamericana de José Luis Romero (2001) es, a pesar de su relativamente defectuosa comprensión del populismo político latinoamericano (también fue relevante el populismo norteamericano contra quienes creen en la *virtud europea* de USA), claramente demostrativo de la imposibilidad de consumir el programa emancipatorio del liberalismo iluminista en América, en tanto falencias básicas en la consumación de figuras institucionales tan claves como democracia o identidad entre formación burguesa y conformación de la vida urbana en América Latina.

Los *problemas urbanos* (y quizá las ventajas) latinoamericanos son así, estructuralmente problemas sociales y coyunturalmente problemas políticos: hay poca especificidad de la esfera estrictamente urbana y consecuentemente hay una pobre tradición urbanística. En ese contexto la introducción de figuras de derecho urbanístico en cambios constitucionales en Brasil realizados en la década del '90 representan un notable avance.

Como nunca parece haber habido democracia —como licuación de la irreductible diferencia entre masa o pueblo y élite, sólo antidemocráticamente rearticuladas en los esporádicos éxitos del populismo— ni ciudad conformada como tal en tanto entorno de clases burguesas (lo que dio origen a la formación de una renta urbana, sustraída de la renta agraria y motivadora del industrialismo, y la posibilidad de utilizar una franja de esta segunda plusvalía en capitalizar la infraestructura básica de la ciudad como organismo generador de *servicios de urbanidad*, pero que indirectamente también dio origen críticamente a la vía democrática posburguesa del socialismo) consecuentemente es difícil encontrar manifestaciones de un *imaginario planificador*, de una sociedad democráticamente organizada y capitalizada para afrontar un futuro consumidor de aquellos servicios de urbanidad extensivos a toda la ciudadanía, escena que paradójicamente en Europa, el lugar donde esto se fundó hace unos 8 siglos, ahora entra en crisis junto —o como efecto colateral— a la crisis del capitalismo.

A costa de simplificar groseramente el modo como se manifestó el paradigma de la planificación moderna a escala de la ciudad y de la producción de sus

planes arriesgaríamos la existencia de dos largas tradiciones: la del *plan francés* (en tanto modelo paisajístico–visibilístico y pensado en torno del control formal de las estructuras urbanas) y la del *plan alemán* (como las estipulaciones predominantemente técnicas e ingenieriles y basadas en la organización técnica de la infraestructura de la ciudad compleja moderna como *grosstadt*, ciudad grande y extensa, multifuncional y densa).

3. El plan francés. Derivaciones imprevistas del *droit de ville*

La cultura filosófica francesa, siempre tan articulada al devenir político, ha construido dos conceptos, uno revolucionario y otro consolatorio: el *derecho a la ciudad* y el *derecho a la imagen de ciudad*. El primero, un derecho subsecuente de los derechos humanos y conducente a estipular una condición básica de ciudadanía en tanto accesibilidad social a un conjunto de prestaciones de servicios de urbanidad. En estos años turbulentos y después de haber aceptado un estatuto poscolonial como parte de la política europrogresista, ahora está enterrando cuidadosamente este concepto y haciendo que el hasta hace poco co–presente Henri Lefevbre ingrese a ese tan alejado panteón ocupado por personajes hoy tan míticos como Rousseau, Saint Simon o Blanqui.

La idea del derecho a la ciudad como derecho a la imagen de ciudad es un tanto paralela a la anterior y emerge más bien como una necesidad de Estado, una condición de construcción de la visibilización del poder por una parte y como modo de identificar en el nivel de economía simbólica máxima a los sujetos activos y pasivos de dicho ejercicio. Hay una idea barroca suplementaria que es la de relativizar las diferencias privadas mediante el uso común aunque disciplinado del espacio público: de allí, por ejemplo en la París de Turgot hasta la de Haussmann, hay un cuidadoso manejo del paisaje de la ciudad, de los diafragmas que revisten lo privado y que dan cuerpo al espacio común, el espacio ciudadano. Pero que sin embargo, nuevamente se trata de un espacio de representación ya que está pensado a la vez como escena o escenografía de la ficción de convivencia entre clases pero también como estructura o dispositivo susceptible de acoger las formas de control social y represión de los estallidos revolucionarios: tal fue recuérdese, la polifuncionalidad justamente atribuida a las reformas urbanas haussmannianas. Lo que Haussmann reforma en el espacio de la ciudad, Napoleón III se evita de reformar en la estructura social que la habita.

Esto deviene en una tradición de modelación de ciudades basadas en el control de la superficie que separa lo público de lo privado según una serie de categorías físico–funcionales (calle, *avenue*, *boulevard*, *rond–point*, *carrefour*, plaza, parque, etc.) y según algunos rasgos tipológicos de las arquitecturas que

conforman esas envolventes formas regularizadas por codificaciones fachadísticas en la arquitectura común con sutiles diferencias entre lo individual y lo colectivo (*grand y petit hotels, maison foncieres* como los múltiples inmuebles parisinos de la empresa Pereire, etc.), y por estipulaciones lingüístico-académicas en la arquitectura institucional (neogriego, neorromano, neogótico, etcétera).

En parte, estas configuraciones, por ejemplo manualizadas por Camille Sitte, devienen de la tradición del paisajismo aristocrático rural francés de Le Notre y, en parte, se convierten en la base del *urbanisme* que se irradiará desde el Instituto de Urbanismo de París y que será un nítido referente para los gobiernos urbanos de América Latina, ya que aquí siempre se tuvo claro que el único posible *droit de ville* se centraba en el problema de la apropiación simbólica de ciudad.

Lo cual tendrá una larga historia desde la construcción del paisaje político y la ciudad organizados para los *flaneurs*, hasta la conquista marginal de la comunicación urbana organizada a través de los *grafitti* como lenguaje de los colectivos urbanos contestatarios y minoritarios.

4. El plan alemán.

La ciudad técnica para el *welfare state* birmarckiano

Alemania es un Estado–Nación relativamente moderno y allí las innovaciones de la Prusia de Bismarck iban inevitablemente a transferir las renovadoras ideas del *Estado de bienestar* (que suponía una pragmática traducción burguesa del utópico programa iluminista de talante políticamente afrancesado) a expresiones de cambio urbano, ya que todavía era posible en el último cuarto del siglo XIX advertir que Alemania era poco más que un puñado de viejas ciudades–Estado y que su moderado programa de innovación industrial estaba bastante atrasado respecto de Inglaterra, ya que carecía entre otras cosas, de la acumulación originaria de base agraria y tampoco se participaba demasiado del festín colonial.

De allí que uno de los problemas técnicos de otorgamiento de calidad de vida urbana iban a concitar el interés de una serie de especialistas como Eberstadt o Stubben, enunciadores teóricos de la ciudad racional de la ingeniería y artífices técnicos de una primera derivación de las plusvalías apropiadas por las ciudades, camino a instancias industriales a favor de las tecnoestructuras urbanas que también redundarían en beneficios indirectos del promovido desarrollo industrial, por ejemplo en torno del llamado salario social, o de las ingenierías humanas ligadas al control sanitario y a las garantías de la reproducción biológica de las fuerzas de trabajo.

El urbanismo técnico implícito en la figura que aquí simplificamos como *plan alemán*, resulta en nuestro enfoque el más plenamente moderno (en el

sentido de cómo lo moderno supone acompañar la novedad de la producción industrial), mientras que por el contrario, lo que llamamos *plan francés*, aparentemente retrógrado y decimonónico, hoy estaríamos relacionándolo con un presente de menos *hardware* y, más bien, como una actualidad que ha cifrado su hipótesis de mantenimiento de la tasa de crecimiento, como dice David Harvey, en la constante disminución de la inversión en el rubro de *capital fijo*. Si hay algo que identifica las características del plan alemán es ocuparse técnicamente de generar la inversión de capital fijo a escala urbana.

Las ideas que Joseph Stubben propone en la época de sus trabajos urbanísticos —como su plan de ensanche de Colonia, de 1880— a pesar de su apariencia vienesa y paisajística (al fin y al cabo la secuela de rellenar urbanamente las trazas vacantes de los *rings* defensivos planteaba la posibilidad de trabajar con motivos paisajistas) iban a manualizarse en su texto más conocido, *Der Stadtbau*, que en 1924 se plantea el problema concreto de la *construcción de ciudades*, algo que planificadores como May o Salvisberg estaban concretamente haciendo, aunque con la fórmula del módulo económico–arquitectónico del *siedlung* y que Stubben expandía a un manejo polifacético del *diseño total* de la ingeniería urbana, como su célebre imagen de un tranvía eléctrico elevado sobre pilotes de acero que atravesaba una densa área urbana central. Estos argumentos sugiero profundizarlos en otro trabajo de mi autoría (Fernández, 2005b).

Cuatro años más tarde de la edición del manual de Stubben, Ludwig Hilberseimer publicaba su *Gross Stadtarchitektur*, que apresuradamente podía ser entendida como conclusión del pensamiento desapasionadamente técnico de los alemanes si no fuera porque en realidad estaba estipulando una reducción lingüística extrema, según la cual la estética racionalista iba a ofrecerse a la vez como novedad ideológica progresista tanto como retórica mínima para un comportamiento enteramente libre de un mercado puesto a construir verdaderamente la ciudad. Por lo que Hilberseimer —que no casualmente encontraría un pasteurizado y tardío éxito en Chicago junto a su radical amigo van der Rohe— bien puede ser entendido como el que reinstala las ideas de un urbanismo especulativo de raigambre haussmanniana pero ahora bajo el ropaje más abstracto del minimalismo racionalista, eso que Colin Rowe bautizó *Chicago frame*.

La hipótesis propia entonces de este plan alemán podría verse como la encarnación tecnourbana del *fordismo*, o sea el modo industrial coetáneo de su vigencia proyectual. Un *fordismo urbano* que debe ser entendido como subyacencia racional del rendimiento de la vida urbana (recuperación de la fuerza de trabajo, minimización del tiempo improductivo, movilidad social y física, línea de montaje, capital social, etc.), es decir como el momento transicional políticamente coincidente con la primavera socialdemócrata de entreguerras en que se creía posible llevar adelante el ideal birmarckiano de la sociedad de

bienestar —que no podía ser sino urbana— y que incluía la intención luego utópica, de apropiarse de una parte de la renta suscitada por la producción industrial en la construcción moderna y racional de las ciudades ya que ello, en términos fordistas, no era gasto sino reinversión (en *capital humano* y en expansión del consumo).

5. La ciudad originaria de América. Territorio antiurbano y ciudad como instrumento de control capitalista

La ciudad colonial debe entenderse cabalmente como instrumento de expansión capitalista, incluso integrando factores de tipo ideológico-cultural supuestamente autónomos tales como la estrategia de evangelización y extirpación de las idolatrías que se acomete al mismo tiempo que se inauguran ciudades. Que las fundaciones hispanas deben considerarse como operaciones capitalistas ya está suficientemente trabajado tanto alrededor de la captación del excedente financiero de las casas bancarias europeas que aportan al componente de financiamiento asumido por las coronas como, más estrictamente, a través del mecanismo de financiamiento principal (mucho más significativo que el anterior) por el cual los adelantados que recibían repartimientos de suelo territorial y contratos de fundación de asentamientos, promovían *sociedades anónimas* de una suerte de *accionistas* o inversores medianos o pequeños que participaban de las empresas de fundación a cuenta de recibir básicamente *suelo urbano futuro*. El tema de las cuadrículas de 100 varas castellanas de lado divididas a su vez en cuatro solares remite a pensar un objeto contractual flexible por el que se puede transar capital de exploración a cambio de ciertas unidades de renta futura.

La estrictez del espacio público (tema común, pero por otras razones más ligadas a la necesaria densidad, debido al alto costo de la seguridad intraurbana, con el espacio público de la ciudad medieval) obedece también a tal lógica rentística y en este caso además, a un gobierno local nuevo sin capital mínimo acumulado ni mucho menos transferido desde el gobierno metropolitano, para realizar obra pública.

Esa concepción, que empalma con la noción de *capital fantasmático* (con la que Fredric Jameson analiza el supuestamente irracional emprendimiento neoyorquino del Rockefeller Center, retomando una idea poco desarrollada pero presente en la teoría de Marx), se relaciona ya al inicio con el concepto de *capital futuro* que explica el exceso de abstracción que suele atribuirse al damero americano. Que dicho sea al margen, no es tan diferente del damero jeffersoniano quien de paso, imaginaba una cuadrícula completa del territorio, con algún aditamento simbólico de tipo

masónico pero con base en una noción de uso de los módulos de suelo como *analogon* de módulos de capital futuro.

El concepto de *ejido* —área urbanizada fraccionada más área de reserva de fraccionamiento futuro— que en América queda perfectamente legislado desde la codificación de las Leyes de Indias de 1580, suplantó enteramente el residuo medieval de *common fields* o *tierras de pan llevar* y emerge como eventual recurso de capitalización futura para los gobiernos locales, que podrían utilizar el esquema de *compás abierto* no sólo como una planificación laxa y abierta a los vaivenes del mercado sino asimismo como una fuente económica de nuevos contribuyentes al erario público tanto como un modo de habilitar nuevos sujetos de ciudadanía, que en la América colonial fueron únicamente los terratenientes urbanos. Lo cual deslindó desde el vamos la existencia bien diferenciada de dos sujetos urbanos: el vecino o poseedor de tierra urbana y pagador de una renta —como contraparte de lo que resultaba ser sujeto político— del mero habitante urbano, distinción que recoge la realidad de los primeros Burgos griegos, fuera de la utopía aristotélica y que ahora paradójicamente quiere ser restaurada en la realidad política local europea.

Por lo demás también quedó claro que la ciudad americana era entendida como un instrumento de dominación socioproductiva de los territorios del *hinterland* que habilitaba, en una inversión centrípeta de la idea centrífuga de ciudad medieval—renacentista: desde su inicio, la ciudad americana era una puerta o un ingreso a los territorios, nunca una muralla o puerto seguro de donde los que venían del campo encontraban una suerte de final de camino, un negocio familiar y una tumba. Héctor Murena explica de tal suerte la *ciudad campamento* americana, el lugar transitorio, abierto, evanescente y cuasi móvil; lo contingente y precario de una materialidad de la que finalmente quedaba el suelo como un papel o una moneda, en cualquier caso, una abstracción.

Por eso los *xumétricos*, los topógrafos americanos —como Juan de Salazar que acompañaba a Cortés— eran tan versados en materias que iban desde la geología hasta los repartimientos y registros escriturarios. El primer urbanista americano es más un geógrafo vocacional y un notario que un productor técnico de planes y planos, más un calculista de unidades abstractas de renta que un ingeniero militar o experto en fortificaciones, más un *scripturarium* que un *lapidarium*.

Desde este tipo de razonamiento pudiera parecer más plausible la paradójica idea de un urbanismo americano de modernidad incompleta y urbanidad débil que de pronto aparece con características trasmodernas o propias de esta actual condición global, en que reemergen debates tales como la maximización de los flujos de capital financiero atravesando territorios —eso que autores como Baumann mencionan como *modernidad líquida*—, el capital fantasmático o la prefiguración compleja de renta futura y el ideal monetarista de una máxima abstracción que faculte un máximo intercambio.

6. Oscilaciones del republicanismo en América

Producida la independencia política y la concomitante balcanización en América Latina empieza, por una parte, a manifestarse una brecha con el proceso norteamericano (que consiguió imponer un modelo federal de Estados además de un esquema exitoso de industrialización ulterior a un desarrollo de base agroextractiva extensivo) y por otra, a presentarse el problema político-ideológico de estructurar una sociedad que en sí poseerá diversas clases de limitaciones *modernas*: insuficiencia de capital de desarrollo (subsistirá en muchos casos un agrarismo atrasado, latifundista y prebendario, salvo en parte, en Brasil, por ejemplo con los cafetaleros), organización de las redes territoriales de asentamientos con muchas dificultades (puertos, ferrocarriles e infraestructuras urbanas serán incipientemente negocios privados montados con capital europeo, principalmente inglés), problemas sociodemográficos varios (desde la insuficiencia de población en algunos casos a la perduración de capas poblacionales atrasadas —con relación a la hipótesis de un desarrollo moderno canónico— como los contingentes indígenas y rurales, esclavos, subalfabetizados, etc.) y la imposición drástica de un modo de integración a la división imperialista del trabajo mundial según la asignación de roles monoprodutores (lo que inaugura variadas realidades y mitos desde las *banana republics* hasta la *granero del mundo*, etcétera).

En ese cuadro se plasmará un conjunto de articulaciones con las influencias tecnoculturales francesas y las incidencias tecnoeconómicas británicas, y dentro de ese doble esquema neocolonial si se quiere, el problema de desarrollar la modernización de las ciudades y la erección de las sedes de capitalidad, con rasgos tales como la armadura técnica de ciudades dentro del modelo agroexportador (con la preeminencia de las instalaciones portuarias), la cobertura de redes de servicio a la agroproducción especializada (café, azúcar, cacao, vid, tabaco, etc.), etcétera.

La cuestión de la capitalidad —o más genéricamente la erección de escenarios evocativos de la nueva sociedad/ciudad europea, factor simbólico que se entendía como sintomático de la madurez republicana como el caso de la temprana construcción de un fastuoso edificio para la Opera en Manaus, el asentamiento desde el que se desplegaba el ciclo de explotación del caucho amazónico— iba a manifestar una seducción cultural por el jardín francés y el modelo del paisajismo urbano impuesto por Haussmann y sus apólogos como Sitte, lo que iba a derivar en la importancia del Instituto de Urbanismo de París en América, de los que un par de egresados, Atilio Correia Lima en Río y Carlos Della Paollera en Buenos Aires serán prácticamente los cultores más importantes de la teoría y práctica urbanísticas en la década del '30.

Otras expresiones de esa influencia parisina será el trabajo directo de algunos referentes como Jean Claude Forestier en la década del '20 en Buenos Aires

y La Habana, Alfred Agache en Río en los '30, o Maurice Rotival en Caracas al fin de esa década.

De todos modos, no todo fue academicismo acartonado: Affonso Reidy, por ejemplo, uno de los más grandes diseñadores urbanos modernos brasileros fue el discípulo más aventajado de Agache en Río y muchos de sus trabajos fueron el desarrollo de ideas del francés, como la operación del *Aterro* de Flamengo.

Por otra parte tampoco hay que excluir la influencia del pensamiento proveniente de USA, como la tarea del mexicano Carlos Contreras (Plan Regulador de México 1933) o diversas actuaciones en La Habana y Lima del tándem Wiener–Sert, hacia 1950. O un variopinto espectro de *contaminaciones* como la acción del neocolonial Manuel Mujica en su trabajo para la caraqueña Plaza Bolívar (1928), el aporte de Carlos Villanueva, formado en Inglaterra, al Plan Director de Caracas regentado por Rotival (1939) o la confluencia del también neocolonial Martín Noel en el desarrollo del llamado *Plan de Estética Edilicia* propuesto por Forestier para Buenos Aires (1925).

Pero obviamente serán las ciudades euroculturalmente más avanzadas, como Buenos Aires y Río y en menor medida México DF, quienes conciten los episodios más relevantes de estas relaciones trasculturadas desde Europa. El caso de Río es bien singular ya desde la acción del prefecto Correia de Oliveira iniciada en 1871 bajo una directa influencia de la obra de Haussmann, que continuará allí con diversas intervenciones y estudios de Ramos, Jardim y Pereira Passos (1902), y finalmente la obra de este último como prefecto de la ciudad que lleva adelante el proyecto paradigmático de la Avenida Río Branco o Central, un trozo casi calcado de un *boulevard* parisino según proyecto de Rafael Rebecchi (1906) y que evoca asimismo la Avenida de Mayo, una operación de semejante talante haussmanniano con expropiaciones y metro por debajo que encararía el Intendente Alvear desde los años '80 en Buenos Aires.

En Río, el prefecto Antonio Prado (1926–1930) será otro referente audaz del intentado puente con la cultura europea, ya que es quien convoca por una parte a Agache (quién regenteará la oficina del Plan entre 1931 y 1934, que luego será asumida entre otros por Reidy y por Lucio Costa, quien más tarde será al artífice urbanístico de Brasilia) y por otra, da marco a la tarea de Atilio Correia Lima en el primer trabajo metropolitano de su Plan Niteroi (1932). Bajo Prado además vendrá a Río Marcello Piacentini, el arquitecto preferido del *Duce* —quien impone la localización de Boa Vista para la nueva Ciudad Universitaria contra la opinión de Agache a favor de Praia Vermelha—. Prado asimismo participa de la convocatoria a Le Corbusier para trabajar en ese proyecto universitario y también para participar de un equipo que iba a proyectar la sede del Ministerio de Salud y Educación. Aunque sabemos que Le Corbusier utilizará sus viajes a Latinoamérica para trabajos arquitectónicos, no se privará de opinar influyentemente en materia urbanística.

7. Le Corbusier como el regreso del adelantado

Un tópico recurrente en Le Corbusier es su queja respecto de la incompreensión que habría sufrido en América Latina, especialmente de parte de sus dudosos gobiernos. Como muchos de los dichos del maestro suizo, este es otra mentira: en pocos lugares fue tan gratificado por fama y trabajo (quizá no tanto por dinero, aspecto de múltiples reclamos de sus cartas americanas) y en pocos lugares sus teorías se encarnaron de manera tan exitosa, aunque tal vez deformadas y desprovistas del control estético del maestro que, en definitiva, es lo que más le preocupaba.

A pesar de su desprecio por la grilla española, Le Corbusier, que era bastante limitado en interpretar las condiciones fisiocráticas de los territorios (era capaz de pensar su megaloarquitectura o urbanística simplificada sólo sobre una pre-existencia de suficiente abstracción: en Buenos Aires, cuando redacta su plan de 1940, admite que la trama existente de baja densidad era como un suelo, una plataforma), representa el regreso de la mirada del adelantado —sin la capacidad agregada del *xumétrico*— ya que agrega una capa más sofisticada en funcionalidad y densidad al modelo de desarrollo de suelo de potencialidad urbanística.

En ese sentido, y al contrario del urbanismo de topadora que planteaba por caso, en su desarrollo parisino, que debía arrasar el *malsano* Marais, en las ciudades latinoamericanas —como Sao Paulo, Río, Bogotá, Buenos Aires o Montevideo: algunas sobre las cuales en mayor o menor detalle estuvo pensando—proyectando entre 1930 y 1945— Le Corbusier puede continuar el discurso de las Leyes de Indias, aplanando el territorio con fantásticas megaestructuras como en Río, expandiendo al infinito un eje lineal de desarrollo como en Bogotá o reconfigurando el tejido en supermanzanas separadas por una variopinta categoría de tipos de vías circulatorias como en Buenos Aires.

Si bien el exceso de autoestima que el maestro tiene respecto de su arquitectura consagrada —como las torres cruciformes, las espasmódicas cintas torcidas a 90 grados o el credo de los 5 puntos aplicados a cualquier categoría de objeto urbano— iba a dotar a sus ideas refundacionales de cierta reducción de la necesaria variedad que el Mercado iba a requerir respecto de una concepción de enorme incremento de la densidad del suelo (y por tanto, de la capacidad de engendrar grandes plusvalías urbanas). Le Corbusier, con menos claridad teórica que Hilberseimer pero con parecida ideología, iba a proponerse postular una ciudad moderna no sólo en su concepción estética sino en su simplificación fáctica a favor de una autonomía plena del mercado inmobiliario.

Sobre todo porque el otro costado del discurso corbusierano —a saber, la discriminación estricta de funciones aisladas en determinadas porciones del territorio, eso que iba a formar parte de la codificación emergente del CIAM y la Carta de Atenas, que de todas formas se convirtió en evangelio para los

redactores de los planes–norma de regulación urbana que se fatigaron en América Latina hasta avanzada la década del '60 hasta que todo el mundo se dio cuenta que esas prescripciones no controlaban nada— fue francamente una suerte de última y fallida expresión del modelo fourieriano de suponer ingenuamente que era posible correlacionar el orden social con el orden espacial (patéticamente representada en aquel *mot de guerre* corbusierano: *architecture ou revolution*).

Ni una ni la otra desde luego, confirmaría la larga sucesión de premios Nobel de Economía que se preocuparon en dotar de excusas al aplanamiento mercadotécnico del mundo, pero asimismo, como una utopía fallida desde el inicio por otras ideas urbanísticas que también aparecen en el desembarque proyectual de Le Corbusier en la ciudad latinoamericana.

Como el caso de su fascinación nada europea por las enormes infraestructuras viales que debían despanzurrar la estructura interna de las ciudades a fin de hacer éstas plenamente atravesables en un concepto de territorios difusos, y en permitir mitigar el colapso de conectividad y accesibilidad central que iba a establecer ese crecimiento débil e infinito del *compás abierto* de bajísima densidad. Más quizá que la influencia de los trazadores de *highways* de USA, iba a ser Le Corbusier quien introduzca y legalice en las culturas neometropolitanas de América Latina la posibilidad de tajar impunemente los tejidos coloniales, y así iba a ocurrir en Sao Paulo, Buenos Aires, Río o Lima y desde luego también en México, aunque aquí sí la influencia norteamericana sea más directa.

La abstracción corbusierana puede ser entendida así como nuevo intento de *land–capitalism* para el que era preciso una ciudad de isomorfía socioespacial (el concepto de planta libre como *no–man's land*) que sin embargo, a favor de quienes piensan en un Le Corbusier algo más moderno (o reformista), también podía entenderse como negación de la posibilidad de renta diferencial. En parte, ello explicaría el triunfo imperfecto del maestro en América: como era previsible aquí fue jibarizado, negándose por un lado y usándose en otro. Él se quejaba sobre todo por la baja calidad estética de los resultados, no por capacidad analítica aguda. Ocurrió así que se segmentará a Le Corbusier, aprovechando lo que se podía de su discurso proyectual, sobre todo con una entronización de la hiperdensidad como factor de negación del tejido tradicional.

8. Ideal americano. El Mercado sin Estado (1): servicios públicos privatizados

Si bien se puede aceptar que la ciudad americana tenía características que hoy encontramos naturales (en 1910 Buenos Aires tenía un servicio privatizado de agua potable, y las primeras cloacas de la ciudad, realizadas hacia 1880, habían

sido de diseño, financiamiento y operatoria inglesas; Lima armó su estructura metropolitana tridual —el triángulo Lima–Miraflores–El Callao— mediante una operación a la vez de ingeniería vial y de loteamientos en la que estuvo en la década del '20, directamente involucrado su presidente Leguía, que antes había sido abogado de las compañías azucareras de origen norteamericano que derivaron parte de sus ganancias en esa reorganización privatista de ciudad en torno del trazado de la Avenida Arequipa) y que por tanto, siempre fuimos posmodernos y de tendencia fácil a receptar los flujos globales de la economía, lo cierto es que luego de esa fase denominable de fundación republicana sobreviene una ola de populismo vinculable al intento de conseguir un modelo de *welfare state* (en regímenes como los de Cárdenas, Perón o Vargas respectivamente en México, Argentina o Brasil y en menor medida Odría en Perú e Ibáñez en Chile) que de alguna forma, a nivel urbano supuso el arraigo de alguna clase de planificación, sobre todo ligada a eso que llamamos *plan alemán*, y a una intención de trabajar la ingeniería básica de las ciudades como obras públicas tanto como obtener cierta aceptable dotación de equipamiento público.

La arquitectura de los '40 al '50 de México (Mendiola, Legarreta, Villagrán) o mejor aún la brasilera (Reidy, Moreira Salles, Vilanova Artigas) es de la arquitectura moderna más avanzada del mundo de entonces —inmediata posguerra— no sólo por la calidad proyectual sino por el contenido de progreso social de los programas. En España un éxito semejante debía esperar los felipistas 80. Un momento de filo histórico tal que merced al fatídico Consenso de Washington supuso para Latinoamérica la absoluta suspensión de aquel proceso y el ingreso a un abrupto modelo de servicios públicos privatizados, proceso que contó con un prolijo lavado de cabezas social a cargo de los políticos de turno. Si en USA sólo el 5% de las aguas potables de consumo de red se transa por empresas privadas o en Alemania el 90% del servicio ferroviario es estatal y es bueno, en las ciudades de América Latina se procedió a una total cesión de la operación de los servicios a grupos empresarios internacionales que en un número relevante de casos implicó un descenso en la calidad de los servicios y fundamentalmente, un cierre de la accesibilidad a los mismos de los sectores populares que no alcanzaban a los precios de mercado.

Ese fin del modelo del plan alemán y de la sociedad urbana de financiamiento solidario establece en parte, un modo escapista por el cual los Estados locales superaban su creciente *stress* de financiamiento y sus limitaciones de gerenciamiento urbano de los servicios (aunque una de las tremendas paradojas del cambio que mencionamos supuso que las empresas multinacionales captaran más del 70% de los cuadros técnicos superiores para seguir manteniendo alguna eficiencia operativa, lo que permite pensar que tales cuadros antes estatales no eran tan ineficaces ni caros) y por otra parte, presupondrá la supresión de la infraestructura a crédito y el pago financiado como alícuota

de la tarifa del servicio, que era la base sustantiva del modelo tecnocrático de planificación del plan alemán.

La llegada plena a unas ciudades muy complejas cuyo desarrollo está en manos de las empresas de operación de los servicios, cuya tasa de inversión en crecimiento de redes y prestaciones en general está por debajo de la media histórica corregida de inversión estatal, establece un nítido acceso socialmente diferencial a los servicios, aun cuando en algunos pocos casos se planteó un modo llamado de *tarifa social* (a veces subsidiado directamente por el Estado) y en términos generales se arriba a un modelo de crecimiento de las infraestructuras allí donde haya garantías de usuarios en condición de libre juego de mercado.

Hoy los u\$s 30 mínimos por disposición de una tonelada de basura o el u\$s 1,2 por acceder a un metro cúbico de agua lo debe pagar de modo directo cada usuario, en sociedades urbanas donde un tercio de su volumen está en régimen de indigencia. Si para un salario testigo considerado básico a nivel de subsistencia en 1960, el costo relativo de los servicios urbanos esenciales (incluido el transporte público) no superaba el 7% de tal ingreso, hoy roza el 30%.

9. El Mercado sin Estado (2): relanzamiento de la noción de ejército de reserva

Las llamadas ZPE (*Zonas de Procesamiento de Exportaciones*) existen en teoría hace casi medio siglo pero se han expandido brutalmente en la última década y bien pueden ser consideradas a la vez, un signo del estado de la economía global y un nuevo indicador de la decadencia de la vida urbana. Se trata de la nueva función por la cual las economías industrializadas transnacionalizadas reinstalan territorialmente su fuerza de trabajo obteniendo tremendas reducciones de costes las que suponen sin mayores mediaciones, desfinanciar la inversión en servicios urbanos y bajar su calidad. El ya célebre y panfletario trabajo de Naomi Klein (2001) ofrece una explicación, datos generales y referencias de campo de Filipinas, una de las áreas más impactadas por esta modalidad.

El tema es muy simple: si un obrero industrial norteamericano o europeo gana unos u\$s 18 por cada hora de trabajo (sin considerar componentes de salario social), en las ZPE gana menos de un dólar (más precisamente entre 87 centavos en las ZPE más magnánimas y 13 centavos en las cerca de 180 zonas chinas que emplean unos 22 millones de subobreros). Ello sin considerar la no percepción de ninguna clase de salario social. La combinatoria de este bajísimo nivel de salario unida a la inexistencia de servicios adicionales (de salud o de retiro) convierten en una ficción cualquier panorama de vida urbana, pero la verdad es que si bien estas poblaciones deben estar aglomeradas (deben poder ser fácilmente

sustituidas) y centralizadas (deben estar lo más cerca posible de las plataformas logísticas de derivación), su calidad de vida urbana es bien deficitaria por varias razones: trabajan un promedio de 14 horas diarias, tienen prevalencia las mujeres en tanto no formen parte de estructuras familiares tradicionales, etcétera.

La consecuencia es un regreso a la figura que Marx había definido como *ejército de reserva* pero peor, ya que no hay perspectivas de redistribución de la plusvalía ni reivindicaciones de tipo sociosindical. Se trata de una tendencia creciente de la redefinición económica global posfordista (o toyotista) cuyas estadísticas son bien difíciles de precisar: la Organización Internacional del Trabajo asume que existen unas 1100 ZPE en unos 75 países y abarcando unos 35 millones de trabajadores, pero probablemente sea mucho más, y además consiste en una dirección de cambio económico prácticamente irreversible porque es muy difícil obtener criterios de ganancia de otro orden.

Sólo en China hay más de 220 ZPE donde trabajan —si todavía tiene sentido semántico este verbo— unos 21 millones de obreros. La forma de producción es cuasi militarizada ya que existen guías de producción/montaje elaboradas por ingenieros de las casas matrices y unos mecanismos que remiten al inicio del taylorismo. Una segunda fase del proceso es comprar la tecnología de *software* de producción también en enclaves atrasados con economías adicionales. Hoy la India tiene al menos una decena de lugares que desarrollan *software* de producción mecatrónica de alta tecnología a menos del 10% del coste euronorteamericano.

Existen beneficiarios en el orden del consumo —yo mismo estoy escribiendo desde una Mac *diseñada en California y fabricada en China* (hasta hace dos años, que es cuando Apple se sumó a esta tendencia, simplemente yo no podía acceder a una máquina de esta clase)— y es justamente esta expansión del consumo potencial (más venta, menos ganancia, todo basado en condiciones de trabajo esclavista) lo que hace imposible pensar un cambio de orientación. En este enero de 2006 cuando escribo este ensayo, Ford anuncia la expulsión de 30 mil obreros de sus fábricas norteamericanas.

Si bien este es un fenómeno global, en América Latina tiene expresiones específicas como las llamadas empresas maquiladoras que están sobre la frontera entre USA y México pero obviamente del lado mexicano. Tampoco existen estadísticas confiables pero debe haber cerca de 4000 establecimientos de este tipo, con casi dos millones de obreros. Una consecuencia urbanística del proceso es la conformación de hasta doce pares de ciudades —la más conocida de las cuales es San Diego–Tijuana— que remiten a nuevas formas de urbanidad, desde nuevo mestizaje cultural y choque civilizatorio, hasta redes clocales y servicios de tratamiento de residuos binacionales con diferente estándar y preferentemente, un paraíso para la iniciativa privada en un contexto de planificación prácticamente inexistente.

Que los teóricos posmarxistas como Negri o Virno vean en este espejismo de la multitud —ya que esta configuración económica instituye cierto auge de las megaciudades sin calidad urbana básica— un signo revolucionario, un potencial revulsivo o transformativo, constituye a mi juicio, una perspectiva consolatoria que encuentra ventajas posibles aun en el colapso casi definitivo de formas sociales basadas en el trabajo cooperativo y la complementariedad de funciones que sólo los modelos históricos de la solidaridad urbana, aun mediada por mecanismos mercantiles, pareció garantizar por ocho siglos. En su estudio sobre la decadencia del paradigma del trabajo, Richard Sennett (*La Corrosión del carácter*) desarrolla, en línea con sus trabajos anteriores, algunas hipótesis sobre los efectos urbanos de esta caída de la calidad y estabilidad del trabajo.

El concepto de *biopolítica* que Michel Foucault había desarrollado desde los '70 (seminarios *Seguridad, territorio y población* —1977–8— y *Nacimiento de la biopolítica* —1978–9—, pero antes aun, *El nacimiento de la medicina social*, conferencia dictada en Brasil en 1974) analiza desde una perspectiva sociopolítica la contracara del mismo proceso, mediante la hipótesis que se habría producido una transformación de los dispositivos de poder pasando de la prevalencia de la *soberanía*, a la preconización de la *disciplina* para arribar a la más actual significación de la *seguridad*.

Ese proceso se acompañaría con el ideal del *hombre urbano*, entendible preferentemente como *hombre normal* (o más precisamente: *normalizado*) para lo cual es necesario el desarrollo de formas de gubernamentalidad, que no es nada ontológico sino más bien el desarrollo de una racionalidad de las prácticas de gobierno acorde con aquella evolución de los dispositivos de poder. En primera instancia, Foucault reconoce la relevante institución de una llamada *ciencia de policía* (*Polizeiwissenschaft*) que paradójicamente es el primer nombre de la *estadística*.

Esta asociación posible entre biopolítica y gestión de ciudades parece reconocerse en el análisis que Susan Buck–Morss hace de las teorías críticas de Walter Benjamin, como sugiere este párrafo: “Con el crecimiento del estado burgués, el planeamiento urbano empezó a preocuparse en general por la vigilancia y el control de las poblaciones. Haussmann lo llamaba ‘embellecimiento estratégico’” (2005: 45). Esta cita es interesante no sólo por establecer una articulación posible, ya en el siglo XIX, entre planificación y manejo vigilante de las masas de población urbana, sino sobre todo por formular la fecunda hipótesis de una ligazón entre dos palabras en las que parecen tensarse origen y presente de las prácticas urbanísticas, a saber, *embellesiments*, o sea, el conjunto de disposiciones de ordenamiento paisajístico de la incipiente metrópoli burguesa, y *estratégico*, adjetivo que hoy parece calificar centralmente el interés y la posibilidad de la acción de modelación de cambio futuro de

las organizaciones territoriales y urbanas, más bien como reconocimiento y potenciación de las fuerzas reales de esos procesos de cambio, que surgen del *mix* de intereses económicos (ligados a la aceleración de la rotación de capital y a la búsqueda de una relación lo más funcional posible entre K financiero y K inmobiliario o *foncier*) y control–vigilancia de las demandas sociales (sutilmente transferidas del cuadro de la necesidad objetiva a la esfera del deseo colectivo y consumístico).

El otro interés que según creo contiene el argumento de la cita de Buck–Morss, es abrir la inquietud acerca de unas actuaciones de *embellesiments* que no sólo son receptáculo o contenedor socioperceptual (las escenografías del teatro propio del drama urbano) sino que a su vez son dispositivos de observación y encauzamiento de la acción ya no libre o casual del viandante urbano de la incipiente metrópoli.

Toda la evolución ulterior del pensamiento biopolítico —desde el *organicismo* (Kyellen), el *vitalismo sistémico* (Morin) o el *naturalismo* (Caldwell) hasta la *biopolítica propiamente dicha* (Foucault) y la llamada *biopolítica crítica* (Agamben, Espósito —2004— y Sloterdijk —que en realidad extiende su óptica de pensador cínico en su provocativa conferencia de Elmau de 1999, “Reglas para el parque humano”—) entiende el llamado material humano como cosa fluyente en la que parecería inaugurarse una disposición de una biofilosofía para hacerse cargo del fin del taylorismo–fordismo y del plan urbano como expansión conceptual del concepto de montaje y cadena productiva.

10. El Mercado sin Estado (3): la ciudad *patchwork* o el *ghetto* invertido

La tercera consecuencia clara de haberse arribado, a nivel urbano, a una condición de puro mercado sin participación relevante de los Estados locales, es la exacerbación de un modelo de ciudad no planificada de tipo *patchwork*, una ciudad de fragmentos diferentes a menudo conflictivos entre sí y desde luego lejos ya de toda racionalidad y sinergia derivada de una concepción de tipo plan. Una idea básica de la planificación, tanto en Haussmann como en Geddes, Mumford o Hegemann era que el planificador, en nombre a la vez del Estado y de la sociedad civil que éste representaba, administrara en parte la renta generada por el cambio de la ciudad, de forma que mediante diversos instrumentos —desde tasas e impuestos hasta condiciones diferenciales del rendimiento potencial del suelo— se operaran ciertas transferencias llamadas de equilibrio o inducción.

Esa modalidad hoy fue compasivamente reemplazada por un llamado *planning de proyectos*, que en el mejor de los casos es un compendio relativamente armónico (aunque nunca sistémico en el sentido anteriormente descrito) de

retazos aislados que a la vez no pueden sino ser unidades de negocio. Y en el peor, como es bastante frecuente en Latinoamérica, se trate de un conjunto de enclaves, prácticamente *ghettos* invertidos, en el sentido que antes se aislaban a los *diferentes–indeseables* (por ejemplo, las *villas miseria*, *callampas*, *cantegriles*, *favelas* de las ciudades latinoamericanas) y ahora en cambio, se aísla a los *diferentes–selectos*, que deben delimitar las fronteras de unos territorios otrora abiertos al intercambio social y al imaginario consecuente de su movilidad. Esta nueva clase de *ghetto* se verifica en los llamados *barrios cerrados* o condominios segregados de la continuidad de la infraestructura y el espacio público que hoy se multiplican en Miami, Buenos Aires, Santiago, Sao Paulo, Bogotá o Lima.

Un incipiente modelo de esta nueva planificación armada sobre la base de una sumatoria de proyectos–fragmento es el caso de Barcelona, si bien una larga acumulación intelectual y técnica permitió revestir de cierta calidad proyectual a estos esfuerzos, aunque a costa de importantes pérdidas de racionalidad ambiental y sustentable (véanse por caso las ácidas críticas de Joan Martínez Alier), y de escurrirse, como lo apuntó el crítico francés Francois Chaslin cuando visitó la ciudad en el exultante Congreso UIA de 1996, el *elan vital* de la ciudad, lo que le daba sentido de pertenencia sus habitantes y sabor diferencial a sus visitantes.

Los enclaves centrales *gentrificados* —esa expresión fue acuñada por sociólogos ingleses para referirse al cambio social para mantener la continuidad física de algunos fragmentos centrales relevantes de ciudad— y la noción de patrimonio histórico rentable fue puesta en órbita por proyectos tales como Faneuil Market en Boston o el rediseño de enclaves portuarios en Nueva York, Baltimore o San Francisco, y rápidamente replicada en operaciones casi clonadas en Buenos Aires (Puerto Madero), Bogotá (La Candelaria) o México (Santa Fe) constituyen algunas expresiones de esta otra clase de fenómenos reciente de transformación urbana predominantemente mercadotécnica.

El caso de Londres, con la acción *kheritage* (K de capital aplicado sobre bienes histórico–patrimoniales o *heritage*) inaugurada en los trabajos de los Docklands, representa otra referencia y punta de lanza del hiperdesarrollo inmobiliario, ahora suplementado por otra fase superior de rentabilidad como lo demuestra la decena de megatorres que están tratándose de aprobar en simultáneo en el otrora conservador modelo de gestión de esa ciudad (con lo que supone el histórico cese de las intangibles *London Acts* de 1665). Demás está decir cuánto imanta el interés de inversores y políticos latinoamericanos el análisis del doble ciclo de desarrollo *gentrificado* del puerto inglés.

El *new urbanism* desplegado inicialmente en Miami por el urbanista de origen cubano Andrés Duany (que hizo una serie de proyectos como *Celebration*, emprendimientos encargados por la división inmobiliaria del Grupo Disney),

adquiere una dimensión de ludocapitalismo y retorno ferviente a un hábitat aristocráticamente selecto y urbanamente segregado, por ejemplo en las tareas de la escuela del Prince Charles y también en las opiniones políticas de líderes tales como Hillary Clinton o Tony Blair.

11. Del modelo-plan al modelo-control. La ciudad (norte)americana como paradigma

Para acabar este capítulo, parece atinado resumir algunas características de una situación que atraviesa la realidad de las ciudades y sus formas de administración, a saber el pasaje del *modelo-plan* al *modelo-control*, la deriva de unas formas previsibles y anticipadas de tender a un futuro posible y deseable (el horizonte del plan) según una oportuna asignación de los medios y recursos disponibles (se planifica porque hay más necesidades insatisfechas que ofertas de servicios y por tanto planificar es organizar la asignación priorizada de los recursos) hacia unas formas más azarosas e imprevisibles que de todas formas, en un determinado contexto de convivencia social, hay que regular de forma de impedir excesos (daños colaterales) o efectos que engendren nuevos problemas y nuevas demandas insatisfechas.

Obviamente esta traslación tiene que ver con el acceso a las formas *posfordistas* de la economía globalizada, al retroceso del Estado a favor de cierta omnipotencia del Mercado (incluso para encontrar, de manera *natural*, sus puntos de equilibrio o inflexión: supuestamente el Mercado nunca irá estructuralmente *contra* los consumidores, aunque puede que los reemplace: véase el actual interés en los llamados *targets segmentados*, o sea, en orientarse a vender cosas a una porción singular del mercado global), al concomitante tránsito en la vida de las ciudades, del *actor ciudadano* al *actor consumidor* y finalmente a la necesidad de modificar las conductas regulativas de la administración del Estado con relación al creciente imperativo de una sociedad de riesgo progresivamente más alto. Ulrich Beck y Niklas Luhmann han escrito sendas obras cruciales en la caracterización del actual pleno arribo a lo que llaman una *sociedad de riesgo*, que introduce la urgencia de una *sociología* del riesgo.

Hace poco tiempo se incendió una discoteca en Buenos Aires y murieron allí casi doscientas personas. El debate se centró no en analizar y evaluar si existía una adecuada planificación (si el uso estaba permitido en esa localización, si los estándares urbanísticos estaban cumplidos, etc.) sino en considerar la ineficacia de los instrumentos de control, desde la vigilancia de los encargados de inspecciones técnicas hasta las garantías de procedimientos que debía ofrecer todo el dispositivo de actuación en la emergencia. Es decir, no hubo mayor énfasis en discutir el modelo-plan (o la falta de él) sino la calidad del modelo-control.

La sociedad asume que puede existir muy plausiblemente un evento catastrófico (porque en un esquema mercado-céntrico se estaría avalando asumir riesgos, por ejemplo, de instalar una actividad determinada en un lugar equivocado) y en tal caso manifiesta preocupación por la calidad de los controles y no por una decisión planificadamente racional que hubiera minimizado el peligro simplemente reduciendo la exposición de riesgo.

El caso de la destrucción del centro histórico de New Orleans, adjudicado a la fuerza sobrenatural del huracán Katrina, es equivalente. No es casual que quedó afectada el área urbana de los sectores de menores recursos, aquellos que no habían podido, vía mercado, financiar mejoras preventivas o simplemente aquellos, también vía mercado, que debieron y no pudieron, relocalizarse oportunamente. El debate ulterior al evento tampoco se centró en las condiciones de un modelo-plan sino en las cualidades o más bien las fallas, del modelo-control: si existió un adecuado monitoreo preventivo del evento, si funcionó la alarma de abandono urgente del sitio, si la defensa civil minimizó los daños colaterales, etcétera.

De modo que esta oscilación del plan al control parece ser un dato central de la gestión urbana, dado que las ciudades se convierten en el primer *teatro de operaciones* de esta fase actual de la globalización económica, política y cultural. Lo que pasa en las ciudades americanas es sintomático de este proceso, y en Latinoamérica, en tal sentido, parece muy nítida cierta influencia de problemas y de instrumentos emanados desde la experiencia estadounidense. Desde tal punto de vista concluimos con un corto resumen de esas tendencias o manifestaciones tanto problemáticas como operacionales dentro del actual trabajo de gestión urbana en la escena americana. El aluvión de palabras norteamericanas que usaremos es un síntoma más de la relación que hoy existe entre las experiencias de USA y las de América Latina.

• ***Design by Community: under-city patchwork***

Lo que genéricamente se llama en USA *Design by Community* es una derivación del activismo radicalizado socialmente microcósmico que se engendró allí desde mediados de los '60, en parte como consecuencia de la acción de viejos patriarcas como Lewis Mumford y Murray Bookchin, en parte como influencia del rol de algunos nuevos activistas urbanos como Robert Goodman o David Lewis, quienes también enseñan versiones más *advocráticas* o gestionarias de la planificación urbana así como suelen practicarla desde la consultoría institucional. Lo mismo vale para Lawrence Halprin y Jim Burns, que son los autores de la metodología *Take Part*, editada en un libro con ese nombre y que implica un trabajo concertativo en talleres. Con o sin ayuda de los poderes locales (al menos con su aquiescencia, pero en general recurriendo a fondos indirectos como los de diversas ONG's) se multiplicaron microintervenciones

genéricamente en áreas urbanas deprimidas a menudo del tipo ocupadas por minorías étnicas y en los '60 y '70, raciales.

El número antológico de la revista *Process*¹ denominado *Community Design: By the people*, registra esta clase de trabajos, con ejemplos como el bastante mencionado *Wey Project* en Los Ángeles —que fue la construcción de un espacio público popular con muy alta participación comunitaria— o los proyectos consensualistas promovidos por el *American Institut of Architects* (AIA) en Denver, Long Branch, Trenton y Birmingham, dentro del modelo de acción expeditiva que hacia 1976 llevaron adelante varios colectivos de trabajo dentro de la organización R/UDAT (*Regionall/Urban Design Asistanse Teams*) con la actuación de algunos *team leaders* versados en *multiactoral planning* como Jules Gregory o Stanton Eckstut.

Estas tareas han confluído dentro del espíritu *small is beautiful* a actuaciones pequeñas del orden del *planning de proyectos*, pero en vez de orientarse hacia un tipo de segregación diferencial ascendente (el modelo *gentrification*) operaron más bien en una densificación de mejoras urbanas parciales en los cuadros de necesidades de sectores marginales. Por tanto se prestaron bastante naturalmente a aplicaciones frecuentes en el ámbito de las ciudades latinoamericanas donde se han multiplicado organizaciones de ayuda técnica y financiera para esta clase de microemprendimientos.

Desde una perspectiva más integrada en cuanto a políticas urbanas es de destacar la acción que llevó adelante el prefecto Luiz Paulo Conde junto a su planificador jefe, Sergio Magalhaes, en Río de Janeiro, realizando los programas *Favela Bairro* y *Rio Cidade*, dos conjuntos de pequeñas actuaciones (ellos usaron la expresión *acupuntura urbana*): la primera, unos 90 proyectos en áreas marginales y la segunda, otro tanto en áreas urbanas más centrales y formales.

• **City comfort o la microplaneación. Homeopatías urbanas**

Otra referencia interesante en orden a la generalización de prácticas urbanísticas de baja intensidad es la representada por los microproyectos que el sociólogo David Sucher desarrolló en Seattle y que fue compilado en un libro titulado *City Comforts*, que antologiza un centenar de pequeños módulos de intervención en el espacio público de esa ciudad, que ha ido consolidando un perfil de laboratorio de investigación urbanística ya que allí se superponen y complementan al citado planteo de Sucher, el modelo de planificación integral *Seattle 2000* (que se propone *aggiornar* el plan que Olmsted preparó para esa ciudad a inicios de siglo y que potenciaba una clase de urbanización montada sobre un cuidadoso manejo de los recursos naturales en que se sustenta esta ciudad), el modelo de planificación sectorial —el *Plan of Commons*— llevado adelante por el alcalde Paul Schell junto al mecenas urbano (?) Paul Allen (el número 2 de Microsoft que financia muchas operaciones urbanísticas, que concibe como negocios y presenta como

donaciones) y hasta el desarrollo de una muy promocionada *Agenda Local XXI* de sustentabilidad urbano–territorial que contiene una treintena de indicadores urbanísticos (entre ellos el muy conocido referente al volumen de biomasa de alevines de salmón en una unidad de agua cercana al puerto) que tienen que ser medidos, presentados y defendidos ante la sociedad civil una vez al año.

Si bien en Seattle, por razones de *marketing* urbano y estadual, se ha podido desplegar un arsenal tecnopolítico de administración urbana que hasta ahora podía considerarse exitoso (una de sus compañías punta, la Boeing, inicio el desmantelamiento de su sede en Seattle, para pasarse, con mejores ventajas impositivas, a instalarse en Chicago) la noción de *city comfort*, como un concepto válganos el símil, equivalente a las prácticas *homeopáticas* de la medicina, también ha tenido un fuerte efecto multiplicado en muchas ciudades americanas, por ejemplo en Lima o en Medellín, donde pueden advertirse módulos de actuación de esta pequeña escala de transformaciones del espacio público.

• ***Social watching*: participando del control**

Un emergente de los ítems precedentes se liga a un intento de maximizar la participación de los actores sociales dentro del cuadro de modificaciones de las actuales prácticas urbanísticas. Ello en parte es consecuencia del debilitamiento de la sociedad política y de los poderes locales, especialmente en América Latina, de modo que cierto auspicio de mayor participación ciudadana pretende constituirse a la vez en paliativo o freno frente a la casi omnímoda capacidad del Mercado de transformar la ciudad según sus expectativas de beneficio diferencial. Curiosamente en USA ocurriría asimismo un fenómeno semejante pero en este caso, más bien ligado a cierto fortalecimiento del poder de gestión local antes que a su debilitamiento.

Sin embargo, una de las formas más generalizadas de esta eventual tendencia a mayor participación se da no tanto en obtener modos efectivos de involucrar a la sociedad local en tomas de decisión concertadas sino más bien en incluir en parte a esos actores en actividades de monitoreo y control de los procesos, dentro obviamente del antes citado preferenciamiento de más prácticas de control de excesos en lugar de planificación de logros, mejoras o ventajas.

En muchas ciudades latinoamericanas han proliferado ONG's dedicadas a monitorear procesos de cambio que son básicamente organizaciones de control y denuncia antes que de propuesta. En casos como los barrios industriales marginales del Gran Sao Paulo —con enormes afectaciones ambientales como la contaminación del Río Tiete— o en las luchas que se llevaron a cabo por más de 20 años en el puerto peruano de Ilo contra una procesadora de cobre de capital norteamericano, son referencias, moderadamente exitosas, de cómo la sociedad civil adquirió modalidades de control de efectos urbanos adversos y llevó adelante luchas por su mitigación.

• ***Empowerment versus governance***

El punto precedente pone en relieve la actual dicotomía y tensión que la teoría y práctica urbanísticas americana (del Norte y del Sur) tienen en torno de dos conceptos politológicos de evidente fortuna reciente. El *empowerment* (que malamente podría traducirse como *apoderamiento* o *fortalecimiento*) aludiría a la consolidación de aspectos que tienen que ver con cierta reemergencia de la sociedad civil, reorganizada no ya alrededor de factores de ciudadanía y sus formatos de autoridad representativa, sino de colectivos a veces vinculados con cierto tipo de homogeneidad social (minorías de distinto tipo), a veces asociados a campañas reivindicativas en torno de algún problema urbano directo. Un ejemplo nítido de forjamiento de mayor *empowerment* sería el caso del llamado *presupuesto participativo* inaugurado en Porto Alegre y hoy aplicado en muchas ciudades brasileras y latinoamericanas.

La noción de *governance* suele presentarse como evolución del concepto más histórico de gobernabilidad (entendido como la *performance* autónoma de un órgano de Estado sobre todo dentro de regímenes sociales de fuerte intervención, sean aquellos del auge del *welfare state* o del socialismo) y tiene que ver con las vicisitudes de gobernar en un ambiente hegemonizado por nuevos actores vinculados a las fuerzas del Mercado. Implica pues posibilismo y contractualidad, capacidad de negociar bien con los actores privados, supuestamente a favor de demandas de la sociedad civil.

Su acuñamiento original en los sociólogos Renate Mayntz y Bob Jessop implica un sesgo optimista, tal que la *governance* estaría refiriéndose a las realidades de una mayor horizontalidad institucional y actoral y a la posibilidad de la autorregulación social. La *governance* mirada de esta forma, se entiende como cogestión (entre diversos actores) y como una transformación del *steering* (liderazgo de gestión decisional) que puede transarse entre los diferentes actores.

La *governance*, como definición operacional de los agentes de actuación en procesos de cambio urbano tiene mucho que ver con acuerdos tácticos y coyunturales, con el intento de administrar el modelo de *planning de proyectos* y también con cierto refugio en el mencionado estatus del control pasivo (respecto de acciones externas al Estado local) en lugar de la planificación activa, prescriptiva, normativa o regulativa.

Una parte de la deriva a formas de *governance* suele asociarse al auge de los llamados acuerdos *negreg* (*negociation/regulation*) que implica normas más laxas o de un espectro regulativo más amplio (por ejemplo sustituyendo la prohibición de acción o localización por la multa de desempeño inadecuado) en donde puede situarse una mesa de concertación entre actores negociando un estatus determinado o inédito de la norma flexibilizada.

Los politólogos más optimistas señalan que hoy una buena gestión urbana sólo es posible por una confrontación razonable entre los componentes del

empowerment de la sociedad civil y los desempeños de la *governance* de la sociedad política. Los profesores de Medellín, Fernando Prada y Peter Brand (2003) han realizado un estudio interesante del componente *governance* en la nueva (y pos) planificación urbana de las cuatro ciudades colombianas más grandes (Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla).

• **El capitalismo urbano o los *mega-developers***

Desde luego que advertir una suerte de vacío o implosión en los modos modernos convencionales de la planificación urbana en general y de América en particular, tiene que ver con la reducción de potencia de los agentes públicos con representación social ampliada pero a la vez y quizá con más relevancia, se conecta con la emergencia de nuevos actores de los que descuellan los *developers* en tanto una figura económicamente superior y más compleja respecto del viejo mercader de suelo, loteador (operando una autorización de fraccionamiento conferida por la autoridad de planificación) y transador (tramitando un cambio dominial de uno a otro sujeto privado) de unidades de suelo preurbano o urbano. Lo que siempre existió desde que la ciudad funciona con leyes capitalistas de compraventa de componentes de la misma —es decir desde aproximadamente el siglo XII en Europa, y en América desde su ingreso al mundo colonial en el siglo XV— ahora se magnifica y distorsiona sobre la base del rol de grandes empresas capitalistas de suelo urbano, entre las cuales cabe mencionar a la canadiense Olimpia–York que regenteó (y quebró en el intento) la megaoperación de los *Docklands* londinenses o el grupo Berlusconi que en Milán se hizo a cargo desde fines de los '80 del emprendimiento *Milano Due*.

En las ciudades latinoamericanas esto no es nuevo, ya mencionamos las empresas de origen norteamericano que abrieron la Avenida Arequipa en Lima y que desarrollaron ya desde los años '20, barrios enteros como Lince. En Montevideo un solo empresario llamado Francisco Piria, activo al filo de cambio de siglo, vendió más de ciento ochenta mil lotes urbanos, posiblemente un tercio de la ciudad.

Lo que en cambio sí es nuevo es la creciente autonomía y ausencia de regulación que los grandes empresarios de suelo urbano adquieren en los últimos 15 años a expensas de la anterior cualidad regulativa ejercida desde la administración de los planes. En Europa —como los casos de la madrileña *Corredor del Sur* o la catalana *Icaria*— surgen modelos híbridos o sociedades mixtas estatales–públicas cuyo comportamiento para muchos analistas tiene todas las características discutibles de los *megadevelopers* norteamericanos bajo la piel de cordero del accionista estatal.

• **Exacerbación del control: el modelo *EIA Ottawa***

El modelo que deriva del *plan* al *control* obviamente tiene que ver con el mayor interés en prácticas autónomas de los grandes operadores privados, ya que en

definitiva no importa qué es lo que hagan o se propongan en tanto existan suficientes dispositivos de control. Este pasaje a un modelo que llamaríamos pasivo o negativo —no impulsar y proponer lo conveniente y necesario sino restringir lo inadecuado (restricción que la mayoría de las veces trueca a negociación adaptativa, muy difícilmente a veto absoluto)— se identifica con las operatorias de contralor como la llamada *evaluación de impacto ambiental* (EIA).

La ciudad de Ottawa prácticamente dispone de este único instrumento para ejercer su función de administración urbana, a través de un complejo mecanismo llamado *scanning/screening* por el cual pasan todas las iniciativas de cambio urbano (incluso las públicas) siendo reconducidas a diversas fases e instancias de tramitación, evaluación y aprobación.

El mecanismo de trabajar con una suerte de pantalla de opciones y parámetros por la cual se analizan las condiciones de cada proyecto resulta muy seductor, vista la actual condición de retroceso en la que está el sector público como agente activo de planificación, pero tiene muchos riesgos, sobre todo por el carácter tipo *grano grueso* que tienen las metodologías EIA's. Actualmente una derivación más comprehensiva llamada *evaluación ambiental estratégica*, más integrativa y sistémica parece ofrecerse para cubrir este rol controlador quizá con mayor eficacia.

• Sinergia proyectual versus planificación. El caso IPPUC Curitiba

Fuera del desproporcionado éxito mediático que tuvo Curitiba —la *capital ecológica* de América— allí se pusieron en práctica algunos conceptos interesantes tales como la idea de desarrollar proyectos interactivos y sinérgicos entre sí, casi configurando de manera inductiva programas y hasta planes. El sistema de transporte público multimodal articulado, es un ejemplo de ello como así también el proyecto llamado *Lixo que nao e Lixo* (Basura que no es Basura) de gran incidencia socioambiental.

El modo con que se trató de manera conjunta aspectos tales como las inundaciones urbanas resultantes de cuencas intraurbanas desreguladas y la perspectiva de crear nuevos parques urbanos bajo la forma de humedales o esponjas capaces de recibir excedentes hídricos transitorios, es otro caso exitoso.

Curitiba aprovechó su origen como nueva administración urbana dentro de regímenes militares y antidemocráticos de la década del '70, en un lanzamiento bastante autoritario que resolvió *manu militari* futuros problemas sociourbanos, como erradicar de su jurisdicción capas sociales y actividades de posible conflictividad. Pero también diseñó estrategias muy innovativas de gestión como la oficina de control de gestión sectorial llamada IPPUC (*Istituto de Pesquisas e Planeamiento Urbano de Curitiba*) un pequeño grupo que analiza, investiga, correlaciona y autoriza la puesta en marcha de políticas públicas sectoriales.

• **Brand city. El concepto urbano de *strategic plan* como derivación empresarial**

Ciudades como las mencionadas Seattle o Curitiba han ido desarrollando una verdadera *marca*, un modo de presentarse diferencialmente dentro de un supuesto mercado genérico de ciudades a fin de convertir a tal ciudad en un potente atractor respecto de posibles ventas de servicios, tanto a particulares (lo que es típico del actual turismo cultural, donde lo que se venden son determinados servicios prestados exclusivamente por una determinada ciudad, desde el tango porteño a la salsa caribeña o el *Beckett Day* de Dublín) cuanto a empresas, factor éste de principal relevancia en el posicionamiento como ciudad competitiva de Seattle (con sus firmas—bandera, Microsoft y Boeing) o Curitiba (Volvo, Renault).

O el caso tan comentado de Barcelona cuando en el marco de su planificación estratégica decide implantar una calidad de oferta de servicios urbanos que trueque su volumen/alcance (2 millones de consumidores/45 km de radio promedio de sus prestaciones) al lanzado en el primer plan (10 millones/300 km), lo cual es un temprano efecto a nivel urbano del impacto del *just in time* de la economía productiva posfordista que implica competir adecuadamente en la oferta de esos servicios —en un territorio no controlado políticamente sino a través del mecanismo de los mercados oferentes y de su calidad de prestaciones por menor costo/mayor escala o por exclusividad—. Lo que impone a las ciudades, como entidades suministradoras de servicios como cualquier empresa de rango terciario, un cada vez más sofisticado manejo de la logística.

En toda esta variación más o menos reciente del rol regional competitivo de las ciudades (entusiastamente saludado como nueva era del desarrollo urbano en el célebre manual de Manuel Castells y Jordi Borja —1999—), lo que aparece como instrumentalmente necesario son los llamados *planes estratégicos*, originalmente desarrollados, como su terminología militar, por los juegos de guerra (fría), luego pasados como *know how* a las empresas asociadas al sector militar como Rand o Bell, extendidas más tarde a empresas de cualquier clase y finalmente llegadas a alternativas para la competitividad regional entre ciudades, a partir de las primeras aplicaciones conocidas como el caso de Stuttgart y poco después Barcelona, que lo asoció a las oportunidades coyunturales de una fuerte inversión oportuna de despegue, como fue la inyección económica del gobierno central para montar los Juegos Olímpicos de 1992.

Tal vez resulte confuso situar esta clase de instrumento planificador dentro de la tradición conocida de los planes, en parte porque carecen de intereses locacionales y a veces de precisión ejecutiva (en término de desgloses precisos de cadenas de proyectos y decisiones) y en parte porque resultan acuerdos macro entre actores hegemónicos en la dinámica de la ciudad como conglomerado económico.

El factor de competitividad que sesga este instrumento, por otra parte, suele estar asociado a crear un *branding* de ciudades, una clase de atracción de mercado de consumo respecto de determinadas ofertas de ciudades, similar a la que despierta la pasión crematística asociada a marcas que son *way of life* (Niké, CK, BMW, MacDonald, Coca Cola, etcétera).

• **La gestión urbana como sustituto de la planificación urbana**

Todo lo cual conlleva, cerrando estas enunciaciones, a sintetizar un cambio notorio de modalidad en las tareas de administración del cambio de las actividades, las funciones y las estructuras de las ciudades, desde el ahora histórico modelo moderno de lo que llamamos *planeamiento* (como producción técnica de planes y sistemas normativos) y *planificación* (como gestión administrativa racionalmente articulada al alcance de las metas y objetivos prescriptos en los planes) hacia lo que podría genéricamente llamarse *gestión urbana* (*urban management*), mezcla de habilidades gerenciales y práctica de las posibilidades de *governance* como una especialidad más si se quiere, dentro del tan prestigioso y actual campo de las *BA sciences* (*Business Administration*), en el cual ambientes tan relevantes como los de Harvard, Princeton, Stanford o Chicago ofrecen formaciones específicas entendiendo el *urban management* como una rama más del *management*.

Nota

¹ *Process 3*. Tokio, 1977.

5. Construcción ambiental de ciudad

Reflexiones sobre *proyectos urbanos* latinoamericanos

El pasaje histórico de los *modelos de planificación integral* de ciudades a los sistemas más o menos interactivos de *actuaciones urbanas fragmentarias* (que recientemente suelen ser conocidas como *proyectos urbanos*, escala intermedia entre el plan urbano y el proyecto arquitectónico) evidencia la pérdida del rol estatal en la tutela del cambio urbano y el pasaje de esas responsabilidades a la esfera del Mercado.

Fenómenos muy debatidos por la literatura reciente —desde el *City Collage* roweniano hasta la *ciudad difusa* de Boeri o la *ciudad genérica* de Koolhaas— están expresando de manera optimista o negativa, ese pasaje.

Lo cierto es que la modalidad de las transformaciones urbanas hoy transita por esa dimensión *operativa* con distintas características, desde la aclamada receta catalana del *plan de proyectos* a la reciente aprobación que el municipio de Singapur hizo simultáneamente de tres proyectos alternativos de centros de transferencias de transporte, para que sea la lucha entre esos competidores de mercado la que tome la decisión que el Estado pospone o rechaza: igual que la darwiniana concepción de competencia en un *reality show* en que supuestamente sobrevive el mejor.

Si bien desde estos puntos de vista el panorama de una urbanística sesgada por la práctica de los proyectos urbanos no parece un avance en las formas de *producir nueva ciudad* (o *acondicionar la existente*), lo cierto es que se ha revelado desde los '90 como el modelo dominante —y quizá único— de intervención urbana de cierta envergadura. Por tanto podremos criticarlo, adaptarlo o relativizarlo pero nunca rechazarlo.

Se trata pues de indagar sobre esta variante operativa de configurar *re-producciones de ciudad* —casi nunca ciudad nueva sino *ciudad re-hecha*—, en la

cual la noción de proyecto urbano debería entenderse más que como unidad de diseño como *unidad de gestión*, es decir, no como forma, sino como emergente de una determinada combinación de iniciativas privadas y regulaciones públicas. Desde luego se está a la búsqueda del Grial de la buena integración de un manojito de proyectos, de las sinergias o *circuitos virtuosos* que obtengan de una serie de intervenciones, más que a la mera sumatoria de los logros puntuales de cada proyecto urbano aislado.

Aunque la lógica del emprendedor privado auspicio denodadamente la noción de *rentabilidad diferencial* que hace que el éxito de cada pieza casi deba suponer el fracaso del resto, dentro de estas recientes teorías en que nuevos enclaves construyen valor dentro de un cuadro de implosión, de una disminución de la entidad de espacio público o del concomitante proceso de hacer que lo público se privatice (en los pseudo espacios públicos que van desde los *malls* a los *thematic parks*).

Nos toca pues una época posmoderna de caída de los *grandes relatos* y las nociones de totalidad y, en cambio, de la emergencia de un pensar la ciudad a pedazos, que en el mejor de los casos devengan en *patchworks* aceptables. Si bien en otro de los textos de esta antología —véase el capítulo 12— postulamos que lo fragmentario constituye un paradigma no estrictamente posmoderno sino más bien propio de la modernidad larga (y así, extensible a inicios del XVII) y que lo fragmentario—artístico anticipa y/o tematiza lo fragmentario—social. En el contexto de estas argumentaciones desde luego lo fragmentario—urbano anticipa y/o tematiza lo fragmentario—social.

A esto se agrega la reciente categoría conceptual de la *sustentabilidad* y su crisis, la figura que analiza la pérdida de calidad de soportes naturales y tecnológicos y la disminución de los estándares vitales de las sociedades, preponderantemente las urbanas: esa noción de sustentabilidad resulta ser otra de la imágenes estructurales —toda la naturaleza sostiene toda la sociedad, toda la plataforma biotécnica de una ciudad sostiene toda su población (véase el capítulo 2 de esta antología)— que aparece notablemente fragmentada y resquebrajada, existiendo flujos y préstamos supraterritoriales que compensan o agravan sustentabilidades específicas.

Hay problemas cada vez más serios con el transporte, la energía o los residuos; las plataformas territoriales en que se sustentan las expansiones urbanas colapsan por malos manejos (por ejemplo, no entender que existen trayectorias de desplazamiento de materiales móviles como los aluviones o los *huaicos*) y en las grandes ciudades latinoamericanas uno de cada cuatro habitantes no alcanza el estándar de *línea de pobreza* (es decir que no tiene garantías para su mera reproducción biológica) y uno de cada tres no posee la bonita etiqueta que los sociólogos llaman *necesidades básicas satisfechas* (es decir que no tienen habitabilidad mínima ni ingresos suficientes para mejorarla).

El cuadro que surge entonces, es tratar de lidiar con la categoría dominante del proyecto urbano en modalidades de proyecto y gestión que no sólo reconstruyan totalidades sociourbanas hoy fracturadas sino que, además, se hagan cargo de paliar los defectos graves de sustentabilidad.

Una tarea más compleja que los trabajos de Hércules y que sólo se allana en las *ciudades capitalizadas*, es decir, en las que disponen de excedentes de inversión productiva directa para afrontar el financiamiento de actuaciones fragmentarias en las que las externalidades no contempladas por el inversor privado (por ejemplo, la gente de ingresos bajos que resulta expulsada de la renovación urbana de El Raval barcelonés) se asuman dentro de esa disponibilidad. Que en el caso latinoamericano es casi imposible ya que también existe y se agrava una brecha entre necesidades sociales urbanas específicas y capital financiero de actuación, constatándose que las primeras se presentan como cada vez más locales y el segundo —que se expresaría en el presupuesto nacional, incluida su capacidad de deuda, cada vez más politizado en el peor sentido del término— como un agregado nacional que a veces incluso funciona más en sintonía con el capital internacional que con asignaciones locales razonables (Sassen, 2006: 97–114).¹

Por otra parte, los científicos políticos han empezado a formular el inquietante escenario de la mutación de la abstracta *lucha de clases* entre diferentes sociales, hacia una concreta *fricción de espacios* en los que tales diferentes se instalan y entablan entre sí hasta ahora inéditas confrontaciones.

Si antes había que paliar aquella lucha mediante moderadas figuras de redistribución de capital excedente (como el llamado *salario social* o en extremo, con la invención bismarckiana del *Estado de bienestar*) ahora hay que tratar de *poner algo de ese capital en el territorio*: en cierta forma también una mirada extrema de la noción de sustentabilidad podría abarcar el modelo de cierto *almohadillado urbano* que prevenga el incremento de las conflictividades sociales expresadas en fenómenos de tipo espacial.

La caída de calidad, uso y nueva producción de espacio público así como la paranoia creciente por la seguridad (ciertamente anclada en una real ampliación de la actividad delictual) son caras de la misma moneda.

Bajo estos mínimos presupuestos ideológicos —que empero hoy concitan buena parte de la discusión política global— lo que sigue es un provisorio análisis de algunos hechos históricos y actuales dentro del campo que manifiesta una cierta práctica de proyectos urbanos en Latinoamérica, proyectos o iniciativas por cierto muy lejos de saturar posibles respuestas para la envergadura de los problemas, pero en todo caso, y a pesar de todo, semillas de ejemplificación para seguir desentrañando el acertijo de construir ciudad por trozos, con poca capitalización económica y social, con políticas autocastradas en su voluntad de control y con los emergentes factores de la crisis de sustentabilidad a que referíamos.

1. Aquí y en cualquier parte (delicias del *global world*), se alcanzó una hegemonía de una noción de *new economics* que incluye temas y programas que devienen en *nuevos artefactos urbanos*: la lista que sigue (reelaborando propuestas hechas por Carlos de Mattos) los presenta, y el inmediato comentario es que un importante conjunto de lo que entenderíamos como proyectos urbanos consiste en algunas de esas categorías sobredeterminadas por esas estipulaciones de la nueva economía de este momento histórico, bien llamado de *capitalismo avanzado*.

Si esto es efectivamente así, tendríamos agregada otra dificultad, la *selectividad social* implícita en esta lista de proyectos en virtud de sus *expectativas de rentabilidad*, con lo cual la gestión de ciudades agrava su capacidad, ya de por sí reducida, de favorecer actuaciones menos sesgadas en su efectividad social de usos, dicho sea de otra forma: casi *no hay ciudad posible donde no haya un mercado real*.

Otro argumento serio es que, como se verá a poco que se analicen las características urbanas de estas categorías de emprendimientos, es que la mayoría de ellos exige una *condición enclavística* de borde cerrado o controlado, una cualidad que invierte el tradicional concepto de *ghettos* (que encerraba a los peores o más indeseables de una sociedad) y que finalmente, resulta poco contributiva a la noción de efectos inducidos o capacidad de generar desbordes mejoradores fuera de sus recintos. El enclavismo estricto es un atributo exigido por la formación de un bien transable cuyo valor diferencial tienda a un máximo ideal.

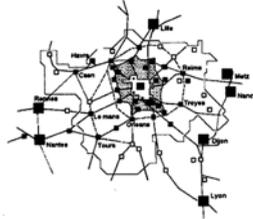
Conjuntos y edificios empresariales	Centros empresariales integrados. Edificios corporativos emblemáticos. Parques y centros industriales. Edificios de venta/renta (<i>Chicago frame</i>). Edificios para el <i>terciario avanzado</i> .
Espacios comerciales integrados o diversificados	<i>Shoppings centers</i> y <i>malls</i> . Grandes superficies comerciales (hiper y supermercados, grandes tiendas por departamentos, patios de comida, etcétera.)
Espacios para viajeros globales	Hoteles de lujo y gran lujo. Complejos para conferencias y ferias internacionales. Estaciones de transferencia de transportes.
Configuraciones para el esparcimiento	<i>Multiplex</i> o complejos cinematográficos. Nuevos tipos de recintos para juegos electrónicos. Parques temáticos y complejos polideportivos.
Espacios residenciales protegidos y segregados	Edificios de departamentos de alto estándar y megaproyectos de funciones combinadas. Operaciones de <i>gentrificación</i> . Barrios y condominios cerrados.

2. La comparación entre las cuencas de París y México DF [1]² (que en su interior pueden alojar un número determinado de proyectos urbanos surgidos de la lista anterior) presenta sin embargo la notable diferencia inherente a su diferente capacidad histórica de *acumulación territorial de capital*, por lo cual la formación metropolitana *central* (en el sentido de *centralidad económica* atribuido por Sassen, Hall o Harvey) adviene a un concepto de *metrópolis reticular*—donde la conectividad no funciona como atractor hacia el centro sino que combinada con otras inversiones de equipamiento distribuye y retiene territorialmente población y actividades de modo equitativo— y en cambio, la metrópolis *pobre o débil* (*pobre* porque no dispuso de aquella capacidad de acumulación de inversión, lo que deviene en una plataforma infraestructural *débil*) se resuelve mediante el expediente de la *conurbación infinita*, de baja densidad y nula infraestructura con efectos tales como *commuters* de hasta 4 horas diarias para un 60% de la PEA o acueductos con trazas de más de 600 kilómetros.

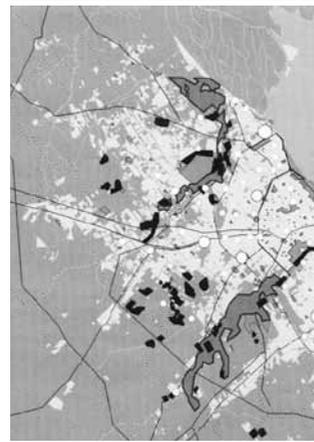
3. En el caso del Área Metropolitana de Buenos Aires [2] se presenta, con menor envergadura, un fenómeno semejante al mexicano, cuyos menores obstáculos geográficos permite desplegar un patrón de *crecimiento panóptico* según las trazas de la accesibilidad ferroviaria al centro/puerto que acompañaron la habilitación de nuevo suelo.

La identificación de un conjunto de *áreas críticas* (en términos de sustentabilidad: cuencas hídricas degradadas, frente fluvial contaminado y desequipado, *sprawl* de radicación industrial y de grupos de vivienda cerrados, desarticulación del *buffer* verde de la agricultura periurbana intensiva, etc.) remite a los macroproblemas de proceso y carencia de políticas—por ejemplo, no existe una autoridad metropolitana que coordine acciones de unas 30 jurisdicciones; no se cuenta con una política de direccionamiento de expansión por caso mediante un sistema de grandes parques urbanos; hubieron severos casos de *stress* de crecimiento urbano por los quince años transcurridos de manejo privado del sistema de agua y cloacas, etc.— en cuyo contexto se hace problemático identificar proyectos urbanos lógicos y necesarios, fuera de la dinámica privatista que alienta un modelo de *queso gruyère*, con un *fondo* neutro y degradado y unas *figuras* exitosas.

4. En el caso de Curitiba [3], relativizando un exceso de *marketing* en la *venta* de esa ciudad, destaca la acción de una oficina *transversal* de gestión (IPPUC: *Instituto do Pesquisas de Planejamento Urbano de Curitiba*) que ha desarrollado un conjunto de *grandes proyectos urbanos*—entre ellos un sistema de espacios verdes en áreas que funciona como dispersores de microcuencas lo que permitió conseguir un estándar de 51 m² de área verde/habitante, el sistema multimodal de transporte público en lo que equivale a un *metro* superficial o el sistema de gestión de los residuos— que adoptan la clara dirección de conseguir *sinergias* positivas respecto del mejoramiento de la ciudad.



1. Comparación entre las cuencas de México DF y París.
Conurbación difusa *versus* metrópolis reticular.



2. Área Metropolitana de Buenos Aires. Áreas críticas.



3. Curitiba. Sistema de espacios verdes en espacios/microcuencas, 51 m² de área verde/habitante. Parque Iguazú: proyectos sinérgicos.



4. Plan Director de Desenvolvimento Urbano Ambiental, Porto Alegre.

Si bien Curitiba debe su origen a una exitosa gestión iniciada todavía bajo la dictadura militar y a una deliberada sustracción de efectos metropolitanos adversos (que ahora buscan corregirse), lo cierto es que constituye un buen laboratorio donde medir la posibilidad y la eficacia de un *concepto otro* de proyecto urbano, como decíamos *menos formal y más funcional*, menos definitorio de cambios espaciales y más interesado en la inserción en la dinámica compleja de actores, por cierto recuperando protagonismo por parte del poder público, característica que hay que valorar en el Brasil moderno.

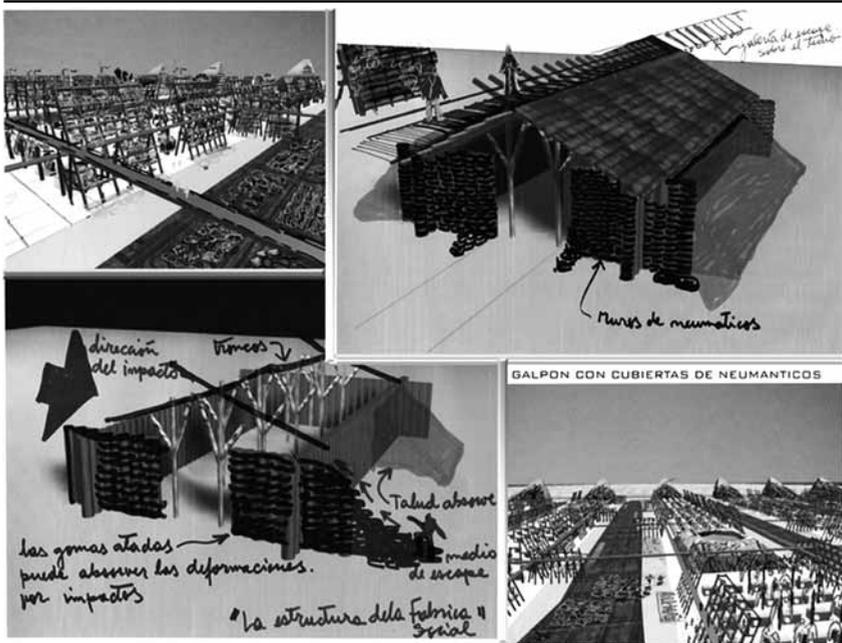
5. En cierta forma aunque con características diferentes, el caso de Porto Alegre [4] reporta asimismo a una gestión pública más exitosa tanto en el conocido modelo de *presupuesto participativo* (que si bien con grandes dificultades y cierto ocaso del entusiasmo inicial intentó redistribuir parte —hasta un 35%— del presupuesto municipal de obras mediante un complicado esquema de asambleas barriales) como en el PDDUA (*Plan Diretor de Desenvolvimento Urbano Ambiental*) que se desarrolló con un sistema mixto de mapas/normas y que intentó integrar zonificaciones de rentabilidad directa (usos/densidades) con zonificaciones de pasivo ambiental (áreas bajo modalidades de protección) dentro de un modelo integrado —no sectorializado— de gestión urbanística en donde quedaban identificadas, si no demandas nítidas de proyecto, sí al menos *condiciones de acogida o determinaciones* para los mismos.

6. En una serie de seminarios–taller desarrollados entre 2001 y 2006, planteé no sólo una discusión sobre las temáticas teóricas de las relaciones entre el concepto de proyecto urbano y la noción de sustentabilidad referida a la situación de nuestras ciudades, sino además ejercicios proyectuales que verificaran tales reflexiones en localizaciones concretas.

Un equipo del TIPU (*Taller de Investigaciones en Proyectos Urbanos*) de la Universidad de Córdoba (integrado por Álvarez, Libovich *et al.*) desarrolló una investigación en un área relictual de Córdoba indagando cómo dicha área podía ser preservada en su fragilidad a la vez que integrada a los usos urbanos residenciales recibiendo *alternativas proyectuales de fricción cero*, analizando la creación de equipamiento social sobre la base de arquitecturas laminares.

El punto aquí es no sólo *salvar el espacio natural*, sino *salvarlo para usos sociales* lo cual hace que esta dimensión de proyecto urbano sea más compleja que el *urban landscape design*, aunque tome muchas referencias metodológicas de ese campo.

En una experiencia más reciente sostenida en La Paz, el seminario propuso realizar experimentaciones proyectuales en el corredor norte de acceso a la ciudad —un área de alta degradación y a la vez con múltiples *terrains vagues*— en donde un equipo (Vila–Campanini–Hoyos) propuso suturar el área me-



5. Carlos Levinton. Proyecto Tsunami, 2004.



6. Villa El Salvador, 1968/06.

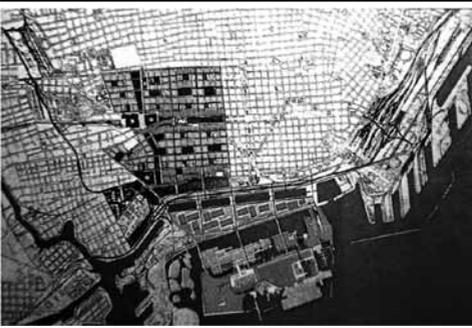
diante un *juego de componentes* urbanos y arquitectónicos cuya combinatoria fuera suficientemente flexible para admitir diferentes actores y modalidades de acción y a la vez, lo más adaptada posible a las condiciones teóricas de sustentabilidad socioespacial volviendo, si se quiere, a discutir un sistema de patrones en el sentido alexanderiano o un lenguaje de combinatorias para múltiples alternativas de recolonización territorial; y otro grupo [4] (Trujillo–Mosquellas–Escobar) se planteó como objetivo central la *remediación fito–hídrica* y paisajístico–funcional del área vacía, estableciendo criterios para avanzar en formas de gestión y proyectos ancladas en el aprovechamiento incluso inmobiliario, del *capital natural*.

Estas investigaciones, formuladas en un ámbito didáctico–experimental, apuntan a indicar que no sólo tenemos necesidad de un *aggiornamento* teórico sobre las posibilidades del desarrollo urbano sustentable sino que es imprescindible investigar y entrenarnos en nuevas nociones de proyecto, nuevas capturas y procesamiento de información, nuevos escenarios de concertación entre diferentes actores.

7. Los trabajos de Carlos Levinton [5] —como su propuesta para una rehabilitación de *housing de emergencia*, de 2004, planteado para resolver el frente del litoral ocupado y batido por los *tsunamis* del sudeste asiático— ponen como límite conceptual investigar sobre la índole del *problema ambiental* (una *instalación social* en un *ambiente natural de tipo frágil*, como un litoral de marisma o humedal) y operar desde una perspectiva de innovación tecnológica de bajo costo, aun para generar soluciones transitorias.

Esta concepción —que coincide con los trabajos de otros investigadores vinculados al hábitat social como el caso de Álvaro Ortega— identifica una noción de proyecto más bien *remedial* o *emergente*, una idea de *aprovechamiento máximo del mínimo de recursos* (como es el caso frecuente de poblaciones de extrema pobreza y de formas estatales de muy baja capacidad de intervención) y un concepto de *arquitectura táctica* o *furtiva*, de usar lo proyectual para aportar soluciones que tal vez no sean definitivas o permanentes.

8. El caso de Villa El Salvador [6] —emprendimiento de autogestión social realizado desde 1968 hasta hoy, de unas 90 familias inicialmente usurpadoras de un erial fiscal hasta las casi 400 mil del asentamiento actual, devenido Municipio— expresa las condiciones de un desarrollo de un vasto fragmento de una estructura urbana de baja calidad ambiental según la lógica de ocupar los terrenos de costo más bajo, aunque el proceso resultante será en la CUAVES (*Comunidad Urbana Autogestionada*, como oficialmente se denomina) la oportunidad de una paciente *acumulación de capital* que adviene a cierta mejora progresiva pero consistente e irreversible de la calidad de origen —por ejemplo:



7. Antonio Bonet. Plan Barrio Sud, Buenos Aires, 1958.



8. Plan 400H, Buenos Aires, 1978.

se realiza la planta de tratamiento de efluentes cloacales; se establecen ciertos patrones urbanísticos como un criterio vial o unos topes de densidad vinculados a la resistencia del suelo—, aunque la cualidad de *work in progress* visible en el grado de incompletamiento del emprendimiento marque asimismo quizá un horizonte bien distante de conclusión del modelo de *pequeñas dosis*.

El peso que el área tiene en el PBI de la ciudad y región, o el hecho que se lo considera punto de arranque del proyecto ferrourbano en curso, indican la relevancia metropolitana que el sector adquirió.

9. La tradición moderna de la generación de ciudad sobre la base de actuaciones preferenciales en ciertos fragmentos de la misma está como se sabe, muy lejos del modelo autogestionario de VES, y los resultados de automejoramientos de áreas de origen muy marginal han sido en general muy limitados.

Lo que prevaleció en cambio, es cierta recepción de las ideas de un urbanismo algo utopizante como en el caso del Plan Barrio Sud [7] conducido por Antonio Bonet en Buenos Aires hacia 1958, y que era el intento de mejorar en términos de técnica urbanística y legal las ideas corbusieras implícitas en el Plan de 1940.

El modelo de las *supermanzanas* (que curiosamente también lo incluye VES) y la voluntad de regeneración drástica en un área deteriorada que sin embargo investía la cualidad supérstite de centro histórico para esa ciudad, debía ser implementado sobre la base de un reordenamiento vial y de una liberación de usos y densidades, cuya realidad empero iba a quedar en la práctica muy lejos de la utopía arquitectural de LC (y de discípulos lejanos como Williams con su proyecto de *Casas en el Espacio*) basada en la repetición de pocas tipologías edilicias ejemplares.

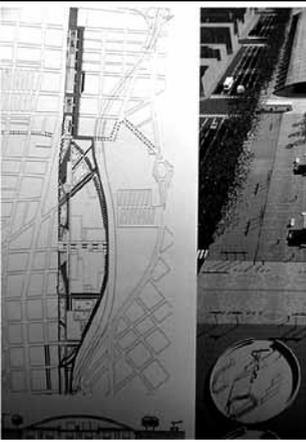
Paradójicamente por tanto, se trató de una utopía muy combatida por los preservacionistas–historicistas y por los medios políticos y periodísticos en general, pero inversamente muy apetecida por las fuerzas crecientes de la especulación inmobiliaria.

Dos décadas más tarde y dictadura mediante, la idea de actuar en el centro se trasladaba a un ensanche *sui generis*, nuevas 400 hectáreas que surgían del bajo nivel de la ribera platense y del relleno provisto por las múltiples demoliciones que exigía la cirugía de las nuevas autopistas [8].

Sin embargo, la combinación de capacidad de acción basada en la ausencia de estado democrático, no fue capaz de pensar en este sitio nada más que una versión burocratizada de la *cit  d'affaires* corbusierana pero sólo como una mega ciudad militarizada para la administración pública y definitivamente colateral a una inserción en el mercado inmobiliario, lo que devino en una desidia en la cual la fuerza aluvional del río armó lo que hoy eufemísticamente es llamada Reserva Ecológica (consecuente de un proceso ecológico que sólo tiene 3 décadas), y que quedó sustraída de toda decisión planificatoria: ni ciudad política, ni ciudad privada, ni siquiera parque público equipado sino un territorio cerril donde llegó a existir una especie mestiza de perros salvajes a medio kilómetro de la sede del gobierno central.

10. El siguiente y también infructuoso modelo de planificación que escogió Buenos Aires fue, bajo la figura constitucional de un *Plan Urbano Ambiental* (formulado al momento en que la ciudad adquiriría autonomía política, pero que nunca fue aprobado y que a la fecha de este artículo —fines de 2006— ello ha creado una suerte de *inseguridad jurídica* basada en la litigiosidad entablada por *brokers* sobre la base de proyectos de excepción existentes nacidos al calor del no–plan y del *boom* económico, y que ahora no estarían siendo autorizados sobre la base de tal inexistencia normativa), el modelo exportado por la *intelligentzia* catalana de *plan de proyectos*: una colección casi borgeana por su eclecticismo de fragmentos de ciudad sometidos a una suerte de *embellesiments* arquitecturales y sin mayores fundamentos de ensamble en un plan general, ni tampoco de estudios serios de viabilidad de mercado ni figuras consorciales de desarrollo urbano y sin finalmente como señalamos, ni siquiera una consolidación legal de las actuaciones, lo que, sin embargo, otorgó cierta convalidación a proyectos privados puntuales directamente especulativos.

De tanta producción teórica sólo pasó a la práctica la iniciativa liderada por Jaime Grimberg llamada *Corredor Oeste* iniciada en 2002 [9], como producción de nuevo suelo urbano enterrando o techando la traza ferroviaria existente en un esquema de casi 6 kilómetros de los que a la fecha se han construido no más de 400 metros.



9. Jaime Grimberg. Plan Urbano Ambiental, Corredor Oeste, Buenos Aires, 2002.



10. Puerto Madero, Buenos Aires.



11. Marcelo Vila *et al.* Paseo Güemes, Buenos Aires, 2004.



12. Plan Bicentenario. Retardadores de flujos torrenciales, Antofogasta, Chile, 2005.



13. Plan Bicentenario.
Estero Marga/Muelle Barón,
Valparaíso, Chile, 2005.



14. Plan Bicentenario.
Estero Las Toscas, Chillan,
Chile, 2004.



15. Plan Bicentenario.
Actuaciones Río Elqui,
La Serena, Chile, 2006.

Otro proyecto tributario de este modelo —aunque en este caso haciendo parte de la resocialización del enclave ultraterciario de Puerto Madero [10]— es el trabajo realizado como consecuencia de haber ganado un concurso público por el grupo liderado por Marcelo Vila en el Paseo Güemes de 2004 [11], que también remite a la moda de *parques-plazas secas* catalanas pero que en este caso significa no sólo una operación de bastante calidad paisajística sino la punta de lanza en la habilitación de usos más sociales en el área, rompiendo el alto grado de *gentrification* de la misma.

11. Probablemente la tradición chilena de las últimas tres décadas concite algo del escaso logro de actuaciones urbanísticas latinoamericanas, quizá en la casi solitaria compañía de las innovaciones sociopolíticas de Brasil, el otro Estado proponentor de algunas innovaciones, por ejemplo en el lanzamiento de su concepto de *estatuto urbano*, lejana reminiscencia del sesentista *droit de ville* lefebvriano.

Algo de esa tradición se vislumbra en el *Programa Bicentenario* —un conjunto de intervenciones urbanas programadas que utiliza el motivo de la celebración del segundo centenario de la independencia chilena en 2011— de los que en su diversidad destacan los retardadores de flujos torrenciales planteados para la periferia de Antofagasta en 2005 [12], el tratamiento del borde del Estero Marga o la realización por vía privada del Muelle Barón [13] —ambos proyectos en Valparaíso, iniciados hacia 2005—, el tratamiento como parque fluvial del Estero Las Toscas en Chillan de 2004 [14] o las actuaciones urbanas y extraurbanas sobre el río Elqui en La Serena [15], de 2006, que intentan plantear tanto un plan de manejo de cuenca como un parque lineal intraurbano.

12. Pero las actuaciones urbanísticas chilenas recientes también incluyen algunas propuestas innovativas dentro de la estructura urbana, como el caso del megaproyecto llamado *Anillo Vial de Santiago*, hecho en fragmentos abordados por distintos equipos de consultoría privada como el de Vitacura Oeste, fruto de un concurso ganado por el grupo Torres&Woerner en 2005 [16] y que evalúa condiciones viales tanto como libranza de nuevo suelo urbano preferenciado por la nueva accesibilidad/centralidad, apto tanto para equipamientos públicos como para iniciativas privadas más o menos planificadas dentro de ciertos cánones.

13. El proyecto [17] que se viene realizando desde hace más de una década llamado *Parque Mapocho* completa este cuadro de actuaciones recientes en temáticas de proyecto urbano, en este caso realizándose un rosario de diferentes intervenciones tendientes a articular la traza intraurbana del Mapocho, más como un atractivo y potenciador del suelo adyacente que como una rémora que era lo que suponía ese lecho contaminado y residual antes del inicio de esta cadena de propuestas sectoriales, como la del llamado Parque de Los Reyes planteada en 2006.

14. El caso de la calle Carabobo en Medellín consiste en un relanzamiento hacia 2005 de esa arteria principal basado en la recuperación del espacio público mediante la peatonalización, el equipamiento funcional y cultural del nuevo espacio y la promoción de actividad permanente, no sólo como componente estricto de una gestión interesada en la revitalización de las áreas centrales sino también como un símbolo de espacio cívico recuperado en una ciudad donde los fenómenos de la violencia e inseguridad urbana son proverbiales [18].

15. En Venezuela casi el 60% de la población urbana vive en los llamados *barrios de ranchos*, eufemismo que remite a los enclaves marginales y en general tugurizados de casi todas las grandes ciudades americanas: ello equivale a una población de unos 10 millones de personas y una extensión de 140 mil hectáreas urbanas. En Caracas se calcula respectivamente unos 1,2 millones y 4600 hectáreas, temática de renovación urbana que hoy está siendo encarada en casi 3000 proyectos de intervención.

Uno de ellos es el realizado en el área del Río Catuche [19], circunscripto a una longitud de 1,2 km de la cuenca inferior y destinado a resolver la habitabilidad de 300 habitantes en un área de 28 hectáreas. El proyecto reformula la apropiación indebida de un área crítica (sufrió históricamente descargas aluvionales en grandes tormentas) mediante la construcción de unas 115 unidades habitativas junto a actuaciones en caminos, drenajes, electricidad, tratamiento de los residuos y otras infraestructuras según un modelo de asignación de unos

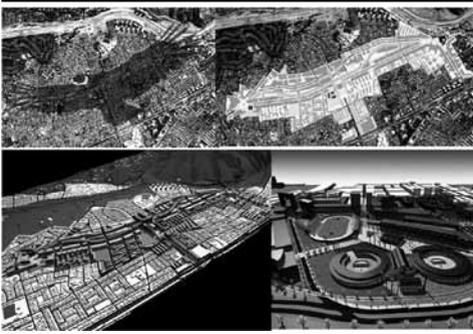
u\$s 7000 por familia dentro de una gestión consorciada entre el gobierno municipal y entidades como FUDEP y el grupo jesuita Fe&Alegría.

16. Affonso Reidy, en muchas de sus actuaciones realizadas como responsable técnico del planeamiento municipal de Río —como el caso paradigmático del *Proyecto San Antonio*, de 1947 [20]— constituye una articulación entre los modelos del urbanismo tradicional de raigambre afrancesada (como los realizados desde mediados de la década del '30 por Alfred Agache, de quien Reidy fue colaborador estrecho) y los aportes de Le Corbusier con quien compartirá el equipo para el diseño del Ministerio de Educación y Salud.

Los trabajos de Reidy —tanto los de redesarrollo urbano como el Aterro de Flamengo, resultante de una remodelación territorial y una ganancia costera de suelo como los más concentrados en actuaciones residenciales: Catacumbas, Pedregulho, etc.— expresan la veta urbanística del éxito sociopolítico que la recepción y reelaboración de la modernidad tendrá en Brasil mediante su acción junto a la de Costa, Artigas o Levi, y dentro de los intereses de renovación urbana de los gobiernos *populista* de Vargas y *desarrollista* de Kubitschek.

17. Cierta continuidad exitosa en el desarrollo de pequeñas o puntuales acciones urbanas, parece existir entre las citadas y el plan desarrollado bajo la administración carioca de Luiz Paulo Conde y su responsable urbanístico Sergio Magalhaes en el montaje de un conjunto de microproyectos de *acupuntura urbana* ejemplificables con el de Jorge Jáuregui en Campinho [21], dentro del Programa *Favela Bairro* desarrollado en Río hacia 1998, o el de Rangel&Calvacanti [22] en el rediseño de la Avenida María Cristina en Copacabana, efectuado como parte del Programa *Rio Cidade* hacia 1996.

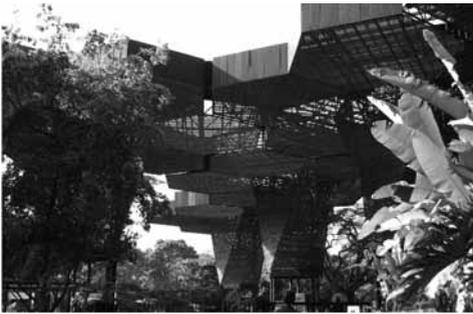
18. Otra vertiente de las posibilidades de desarrollo de proyectos urbanos se liga con operaciones de reciclaje o refuncionalización de fragmentos urbanos existentes, coherentemente con los actuales discursos de *prácticas retrospectivas*, del aprovechamiento de *capital fijo* y de la *captura de lugares vacíos* (que en este caso, más que predios serán masas edilicias construidas) lo que se manifiesta en programas más o menos globales —como el PRAM [23], *Programa de Rehabilitación de la Avenida de Mayo*, una actuación normativa y casuística emprendida sobre unas doce cuadras de este paseo, concluido hacia 1992 con la cooperación española, del mismo modo que tareas equivalentes realizadas en el Paseo de la Ribera en Asunción o en el Malecón de La Habana— o en desarrollos más propios del mercado inmobiliario y de menor cuantía interventiva, así como de relativa menor calidad patrimonial, como la refuncionalización en viviendas de antiguos depósitos cerealeros, como el proyecto llamado *Silos de Dorrego* de 1992 [24].



16. Torres&Woerner. Anillo Vial de Santiago/
Vitacura Oeste, Chile, 2005.

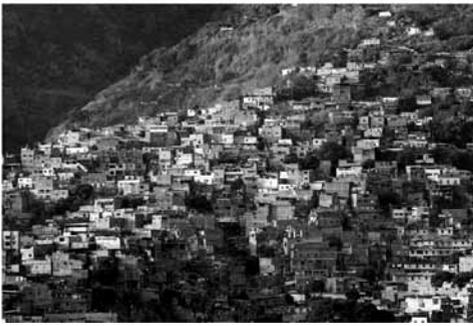


17. Parque Mapocho, 2005.

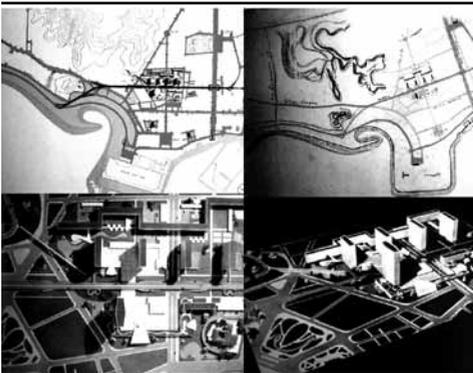
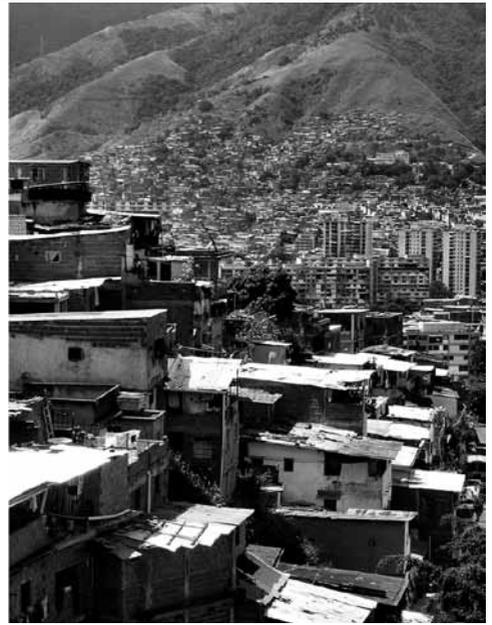


18. Calle Carabobo, Medellín,
Colombia, 2005.





19. Intervenciones Caracas,
Río Catuche, Venezuela.



20. Affonso Reidy. Proyecto San Antonio, 1947.



22. Rangel&Calvacanti. Programa Rio Cidade,
Avenida María Cristina, Copacabana, Río de
Janeiro, Brasil, 1994-1996.



21. Jorge Jáuregui. Programa Favela Bairro,
Campinho, Río de Janeiro, Brasil, 1998.



23. Programa de Rehabilitación de la Avenida de Mayo, Buenos Aires, 1992.



24. Juan Carlos López *et al*, Silos de Dorrego, Buenos Aires, 1992.



25. Inda&González+ACVO. Conjunto Cuareim, La Aguada, Montevideo, 1998.



26. Rogelio Salmona. Conjunto Nuevo Santa Fe, Bogotá, Colombia, 1982.

19. En el caso uruguayo también podría verse un rango de actuaciones de intereses semejantes, aunque más abarcativo y exitoso, que se iniciara con los programas montados por Mariano Arana en torno del *Plan Ciudad Vieja* —que devino en múltiples actuaciones edilicias y urbanísticas tanto públicas como mixtas, como el caso de Las Bóvedas frente al Mercado Central— y que luego derivara a acciones como la desvuelta por el grupo integrado por los estudios Inda&González+ACVO en el *Conjunto Cuareim* [25], exitosa conversión en viviendas colectivas de financiamiento público de una antigua planta cervecera desactivada del barrio de La Aguada, que culminada hacia 1998 operó no sólo para habilitar operatorias alternativas para la utilización de créditos hipotecarios de bancos públicos, sino como pieza exitosamente generadora de efectos de redesarrollo urbano *ascendente* en el área de impacto del nuevo emprendimiento.

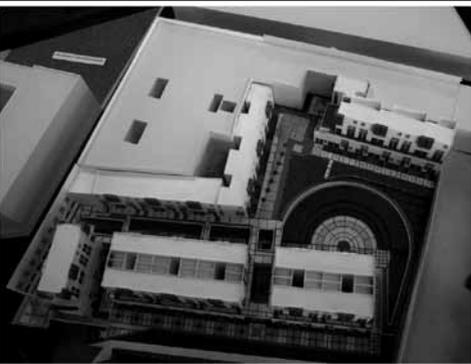
20. Las actuaciones yuxtapuestas orientadas a imbricarse en efectos de mejoramiento de áreas centrales en peligro de tugurización también pueden ejemplificarse para la vieja área central de Bogotá, en la cual, al revés de otros casos, será el proyecto desarrollado por Rogelio Salmona con su *Conjunto Nueva Santa Fe* [26] terminado hacia 1982 —un emprendimiento realizado en seis manzanas urbanas tugurizadas que fueron ocupadas por un partido de bloques de vivienda de media densidad, altura fija y enfilamientos de fachada continua con zócalo de usos comerciales y con un sistema de patios-plaza, que al ser conectados y atravesables, operan no sólo como patios de cada bloque sino como eslabones de un sistema de espacios dentro de un esquema de parque público semicontrolado en escalas y usos— cuya fortuna de usos sociales ha sido capaz de contribuir al ulterior proceso público y privado de revitalización del Barrio de La Candelaria, en un desarrollo trascurrido en la década del '90 que hoy podría ser asumido como exitoso en la recuperación terciaria del centro de la ciudad, aun con sus atisbos inevitables de *gentrification* y renovación de las características sociales de sus ocupantes y usuarios.

21. México DF parece ofrecer un panorama en el que los proyectos urbanos son apenas esbozados o promovidos por el sector público y en cambio, suelen formar parte, bajo la notoria influencia del poderoso vecino, de iniciativas más bien ligadas a grandes consorcios de *broking* inmobiliario tal cual se ejemplifica en el desarrollo completo del nuevo centro de negocios de Santa Fe.

El caso de la ambiciosa y casi utopista iniciativa de rehidratación/ocupación del Lago Texcoco [27] para un programa a desenvolverse entre 2000 y 2025 por un grupo, entre cuyos responsables proyectuales figuraron González de León y Kalach, sin ser contradictorio con el tenor megaempresarial antes que público que antes referimos, recupera una idea de proyecto urbano que sin



27. Visión de Tenochtitlán: código Mendoza/Dr. Atl 1937.
 Rehidratación/ocupación Lago Texcoco México, 2000–2025.



28. Conjunto Habitacional La Muralla,
 2003–2006.



29. Parque de La Muralla, Lima, 2004.



30. Parque Urbano Central, La Paz, 2009.

soslayar la generación de plusvalías inmobiliarias (incluye hasta la propuesta de un nuevo aeropuerto internacional), se hace cargo de intentar dar cauces de tratamiento a problemas estructurales de la ciudad, tales como el manejo de las aguas subterráneas y las soluciones de reequipamiento e infraestructura que deben asumirse de manera central y no de expansión periférica, así como que rescata y elabora toda una tradición que une la visión de Tenochtitlán del código Mendoza del temprano momento colonial con la imagen que propuso el excéntrico Dr. Atl en 1937.

22. Acciones complejas de redesarrollo de áreas centrales de ciudad relativamente exitosas también se dieron en el caso de Lima a través de la creación de un ente público que opera mediante la expropiación de piezas deterioradas del área histórica de la ciudad —como el ejemplo mostrado de la casa de Mendoza, en el Jirón Ancash 245–255 [28] a metros del Palacio Pizarro—, operaciones que contemplan una vasta serie de actuaciones sinérgicas desde la restauración, la capacitación laboral de antiguos ocupantes del área tugurizada para efectuar tal restauración, y la mezcla de puesta en valor de edificios patrimoniales con la recuperación de nuevo suelo para desarrollo de viviendas colectivas, ello, en este caso, anexo al desarrollo de una nueva propuesta de equipamiento público con el caso del Parque de La Muralla concluido hacia 2004 [29], y que no sólo pone en valor los vestigios de la muralla fundacional y abre un pulmón público en el deteriorado casco central, sino que también inicia la recuperación del frente del Rímac.

23. En La Paz, con el proyecto y construcción —dentro de controversias acerca de las formas de gestión— del Parque Urbano Central [30], también se presenta el caso de una intervención estratégica del orden de la generación de nuevo espacio público que cumple simultáneamente varios propósitos. Esta actuación de *fondo de valle* no sólo inserta pues un interesante proyecto de parque público lineal, sino que complementa el mismo con una serie de elementos de equipamiento recreativo y cultural que diversifican el uso social del nuevo espacio y sobre todo, hacen que opere como una rótula que anclada sobre nuevas propuestas viales —vías rápidas y puentes— establecen eficaces funciones de conexión para integrar áreas de expansión del centro tradicional de la ciudad, que ya tenían largos desarrollos en su ocupación pero que en la topografía compleja de esta ciudad permanecían desconectadas.

Este caso, finalmente, como colofón de la muestra de intervenciones recientes, muestra una línea de actuación, basada en pensar *proyectos urbanos* que sean predominantemente *nuevos espacios públicos* no sólo capaces de mejorar los notorios déficits latinoamericanos de calidad urbana y ambiental, sino tam-

bién para que estos proyectos además generen efectos virtuosos incluso para la orientación de la inversión privada en nuevos desarrollos urbanos. Quizá es en este estrecho y difícil camino que podamos encontrar valores a los proyectos urbanos y hacer que contribuyan a remediar las crisis de sustentabilidad y la carencia de planificación integral.

Notas

¹ Aquí su autora presenta la tesis de las fracturas crecientes en la relación entre presupuestos centrales y necesidades locales al interior de un país.

² Los números entre corchetes [N°] refieren a las ilustraciones que acompañan cada capítulo cuando éstos llevan imágenes.

6. Paisaje de paisajes

Panorama de tendencias

El objetivo de esta presentación es ofrecer una mirada más o menos comprensiva del Estado de las vertientes conceptuales del paisajismo, vinculando tal panorama con ciertas propuestas que originan estas actividades desde el siglo XVIII.

Se trata así de discutir un cuadro o mapa conceptual de posturas que relacionan ciertas maneras de proyectar paisajes con ciertas ideas o enfoques surgidos, a menudo, de nociones filosóficas.

Debe tenerse en cuenta, bajo tales consideraciones, la relevancia que estas temáticas tuvieron básicamente en el arranque del siglo XVIII, por ejemplo en Gran Bretaña alrededor del publicista Joseph Addison y su diario *The Spectator* (que sacó 555 números y tuvo hasta 60 mil suscriptores, siendo el primer órgano según Habermas, en referirse a *lo público*, a través de un *espectador* ficcional que hacía comentarios, el *dandy* Roger de Coverley, quien se erigió en verdadero árbitro del gusto), se refleja por caso en esta transcripción (el original posee la profusión de mayúsculas que se verán) de un fragmento de su número 37.¹

Sir Roger me ha entretenido una Hora con una Descripción de su Finca, la cual está situada en una especie de Selva, como a unas cien millas de Londres, y parece un pequeño Palacio Encantado. A sus Rocas se le han dado la forma de Grutas Artificiales cubiertas con Madreselvas y Jazmines. Los Bosques están talados formando Caminos con sombra, entrelazados como Parra, y llenos de Cajas con Tortugas.

Las Fuentes están hechas para correr entre Guijas, y de ese modo aprendieron a Murmurar muy agradablemente. Asimismo están conectadas a un Hermoso Lago habitado por una

Pareja de Cisnes, el cual se vacía por un pequeño Arroyo que corre a través de un Médano Verde, y es conocido en la Familia por el Nombre de *El Arroyo Susurrante*.

El Caballero de la misma manera me dice que esta Dama preserva su Juego mejor que ninguno de los Hombres de Campo, no es (dice Sir Roger) que ella ponga un Valor tan grande sobre sus Perdices y Campesinos, como sobre sus Alondras y Ruisiñores. Puesto que ella dice que cada Pájaro que se mate en su Tierra estropeará a un Consorte, y que ella indudablemente lo extrañará el Año entrante.

La acción de Addison —político, diplomático y traductor de las *Geórgicas* de Virgilio, una clásica apología de lo natural— fue a través de tales artículos leídos por tanta gente, una verdadera introducción del *paisaje* como parte de aquello entendido como *público y observable*, e incluso fue de mucha influencia política de sesgo conservador.

En esos años iniciales del XVIII no sólo se organizan de tal forma conceptos y jardines sino que empieza a forjarse una definición general de *paisaje* —entendido como *modo de describir y construir estructuras territoriales sujetas a percepción y uso predominantemente naturales*—, por lo que a partir de tal noción se trata de analizar sucintamente una historia del paisaje que abarca desde los momentos ligados al descubrimiento de lo poco conocido u ominoso del mundo natural (separando si fuera posible, *magia de ciencia*), hasta las operaciones de manipular lo natural como un espacio humanamente modelado y expresivo del poder, hasta las instancias en que se trata de internalizar relictos o fragmentos de naturaleza dentro de la completa artificialización que supondrá la ciudad moderna.

Más recientemente, el paisaje entendido como una cosmovisión o sistema de teoría y práctica de actuación en contextos en algún grado de antropización (ya no queda ningún residuo puro de naturaleza) se aboca a temas dominados por la *problemática urbana* y por la dimensión cultural, siempre manteniendo una suerte de *nostalgia* activa por la *naturaleza perdida*. Dicho sea de paso, recuérdese que nostalgia es la palabra griega que nombra el mal que padecían los des-terrados, los que perdían la patria, y la naturaleza perdida es la temática del poema épico-panteísta de Milton editado entre 1667–74 sobre la caída del mundo edénico y el carácter animista que atribuye a todos los elementos del mundo natural.

En lo urbano se presencia el derrame de formas de asentamiento en los territorios y defectos cada vez más graves de urbanidad en los espacios públicos, y en ambas vertientes el pensamiento paisajístico aporta criterios: para expandir razonablemente los bordes de ciudades, para suturar la fragmentación de éstas, para recuperar calidades de centralidad, etcétera.

En lo cultural surge un espacio que por ahora puede llamarse de los *paisajes culturales* o del *patrimonio ambiental*, en los cuales se discute cómo manejar la complejidad de formas *híbridas* (sociedad/naturaleza), cómo analizar el

tema de la identidad encontrando referencias patrimoniales más amplias que las artísticas o las históricas y cómo recuperar calidades ambientales perdidas o en peligro.

Bajo este espectro se plantea discutir, no taxativamente, 8 posturas, enfoques o modelos de teoría y práctica de actuación en/con el paisaje, a saber:

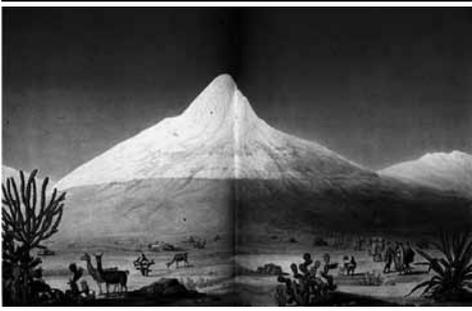
1. La idea del paisaje como aspecto ligado a las tareas de descripción y reconocimiento del mundo natural que emprendieron los científicos viajeros que recorrieron la ecodiversidad del mundo —tales como Humboldt, Haeckel² o Darwin— fundando por así decirlo la ciencia empírica y llevando adelante una primera clasificación del mundo natural para conocimiento y producción, de donde surge la idea de *recurso* o insumo natural y donde empieza a delimitarse la forma, el aspecto, la organización y la funcionalidad de determinadas estructuras naturales.

Una vertiente por cierto significativa de este pensamiento dominado por la observación objetiva será evidente por caso en algunos escritos de J. W. Goethe, en los que conjuga su central interés por los fenómenos sociales y culturales con el registro de la naturaleza. Tanto él como el profesor de estética oxfordiano John Ruskin,³ van a presentar como motivos filosóficos la observación de la naturaleza entendida como disposición científica, no ya centrada en la imaginación, aunque de todas formas muy contributiva al forjado de la estética sublime del romanticismo.

El documento que Humboldt produjo de su visita al cerro Chimborazo [I] en Ecuador, es una calcografía coloreada por Jean Thomas Thibaut, según un boceto del científico. Este ascendió a ese pico volcánico de 5760 metros de altura, lo que le produjo una gran satisfacción además de la posibilidad de registrar, junto a Bonpland, la célebre vista del pico que propone por primera vez una ecología altitudinal y una interpretación de la complejidad ambiental del mundo natural.⁴

En una dimensión que llamaríamos pre-proyectual la observación analítica y crítica de la naturaleza es condición inicial y básica del entendimiento del *locus* y motor principal de una capacidad de transformación (proyectual) al menos compatible con la condición del sitio.

El largo viaje⁵ del barón von Humboldt, ya una autoridad académica prusiana cuando lo emprendió, no sólo —como a Darwin— le permitió terminar de proponer una visión integrada del mundo —su megalibro *Cosmos*— sino que le sirvió para disentir con la *intelligentzia* europea que con Buffon sostenía el primitivismo americano, al menos para en su caso, admitir la preponderancia y magnificencia del mundo natural (esa *Hylea* que establecía en América, una condición superlativa de naturaleza), postular un faltante de cultura (concomitante según él, al exceso de naturaleza) y disentir de manera bastante frontal con las ideas de Hegel, otro propagandista iluminista del atraso americano.



1. Alexander von Humboldt.
Cerro Chimborazo, Ecuador, 1806.



2. Louis Le Vau, André Le Nôtre.
Vaux-le-Vicomte, Paris, 1657–1661.



3. Louis Le Vau, André Le Nôtre.
Versailles, Paris, 1668.



4. Louis Le Vau, André Le Nôtre.
Sceaux, Francia, 1670.



5. Louis Le Vau, André Le Nôtre.
Meudon, Francia, 1679.

2. Casi un siglo antes de la irrupción del método científico, la idea de manipular la naturaleza emerge como una de las características del llamado *despotismo ilustrado* y actores como el francés André Le Notre⁶ —al servicio de Luis XIV— se ocupa de plantear vastas organizaciones que pueden entenderse como imagen del poder (Versailles) en las que la geometrización de lo natural debe interpretarse como rasgo de dominio.

Esta clase de actuaciones paisajísticas no sólo reiteran el modelo político que inspira todo acto emprendido transformando la naturaleza durante los siglos XVII y XVIII —incluyendo en ello el contenido sordamente reactivo al orden religioso propio de una naturaleza divina y por tanto inhumana: reacción que en todo caso es parte del ideario humanista instaurado desde el siglo XVI— sino que también refiere a la expresión técnica por la que el poder se apropia de novedades científicas innovativas. Versailles es así, en lo visible, el Palacio, su organización paisajística y su implantación urbana; pero en lo invisible es el conjunto de operaciones de acondicionamiento territorial e hídrico como se vislumbra en la Presa de Marly, construida para permitir el despliegue propio de la Corte y su abastecimiento.

Durante casi 5 años el joven Ministro de Finanzas de Louis XIV, Nicolás Fouquet, había encargado al trío del arquitecto Le Vau, el paisajista Le Notre y el decorador de interiores Le Brun, realizar su mansión en Vaux-le-Vicomte [2], a las afueras de París, que fue inaugurada el 17 de agosto de 1661 en una fiesta a la que asistió el rey y 6000 invitados.

En ese lugar de varios cientos de hectáreas este proyecto implicó desmontar y alisar terrenos, desviar cursos de aguas y disponer en el cercano sitio de Maincy una ciudad transitoria para los obreros que llegó a tener hospital y una fábrica de las alfombras que iba a disponer Le Brun en el edificio.

Esa inauguración fastuosa —entre los contratados figuraba Moliere, que esa noche estrenó *Les Facheux*— despertó la envidia del Ministro Colbert y la ira del rey; tres semanas después Fouquet fue arrestado, la obra confiscada y el trío de proyectistas invitado a construir Versailles [3].

Este proyecto⁷ es la realización más acabada del *jardin française* y fue desarrollado extremando las formas de domesticar la naturaleza rústica y crear completamente una naturaleza nueva.

Versailles se había iniciado con la instalación de un pequeño pabellón de caza que Louis XIII había construido en 1630, en la cuenca superior de un valle tributario del Sena que contenía una meseta pantanosa.

Las obras de acondicionamiento del terreno duraron 25 años y las ideas del jardinero Le Notre (que era arquitecto) fueron sustanciales para adaptar el predio cuyo elemento compositivo principal fue el tridente o *patte d'oie* que poco a poco, luego de decidido el traslado de la corte, incluyó el diseño de una pequeña ciudad y un redesarrollo completo del complejo parcelario rural precedente.

La organización del sitio con componentes seudonaturales como las *coulisses* (bosques/pantalla) y los *bosquets* (macizos boscosos), el planteo de un *grand ensemble* controlando las visuales y extendiendo *ad infinitum* el trazado o el rediseño de regulación hídrica completo, incluyendo la construcción del embalse y estación de bombeo de Marly, representan un punto culminante en la historia de la relación entre proyecto y naturaleza, condicionando ésta mediante todos los artificios compositivos y tecnologías disponibles a formar parte de un discurso proyectual entera y forzosamente controlado.

Decididamente Le Notre fue el diseñador de los grandes espacios representativos del poder, replicando varias veces sus trabajos para el ministro Fouquet en Vaux y para el Rey en Versailles.

Dice Steenberger–Reh:

Incluso el frugal Colbert mandó embellecer su palacio del siglo XVI de Sceaux [4] (1670). En dirección norte/sur, atravesando el palacio, se dispuso la avenida del Octágono, trazada a través del valle, que comprendía la avenida en sí, una larga cascada, la fuente del Octágono y un *tapis vert*. Hacia el oeste se extendía un eje de simetría que atravesaba el castillo. Más tarde se excavó un gran canal, comenzado en 1690 paralelo a la avenida y al oeste de ésta. En Meudon [5], Servien, el ministro de finanzas de Louis XIV comenzó la construcción de una gran terraza de 253 por 136 metros, situada en una loma que dominaba el Sena. Desde la terraza se goza de una espléndida vista del paisaje y de la ciudad de París.

Esta terraza, que formaba parte de los cimientos del palacio, se incorporó más tarde (1679) a un eje espacial de un kilómetro de longitud que iba desde el Sena hacia el norte, a través del eje longitudinal de la terraza, en línea recta a través de la ribera con un lago, hacia el sur, hasta lo alto del horizonte. (2001:195)

Meudon, a partir del jardín de Servien, fue entretejiendo una vasta red de avenidas y diagonales que reorganizó por completo un vasto territorio comarcal de pequeñas parcelas rurales.

En toda esta secuencia de arquitectura y paisajismo clasicista francés el proyecto, como instrumento relacionado con el armazón de representaciones de poder, avanza sojuzgando lo natural en un intento complejo de domesticarlo mediante operaciones perceptuales —*el ver/aprehender será un dominar*— y técnicas (mediciones topográficas, desmonte, reordenamiento de los cursos de agua, etcétera).

3. También en el siglo XVII los *hombres prácticos* del paisajismo inglés se plantean, aun en regímenes más bien aristocráticos, ablandar o *deformar* el paisaje para que éste recupere ciertos valores románticos y allí, *jardineros* como Joseph Paxton (con quién arranca la idea de gran parque libre que llegara al

Central Park americano), plantearán que el paisaje debe imitar lo natural en la forma de una ilusión subjetiva, buscando que el sujeto reinstale una relación emocional y afectiva con un paisaje que aunque artificial o construido, parezca natural o espontáneo.

Los trabajos paisajísticos de Lancelot *Capability* Brown [6: Harewood; 7: Croome; 8: Stowe; 9: Blenheim] rematan y culminan la tradición del *pictu- resque* británico forjado con las ideas teóricas de tratadistas conservadores como Hogarth, Burke o Addison generalmente sostenidas desde el periódico *The Spectator* como mencionamos arriba y a la que adherían personajes como Daniel Defoe, el autor del *Robinson Crusoe* y cultor encendido de un retorno a la naturaleza que podía recuperar en Gran Bretaña la tradición celta y aun el espíritu silvestre de los griegos, pero nunca la matriz de dramática afectación formal de los territorios de la influencia romana y francesa; terratenientes aficionados como Payne Knight y Uvedale Price se dedicaron amateurísticamente a acondicionar sus campos según estas prescripciones.

Brown (1716–1783) era un jardinero pragmático y le interesaban las forestaciones silvestres de cada región, utilizaba el *haw haw* (zanjas semio-cultas) en lugar de los cercos, solía acompañar a sus brigadas de trabajo en el campo y recomendaba hacer jardines que, aunque siendo parte de los palacios solariegos, tuvieran áreas productivas así como bosques nuevos y no exóticos que a futuro dieran maderas utilizables. También se ocupó de rediseños o agregados cuya intención principal era anglificar y desordenar la anterior tradición algo acartonada del palladianismo inglés. Seguidores y sistematizadores de la ideas de Browne, como el caso de Humphry Repton [10: Sheringham] terminarían ya a inicios del XIX por establecer definitivamente el gusto del jardín inglés.

El temprano modelo del *serpentine style* que Paxton instaura en su diseño del *Birkenhead Park* en Manchester [11, 12], iniciado en 1834 y concluido casi dos décadas más tarde, propone por vez primera, un esquema libre y espontáneo, segregado del rígido geometrismo francés y con la voluntad de reintroducir en el corazón de la ciudad, una pieza evocativa de la naturaleza que ahora aparecía muy lejana de la vida cotidiana. El parque urbano iba a significar un fragmento de recordación de aquella naturaleza, una oportunidad para investigaciones biológicas y un espacio de educación —más que de recreación— social.

Paralelamente, demostraba que *perder* unas hectáreas centrales se compensaba con creces con el aumento de renta del suelo circundante. Olmsted conoció Birkenhead y con tales ideas, así como con la ayuda del paisajista inglés Calvin Vaux, se le ocurrió lo del *Central Park* neoyorquino, que en su largo debate permitió que su diseñador abordara un paso previo en su *Prospect Park* de Brooklin [13].



6. Lancelot “Capability” Brown. Harewood, Inglaterra, c/1795.



7. Lancelot “Capability” Brown. Croome Park, Inglaterra, 1785.



8. Lancelot “Capability” Brown. Stowe Castle, Inglaterra, 1783.



9. Lancelot “Capability” Brown. Blenheim Castle, Inglaterra, 1772.



10. Humphry Repton. Sheringham, Inglaterra, 1812.



11. Joseph Paxton. Birkenhead Park, Inglaterra, 1834–1847.



12. Joseph Paxton. Birkenhead Park, Inglaterra, 1834–1847.



13. Olmsted&Vaux. Prospect Park, Brooklin, 1867.

Esa tradición inglesa progresivamente apartada del modelo francés y con algunas expresiones teóricas como las publicaciones de fines del XVIII de Payne (*An analytical enquiry into the principles of taste*, 1794), Price (*Essays on the Picturesque*, 1795) y un poco más tarde el escrito de Humprey Repton (*Observations on the Theory and Practice of the Landscape Gardening*, 1803) quien repara que *hay que construir jardines iguales a los que pintan los pintores*, iba a recaer finalmente en un interés por extrapolar esas experiencias privadas en algunos espacios semipúblicos o públicos en los suburbios jardines victorianos, tareas en las que iba a destacar el tratadista John Loudon (*Encyclopedia of Gardening*, 1822 y la edición en esos años de la primera revista de jardinería, *The Gardener's Magazine*) y preponderantemente el jardinero Joseph Paxton que más tarde se haría célebre por el diseño del *Crystal Palace* en 1851.

Paxton abogaba por parques públicos y había montado una organización que acopiaba donaciones para hacer esos parques por suscripción pública además de lanzar también su publicación periódica *Horticultor Register*.

Dentro de esos emprendimientos, *Birkenhead*, en Liverpool, es el primer parque público urbano y en este proyecto Paxton instaura el llamado *Serpentine design*, luego tomado como motivo central de los suburbios pintorescos además de concebir un espacio complejo que introducía *free nature* así como deportes y diversos equipamientos.

La obra de Olmsted —americano de formación europea, visita los trabajos de Paxton, por ejemplo— y el inglés Vaux culmina en el Central Park (este parque se inicia con la compra de la tierra por el prefecto Kingsland en 1851, el proyecto *Greensward* de Olmsted/Vaux que gana el concurso llamado en 1858 hasta su terminación hacia 1870) pero más genéricamente en el montaje de una tradición⁸ que confirma la línea teórica del pensamiento *Golden Day*

(Emerson, Thoreau), la utopía de la democracia individualista consumada en el retorno a lo natural —que conjuga a Jefferson con la conquista de la frontera— y los primeros incidentes de renaturalización de lo urbano en la construcción de *rural cemeteries* como Greenwood en Brooklin muy cerca del Prospect Park ya citado.

Hay clara incidencia del *serpentine design* en la voluntad de proceder a deslindar completamente el maquinismo abstracto de lo urbano respecto de la organicidad natural: el parque Prospect⁹ de poco más de 2 km² incluye *The Long Meadow*, el más grande lago artificial urbano construido en USA dentro de un parque, de 36 hectáreas de superficie y varios componentes como un zoo experimental y el llamado *Audubon Center* para la conservación vegetal.

En su momento fue un proyecto bastante oneroso —costó cerca de 9 millones de dólares, casi en partes iguales los fondos de expropiación y construcción— lo que buscó paliarse con la habilitación de parcelas preferenciales frontales al nuevo parque aunque no pudo evitar acciones del célebre operador inmobiliario neoyorquino de los '40, Robert Moses, que ahora busca rehabilitar en un retorno al proyecto original un grupo llamado *Prospect Park Alliance* activo desde los '90.

El parque se planteó según un *Report* de Olmsted escrito en 1865 donde valoraba la condición natural del lugar —la última estribación de las antiguas morrenas geológicas neoyorquinas en el sitio *Prospect Hill*— y la densidad cultural del área, escenario de la batalla independentista de *Long Island*.

4. La tradición inglesa llega a USA —no sólo en el *Central* y el *Prospect Park* y en la idea del *cementerio parque*— sino también en otras novedades como los *parques nacionales naturales* (el primero es de fines del XIX: *Yellowstone*) y en actuaciones como las de Benton McKaye, quien en su *Appalachian Trail* [14] se planteará descubrir un itinerario y proponer una idea de paisaje como memoria y reserva: *memoria* como lugar de recuperación de identidad nacional, y *reserva* como área manejada para que no se extingan cualidades de paisaje. También aquí se reedita la noción de una fuerte identificación *topofílica* entre sujeto/comunidad con el topos.

McKaye no sólo evoca la fuerte *frontier culture* de los expedicionarios que investigaban el vasto territorio americano en busca de panoramas pero también de espacios susceptibles de explotación, sino que también fue uno de los fundadores de la célebre *Regional Planning American Association*, que junto a otros miembros célebres como Lewis Mumford o Clarence Stein iban a desarrollar una fuerte crítica a lo tecnourbano y que iban a continuar con planteos relacionados con esquemas territoriales (el sistema del *Tennessee Valley* fue uno de sus ejes). El mismo McKaye, ingeniero forestal de profesión, había trabajado en un asentamiento innovativo para Henry Ford dentro de la TVA —el enclave de *Muscle Shoals*— hasta que en 1921 escribe las pocas páginas en que propone

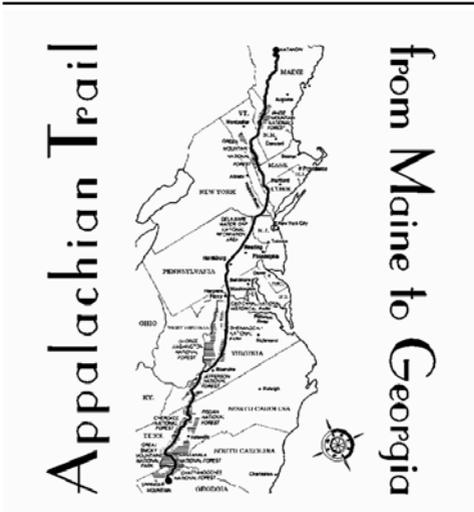
el *Appalachian Trail*, un espacio lineal de casi 1500 kilómetros que tenía que convertirse en un recorrido —*trail*— casi patriótico y que contenía según su análisis, más de una decena de áreas naturales de alta calidad que debían convertirse en parques nacionales (cosa que ocurrió) y que asimismo contenía las reservas minerales, madereras y de agua fósil de las que dependería todo el desarrollo del frente urbano de la *East Coast* (y esos reservorios se convirtieron en áreas de propiedad estatal y así siguen).

La acción del ingeniero rural —especialista en lo que llamaba *timber mining*, minería maderera— Benton McKaye, es contradictoria; para algunos es un avanzado ecoproyectista, para otros, representante del pensamiento más elitista y conservador. McKaye, después de muchos recorridos, escribe un artículo en 1921 proponiendo reconocer este sendero de cresta que atraviesa los Apalaches uniendo Canadá y Virginia. Lo considera un frente de expansión para la necesaria activación de la economía y la recuperación de valores ancestrales al hablar de tres objetivos: recreación, salud y empleo, organizados con relación a tres cualidades o componentes: perspectivas, oxígeno y producción de maderas para la construcción. Habla de que debe repoblarse una ruralidad perdida y piensa que se pueden ocupar 25 millones de acres para que se creen unos nuevos 40 mil puestos de trabajo.

El proyecto fue asumido como uno de los referentes del planeamiento regional que iba a postular la RPAA, se iba a usar para desarrollar numerosos parques nacionales y para definir reservorios de madera silvestre y agua fósil consideradas estratégicas para la sustentabilidad del frente urbano que está al piedemonte y que incluye ciudades como Washington, Baltimore, Nueva York, Filadelfia y Boston. En 1979 se creó la ONG *Benton McKaye Trail* (BMT) que promueve recorridos pautados en un trayecto de 480 kilómetros.

5. Dentro de los temas de reintegrar naturaleza dentro de la dominante tecnificación de la ciudad moderna emerge un tipo de paisajismo —por ejemplo en el grupo holandés *West 8*— en que los proyectos de paisaje son estratégicos para la revitalización urbana, para alcanzar una suerte de reurbanidad que opere a favor de la recalificación de la centralidad urbana con fragmentos híbridos (mezcla de componentes naturales–culturales) donde nace la noción más reciente de *paisajes culturales*, tarea de expertos en material natural pero a la vez, de científicos y activistas sociales.

El citado grupo holandés, radicado en Róterdam y liderado por Adriaan Geuze, viene realizando la práctica más significativa de *landscape architecture* europea desde una formación básica de arquitectos convencionales, lo que emerge en muchos de sus trabajos, más cercanos al concepto de proyecto de reestructuración urbana que a puras acciones paisajísticas ligadas al menos a componentes más naturales, salvo en el caso de Singapur donde desarrollan el perfil de paisajistas



14. Benton McKaye, Appalachian Trail, EE.UU., 1921.



15. Robert Smithson. Spiral Jetty, Salt Lake City, 1960.



16. Benoit Tremsal. Elsbachstal, 1994.



17. Peter Walker. Children Place&Pound, San Diego, 1998.



18. Peter Walker. Tanner Park, Portland, 2002.



19. Lawrence Halprin. Lovejoy Fountain, Portland, 1992.

dentro del plan general *One North* a cargo de Zaha Hadid [21]. Si en la mayoría de sus intervenciones destaca una idea de paisaje predominantemente cultural —como es el caso de la seca e industrial Plaza de Schouwburgplein [20], Róterdam, 2004, que tiene vastas superficies cementadas y unos artefactos lumínicos que evocan grúas portuarias pero también unas montañas revestidas de rosas evocando los bombardeos que sufrió este sitio en la II Guerra—, *Buona Vista* resulta en cambio un detallado intento de trabajar el acondicionamiento del espacio público utilizando la compleja oferta vegetal tropical del sudeste asiático.

Otra dimensión de actuación devenida en acciones paisajísticas surge del campo del *land-art*, o de las teorías y prácticas artísticas aplicadas a acciones en y con el territorio, como las realizadas por Benoit Tremsal en Elsbachstal desde 1994 [16]. Tremsal es un artista nacido en Francia en 1952, de formación básica como músico, que trabajó con Joseph Beuys y con el *aktioniste* austríaco Otto Muhl, que se ha destacado en un concepto de acción territorial basado en la manipulación de materiales y procesos naturales, como este parque/escultura realizado en Alemania como práctica de restauración territorial de depósitos de residuos minerales, o su conocido proyecto de las *Torres de Agua*, evanescente objeto de plexiglás de tres columnas de diferentes alturas que reciclan permanentemente agua, realizado en *Les environnementales*, la muestra que *la Ecole de l'Environnement et Cadre de Vie* realiza anualmente en Jouy en Josas.

Ciertamente esta clase de actuaciones viene impulsada por la actividad fundante de artistas como Robert Smithson —con trabajos como *Spiral Jetty* en Salt Lake City, 1960 [15]— o Richard Long, con múltiples acciones de sitio o museo hechas desde los años '70 hasta proyectos como el *McDuff Circle*, de 2002.

Long en particular, inglés nacido en 1945, viene realizando desde su sede-estudio en Bristol, acciones territoriales fruto de campañas efectuadas en territorios naturales de su propio país, USA, norte de África y Asia.

El trabajo es a la vez una *travesía* y una *inscripción*, un descubrimiento de un lugar dominado por sus características de naturaleza generalmente árida y mineral, que es estudiado, relevado y cuidadosamente descrito y entendido, para luego ser leve y transitoriamente trastornado por una modificación relativa de su materialidad (piedras que se reubican, conformando por ejemplo, una línea recta o un círculo, que remiten a la tensión antropológica del inicio de la historia, entre naturaleza y cultura, ésta entendida como un rito; trazas o caminos que apenas se demarcan sobre una cubierta vegetal, etcétera).

La *acción artística* —y el producto consecuente, la *obra de arte*— es el registro de todo el proceso, ya que el objeto en sí es transitorio, casual y relativamente evanescente, concluido el control que el artista tiene del territorio intervenido, pero la misma tiene la virtud de poner en evidencia la condición fundante u originaria (en un sentido que podría entenderse como heideggeriano) del hacer propio del arte, que es ante todo tomar conciencia del territorio natural.¹⁰



20. West 8. Schouwburgplein, Rotterdam, 2004.



21. West 8. One North Park, Buona Vista, Singapur, 2002.

De tales prácticas emergen *landscapes architects* —que es una formación específica en USA iniciada en Harvard a fines del siglo XIX— como Peter Walker, quien realizara intervenciones tales como el *Jardín de Solanas*, Texas entre 1984–1993, la *Plaza Fuente de Los Niños* en San Diego, de 1998 [17] o el *Parque Tanner* en Portland, en 2002 [18].

Walker dirige quizá una de las oficinas más grandes exclusivamente dedicada al diseño paisajístico con sede en Berkeley, y más de 80 especialistas en su nómina.

Es responsable de obras tales como el *Sydney Walton Square* en San Francisco, el *Ashaikawa Riverfront* o el *Triangle Park* de Saint Louis, proyectos en los que predomina un alto interés por la integración de gestos paisajísticos muy geométricos y cercano a discursos como los propios de los proyectos arquitectónicos.

En otros casos, como el proyecto *Saitana* en Japón, ahora en construcción, las ideas son por el contrario estrechamente vinculadas a ideas ecosistémicas y de potenciamiento del *locus* natural y en el caso del *Milleniun Park*, hecho para las olimpiadas australianas de 2000 en Sydney —una operación de más de mil acres de extensión—, el concepto va en línea con el montaje de un parque metropolitano de una envergadura casi inexistente durante el siglo XX.¹¹

En esta línea destaca en Europa la acción de Jacques Simon, por ejemplo en las llamadas *intervenciones paisajísticas efímeras*, de 1990 —una serie de escrituras territoriales sobre predios de explotación agrícola— o el *Parque Saint John Perse*, en Reims, 1970, donde se trata el tema de la naturaleza exangüe o amorfa, más que el intento de reeditar geometrías regularizadas.

Simon devino de la práctica de la arquitectura paisajística —de la cual el mencionado *Parque Saint John Perse* hecho junto a quizá el más importante paisajista francés, Michel Courajoud, es un referente importante, como se dice arriba, en la búsqueda de un paisajismo *casual*, lo más natural posible o lo más distante del

forzamiento proyectual de una acción demasiado regulada por la geometría— a lo que llamó *articulture*, una fusión de acciones proyectuales y comunicativas operando con la materialidad rural de campos agrícolas cultivados que en definitiva, abren una perspectiva renovadora dentro del espectro de actuaciones que definen acciones proyectuales más o menos vinculadas a materiales naturales y, en rigor, a largas cadenas de mediaciones y culturalizaciones, ya que de eso se trata la agricultura, tampoco una actividad que pueda ser entendida como natural.

6. En casos de paisajistas como Ian McHarg, Dan Killey o Geoges Hargreaves la actuación paisajística aparece como intento de rescate de la naturaleza extinguida o dañada, como estrategia de *remediación* en las que la producción de paisaje debe entenderse como el uso de biomas (como los humedales) y en que la acción a llevar adelante es de carácter remedial (como el célebre caso alemán del *Emscher Park*).

La obra de Lawrence Halprin oscila entre diversos trabajos de paisajismo, planeamiento geográfico (como la selección del sitio donde se construiría el condominio *Sea Ranch*, en la costa norte de California), organización de eventos (como el *Mardi Gras*, carnaval de New Orleans que produjo y diseñó por muchos años) y diseño y montaje de metodologías de diseño participativo (entre los que figuran los libros *RSVP*, 1969, y *Taking Part*, 1974).

En sus actuaciones paisajistas se encuentran intervenciones como el *Heritage Plaza* en Fort Worth, de 1976, que fue pensado como espacio evocativo de la identidad lugareña y concebido entonces conjugando motivos ligados al verde y al agua, según se manifiesta en la región, a lo que se agregan referencias vinculadas a la historia local o la llamada *Lovejoy Fountain*, en Portland, 1992 [19], donde vuelve a experimentar con asociaciones de agua y piedra, evocaciones de mundos naturales que despliegan estímulos de memoria local.

Quizá de manera opuesta a Walker, los trabajos de Hargreaves, también a cargo de una oficina grande, se dedican a acciones menos artificiales o culturales o más ligadas a trabajar con los materiales naturales como en Bixbee, que es un parque en San Francisco hecho para remediar un viejo terreno de relleno sanitario desafectado.

Ha realizado, además, muchas intervenciones ligadas a recuperaciones de la calidad natural y paisajística de *riverfronts*, como en el caso de *Crissy Field* en Presidio, San Francisco [22], el borde del río Guadalupe en San José, California [23], la ribera del río Ohio en Cincinnati o el plan de manejo del Río Trinity en Texas.¹²

Los trabajos de Martha Schwartz derivan entre intervenciones muy cercanas al espíritu del *land art* minimalista y operaciones urbanísticas: a veces como en el *Exchange Park* en Manchester, ambos perfiles se entrecruzan en diversas escalas de resolución del proyecto.



22. George Hargreaves. Crissy Fields (humedales), San Francisco, 1996.



23. George Hargreaves. Ribera del río Guadalupe, San José, California, 2004.



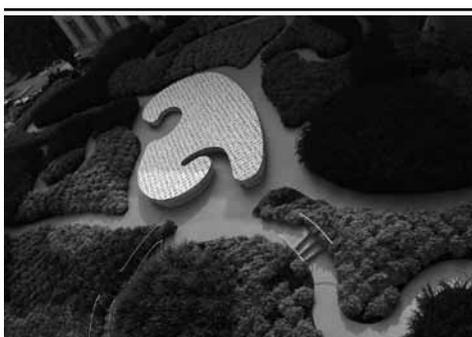
24. Martha Schwartz. Kitagata Garden City, Gifu, Japón, 1998.



25. Martha Schwartz. Dublin Docklands, 2004.



26. Michael Van Valkenburgh. Jardín General Mills, EE.UU, 1991.



27. Michael Van Valkenburgh. Kraus Campo, Carnegie Mellon University, 2002.

En el trabajo para la ciudad Kitagata [24] —un emprendimiento *gender* en que se convocó únicamente a proyectistas mujeres, además de Schwartz a Takahashi, Sejima, Hawley y Diller— realizó una especie de catálogo o caja de esencias de componentes de la tradición del jardín japonés, incluyéndose versiones condensadas de jardines de cerezas, piedras, bambú, agua y un modelo *four seasons* que explica las mutaciones anuales. En el caso de sus jardines de las Docklands de Dublín [25] —proyecto de 2002— la idea es reinsertar en el área la vegetación originaria pero dentro de unas vastas cajas de cemento y metal que aluden a las construcciones generadas por el avance de la urbanidad hipertécnica.

Las intervenciones de Van Valkenburgh atraviesan un espectro complejo que aúna diseño de jardines, arquitectura y arte conceptual. Esta última tendencia queda revelada en trabajos como sus jardines de hielo o de fuego: este último es el caso del jardín de la empresa General Mills [26] el cual es rozado/tumbado/quemado una vez por año usándose esa modalidad de cultivo y reverdecimiento de áreas vegetales tropicales.

En el caso de la intervención para un segmento del parque lineal costero conmemorativo del bicentenario en Boston, la propuesta de Van Valkenburgh remite a proponer una experiencia constelada de una sucesión de eventos o fenómenos que eslabonan una experiencia de gran incidencia aleatoria y abierta a cada perceptor/usuario.

Este paisajista —que tiene intereses o temáticas afines a las de los *land-artists* como sus trabajos con hielo o fuego— también incursionó en un proyecto participativo, el llamado *Kraus Campo*, hecho con alumnos de la Carnegie Mellon University en 2002 [27] y que es una reflexión sobre elementos conceptuales del paisaje como forma, color, textura, etcétera.

También en el sentido de operaciones de rescate de calidades territoriales perdidas o en riesgo, se puede mencionar el trabajo de la sociedad de paisajistas Mia&Lehrer en el caso de la restauración territorial de ex campo petrolero en Baldwin Hills, California, 1998–2005, o en el caso de actuaciones más bien preventivas del *Parco Agricola Milano Sud*, un semianillo que opera de cintura agrícola de Milán que incluye a más de 1400 establecimientos agroproductivos en una superficie de 46 mil hectáreas que fuera instituida por la Provincia de Milán como área tutelada y gestionada desde 1990. Este caso es más bien una gran operación de control y manejo antes que de acciones interventivas.

7. La arquitectura moderna o parte de ella ha tenido interés en ensamblar propuestas de innovación tecnológica y funcional con decisiones sabias en cuanto al contexto natural, y existe toda una corriente que establece puentes de interés hasta momentos más recientes —como por ejemplo en Salmons, Kroll o Piano— en que el proyecto deviene proyecto–territorio y la arquitectura se concibe como evento ambiental y acomodamiento artefacto/naturaleza.



28. Frank Lloyd Wright. Urbanización Taliesin West, 1948.



29. Frank Lloyd Wright. Casa Kaufmann, Bear Run, Pennsylvania, 1937.



30. Le Corbusier. Dibujo sobre Río, 1929.



31. Le Corbusier. Casa de Huéspedes, Ronchamp, 1952.



32. Alvar Aalto. Saynastsalo Town Hall, 1949–1952.



33. Alvar Aalto. Seinajoki Town Hall, 1958–1965.

Fuera de la arquitectura pensada como parte orgánica del contexto de implantación, Frank Lloyd Wright, en casos como la urbanización Taliesin West de 1948 [28], imaginaba un modelo de ciudad-jardín dentro de la tradición de Howard y en su obra más dramáticamente inserta en el paisaje —la casa Kaufmann o de la Cascada, Bear Run, Pennsylvania, 1937 [29]— su voluntad de imbricación pagó el precio de una virtual inhabitabilidad.

En el viaje que Le Corbusier realizó a varias capitales latinoamericanas en 1929, del cual quedó un libro, *Vers une architecture*, como registro de sus conferencias, y un conjunto de croquis urbanos referidos a Buenos Aires, Montevideo, San Pablo y Río, la idea que repicaba en sus discursos de entonces era de una mega arquitectura casi utopista y salvífica que presentaba como reestructuración completa del territorio: las cintas conectivas en Río aplanaban la diferencia topográfica de la ciudad, creaban vínculos circulatorios y armaban un espacio de suelo virtual para residencia y comercio.

Una autopista requería cierta condición plana para ser rápida y por tanto debía salvar la sinuosidad del territorio mediante soportes que permitían configurar una suerte de suelo artificial aéreo entre la cota natural y la de las autopistas elevadas. El volumen desarrollable sobre tal nuevo suelo, de fácil accesibilidad por la autopista que pasaba por encima, configuraba un potencial edilicio que en Río permitiría construir ciudad para unos 10 ó 15 millones de habitantes [30].

Curiosamente, semejante magnitud de intervención que sin duda iba a provocar enormes impactos ambientales, además de una especie de ahogo competitivo respecto de la ciudad de baja densidad que tapizaba el suelo urbano existente y que como tal, se plegaba a su geografía, Le Corbusier la entendía como una arquitectura urbana que simplemente se acoplaba a las características del paisaje ondulado. En muchos de sus croquis donde identifica locales de su ciudad ideal, imagina una arquitectura pensada como infraestructura o marcos para capturar el paisaje.

En otros casos menos conocidos como la *Casa de Huéspedes* en Ronchamp, 1952, la arquitectura se piensa como parte del paisaje e incluso se acoge a criterios regionalistas en lo referido a tipologías y construcción [31].

Alvar Aalto, quizá en sintonía con su pertenencia a las culturas escandinavas, ha tratado en la mayoría de sus proyectos —como por ejemplo las sedes municipales del Saynastalo Town Hall (1949–1952) [32] o del Seinajoki Town Hall (1958–1965) [33]— una imbricación de arquitectura y jardinería entendida ésta no como elemento visual complementario sino como forma de transición entre constructo y lugar, apelándose a modalidades como los *parterres* aterrazados que provienen de tradiciones populares rurales.

Richard Neutra llega a USA en 1923, trabaja en Chicago en la firma Holabird & Roche y luego con Wright en Taliesin e instala su oficina en California en



34. Richard Neutra. Casa Kaufmann, California, 1946.



35. Richard Neutra. Casa O'Hara, Silverlake, Los Angeles, 1959.



36. Ludwig Mies van der Rohe. Casa Farnsworth, 1951.



37. Albert Frey. Casa del Desierto II, 1963.



38. Arthur Erickson. Universidad de Lethbridge, Canadá, 1972.



39. Joy/Al Sayed/Burnette/Boucher. Page One, 2002.

1926, donde poco después se ocupa del proyecto de una ciudad ideal la *Rush City Reformed* al que le dedicará más de 10 años siendo el modelo norteamericano de la ciudad CIAM, repleto de estadísticas, mutaciones (la gente debía de cambiar de casa en el cambio de vida familiar) y un modelo de aglomeración de baja densidad —menos de 100h/H— semejante a Los Ángeles.

En Europa, antes de migrar a USA, había sido ayudante de Mendelshon y frecuentaba la casa de Freud, de cuyo hijo era amigo. Se interesa mucho ya en USA, en la tecnología experimental (la estructura de acero de la casa Lovell se levantó en 40 horas) y en el uso de variantes como maderas tropicales en la época de la II Guerra. Dedicó bastante tiempo a pensar sus arquitecturas como casi disueltas en los paisajes naturales y es uno de los pocos y primeros arquitectos modernos que discutirá la relación del proyecto con la naturaleza, tema al que dedicó varios libros.¹³ Obras como sus casas Kauffman (1946) [34] o O'Hara (1959) [35] reflejan su voluntad de integrar arquitectura y diseño de paisaje, clima tecnológicamente garantizado y cualidades ambientales naturales.

El caso de Ludwig Mies van der Rohe es menos sensible a la solicitud del lugar, o más preocupado por la abstracción cultural del proyecto moderno, pero en obras como la casa Farnsworth, de 1951 [36], emerge en la instalación de un prisma vidriado puro la intención de que éste quede determinado y calificado por la calidad del entorno al precio de haber pagado una demanda por extinción de la privacidad.

Pero el legado de una idea de confrontación dramática —más que amigable— entre artefacto natural moderno y paisaje de gran complejidad que insinúa el pensamiento de Mies, se verá reflejada en la obra de algunos de sus discípulos del IIT como Ellwood o Frey (en este caso particularmente en su *Casa del Desierto II*, 1963, [37]).

En los años '60 se adviene un momento a la vez romántico y ambicioso de la modernidad, en la saga de los edificios *mega-estructurales* propuestos por Reyner Banham como una de las *salidas de la modernidad*, mezcla de edificios aislados y autosuficientes dentro de los tejidos urbanos cuestionados por la ortodoxia moderna y, a la vez, utopía propulsora de otra urbanidad —básicamente, la de Le Corbusier y el Team X—, funcional a aquella *omnipotencia arquitectural*.

Esa salida, y hasta quizá una *huida*, imbuida del *ruralismo* americano y del talante neoromántico de los '60 (*hippies*, movimientismos sociales, irrupción de la *new age*, espiritualismo, redención tecnológica del tipo Archigram, etc.) se puede ilustrar con la clase de operaciones que tienden a *eliminar la mediación de lo urbano* en el proyecto o *megaproyecto* arquitectónico, estableciendo, entonces, una relación directa entre arquitectura y territorio y proponiendo en tal relación, no una integración, imbricación o fusión de la primera en el segundo (que es lo que podrían estar proponiendo para entonces artistas y paisajistas como Georgia O'Keefe o Dan Killey), sino antes bien, una tensión

o confrontación, un desafío que, indirectamente conducía a la arquitectura —sin la mediación y el acondicionamiento de lo urbano— a pensarse como *ecosistemas*, por cierto, en pleno período todavía de entusiasmo tecnológico.

El edificio de 330 metros de largo, del grupo TAC (integrado todavía por Walter Gropius) para la empresa John Mansville en la falda de las Rocky Mountains en Colorado, junto a trabajos típicos de esa época (como algunas universidades canadienses, entre otras la de Lethbridge, en Alberta, que Arthur Erickson proyectara en 1972 [38] también como una larga tira autosuficiente depositada en el territorio virgen, e incluso los proyectos territorialistas de Vittorio Gregotti) señalan una intuición entonces del pensamiento proyectual, que intentaba salirse del problemático mundo de la relación arquitectura–ciudad, tanto como una certeza del clientelado empresarial, ya embarcado en una búsqueda de optimización de los costos de producción industrial como en la intención de configurar una identidad corporativa en una *sana vuelta a lo natural* (el cowboy de Marlboro, valga la paradoja).

Un grupo de proyectistas de Arizona liderado por Rick Joy ha realizado una serie de obras del desierto que conjugan una indagación sobre tecnologías de acondicionamiento leve (como cubiertas de tela y armazones desmontables de madera que evocan las instalaciones de las tribus árabes nómades), junto a un trabajo de *optimun insertion* de la menor agresividad del artefacto agregado a las condiciones del paisaje preexistente. En el caso del *resort* desértico del proyecto *Page One* (2002) [39], como ocurre en parte con los trabajos del chileno Del Sol o los del suizo Zumthor, la arquitectura incluye la selección de los sitios y el acondicionamiento elemental de éstos para generar un equipamiento o atractivo como el caso de una piscina concebida ocupando meramente una hoya natural.

El grupo *Explora*, a través de proyectos encargados a Germán Del Sol, desarrolló dos núcleos emblemáticos en su propósito de llevar adelante programas turísticos en áreas de muy alto interés ambiental, como el Parque Nacional de Las Torres del Paine al sur y la región de San Pedro, Atacama, en el norte desértico de Chile. San Pedro es un oasis de 17 mil hectáreas cultivadas, habitado desde hace dos milenios en vecindades cooperativas (*ayllus*); San Pedro de Atacama, su ciudad, es la fundación colonial de un damero. El proyecto se piensa como un nuevo asentamiento, no como parte de esa ciudad.

En su presentación su diseñador presenta un texto explicativo y una serie de imágenes naturales y culturales (desde los colores de una laguna hasta la arquitectura popular de un *ayllu*, Larache) en los que busca fundar su opción de proyecto como meditación poética sobre el paisaje:

La obra sigue la tradición de pueblos precolombinos, formados por edificios aislados en grandes explanadas comunes, irregulares y vacías, que crean relaciones directas entre sí

sin la mediación de calles como en la tradición europea. Edificios instalados en el paisaje al modo de las pirámides mayas o incas, de los pueblos ceremoniales aymarás o de los caseríos atacameños.¹⁴

Un rombo deformado de tiras de habitaciones constriñe un páramo central en una metáfora de esta refundación de asentamientos interpretados en su minimización antrópica frente a lo natural. Los muros encalados se pulen al yeso porque se espera que el polvo permanente les otorguen pálidas coloraturas, la madera de pino y ciprés de guaitecas o los pisos de pizarra basta completan este modo de resolver el proyecto, en clave contemporánea, pero con una intensa interpretación del *modo de ser de la arquitectura en el territorio*.

Después de los trabajos para *Explora*, Del Sol se interesó directamente en el modelo *client as site*, que implica pensar y desarrollar proyectos allí donde las características naturales lo estarían como esperando, como por ejemplo en las *Termas de Villarrica* (2005) [40] o las de *Puritana* (2003) [41] en los que la arquitectura se limita a disponer mínimos elementos de acondicionamiento.

La obra de Salmona, discípulo de Le Corbusier por 9 años, única formación que tuvo como arquitecto, derivó del desarrollo de edificios de neto impacto urbano pero asimilados a un *genius locii* como las *Residencias El Parque* —dos torres curvas de escalonamiento helicoidal abiertas sobre una pequeña plaza de conexión urbana y completando el espacio generado por la Plaza de Toros— a la intervención de renovación urbana en la tugurizada área central de Bogotá donde se desarrolló el conjunto de Nueva Santa Fe, como una serie de edificios de media altura y fachada continua alrededor en cada manzana de un patio/plaza central usable por los condóminos de cada bloque, pero articulados además con unos atravesamientos que permiten enlazar cada patio en un recorrido que convierte al conjunto urbano en una especie de parque a escala del centro de la ciudad.

La factura remite al uso ladrillero sintomático en la obra del autor y en resoluciones del borde externo de cada bloque mediante zócalos comerciales y galerías cubiertas por soportales que agregan urbanidad a la relación del edificio en su inserción en la traza urbana y en la conformación de ciudad. El distrito adyacente de La Candelaria tuvo ulteriormente a esta intervención un intenso desarrollo ligado a usos terciarios que recuperó parcialmente la vitalidad de gran parte del centro histórico.

El eje ambiental propuesto a fines de los '90 es el reconocimiento y propuesta de articulación en un parque lineal coincidente con la traza norte/sur de la ciudad de un conjunto de distintos espacios verdes, algunos ya parquizados y otros que quedaban como relictos naturales en los sitios de pendiente más pronunciada.



40. Germán Del Sol. Termas de Villarrica, 2005.



41. Germán Del Sol. Termas de Puritama, 2003.



42. Rogelio Salmons. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Colombia, 2002.



43. Roberto Burle Marx. Barra de Guaratiba, 1950–1986.



44. Roberto Burle Marx. Barra de Guaratiba, 1950–1986.



45. Emilio Ambasz. Nueva Concordia, 2002.

La arquitectura de la Biblioteca Virgilio Barco (1994) remite a la elaboración de motivos clásico/modernos tan caros a Louis Kahn y, como en su caso, también evocan las interpretaciones de la relación entre edificación y espacio público urbano que Salmons había registrado en sus apuntes sobre las viejas ciudades italianas como Siena, formada asimismo en el ambiente que aporta el monomaterial cerámico y en el caso de uno de sus últimos proyectos —el edificio del Posgrado de Humanidades en el *campus* de la Universidad Nacional en Bogotá, 2002 [42]— la arquitectura se organiza alrededor de una serie de plazas y patios, a veces evocativos de modo metafórico a componentes del paisaje natural, como valles o quebradas, a veces contenedoras de ciertas disposiciones vegetales esenciales para pautar el modo de uso de estas arquitecturas públicas.

El caso de la obra de Jesús Tenreiro para la Abadía Benedictina de Guigue, Carabobo, Venezuela (1990) también alude a las ideas salmonsianas de pensar artefactos no sólo enraizados en el paisaje sino pensados a través de metáforas referidas a esos lugares: Tenreiro, en esta abadía no sólo reelabora la tradicional tipología claustral —el claustro se diluye en la continuidad del terreno natural— sino que se produce un denso argumento proyectual que aludirá incluso a las etnias originarias.

La concepción de los jardines de Burle Marx¹⁵ se basa en aprovechar todas las oportunidades de *vegetalizar* (naturalizar) lo cultural urbano con materiales en buena medida naturales —donde además destaca la utilización de vegetación autóctona— y en parte culturales, vinculados al diseño geométrico de solados o la realización de diseños bidimensionales ligados al pensamiento arquitectónico y en particular a esa estética mórbida y organicista que otorga cierta identidad al diseño brasileño.

El arquitecto paisajista en el caso de Burle no se limita al ejercicio de su actividad proyectual sino que se destacó como investigador vegetal, coleccionista de muchas piezas botánicas escogidas en cada ambiente original pero también, como un diseñador de configuraciones y sistemas en lo que siempre tuvo importancia un profundo conocimiento de los biomas esenciales y de la viabilidad de estructurar determinadas asociaciones vegetales, lo que se plasma en el ahora llamado *Sítio Burle Marx*, en la Barra de Guaratiba que fuera casa, taller y archivo de plantas y objetos de Burle en los últimos 36 años de su vida [43, 44].

El gesto cultural (por ejemplo el diseño de los pavimentos) se presenta en Burle como evocación geometrizada de la organicidad vegetal y en cierto modo ese será el secreto de la estética de la brasileñidad moderna como asimismo lo entendieron y practicaron proyectistas como Costa, Niemeyer y Bo Bardi.

El caso de Emilio Ambasz, con toda una trayectoria muy coherente pero ostensible en últimos trabajos como el complejo *Nueva Concordia* de 2002 [45], ejemplifica unas miradas crítico-analíticas que discuten el imperativo de la función y el rendimiento y, en su caso, reinstalan la cuestión central del

proyecto en la temática de la sustentabilidad y su crisis actual. Con lo cual este tipo de enfoque también adquiere una posible escala de actuación más territorial que estrictamente urbana y ultraartificial. Ambasz también remitirá en estas actuaciones al tema de *los paisajes operativos*, el suelo inflado y ocupado, el *housing* invidente, etcétera.

Dentro de la fuerte tendencia al crecimiento urbano visible en China en la última década, Kisho Kurokawa propone un esquema para redesarrollar un área de centralidad en Zhenzen, llamado Ecomedia (2000), que se plantea un *corredor verde* con el equipamiento en plegaduras flanqueado por dos líneas de torres altas y medianas a cada lado, para investigar en la posibilidad de una materialidad edilicia más orgánica que reedite la eficacia de la geometría natural.

Con ser, probablemente, un argumento más al servicio de posibilidades de negocios inmobiliarios y quizá al borde de una cualidad fuertemente utópica, el estudio da cuenta por una parte, de la necesidad de afrontar el colapso ambiental de la alta densidad y complejidad central urbano–metropolitana (que del inicial valor simmeliano de *vida nerviosa* pasó a constituir directamente un ambiente psíquicamente patológico) y por otra, de extremar los recaudos para empezar a pensar la condición de escenarios posurbanos.

En la memoria con que Duncan Lewis presenta su proyecto de viviendas en Valencia (1999), que hoy integra el proyecto urbano *Sociópolis* dirigido por Vicente Guallart, se lee lo siguiente:

La parcela en la que se nos plantea actuar está situada al noroeste de Valencia, en una de las bolsas de huerta acechadas por el crecimiento de la ciudad. Es un prisma de naranjos rodeado por un mosaico de diferentes cultivos, que hasta el momento han persistido por su capacidad económica. Pero ahora con el nuevo concepto de reurbanización empezaremos a entenderlos no por su valor económico sino como elementos con múltiples cualidades y posibilidades que compartir con los ciudadanos.

De la misma forma que un solo labrador trabaja toda la parcela de cultivo, tomamos toda la parcela como unidad de extrusión. Para conseguir la máxima superficie de interacción con la huerta se ha optado por multiplicar el solar de naranjos en altura extrusionándolo, las viviendas y demás ambientes sociales convivirán con ellos, aprovechando su sombra, su presencia, sus naranjas, su aroma de azahar.

Mediante el proceso de extrusión analizamos y elegimos las características que nos serán más útiles para incorporarlas en el marco del hábitat social. En este edificio se ha proyectado un sistema de fachada que trabaja a modo de dermis, porque permite crear un filtro móvil entre el volumen de viviendas–naranjos y el propio exterior, de esta forma el ambiente interior permite ser controlado a modo de invernadero. Gracias a este sistema de membrana agrícola se favorece el cultivo de naranjos en los niveles más altos. Esta piel también será un filtro de intimidad para las propias viviendas, ya que todas las fachadas acristaladas estarán protegidas por este mismo cortinaje.

Otro relevante exponente de la nueva *green architecture*, el francés François Roche, realizó varios proyectos experimentales en que la arquitectura en sí no puede (ni debe) diferenciarse del sustrato natural paisajístico en que se instala y para el caso de su proyecto museístico *Green Gorgon*, en Lausanne, 2005 [46], dice en su memoria de presentación, lo que sigue:

Entrelazado como un rizoma, en continuo crecimiento como un yacimiento de coral y enredado como los bichos-palo formando un enjambre.

La disposición geométrica del proyecto favorece la diversidad de la colección y permite su distribución y redistribución. Lo más importante es destacar que esta maraña tridimensional es la herramienta estructural que permite acomodar los distintos horarios del museo. Numerosos filamentos crean un circuito oculto que se inclina y se mantiene suspendido entre los distintos niveles y horarios.

La forma del museo se basa en la coqueta representación. Es a la vez un tobogán, una casa encantada y un palacio de hielo donde uno pierde cualquier noción del espacio. Es una curiosidad que liga la dimensión popular del lugar con un parque de atracciones. Pero el museo es también una herramienta de trabajo: una herramienta para la meditación, la sensación y el descubrimiento puesta a disposición de las distribuciones, los cambios y el envolver y desenvolver de la realidad cognitiva y de la discursividad. Naturaleza o naturalezas...

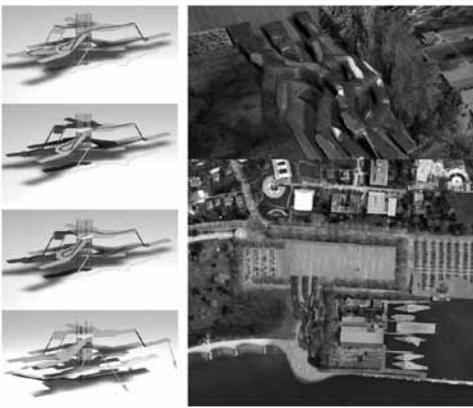
Más un paisaje que un urbanismo; más un bosque que arquitectura. El proyecto juega con sus distintas naturalezas. La maleza que se transforma en los bosques del lugar y que es entonces habitada por animales, como en un mundo anfibio que se ha emancipado del agua, apareciendo de forma libre y espontánea.

Naturaleza urbana de alineaciones, plazas, parques y jardines, de un organismo vivo sometido a las distintas composiciones de un sistema urbano. Naturaleza artificial de la epidermis verde que envuelve el edificio, una especie de piel biodinámica (particiones vegetales verticales sobre sustratos microregados de forma independiente).

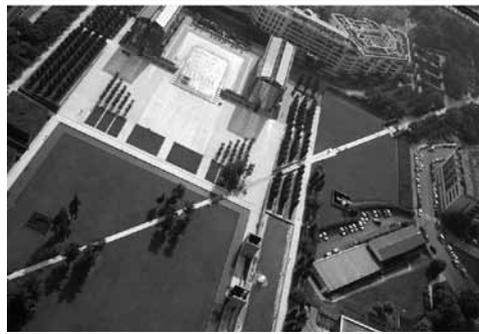
Más allá de la fusión y confusión que genera con el entorno natural, ofrece la ventaja, como nuevo material arquitectónico, de filtrar la contaminación ambiental y de purificar la atmósfera. Naturaleza encantada (sortilegios malignos, encantamientos y otros miedos infantiles), podemos acceder a los jardines aun cuando el museo se encuentra cerrado.

Reconocer estas naturalezas diversas producirá las formas de entretejer los variados estados del territorio (por ejemplo, las ferias, las piscinas, los lagos, los bosques, etcétera).

8. Por último cabe reconocer acciones urbanístico-territoriales —como los casos americanos de Scholz o González de León; también las propuestas de Terry Farrell (2007:93–97) para Londres¹⁶— en que el paisaje aparece como articulación de áreas fracturadas o degradadas de ciudad y la acción paisajística implica una operación, por ejemplo, de recuperación de cauces o riberas y de creación de suturas y nuevas activaciones de sociedad y naturaleza en contextos avanzados de urbanización y artificialización.



46. François Roche. Green Gorgon,
Lausanne, 2005.



47. Paul Viguier. Parc André Citroën, 1992.



48. Benjamin Thompson. Faneuil Plaza,
Boston, 1986.



49. Charles Moore. Riverdesign, Dayton, 1975.

La intervención urbana parisina comandada desde 1992 por Paul Viguier para convertir en el Parque llamado *André Citroën* [47], a las antiguas fábricas urbanas de Citroën —inspirada en las nuevas teorías paisajísticas de Gilles Clement— contribuye al concepto de superar la noción de naturaleza intraurbana (como relicto biológico o reminiscencia romántica o ambas cosas a la vez), propia del modelo dieciochesco (Alphand, Olmsted) proponiendo la idea de *híbrido* (Latour); es decir, una clase de objeto que no es ni natural ni artificial sino una *hybris* de ambas categorías dentro de esa nueva entidad que significa el concepto de cultura urbana.

Estas categorías de actuaciones paisajísticas deberían entenderse como ligadas al contemporáneo auge de búsqueda de nociones más comprehensivas de sustentabilidad asociadas al concepto de segunda naturaleza. Asimismo aparecen otra clase de debates actuales en la nueva ciudad, como el proceso creciente de la desaparición de lo público, la puja de rendimientos por las reutilización de vacíos centrales (como en este caso, suscitados por la desindustrialización urbano-central, que devino en generación de nuevo espacio público merced a transacciones de permisos e intensidades de ocupación en otras áreas) e incluso, los gérmenes incipientes de una privatización para el uso de nuevas centralidades (basada en la generalización de la noción de *temathic park*).

El trabajo liderado por Benjamin Thompson en la céntrica y fundacional *Faneuil Plaza* de Boston (1986) [48] terminó por proponer, rescatando los edificios históricos —como el Mercado de la Pesca—, un área de renovada centralidad en la cual la propuesta de un espacio patrimonial se trabaja como paisaje cultural y que trajo aparejada una intensa movilización social para impedir la demolición del área en áreas, de lo que en USA se conoció como *urban renewal*. El área, según otra lectura, la de especialistas en antropología urbana, ahora padece el síndrome llamado *gentrification*, que supone que para salvar los vestigios materiales de un área devenida popular, necesariamente ello conllevará el cambio de estratos sociales en pro de población de mayor estatus.

Dentro de los varios modelos hiperparticipativos desarrollados en USA desde los años '70 —como las metodológicas *Make Democracy Now* o *Take Part*— el trabajo realizado por Charles Moore para rediseñar el área central de *Dayton* (1975) [49], atravesada por el río Ohio, implicó una de las primeras experiencias de *proyecto colectivo*, ya que se basó en diálogos entre el diseñador y la comunidad en general a través de emisiones diarias, cada noche, en un canal de TV de cable, Moore proponía argumentos o esbozos y requería datos, información e ideas y cada día elaboraba avances que discutía en el programa interactivo de TV, que se complementaba con un buzón de ideas.

El concepto básico del proyecto era un *palimpsesto de imágenes*, un intento de reconstrucción de los ambientes principales del sistema como fruto de lo que surgiera de los recuerdos y la memoria de los habitantes de la ciudad.

Se trató así, de montar un complejo paisajístico–fenomenológico compuesto por elementos emergentes del imaginario colectivo popular.

El objetivo del plan era vertebrar un parque lineal que potenciara la historia misma de la ciudad a través de los recuerdos colectivos que se tenían de ese espacio público, de modo que la metodología escogida garantizó una relación directa con las familias de la ciudad y el aprovechamiento del enorme caudal de datos y opiniones que ellas atesoraban.

El caso del *Lowell Cultural Park* [50], instituido como tal en 1982, es interesante por resultar la primera expansión legal de la normativa de los *parques nacionales naturales* —que habíamos señalado, es originaria de USA y que posee más de un siglo de experiencias— al nuevo concepto de *parques nacionales culturales* siendo éste el primero de esta característica que, reacondicionando a modo de *museo de sitio* la antigua ciudad de Lowell, cercana a Chicago y primer enclave inglés destinado a la manufactura textil, propone no sólo un caso relevante de *arqueología industrial* y de primera manifestación ejemplar de la tipología de *paisajes culturales* sino además, en cuanto a extender una normativa y un modo de financiamiento que abre perspectivas ampliatorias para el repertorio de estructuras significativas de paisaje susceptibles de articularse con valores patrimoniales, como será, en otras instancia, el caso de los *lieux de memoire* de la legislación patrimonialista francesa.

Existe un alto número de iniciativas propias de gobiernos o de ONG's orientadas al desarrollo experimental de alternativas habitativas de carácter demostrativo y habitualmente de escalas pequeñas. La llamada *Ecolonia* en Alphen aan den Rijn [51], un sitio holandés equidistante entre Amsterdam y Róterdam fue un proyecto encargado por la NEPP —la oficina central de planeamiento ambiental de Holanda— en 1990 y luego de una convocatoria a muchos arquitectos se decidió llevar adelante un proyecto presentado por el atelier de Lucien Kroll quien realizó 101 viviendas sujetas a un modelo completo de experimentación de arquitecturas no convencionales en su construcción y sus formatos de uso de energía.

También se prestó mucha atención al modo en que las viviendas se disponían en el territorio —un área de alta calidad natural con características de humedal pulsátil con aguas y vegetación *ad hoc*— donde se puso en marcha una metodología llamada *flow management* que planteaba una modelación integrada y cíclica de todo el funcionamiento ecosistémico de la nueva conjunción de sitio y viviendas incorporadas.

El llamado proyecto *Muir CoHousing* en Davis, de Thomas Unger, es una muestra¹⁷ de los más de 300 proyectos de *coHousing* (hábitat cooperativo

llevado adelante por pequeños consorcios de propietarios que se someten a cumplir ciertos protocolos estables de manejo ambientalmente adecuado al menos en lo referente a manejo de residuos, usos de energía y cuidado de la naturaleza preexistente) promovidos por la asociación *The CoHousing Company* que presta ayuda conceptual, socioorganizacional, económica, legal y técnica a grupos interesados, aportando una metodología general de desarrollo de los emprendimientos, marcos legales y organizativos para los mismos y en los casos requeridos, equipos técnicos de proyectistas surgidos de un registro especial que fueron desarrollando, incorporando diseñadores con formación e intereses ambientalistas.

Los grupos CH adquieren diferentes especializaciones y de tal forma algunos son para profesores universitarios, otros son para personas de tercera edad con o sin necesidad de tuteladas médicas, algunos son comunidades de artistas y artesanos, otros son emprendimientos de ayuda terapéutica y recuperación de adicciones, otros funcionan como soporte de *resorts* turísticos, etcétera.

Debemos mencionar por último en esta secuencia, a una serie de intervenciones emergentes del pensamiento y práctica paisajística pero que se articula con la voluntad de reestructurar, reorganizar o suturar áreas centrales de ciudad como es el caso ya mencionado más arriba del Parque Bicentenario de Boston —uno de cuyos tramos fuera proyectado por Van Valkenburgh [52]— entre los que existen varios trabajos latinoamericanos interesantes como el Parque de la Muralla, en la ribera del Rimac en Lima o el proyecto no realizado aún de rehidratación del Lago Texcoco en el centro de México DF, así como el trabajo liderado por Cecilia Scholz, con el concurso de varios expertos alemanes, para el caso del Parque Urbano Central de La Paz [53], iniciado en 2004 y todavía en construcción o algunas de las varias actuaciones del llamado *Plan Bicentenario* en Chile, del que destacamos las actuaciones territoriales y urbanas realizadas en el valle inferior del río Elqui en La Serena, 2006, así como los varios tramos, algunos ya concluidos, del también chileno *Plan Mapocho*, que plantea desarrollar un parque lineal en la hasta ahora muy abandonada y deteriorada traza del río Mapocho que atraviesa la ciudad y que tiene todavía por desarrollarse tramos como el proyecto *Vitacura* diseñado en 2005.

Sin que existan proyectos urbano–paisajístico generales hay que destacar otras gestiones interesantes como la preservación, desarrollo y potenciación de áreas centrales de ciudad como el caso del centro del barrio de Barranco en Lima, una zona de singular calidad natural —la traza abarrancada de un antiguo arroyo que desaguaba al Pacífico— sobre la que se han proyectado puentes y construcciones que potencian tal estructura paisajística básica.

En otras circunstancias también destaca el caso análogo al desmontaje de las fábricas parisinas de Citroën, en la creación del llamado *Parque Central*



50. Lowell Cultural Park, 1982.



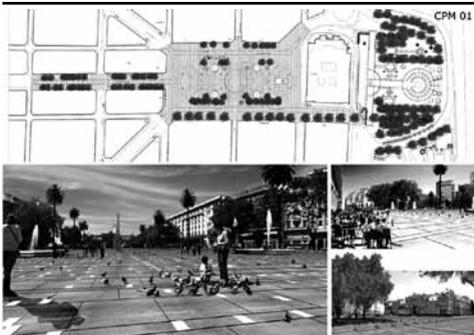
51. Lucien Kroll. Ecolonia, 1998.



52. Michael Van Valkenburgh. Rose Kennedy Greenway, Boston, 2002.



53. Cecilia Scholz. Parque Urbano Central, La Paz, 2004.



54. Colombo, Montaldo&Szraiber. Plaza de Mayo, 2006.



55. Marcelo Vila *et al.* Paseo Macacha, Güemes, 2004.

Bavaria en Bogotá, que fue la consecuencia de la desactivación de la vieja fábrica cervecera de ese nombre para crear varios desarrollos de vivienda colectiva y oficina, junto a un equipamiento que reutiliza las antiguas instalaciones y el desarrollo de un nuevo parque en el área más central de la ciudad con unas 4 hectáreas dedicadas a tal finalidad, y todo dentro de un proyecto de desarrollo inmobiliario pero inserto en un *master plan* paisajístico de alto interés.

En los casos argentinos del completamiento del antiguo proyecto de Guido & Bustillo para el Monumento a la Bandera, de 1943–1957, con el desarrollo promovido por la Municipalidad de Rosario del llamado *Pasaje Juramento*, de 1999, se advierte un caso de completamiento de una pieza urbana así como de transformación de un área más bien monumental en una estructura de paseo —entendida como un conector urbano central— que fortalece la función conmemorativa del proyecto básico agregándole calidades de espacialidad pública del orden de lo que llamamos paisajes culturales. Como sería el caso del trabajo con que el grupo Colombo, Montaldo & Szraiber ganara el concurso llamado, para rediseñar la *Plaza de Mayo* porteña en 2006 [54], en la que el agregado de elementos basados en luminotecnia permite recordar virtualmente las distintas formas históricas de dicho paseo. El rosarino y este trabajo para el centro de Buenos Aires aluden en otro sentido, al carácter cultural más que natural, verde o vegetal con que suele pensarse contemporáneamente el desarrollo y postulación de nuevas plazas y áreas de uso público, como también ocurrió con el proyecto que el grupo liderado por Marcelo Vila ganara el concurso —hoy realizado— del *Paseo Macacha Güemes*, en 2004 [55].

Estas intervenciones testimonian alternativas actuales de hacer ciudad mediante sistemas de proyectos eventualmente conectados mediante estrategias de relación funcional y aprovechamiento de las sinergias positivas obtenidas. El caso de la plaza Güemes es un *infill* o relleno de espacio público desplegado como elemento complementario al desarrollo inmobiliario de Puerto Madero, caracterizado por una interesante apelación al modelo de plazas secas más culturales que naturales (Piñón/Viaplana, Tschumi, Perrault).

Por último, unos ejercicios proyectuales que dirigí en la Universidad de Córdoba junto al llamado TIPU (Taller de Investigación en Proyectos Urbanos) en 2001 y otros en Maestría de Arquitectura & Diseño Urbano en la Universidad de San Andrés en La Paz en 2006, se proponían mecanismos que fueran suficientemente capaces de procesar los datos operativos de paisajes típicos de *terrain vagues* urbanos, utilizando tales datos como puntos de partida para la definición de tipos arquitecturales básicos —láminas, cintas y otras topologías elementales— usables en ensambles vinculados a proyectos (que llamamos *ecoproyectos* como respuestas tipológicamente mínimas a formas de articulación

eficiente a condiciones de sitio) cuyas características minimizaran la fricción artefacto/soporte y adquirieran altas prestaciones (liviandad, consumos, ciclo de vida) en atención a la crisis de sustentabilidad.

En alguna forma, en estos casos se estaría investigando una nueva y fructífera fusión entre arquitectura y paisaje, entre novedad técnica y vocación territorial, pero ahora ya no como excursión artística o filosófica sino como una instancia de eventual *final de la historia* en la que el pensamiento devenido de las condiciones del paisaje se instala como estratégico y esencial.

Notas

¹ Tomado de la página www.elmismodiario.com. El número 37 de *The Spectator* se editó en 1711.

² Ernst Haeckel (1834–1919) fue uno de los continuadores de Darwin, también fervoroso adherente al evolucionismo pero a su vez interesado en las relaciones entre seres vivos y su ambiente, que dio origen a lo que bautizó como “ecología”. Su *Kunstformen der Natur* (*Obras de arte de la Naturaleza*)

es un libro de litografías y autotipos que consta de unas cien páginas representando varios tipos de organismos, muchos de los cuales fueron descritos por primera vez por el propio Haeckel. Los dibujos fueron publicados por primera vez en conjuntos de diez entre 1899 y 1904 y en un volumen completo en 1904. En el transcurso de su carrera, Haeckel produjo en torno a mil grabados sobre la base de

sus bocetos y acuarelas, muchos de los mejores fueron incluidos en dicha obra *Kunstformen der Natur*, trasladados desde los dibujos a la imprenta por el litógrafo Adolf Giltsh.

³ Ruskin es conocido por su defensa de la arquitectura histórica, aunque en su actividad como viajero frecuente a Italia (atravesando los Alpes) registraba escenas naturales —o propias de la imbricación entre naturaleza y cultura típica de los ambientes rurales— como consta en numerosas acuarelas de su libro *Viaggi in Italia*, Passiglio Editori, Florencia, 1985: allí hay análisis no sólo paisajísticos sino incluso vegetales de lugares del Monte Rosa, del Lago Maggiore de Vogogna, etcétera.

⁴ En el monográfico número 126 de la revista *Humboldt*, Bonn, 1999, que conmemora el bicentenario del viaje americano, se incluyen los ensayos de W. Burgmer y M. Osten sobre el escalamiento del Chimborazo y las conclusiones científicas del viaje reproduciéndose el corte/vista/tabla descriptivo de la montaña.

⁵ Los resultados del viaje de 5 años por América (1799–1804) serían publicados en varios tomos, en francés, desde 1806 bajo el título *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*. Hay varias traducciones al español y el texto *Sitios de las Cordilleras y Monumentos de los Pueblos Indígenas de América*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1968 contiene los tomos XV y XVI de aquella compilación.

⁶ Para un análisis muy pormenorizado de lo que llama *grandes jardines europeos* véase el libro de C. Steenbergen y W. Reh, *Arquitectura y Paisaje*, G. Gili, Barcelona, 2001: allí constan buenos estudios de Versailles, Sceaux, Marly, Vaux y todo el gran paisajismo francés además de una sección dedicada al paisaje italiano y otra al inglés.

⁷ Hay una descripción detallada del proyecto territorial y paisajístico en el trabajo de Steenbergen–Reh (2001:159–193).

⁸ Para la incidencia del paisajismo norteameri-

cano en una reconceptualización del urbanismo —y por tanto, en el planteo de hipótesis muy transformadoras de la tradición europea en el sentido de proponer una rearticulación compleja entre proyecto y naturaleza— es importante el ensayo de Francesco Da Co, “De los Parques a la Región. Ideología progresista y reforma de la ciudad americana” inserto en el libro de G. Ciucci *et al.*, 1975:139–293.

⁹ Véase de C. Lancaster, 1972.

¹⁰ Se puede encontrar una completa documentación de las obras y los textos minimalistas de Long en su página web www.richardlong.org

¹¹ Hay una buena documentación de las obras y proyectos de Walker en su publicación *PW and Partners Landscaping Architecture: defining the craft* y en su página www.pwpla.com

¹² Una completa información del trabajo de esta oficina consta en su página www.hargreaves.com

¹³ El libro más célebre de Neutra es *Survival through Design* editado originalmente en 1954 y con múltiples ediciones. El libro que reúne sus escritos más ambientalistas, los últimos de su carrera es *Nature Near: Late essays of Richard Neutra by William Martin* (ed.), Capra Press, Santa Bárbara, 1989.

¹⁴ Revista *Summa +*, 46, Buenos Aires, 2001:78–87.

¹⁵ Véase el ensayo de la paisajista Ana Rosa de Oliveira, “A construação formal do jardim em Roberto Burle Marx”, texto especial 004 en el periódico virtual *Arquitextos*, inserto en la página www.vitruvius.br, julio 2000. Una antología de las ideas y proyectos del autor en R. Burle Marx, *Arte e Paisagem*, Nobel, San Pablo, 1972.

¹⁶ En especial su proyecto para el *Thames Estuary National Park*.

¹⁷ En la página www.nomadsunited.com se ofrece una nómina de las direcciones web de unas 500 conformaciones recientes de comunidades de intereses ambientalistas incluidas una gran parte de las experiencias *coHousing*.

7. Global y fragmentario

Crisis del concepto de identidad

Este capítulo trata de proponer argumentos para repensar la idea de la *identidad* no desde la *ideología* (axiología, temporalidad) sino desde el *paisaje* (morfología, espacialidad) y sobre la base de esa redefinición poder analizar relaciones entre centro y periferia, núcleo y orilla, mercado y sociedad, comunicación y cultura, plan y proyecto, etcétera.

Pensamos en una idea menos abstracta de identidad en tanto no algo vinculado a principios morales o conductas sociales sino más elementalmente a un *ser-abí* del sujeto en una *patria-paisaje*, en un *locii* o entidad tópica con la que, y antes que todo, uno se siente *propio de*, o usando esa expresión francesa tan intraducible como: *chez*.

En las antiguas civilizaciones mesoamericanas esa relevancia del territorio como ámbito de otorgamiento de identidad (uno *es lo que es* en tanto *es de algún lugar*) llegaba al extremo, dada la inexistencia de lenguas escritas sino de registros ideográficos, a que la historia ocurría o se verificaba en tanto geografía; las cosas y los hechos sucedían no en el tiempo sino en el espacio y así son conocidos por ejemplo, los códices que, como el Xolotl, cuentan la historia de la dinastía chichimeca como ocurrencias territoriales, circunstancias en que los personajes se manifiestan como elementos del paisaje, lo que además era perfectamente convergente en el diseño de una religión de cosmogonías panteístas.

Pero dejando de lado esa posible noción casi clásica de identidad —las epopeyas homéricas más que historias son viajes; más que decursos, transcursos— y acercándonos a problemas más actuales, un conjunto de apuntes y algunos comentarios de proyectos recientes intentarán establecer cierta agenda de discu-

sión en estas cuestiones para ayudar a desentrañar nuestro presente proyectual en Arquitectura y Urbanismo pensadas y practicadas desde y en las *orillas*, es decir, al margen del centro del mundo moderno, allí donde nuevamente el tiempo es más lento y la existencia se afirma en lo geográfico.

1. Dos nociones redefinen intensamente la condición contemporánea: el *aceite global* y el *archipiélago local* (la constelación de fragmentos mucho más móviles y fluctuantes que antes, por ejemplo, en la caída de la noción de nación y sus concomitantes conceptos de soberanía, límites físicos, etcétera).

La *globalidad aceitosa* —la *modernidad líquida* que inventa Bauman— instaaura una deslocalización de antiguas fijaciones y el comercio por ejemplo, diluye las fronteras (no del todo para personas pero sí para las mercancías y las comunicaciones) y la fluidez de circulaciones de esos elementos relaja o distorsiona nuestro *arraigo*.

Según lo estableciera Marc Augé (1993) con su noción de *no-place* (*no-lugar*) que más bien significa *lugar común* definido por intereses globales en contra de particularidades locales, ha ido multiplicándose un encadenamiento de experiencias banalizadas (Augé habla de aeropuertos, cajeros automáticos, supermercados, oficinas corporativas, comercios franquiciados, etc.) cuyo efecto central, a favor de maximizar esa fluidez circulatoria finalmente asociada a una omnipotencia consumística, es licuar, erosionar o eliminar el arraigo, el funcionamiento de mecanismos de identificación inequívoca entre sujeto y lugar.

Algunas nociones que sirvieron por casi dos siglos para delimitar relaciones entre poblaciones y territorios —como sustancialmente el concepto de *nación*— hoy sino desaparece jurídicamente sí se relativiza de modo notable frente a ese aceite distributivo y homogeneizador de la globalización de cosas y mensajes que finalmente instala *cotidianeidades ficticias* que contradicen antiguas heterogeneidades (*siempre un McDonald cerca...*).

En un texto del filósofo español Adolfo Vázquez Rocca (2004), que resume con agudeza las ideas de Peter Sloterdijk, acerca del desarrollo histórico socio-antropológico ligado a las mutaciones del ser-en-sociedad, se dice lo siguiente:

Sloterdijk en su breve ensayo *En el mismo barco*¹ recorre la historia universal a través de travesías exploratorias por las diversas fantasías sociales. Aquí, tomando como imagen directriz la metáfora de la navegación, Sloterdijk esboza una teoría de los estadios históricos del género humano, una secuencia de triple insularización en la historia universal.

En el primero, se indaga en lo arcaico, en la originaria vida de las hordas, que adviene como reacción al desastre de Babel, vale decir, al fracaso del intento arquetípico por fundir culturas y lenguajes. Aquí se nos presenta a las antiguas hordas como una especie de islas flotantes, que avanzan lentamente, de modo espontáneo, por los ríos de la vieja naturaleza. Se separan del medio exterior por la revolucionaria evolución de las técnicas de distanciamiento (sobre

todo por la novedosa sincronía de huida y contraataque) y están sujetas desde su interior por un efecto invernadero emocional, que amalgama a los miembros de la horda (a través del ritmo, la música, los rituales, el espíritu de rivalidad, los beneficios de la vigilancia y el lenguaje) en una especie de institución psicosocial total.

En el segundo período, la época mundial de la navegación, se describen poderosas fragatas, con galeras estatales, que parten hacia arriesgados y lejanos destinos. Si antes se ha señalado que los primitivos grupos humanos habían surgido de la vieja naturaleza por una especie de formación de islas, ahora, para proseguir con esta idea, se tendrá que asumir que, en cuanto el fenómeno del dominio se volvió epidémico, los grupos humanos empezaron a explotar a otros grupos como si fueran de una naturaleza distinta. Aquí la “humanidad” se escinde en dos grupos, los que crecen por el esfuerzo y los que se estancan en el sufrimiento. La política clásica busca cohesionar a estos grandes grupos; si cabe decirlo así, los hombres se acercan más entre sí, cuanto más extraños se hacen entre sí. Lo que les une ahora es la íntima extrañeza del amo y el esclavo.

La tercera época, es la del turismo a escala mundial y de la asolada de los naufragios, la política es como un crónico y masivo accidente de coches en una autopista envuelta en la niebla.

Con la humanidad caminando a tientas, la antropología viene a ser la “ciencia de la imprudencia y de la frivolidad del ser humano al edificar formas de vida sobre promesas imposibles”. La marcha del mundo en su conjunto se asemeja mucho más a una fiesta de suicidas a gran escala que a una organización de seres racionales enfrascados en la tarea de conservarse a sí mismos. En lugar de la cohesión de la horda o la jerarquía del Imperio es un cierto atomismo—nómade el que ahora se impone como el estilo postindustrial de vida. En este individualismo de apartamento de las grandes ciudades posmodernas, proclama Sloterdijk, la insularidad llega a convertirse en la definición misma del individuo. El nuevo individualismo que exalta la “diferenciación específica”, exige un orden de complejidad inconmensurable, y finalmente tiende a abolir en gran escala el primado de la repetición sobre la invención. En este último efecto insular, proclama Sloterdijk, aparece el último hombre de Nietzsche con rasgos inesperados: sin retorno al reino de la reproducción, “conduce su vida como el usuario terminal de sí mismo y de sus oportunidades”. Sin embargo, siempre se requiere una instancia que impida que estas islas se despeñen a los pantanos de la entropía. Hay que compatibilizar el individualismo radical del nuevo orden con las eternas labores de crianza, socialización, preservación de la continuidad y la reproducción de la vida humana.

2. En tal configuración la idea de *identidad* (que implica la idea complementaria de *diferencia*: un grupo es lo que es porque tiene diferencias con otro) se torna imprescindible como criterio básico de calidad de vida, como modo de regular la brecha entre un mundo consumible teóricamente disponible en la información global y práctica o realmente inaccesible en la economía fragmentarizada.

La noción de identidad proveería un mecanismo de compensación —que puede ser a su vez, de consolación— en torno de los supuestos *must* de la civilización de la globalización a la cual podría oponérsele ideas o valores tales

como la *topofilia* (Fu Tuan, 2007) o amor al terruño, la cultura geosituada, los modelos de consumo vinculados a criterios de autosuficiencia, etcétera.

La identidad en ese sentido, funcionaría como un contrapeso a la nueva configuración de alienación, como *dispositivo de salud psicosocial* antes que como *instrumento político-ideológico*. Y puede llegar a manifestarse en aspectos muy empíricos como el que enarbolaba el líder agrarista francés José Bové cuando decía *think global, eat local*, para oponerse a la *macdonaldización* del mundo (de paso, atentaba contra un McDonald...).

3. El concepto de ideología como *plataforma axiológico-política* es lo que se ha debilitado o extinguido, como efecto complementario de la subordinación de las políticas locales (y las *micropolíticas* en general) a la economía global.

La reconstrucción de un grado cero de nueva y necesaria *sociosubjetividad resistente* como dijo Félix Guattari,² hoy encarna las nuevas posibilidades de otra política, una política micro que profundiza la reorganización de lo local dentro de una esfera que en el aceite de la globalización informativa anula la perspectiva otrora posible de *los regionalismos ingenuos*.

Si como decía Alvaro Mutis, *un optimista* (nosotros traduciríamos aquí, *un regionalista-localista*) *es un señor al que le falta información*, entonces hoy es muy difícil ser optimista o regionalista-localista en nuestra traducción.

Otro mural visible en la ciudad de La Paz evidencia al nivel de un arte callejero o popular, también cierta tematización articuladora de aspectos del orden global desde la perspectiva local y en él aparece el arquetipo del hombre andino autóctono cuya energía deviene del sol pero que a su vez, mediante las múltiples conexiones que emergen de su otro brazo, parece alimentar desde esa energía primordial a las otras fuentes, diríanse estratégicas para Bolivia, tales como el agua, el combustible (gas) y la potencia vegetal (;coca?).

4. La imagen del hombre andino antiguo o ancestral y a la vez actual [1], religa lo mítico y lo productivo: un dato crucial de la escena actual es el *mercado global* confrontado a la *sociedad local*: política, educativa e ideológicamente la tarea de los nuevos líderes parece ser reentrenar a la sociedad para que acepte, e incluso reclame, lo que le ofrece el mercado.

El apogeo de una sociedad hipermediática en la que la información circula rigurosamente vigilada permite instituir la *invisibilización* de lo no solucionable, que según Richard Sennett (2000) representa la ocultación y no consideración de problemas reales como el fin del paradigma del trabajo.

El efecto de la desarticulación de las sociedades políticas (encarnadas en formas estatistas hoy exangües) explica que más de un 80% de la arquitectura exitosa hoy atiende el espectro de artefactos urbano-arquitectónicos requeridos por la *new economics*.

5. El acotamiento histórico de la idea de plan pareciera circunscribirse a la etapa de vigencia del *welfare state* por una parte y del *socialismo real* por otra. Ya sea la idea del *plan compensatorio* en la WS: quitar algo de exceso para redistribuir mejorando parámetros de calidad de vida social o la noción del *plan impositivo* en el SR como factor de disciplinamiento para engendrar etapas de acumulación.

El concepto de plan estaría asociado a una sociedad civil y política instituida en una voluntad de redistribución, en una ética equitativa asociada a la reducción de las diferencias y a la administración de excedentes aplicados al otorgamiento de instancias de bienestar a la sociedad entera. Es en tal sentido que atribuimos al concepto de plan —al diseño técnico de planes pero también a la voluntad política de diseñarlos y aplicarlos— un decurso histórico coetáneo y funcional a los momentos del socialismo y del Estado de bienestar.

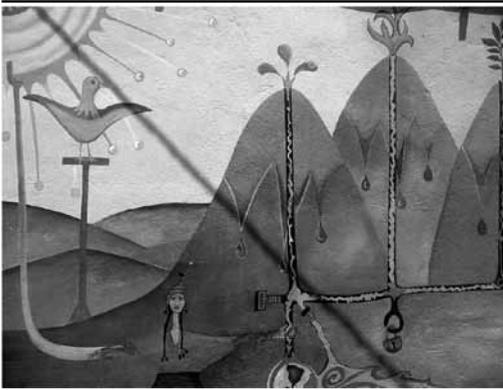
6. El *no-plan* aparece como condición necesaria del capitalismo avanzado generalizado como estrategia libre-economista dentro de los *ghettos* selectivos del nuevo estatus, como reconocimiento de la *cajanegrización* de lo no solucionable y como engranaje mínimo de convivencia entre los *ghettos* de *alto standing* y el mundo invisible o más bien, invisibilizado.

La ausencia de planificación —como voluntad política y como producción concreta de planes— debe asociarse a la inconveniencia de una planificación cuyo sentido fundacional fue administrar una redistribución de excedentes.

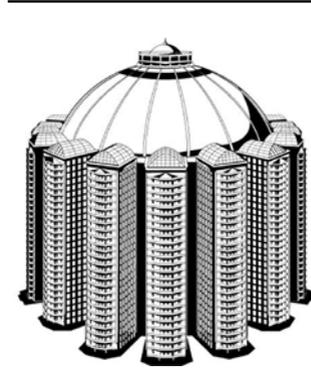
La agudización de un *capitalismo de rapiña* que maximiza la concentración asimétrica de las ganancias (los últimos 20 años han presenciado el proceso por el cual sólo 90 personas físicas concretas acumularon un capital equivalente al del *ingreso per cápita* promedio acumulado de la mitad de la población mundial; es decir 90 = 3000 millones de personas) exige la disolución de los dispositivos éticos y técnicos de la planificación ya que desde un punto de vista realista no existen ahora excedentes.

La tercera función citada del *no-plan* —el de proveer de cierta articulación o convivencia entre el *high few* y el *low much*— podría coincidir con la idea de *plan estratégico*: las últimas versiones del *strategic planning* trabajan sobre la reducción de la fricción de bordes de enclaves y la viabilización de los procesos de *gentrificación* y/o sobre el mejoramiento de condiciones de seguridad dentro de cierta reorganización de las violencias sociales.

El problema es que si antes el plan administraba el concepto de *espacio público equipado* como ámbito condensador de las diferencias sociales, hoy el *no-plan* parece interesado en garantizar *fronteras* para los diferentes sociales que deben compartir relativamente los mismos territorios.



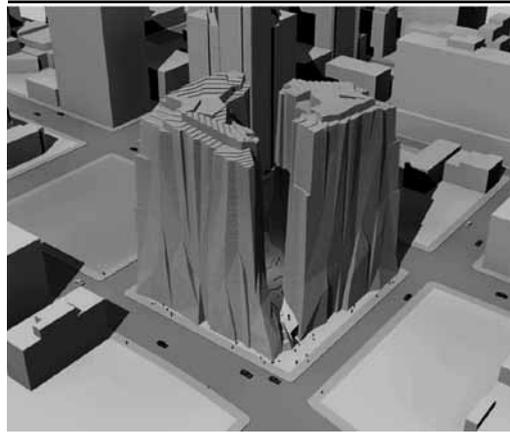
1. Grafiti en La Paz.



2. King Camp Gillette. Ciudad Niágara, 1919.



3. Frank Paul. Titan, 1936.



4. Emilio Ambasz. Monument Tower, Phoenix, 1998.

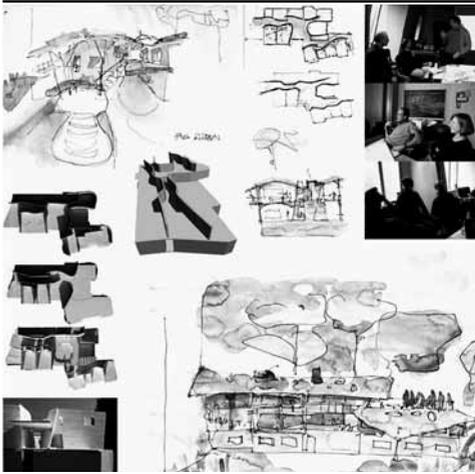
7. Así como ha cambiado la noción de plan, también se ha operado una transformación del concepto de *proyecto*, de pieza práctica o unidad de actuación dentro de estrategias generales de mejoramiento social (el *proyecto moderno*, desde inicios del siglo XIX hasta 1970) a empaquetamiento estilístico o solución lingüística de unidades productivas de nueva ciudad requeridas por la *new economics* (el *proyecto posmoderno*, desde 1970, entendido más bien como pieza cultural/comunicacional antes que módulo de satisfacción de necesidades: museo versus hospital; casa de condominio versus módulo habitacional *existenz minimum*, etcétera).

Un ejemplo poco conocido de proyecto moderno, con su carga de utopismo sociotécnico es el desarrollado por King Camp Gillette (1855–1932, inventor de la hojita de afeitar con la que hizo fortuna con ello) en el caso de lo que llamó *Ciudad Niágara*, de 1919 [2] y que era la reproducción infinita de un prototipo eficiente (falansteril y panóptico) en 40 mil copias para hacer una ciudad de 150 millones en el mejor lugar imaginado e imaginario: el Niágara era, por caso, el destino generalizado de las *honeymoons* norteamericanas, el *desideratum* de la felicidad popular. Allí ya está la idea fundante según la cual lo ideal–natural (la región de las grandes cascadas) puede y debe ser apropiada en términos de Mercado aun al precio de su extinción como naturaleza.

Esa proyectualidad *amateur* también impera en el caso de personajes como el dibujante Frank Paul, cuya historieta *Titan*, de 1936 [3], plantea un redoblamiento de la idea de ciudad intensa o nerviosa en el estatuto del *comic* que entonces establecía desplazamientos desde el futurismo a la historieta. Colateralmente cabe referir al proceso de cómo la arquitectura pasó de productora a consumidora de imaginaria futurista, si constatamos el periplo que va de la proposición expresionista de la *Metrópolis* de Lang a las influencias detectables en Koolhaas de la estética urbana inventada en *Blade Runner*.

El modo posmoderno actual con que la arquitectura rellena o sutura vacíos de ciudad puede quedar evidenciado en muchos proyectos —como el de Emilio Ambasz, *Monument Tower*, en Phoenix, de 1998 [4], que escoge una analogía con formas naturales para establecer su identidad— en los que, con mayor o menor capacidad de aprovechar la relativa autonomía de la acción arquitectural, se trata de utilizar las nociones de repetición y diferencia como parámetros de renta urbana.

Ahí se plantea el problema de cómo ser diferente en lo hiperrepetitivo de una tipología definida por la utilidad y en el ejemplo citado, en cómo recordar lo natural en la ciudad artificio (Phoenix es una de las ciudades–oasis más grandes y problemáticas del mundo).



5. Peter Hübner. Escuela en Kassel, 2002.



6. Rick Joy. Casa Arroyo, Tucson, 2002.

8. Podríamos hipotetizar el desplazamiento de la *identidad ideológica* a la *identidad morfológica*: la temprana concepción moderna de una identidad basada en la ideología propia del fortalecimiento de un ensamble de pueblo y nación o región, ahora se habría trasladado a una motivación bastante basada en la lucha por la calidad del paisaje y los lugares.

De ese desplazamiento podría dar cuenta cierto auge actual de la *cuestión ambiental*, que podría entenderse como un nuevo flanco de discusión socio-productiva en que la idea de impacto ambiental como impacto degradatorio de la calidad de lugares o paisajes aparece si no como único foco de discusión al menos como temática relevante.

Véase en el caso del debate por las pasteras finlandesas–uruguayas en que los manifestantes argentinos aluden a los perjuicios más bien sensitivos que degradarían el paisaje (olores, contaminaciones hídricas, humaredas, la mala imagen de los propios edificios, etc.) antes que a cuestiones que criticaran aspectos de la actual globalización económica. En un incipiente modelo que llamaría egoísta, la gente de cada lugar parece decir *hagan lo que quieran, pero lejos...*

Una arquitectura menos ideológica en el sentido previo y más orientada a afirmar una calidad morfológica afincada en el respeto del paisaje podría entenderse como manifestación puntual expresiva de este desplazamiento nocional.

Una arquitectura más consciente de la reconstrucción de la relación entre la gente y su paisaje o entorno, hoy iría bastante más allá que una búsqueda esteticista, de tipo romántica o contextualista y su cometido incluso puede

reducir la narcotización de la invisibilización de lo malo del mundo, que sería la reacción elemental de un pensamiento ambientalista que sólo busca eliminar o reducir las evidencias inmediatas de un daño.

La obra del alemán Peter Hübner, como su Escuela en Kassel de 2002 [5], ilustra acerca del proceso de pensar/hacer arquitectura como arte colectivo y oportunidad de reconstruir socialmente condiciones arquitectónicas en la relación artefactos/sitios y por tanto, no se trata de una arquitectura idealista en cuanto a rescatar *acomodamientos de paisaje* sino más bien en la oportunidad de una discusión con la comunidad implicada acerca del hecho de construir un proyecto que por fuera de su respuesta funcionalista directa, se proponga abrir una discusión sobre la relación de la arquitectura y el ambiente o paisaje.

Hübner agrega a la voluntad de identidad o identificación en/con el paisaje inmediato, un concepto de proyecto participativo que desemboca en las tecnologías (re)conocidas y accesibles. Hacer participar a la gente y a sus experiencias habitativas y constructivas es un principio elemental de garantía de identidad.

Las obras del regionalista americano Rick Joy, nativo y activo de/en Arizona —como la *Casa Arroyo* en Tucson de 2002 [6], una disolución del *factum* arquitectural en el continuo del paisaje; o el proyecto que aborda con Al Sayed/Burnette/Boucher en el *resort Page One*, de 2002, en que la arquitectura se piensa como acondicionamiento rentable de un paisaje preexistente—, ejemplifica otro caso de proyectistas sensibles a identidades de archipiélago en el homogéneo mar de la globalización. Aunque esa actitud proyectual no signifique necesariamente un apartamiento de la esfera del mercado.

Las obras realizadas por Ricardo Porro en las Escuelas de Artes y de Música de La Habana, de 1964 y la que Vittorio Garatti complementara en su *Escuela de Danza* de 1966 [7], fueron aun en el limitado efecto ideológico-político ulterior que tuvieron en el devenir político cubano, oportunidades de abrir una discusión acerca de trabajar acciones arquitectónicas no sólo con relación a abastecer necesidades inherentes a la dotación de un equipamiento cultural productivo para la naciente experiencia —escuelas, no museos de arte; fábricas no depósitos— sino además en plantearse el tema del lenguaje y la construcción de identidades referenciales entre la gente, el lugar natural y las formas artefactuales, en un sentido no lejano a las investigaciones de lenguaje poético que simultáneamente hacían Carpentier o Lezama Lima.

Y el caso del brasileño Pedro Nitsche, con su *Casa en Sao Sebastiao*, de 2004 [8], en que la arquitectura aparece como una prótesis tecnológica elemental en su viabilidad, dentro de ambientes tropicales de clima riguroso que serán afrontados más con liviandad y transparencia que con acondicionamientos sofisticados, sería otra posible ilustración de esta multiplicidad de respuestas leves en ambientes concretos.



7. Ricardo Porro. Escuelas de Arte y de Música, La Habana, 1964. Vittorio Garatti. Escuela de Danza, La Habana, 1966.



8. Pedro Nitsche. Casa en Sao Sebastiao, 2004.



9. Renzo Piano. Centro de Tjidabou, 2000.



11. Solano Bentez, Unilever, Asunción, 2000.



10. Solano Benítez. Camping Sitrande, Asunción, 1990.

9. En paralelo, la idea de paisaje pasa de la noción de *paisaje romántico* (paisaje emotivo, sublime, diferencial) a la idea de *paisaje operativo* (paisaje cotidiano, experiencial, sociosituado). El paisaje podría entenderse como nueva dimensión de concertación global/local y como espacio concreto de movilización social micropolítica, temática de demandas sociales y también de concertaciones políticas.

“El paisaje es como el campo de batalla de las apetencias globales por la obtención de utilidades y la resistencia local por mantener principios de identidad”. Como afirma Olivier Mongin (2006) hoy el territorio es un objeto lábil y mutante que resulta atravesado por los flujos de poder y dinero de este momento histórico ultracapitalista.

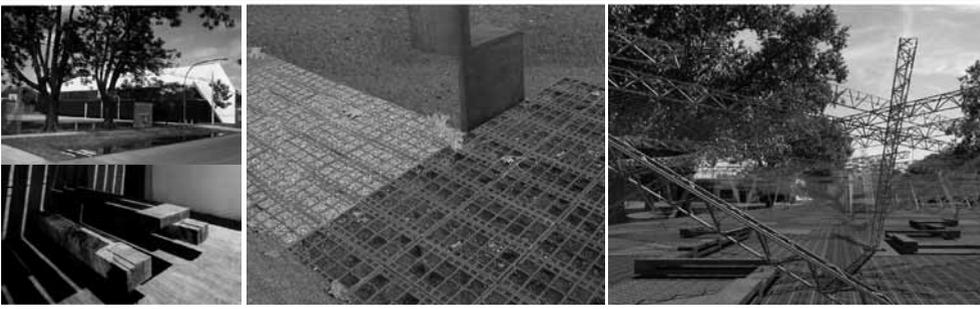
Arquitecturas repensadas desde el paisaje —desde el natural al antropológico— se multiplican y expresan la condición heterogénea de la diversidad fragmentada del archipiélago de las islas locales.

El trabajo de Renzo Piano en el Centro de Tjidabou, en la Polinesia, de 2000 [9], manifiesta cierta expresión *tecno* reelaborando el dato antropológico de prácticas textiles vernaculares, además de expresar una vuelta al inicio semperiano de la tectónica como producción de pieles textiles.

Y también la aparición de una neo-retórica aparentemente funcional a nuevas formas expresivas de las relaciones coloniales actuales (el edificio es una donación francesa a su ex-colonia) y del desarrollo de una suerte de doble lenguaje sofisticado y rústico-popular.

Estos mecanismos se diversifican en la arquitectura contemporánea como en el caso de las ingeniosas obras paraguayas *low-technology* de Solano Benítez, como su *camping* de descanso del sindicato YTU [10] o la sede de la multinacional *Unilever* [11], ambas en Asunción proyectadas entre 1990 y 1998 sobre la base de tecnologías pobres pero que también funcionan para empresas ricas en una especie de inversión del paradigma global: la banal solución de meros azulejos blancos revistiendo los baños supuso un populismo imperdonable para el gerente local, pero una manifestación de ascetismo empresarialmente eficaz como imagen para el director extranacional.

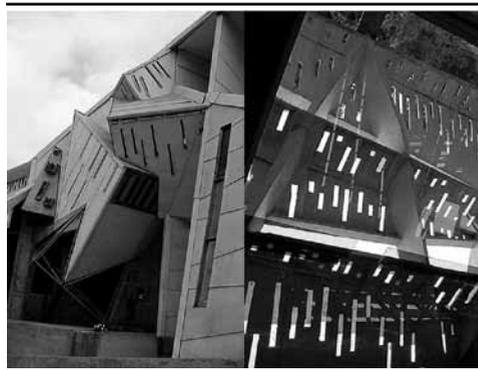
La idea inherente a procurar una clase de identidad basada en la investigación sobre la *materialidad* (los materiales pero también las formas técnicas de usarlos) de la arquitectura está presente en muchos arquitectos latinoamericanos contemporáneos, como el caso del rosarino Rafael Iglesia en su *Polideportivo Irigoyen* de 2007 [12] —una reutilización profunda de un antiguo galpón decantando elementos del mismo y llevando un grado de re-construcción completa de su carácter de contenedor— o en tareas bastante modestas como el Quincho de 1994, anexado a una casa existente y desplegando toda una especie de demostración virtuosa acerca de construcción ortodoxa maderera.



12. Rafael Iglesias. Polideportivo Irigoyen, 2007 / Quincho, 1994.



13. Juan Borchers, Copelec, Chillán, 1958–1962.



14. Cooperativa Amereida.
Hospedería El Errante, 1995.



15. Oscar Niemeyer. Centro Cultural de Curitiba, 2002.



16. Oscar Niemeyer. Ibirapura, 2000.

Es importante referir que esta idea profunda y elemental de materialización bucea en las realidades productivas directas y concretas de un ambiente local, alejándose de tropismos pintoresquistas o del facilismo que resulta de exhibir cierto pintoresquismo folklorizante.

La obra de Juan Borchers para el edificio de Copelec en Chillán, desarrollada entre 1958–1962 [13], fuera de su adscripción a las investigaciones geométrico–compositivas ligadas a apropiaciones creativas del repertorio corbusierano, también resulta importante, como faceta constitutiva de adscripción si se quiere, al lenguaje brutalista, el carácter de la experimentación profunda y exhaustiva sobre la materialidad–expresividad del hormigón, un tema que interesara al maestro suizo, pero que fue también motivo de preocupaciones fácticas en proyectistas regionales como Borchers y sus socios, el chileno Emilio Duhart en su obra para la Cepal, el carioca Affonso Reidy o los argentinos Mario Soto y Clorindo Testa, todos más o menos en los mismos años '60.

Los largos trabajos de más de cuatro décadas de la chilena Cooperativa Ameireida —ejemplificable en el proyecto de la *Hospedería El Errante*, de 1995, que tuvo una versión de Miguel Eyquem en 1981 luego demolida y después la aún vigente de Manuel Casanueva [14]— demuestran la posibilidad, circunscripta a propósitos experimentales y pedagógicos, de rearticular eficazmente lo global y lo local, desarrollando investigaciones proyectuales basadas en metáforas de la poesía simbolista o aplicando pensamientos deleuzianos sobre el pliegue barroco, la piel, los *folders*, la manipulación formal de los territorios o leer la naturaleza en el inicio del saber/aprender. Hay en el proyecto citado además, toda una relevante investigación sobre la materialidad y las posibilidades expresivas de materiales como el metal, la madera o el ferrocemento fragmentado en estrías de 5 centímetros tapadas con cristales de colores.

La microhistoria local del grupo de Valparaíso, que va desde el corbusierano Cruz a los más *gebryanos* Eyquem, Baixas o Casanueva manifiesta cabalmente las posibilidades de desarrollos paralelos y relativamente autónomos de un pensamiento global y otro local respecto de una arquitectura que como dijimos, se acoge al pasaje de éticas más bien ideológicas a estéticas más bien paisajístico–morfológicas.³

En el caso de Oscar Niemeyer están muy claras sus aportaciones proyectuales siempre articuladas a cuestiones paisajísticas y a las búsquedas de identidades locales que, en algunos casos, apelan a trabajos retóricos en procura de la activación de empatías proidentitarias como en el *Centro Cultural de Curitiba* de 2002 [15] en el que emerge una metáfora del árbol, o en el Teatro de Ibirapura, de 2000 [16], donde la marquesina del ingreso se puede leer como una lengua que alude y refiere a un templo de ejercicio de la palabra.



17. Norman Foster. Chesa Longadin, Suiza, 2000.

Un grupo tan sofisticado como el de Norman Foster puede construir un edificio de viviendas en Suiza —*Chesa en Longadin* en 2000 [17]— como una cápsula colgada en la pendiente pero revestida en tejuela hachada a mano: eso *ultra tech* que aprovecha un saber local puede ser oportunismo técnico o reconocimiento de ventajas en materiales vernáculos o también como en el ejemplo de Piano, en referencia sofisticada comercialmente útil. Otro edificio de Foster —*The Troika* en Kuala Lumpur, 2006— refiere a la idea de paisaje operativo al ser éste no un objeto definitivo o imperativo sino un modelo manipulable rotulado o articulado para ajustar el esquema al entorno (vistas, orientación, etcétera).

El arquitecto boliviano Carlos Villagómez —que ha hecho edificios muy sofisticados y de sabor internacional como la ampliación del *Museo de Artes* de La Paz o la *Casa Crespo*— también discurre en el proyecto del *Museo de Sitio* de Tiwanaku, iniciado en 1998 [18] y en su sede para SERPAJ, en La Paz, 2003 [19] en una tentativa de aprender de lo vernacular y lo popular, vertientes que confluyen con los atractivos y riesgos de las *arquitecturas chicha* que son analizadas y aprovechadas en respuestas cultas. Sus estudios de arquitectura populares de *El Alto* [20, 21] —con formas simples de composición e imposición de elementos ornamentales, texturas y colores vinculados a cierto imaginario simbólico popular que a menudo resultan codificaciones bastante contemporáneas— son contraparte de sus investigaciones proyectuales en las que pone en debate la cesura culto/popular.⁴

Los trabajos del finlandés Olavi Koponen, como la *Villa Langbo*, 2001 [22], remiten dentro del cúmulo de experiencias que eslabonaron Aalto y Piettila, a una virtual suspensión de la exigencia de actualidad proyectual trabajando en sitios de mucha preponderancia de paisaje natural recurriendo a buenas

y antiguas *performances* tipo–tecnológicas y aceptando esa suerte de tabúes culturales que la sociedad ha impuesto respecto del deterioro del paisaje. Para deteriorar eligen trasladar lo negativo a lugares aparentemente más permisivos como la costa del río Uruguay.

Steve Holl es uno de los proyectistas hoy más exitosos y versátiles, y esa versatilidad exige adaptar cada proyecto a su ambiente técnico y sociocultural de implantación como el caso de la *Tuttle Guest House* en Abique, Nuevo México, 2005 [23], una ampliación a una casa ya existente entendida como un proyecto mínimo en ambientes estrictos, una idea de cajas eficientes y envolventes e interiores elementales, a pesar de una tecnología metálica prefabricada bastante sofisticada.

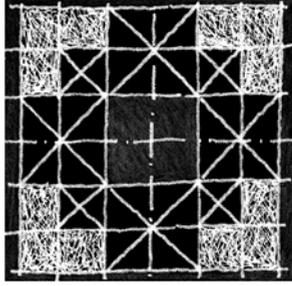
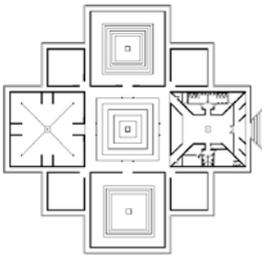
El joven estudio chileno Pezo&Ellrichshausen que trabaja en Concepción ha compuesto en su *Casa Poli*, 2004 [24], una escultura habitable en el paisaje, sobre la base de cierta manipulación mínima de oquedades y excavaciones de unas cajas juddianas que evocan el despojamiento de las instalaciones zen o los cementerios marinos gallegos.

Los brasileños Irmãos Campana —quizá la oficina de diseño de objetos más conocida de ese país— suelen desarrollar objetos sofisticados que se venden en Milán y se exhiben en Nueva York como el asiento *Corallo*, de 2004 [25], un proyecto entendido como reelaboración de lo natural/popular y basado en materiales de desecho.

Algo parecido en cuanto a articulación de sofisticación estética y aprovechamiento de lo dado/popular (en este caso una vieja fábrica aceitera abandonada en el barrio de Abasto) es el proyecto de Clorindo Testa para el *Centro Cultural Konex*, 2004 [26], en que destaca el interés de aprovechar el material urbano y construir palimpsestos fuertemente evocativos de la estética de los paisajes.

Carlos Antoraz es un arquitecto formado y desarrollado en Córdoba que migró al noroeste andino donde desarrolló una obra variada en la que las casas proyectadas en Humahuaca entre 1999 y 2004 [27], son un testimonio de una especie de aprendizaje de lo local y popular y de ello, un volver a empezar proyectual entendiendo lo inmediato material y simbólico, y un aprovechamiento en términos de una estética general que abarcaría desde la objetología arquitectónica hasta muebles, tejidos y gastronomía.

En el caso de trabajos del peruano Juvenal Baracco, como la *Casa Salinas*, 2006 [28], se plantea una arquitectura imbricada en un pensamiento constructivo como concepto aprovechador de paisaje frágil, una fusión de novedad global junto a unas respuestas técnicas y tectónicas arraigadas en el paisaje local. También en muchas obras del chileno Germán del Sol, como las *Termas de Villarica*, 2005, la arquitectura aparece muy escueta y precisa, sólo después de descubrir lugares, acontecimientos que para Del Sol forma parte del trabajo proyectual.



18. Carlos Villagómez. Museo Tiwanaku, 1998–2003.



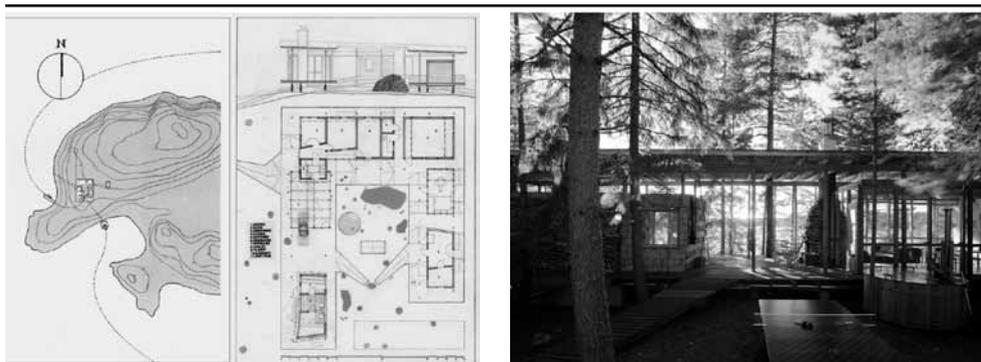
19. Carlos Villagómez. Serpaj, La Paz, 2003.



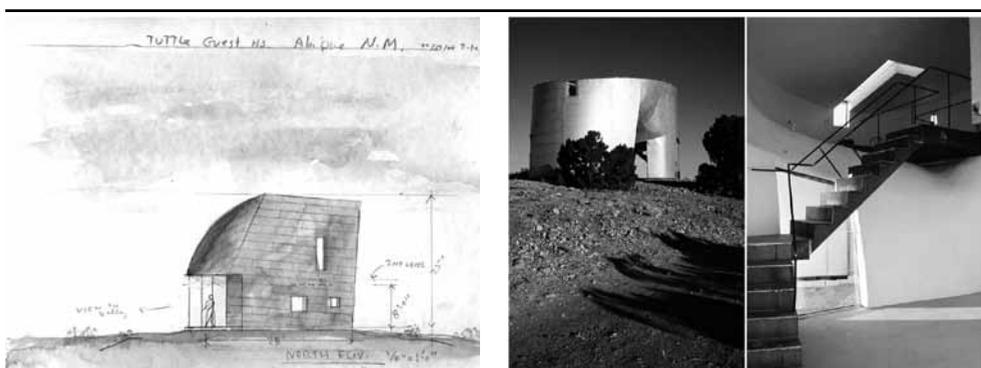
20. Carlos Villagómez. El Alto.



21. Carlos Villagómez. El Alto.



22. Olavi Koponen. Villa Langbo, Finlandia, 2001.



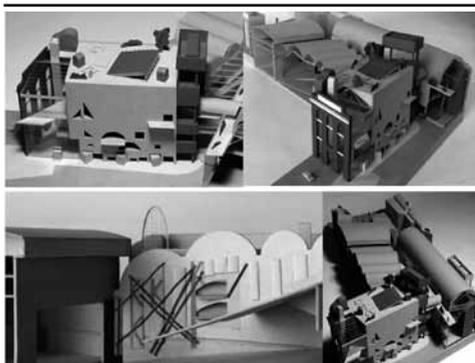
23. Steve Holl. Tuttle Guest House, Nuevo México, 2005.



24. Pezo&Ellrichshausen. Casa Poli, 2004.



25. Irmãos Campana.
Corallo, 2004.



26. Clorindo Testa. Centro Cultural Konex, 2004.



27. Carlos Antoraz. Casas en Humahuaca, 1999–2004.



28. Juvenal Baracco. Casa Salinas, 2006.

10. En los '70 solía establecerse una dicotomía relativamente falsa según la cual el *componente material* hacía parte de la modernidad progresista, y el *componente simbólico* era más bien expresión de cierta concepción de atraso regionalista: era otra versión si se quiere de la dicotomía que el sociólogo ítalo–argentino, Gino Germani, postulaba entre urbanidad central y ruralidad periférica y que el progreso de la modernización debía identificarse con urbanización (Germani, 2005).

En plena posmodernidad esa cuestión se disuelve y aparece una idea de *polifonía imaginaria* (sería una manifestación de lo llamado *multiculturalismo*) más bien de cosas o mensajes que de gentes, propia del protagonismo que empieza a tener lo inmaterial, terciario, discursivo, etcétera.

En esa nueva condición lo técnico como fáctico, el *fáctum* o el hacer empieza a caracterizarse como cosa *local* y así, en otro nuevo campo de combate entre la centrifugación imaginaria del escenario global (donde todo tiene que ser

semejante) y los *modus* de cada lugar, empieza a definirse una identidad de materialidad y artesanidad que cabe interpretarla, sobre todo en arquitectura (pero también en cine, indumentaria y en música o cocinas étnicas) como manifestación puntual del desplazamiento de la noción ideológica de identidad a la noción morfológica o centrada en el paisaje que antes mencionábamos.

La materialidad o el modo concreto de realizar una idea proyectual cobra así un protagonismo crucial por ejemplo en las obras ya mencionadas de Solano Benítez o de Germán del Sol (y que remiten a cierta continuidad con *marginales* previos tales como Fathy, El Wakil, Bawa, Mijares o Porto) cosa que por otra parte, también es aprovechada por proyectistas centrales (como Piano o Foster como vimos), sea porque admiten estas nuevas manifestaciones de multiculturalismo, sea porque es consustancial del *marketing* más reciente de las estéticas nuevas.

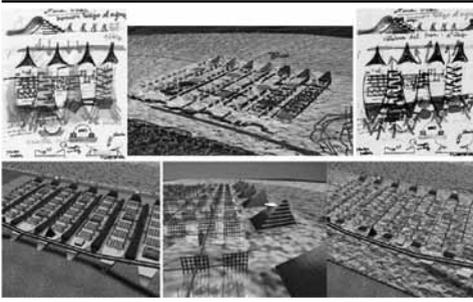
11. Desde el punto de vista global, las ciudades y los territorios se reformulan rápidamente según los vaivenes de flujos de cosas y dinero y en menor medida, de gente, como la que acosa las viejas metrópolis europeas devenidas receptáculos de población de ex colonias o la que está latinoamericanizando USA donde se espera en un cuarto de siglo media población hispanohablante.

La *geografía mundial se mueve plásticamente* y la velocidad de retorno de inversiones diluye viejos criterios de locacionalidad fija: una fábrica compleja amortiza la inversión de su instalación en unos 4 años y puede buscar otra sede.

Pero al contrario de esa tendencia global las *ciudades concretas se endurecen*, se reorganizan en fragmentos de un *collage* muy rígido cuyos bordes rechinan o crujen y la moderna noción de umbrales, transiciones o *bordes blandos* —que era donde la ciudad admitía el policlasismo y aculturaba cierto ingreso a movi- lidades democráticas— se trastorna frente a la proliferación de diversas clases de *ghettification* cada vez más socialmente especializadas y puras (estratos sociales más altos por un lado, pobres miserables por el otro, etcétera).

Aparecen ignorados u obturados esos espacios de intercambio y fuelle que son los *ecotonos* en ecología, y la aparente supervivencia de espacios públicos que intentan mantener el estatus moderno de las ciudades pelagra por la multiplicación de violencias intersociales cotidianas y por eso que, llamándose crisis de seguridad, nombra el fracaso en el disciplinamiento de la heterogeneidad social que sólo lo podía intentar el Estado benefactor o socialista y no lo puede resolver el mercado (a pesar del atractivo que tiene la privatización creciente del disciplinamiento).

La creciente ignorancia del manejo de las transiciones o los bordes no sólo es constatable entre espacios habitados de diferente calidad y uso sino también entre el espacio urbano y el espacio natural, sea éste espacio de calidad básica (como cursos de agua o bosques) o simplemente espacio vacío, lugar donde el campo está esperando a la ciudad.



29. Carlos Levinton. Housing de emergencia, 2004.



30. West 8. Riverfront, Toronto, 2006.

El ecólogo argentino Jorge Morello hablaba del surgimiento de una *neocolo-gía periurbana* totalmente incomprensida y menos manejada, con disposicio-nes de parches de grave distorsión de factores de sustentabilidad de ciudades (tales como microcuencas, *buffers*, etcétera).

La incomprensión y mal manejo de los bordes marinos (landas, humedales, médanos) es otro síntoma evidente de la descalificación de las ciudades, sobre todo porque se ha unilateralizado econométricamente y en términos de pura renta urbana diferencial el complejo modo de analizar el valor de una forma-ción periurbana de estas características.

El litoral urbano del sudeste asiático barrido por los *tsunamis* se analizó en términos de obtención de rentas diferenciales por cambios de usos y aumento de densidades de ocupación, y los costos—catástrofe simplemente se externalizan en los cálculos de renta y en las decisiones de ocupación. Cancún, asentamiento artificial instalado en bordes ecosistémicos frágiles y líneas de trayectoria de huracanes está calculado por los *developpers* para hacerlo ente-ramente de nuevo cada 15 años si fuera necesario.

El trabajo de investigación proyectual de Carlos Levinton, por ejemplo en sus estudios de *housing* de emergencia para ambientes afectados por los *tsunamis* de 2002 [29], remite a pensar arquitecturas como terapias territoriales, capaces de asumir la némesis natural en vez de seguir desconociendo las condiciones concretas de sustentabilidad de esas interfases o ecotonos urbanos.

La intervención de remediación territorial en el área del río Catuche en Ca-racas —uno de los ríos cloaquizados que drenan la estructura piedimontana de esa metrópolis— junto a casi un millar de otras microintervenciones urbanas, restablecen un criterio de manejo estatalizado que invierte lo necesario fuera de una posibilidad excluyentemente mercadista, simplemente porque la estructura

urbana debe ser reanalizada por completo desde el punto de vista de su apropiación social y de su valoración compleja: incluso es posible demostrar macroeconómicamente que sólo es admisible cierto vigor de un Mercado privado de suelo en tanto en estrategias generales se atiendan remediaciones de corte territorial.

Recientes actuaciones urbanísticas chilenas, destacables dentro del raquítico panorama latinoamericano, como algunas intervenciones del Plan Bicentenario —tales como el plan integral del Río Elqui en La Serena, de 2006, o los desarrollos del Plan Mapocho, centrado en la recuperación de la centralidad pública de ese río intraurbano, del cual el tramo Vitacura fue proyectado e iniciado en 2005— indican la existencia de mayor preocupación en el manejo de esas orillas como también se da en otro contexto de economía urbana de la política multisectorial de manejo y defensa del frente lacustre de Toronto, desarrollo en el cual el grupo de paisajistas holandeses *West 8* [30] ganara un concurso internacional para el diseño puntual de las acciones públicas de todo el frente hídrico de la ciudad.

12. Mencionamos recién la importancia de los bordes de ciudad como *neoecología*, dentro de la problemática general de las periferias locales en las que tales bordes u orillas constituyen uno de los mayores problemas proyectuales, dada su función actualmente librada a aceptar el crecimiento interno imposibilitado por la ausencia de inversión.

Esas periferias son así la solución más fácil para acomodar asentamientos muy primarios y precarios que hace que el *derroche de bordes de ciudad* —de unas mil hectáreas/año en ciudades de valle como Lima o Santiago— signifique uno de los factores más acuciantes de crisis de sustentabilidad y de deseconomías urbanas y territoriales (en algunos lugares de Europa se prefiere subsidiar a migrantes eventuales a bordes de ciudades grandes para que se mantengan en su sitio).

Son, por otra parte, lugares donde hay desconocimiento y se rompen estructuras amosaicadas (*patches*) que tienen un sentido y una funcionalidad. Los ecólogos W. Dramstad, J. Olson y R. Forman (1996), dedicados a ecología del paisaje han hecho un breviario muy elemental⁵ de los modos razonables de actuar sobre estos territorios fronterizos entre la ciudad y su entorno: si bien este es un trabajo especializado sería muy bueno *hacer un manual de mosaico periurbano* que integre las prescripciones o principios de estos especialistas (cuyas indicaciones deberían entenderse como plataformas proyectuales a respetar de entrada) junto a otros temas tales como infraestructura, morfologías artificiales, vocación o aptitud preferente de suelo, valor integral de cambio, formas de uso y apropiación social, etcétera.

Hay (eco)proyectistas como Francois Roche —por ejemplo en su *Green Gorgon*, un museo en Lausanne, 2005, al borde del lago— cuyas arquitecturas son emergentes de y consecuentes con las condiciones complejas del territorio de donde arrancaría cierta utilización proyectual concreta de las teorías de la sustentabilidad.

13. Muchos puntos desarrollados hasta ahora en este escrito nos llevan siempre y otra vez al tema del valor, a la idea de cómo establecer parámetros de valorización de partes, fragmentos o componentes de territorios y ciudades y concretamente del paisaje o la cuestión aparente de esos elementos.

¿Cómo se valoriza el paisaje? Y aun si llegáramos a definir con precisión una noción integrada de tal valor, aquello que vale en términos de paisaje lo tiene que perder en términos de apropiación diferencial de tal valor.

Es decir, no sólo se trata de *valorización* sino de *apropiación social* de ese valor, de quién y cómo puede pagar. Lo que supone paisajes valiosos termina convirtiéndose en componentes muy selectivos de apropiación y el disfrute de los mismos se restringe.

Por otra parte, la relevancia de esa instancia de obtención de rentas dentro de apropiaciones selectivas ha impulsado la creación de paisajes artificiales, como el ya referido caso de Cancún o lo que podría llamarse la *disneylandización* del mundo.

Existe una proliferación de *ecologías artificiales*⁶ como la burbuja que simula uso de playa en Brandenburgo, o el patético caso de los *agri-parks* japoneses en que se pagan altos precios para contactos elementales como meter la mano en el barro o mojarse con agua de lluvia.

El caso de Las Vegas como un modelo de *artificio total* (una ciudad creada desde la nada en un desierto de Nevada merced a un exorbitante subsidio energético) representa la posibilidad de una paisajística virtual absoluta que crea no sólo fragmentos de naturaleza sino asimismo fragmentos de cultura. La idea del *temathic park*⁷ vendría a significar una alternativa mercadística novedosa para acoger este proceso.

Este proceso puede ser asumido desde el proyecto como una aceptación cínica (como ocurre con los trabajos del grupo de Don Jerde, responsable de la mayoría de *simulacros* de Las Vegas como el *Hotel New York–New York*) o bien como una disciplina en la cual proyectar imbricando naturaleza y cultura (híbridos como los identifica Bruno Latour⁸) se convierta en un campo casi absolutamente innovativo como en algunos proyectos de Duncan Lewis, por ejemplo sus viviendas en Valencia, de 1999, en que se trabajan unas arquitecturas deducidas de los lugares y funcionando como híbridos viviendas + naranjal.

14. Por otra parte, la economía del terciario avanzado presencia cierto desplazamiento del valor de explotación terciaria *de lo natural a lo cultural*, claramente manifiesto en la derivación reciente del uso del tiempo libre, ya no restringido al ítem turístico tradicional.

Es que el tiempo libre no es tiempo improductivo o muerto sino al contrario: la gente no es remunerada como en el hoy ya escuálido tiempo de trabajo, sino que paga (y activa el 60% de la economía mundial) para no aburrirse.

Una encuesta francesa reciente reveló que allí se computan 34 mil millones de horas consagradas al trabajo, pero por otra parte, se registran 63 mil millones de horas destinadas al consumo de espectáculos.⁹

Del turismo de *contacto con lo natural* (que ya está cuantitativamente colapsado y que va a desplazar pasividad por selectividad) se pasa al de *inmersión en lo cultural*—basado en reconocer al patrimonio urbano—arquitectónico un valor recursístico equivalente al de una playa o una montaña— del que hay una desopilante referencia en Andreas Huyssen que alude a la asociación entre deporte y cultura y una nueva posibilidad de batir récords: “hice” el Louvre en dos horas, con Nike (las zapatillas, no la victoria) y documentando la experiencia pasando por el *gifts shopping*; es decir, *no me acuerdo nada pero tengo postales...*

Todo ello dentro del proceso de la *descalcificación* de la ciudad histórica (*gentrification*) cuya identidad desaparece en lo profundo y se restringe a pura imagería.

Las intervenciones arquitectónicas en estas temáticas son múltiples y hoy concentran desde las dos décadas que van de las intervenciones del *East End* neoyorquino, las *docklands* londinenses o el Madero porteño, hasta el reciente aporte de William Alsop en su trabajo *Clarke Quay* en Singapur, 2006 [31].

15. Por último, aparece un sistema de actuaciones proyectuales que emergen descubriendo los *vestigios de ciudad operable* y que da origen a indicios de urbanismos alternativos basándose en nociones todavía incipientes como accionamiento de vacíos, encauzamiento de flujos, recuperación de lugares, cirugía de territorios urbanos (suturas, cauterizaciones, *by passes*, etcétera).

Hemos realizado varios talleres (eco)proyectuales en diversas ciudades investigando y proponiendo estas cuestiones como el Taller de Ecoproyectos realizado en la Universidad Nacional de Córdoba en 2001 [32], o el de Eco-proyectos Urbanos en la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz [33], en 2006: en ambos casos se trató de analizar y descubrir *potenciales territoriales* y de ensayar bajo estructuras conceptuales distintas del urbanismo tradicional, operaciones proyectuales de *captura de oportunidades*.

Un par de trabajos del grupo madrileño *Ecosistema Urbano*, tales como el *Philadelfia Urban Voids*, un concurso que ganaron en 2006 [34, 35], y en el que proponen indagar potenciales y activar procesos o el Proyecto *Softly*, en Maribor, Eslovenia, de 2005 [36], que efectúa una proposición lenta de remediación territorial en un sector de nueva centralidad estratégica continental, ilustran más bien no qué es lo que hay que proyectar sino en qué temas cabe centrar el pensamiento para una gestión mucho menos genial que social.



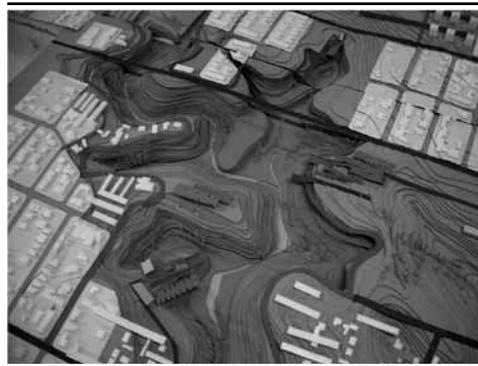
31. William Alsop. Clarke Quay, Singapur, 2006.



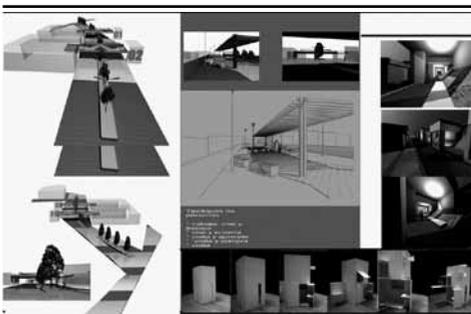
32. TJP Horton, Plaza San Diego, 1985.



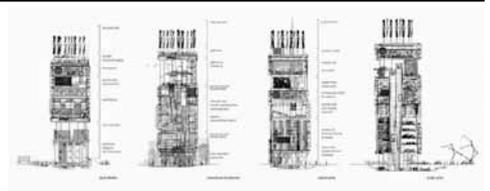
33. D. Lewis, Viviendas, Valencia, 1999.



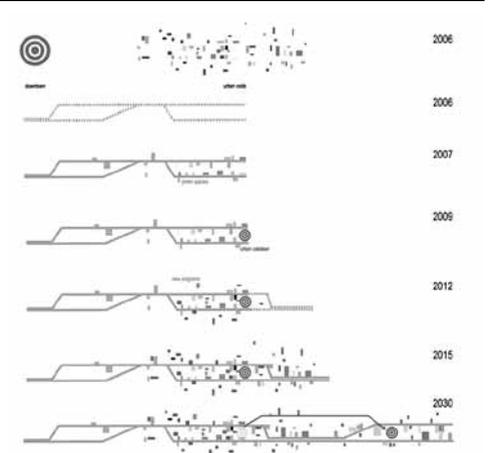
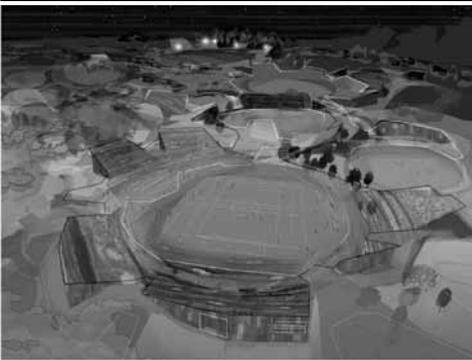
34. R. Fernández + Tipu, Taller de Ecoproyectos UNC, 2001.



35. R. Fernández *et al*, Taller EPU, La Paz, MADU UMSA, 2006 / Campanini-Vila-Hoyos.



36. Ecosistema urbano PUV, Philadelphia, 2006.



37. Ecosistema urbano, Proyecto Softly, Maribor, 2005.

Notas

¹ Sloterdijk, 1994.

² Véase al respecto el libro que registra el viaje de Félix Guattari a Brasil en 1982 (Guattari, Rolnik, 2005). Allí se cuenta transcribiendo conferencias, reportajes y encuentros múltiples que el filósofo sostuvo en Brasil cuando estaba empezando el movimiento petista, cómo se identifica y procesa este campo variado y rizomático de actuaciones micro-políticas que no son maximalistas u orientadas a alcanzar el poder sino que trabajan y combaten dentro de las instituciones, los grupos y la múltiple emergencia de subjetividades narcotizadas.

³ Hay mucha información en Internet sobre Ameireida, incluso están las notas de la mayoría de las clases allí dictadas: una síntesis consta en el libro de F. Pérez Oyarzún y R. Pérez de Arce, 2003.

⁴ Véanse una colección de artículos en origen periodísticos, de C. Villagómez Paredes, 2003: allí se extiende sobre el *síndrome de huachafería adquirida*, enfermedad de contagio visual que

engendraría una desidentidad presuntuosa y de multiplicación de la baja calidad de la arquitectura.

⁵ Los principios desarrollados son cuatro grupos referidos a parches, bordes y fronteras, corredores y conectores y mosaicos.

⁶ En un ya viejo trabajo de 1976 del filósofo catalán Xavier Rubert de Ventós, *Ensayos sobre el Desorden*, se establece una incipiente y lúcida crítica de la *disneylandización* del mundo.

⁷ Sobre esta cuestión del *parque temático* dentro de la degradación de lo urbano mercantilizado es importante la antología de estudios críticos editada por Michael Sorkin, 2004.

⁸ Bruno Latour ha escrito numerosos ensayos sobre esta temática pero encuentro grandemente sugestivo para el pensamiento proyectual su libro *La Esperanza de Pandora. Estudios sobre la realidad de los estudios de la ciencia* (2001) en especial su capítulo 8, "El cuerpo cosmopolítico".

⁹ El dato aparece consignado en M. Lazzarato, 2006.

8. Mundo diseñado

Visiones desde América Latina

1. América como proyecto

América no es *eso que se llamó América*, sino el desgarramiento irresoluto entre lo previo y lo que nace como consecuencia de la dominación, es decir el *laboratorio americano*, el laboratorio (Fernández, 1998) a escala real que Europa usará en la arqueología de su modernidad: expansión del modo productivo capitalista comercial incipiente, desarrollo científico–tecnológico, espacio teórico o abstracto para la imaginación utópica, territorios posmedievales aptos para la aventura socioeconómica o los modelos sociales monásticos perdidosos en la Europa que desarma el aparato comunitarista medieval, campo de acción de nuevos perfiles profesionales como los financistas privados de las operaciones de ocupación (desde los Függer o los Welser hasta los *adelantados*) o los técnicos en que se incubaba ya la ulterior tradición del *developer* inmobiliario (en particular esos *xumétricos* que acompañaban a los capitanes de conquista, que son los responsables de trazar más de un millar de nuevas ciudades y dar así volumen a la empresa de la fundación territorial más grande de la historia, con además, unos 60 mil edificios públicos construidos en un siglo y medio), o los expertos en montar el trasvase de productos hacia el viejo continente en las vastas redes de organizaciones productivas, rutas, depósitos, aduanas, puertos, convoyes en una compleja logística (Benítez Rojo, 1986) en la que ya hay una idea de *economía–mundo* (Wallerstein, 1991) y de incipiente devastación de la calidad ambiental (Crosby, 1988).

Con sus semejanzas —el rendimiento— y diferencias —las que van del modelo imperial católico al capitalismo monárquico–privatista de raíz protes-

tante— ambas Américas, la latina con sus prescripciones de Leyes de Indias o la anglosajona con la cuadrícula abstracta y absoluta del territorio según los planes de Jefferson (Ciucci, 1975), pueden ser entendidas como un inmenso laboratorio territorial, en el cual todo será experimento de modernidad, desde el exterminio de los aborígenes y la pretensión del lavado de sangre, el trasplante completo de modelos sociopolíticos o de contingentes demográficos y las ingenierías y arquitecturas transculturadas para organizar la ocupación territorial y las simbologías del progreso.

Esta impronta tan fuerte de lo *projectual*—que implica una gran apertura a las innovaciones sociotécnicas en lugar de aceptar la sedimentación de lo tradicional— obviamente que definirá el devenir histórico de la región en términos de *proyectos políticos*, siempre a caballo entre lo real y lo utópico, como los de Bolívar, Simón Rodríguez, Sarmiento, Bello, Sierra (Brading, 1991) y hasta sus imperfectas concreciones políticas, por ejemplo en Porfirio Díaz, Semper, Roca o Leguía (Morse, 1978).

En cualquier caso podría aceptarse que tanto en lo histórico autóctono como, más intensamente, en lo histórico fruto del choque de culturas entre tal autoctonía combatida y la exportación del iluminismo a América como superestructura ideológica de la expansión del naciente capitalismo comercial, las circunstancias americanas están transidas de una voluntad *projectual*, de unos esfuerzos múltiples orientados hacia la apropiación de territorios y naturalezas y de intentos variados de resolver asentamientos como experimentos de habitación y puesta en producción.

2. Preexistencias territoriales y voluntad *projectual*

Lo que en homenaje al cartógrafo italiano Américo Vespucci se llamó como se llamó (si el cosmógrafo alemán Martín Waldesmüller, quien propuso tal denominación, hubiera sido menos coloquial ahora seríamos *Vespucha* y sus habitantes, *vespuchanos*) naturalmente que preexistía a ese bautismo (O'Gorman, 1958), y a las operaciones propias de la colonización que convirtieron este continente en espacio excelso de la experimentación del laboratorio moderno, y esa *América previa* o precolombina tenía cultura, desarrollo, tecnología, modos de entender los asentamientos y unas nociones que ligaban cosmogonías con formas productivo-habitativas de relación con los territorios (Murra, 1979; Rotsworowski, 1988) que devinieron en sistemas de enunciación falsamente connotados como *primitivos* (véase al respecto la monumental investigación de Brotherston —1997— sobre el concepto de literatura americana precolombina en su texto *Los libros del Cuarto Mundo*) con la justificación del desarrollo moderno de las ciencias antropológicas hasta su última expresión en Levi Strauss.

Si fue posible fundar una cosmovisión occidental exitosa sobre la base de las experiencias del mundo llamado grecolatino (tampoco tan exitoso en retener los documentos materiales de la cultura originaria sino fuera, paradójicamente, por el rol de articulación jugado entre los siglos XI y XV por árabes y bizantinos, hoy más bien enemigos declarados de aquella occidentalidad), lo cierto es que la cosmovisión eventualmente emergente del mundo americano originario no decantó hoy en una corriente civilizatoria vigorosa, simplemente porque fue objeto de una guerra cultural de exterminio de un éxito mucho más grande que la misma expansión europea no obtuvo en sus intentos de dominación africana o asiática.

El territorio demarcado como sistema complejo de referencia social y natural, de indicación de formas específicas de organizar la ocupación y la producción (los *ceques* estudiados por Zuidema —1989—, por ejemplo) o la pasión topográfica (que analiza cuidadosamente el antropólogo mexicano Bonfill Batalla —1990— para las culturas mesoamericanas)¹ por la cual todo tiene nombre y por lo tanto es objeto de una voluntad enunciativa que es el primer y fundante acto de proyectualidad, y hasta el asombro del viajero científico (como Humboldt, no como las descalificadoras apreciaciones de su contemporáneo pre-científico Hegel que a la sazón, nunca vino a estas tierras) son algunas de las líneas en que se debe rastrear la preexistencia de nociones de proyectualidad que anticipan la confrontación entre el *ser/tener eurocéntrico* y el *estar americano* (la noción de *utcacha*, instalación o domicilio preconizada por el antropólogo argentino Rodolfo Kusch, 1976) y que todavía laten en la malformación híbrida de los mestizajes, esa configuración que impide, bloquea o transforma la posibilidad de una completa aculturación moderna y que nos confiere, nos guste o no, nuestra marca de identidad.

Es cierto aquí que el debate entre lamentarnos por la incompletitud de nuestra aculturación moderna (o en extremo: la imposibilidad o impotencia antropológica que ella ocurra) o asumir y valorar la inexorabilidad de un estatus etnohistórico cuasi inmutable de hibridación de componentes culturales heterogéneos, atraviesa prácticamente toda la cultura y la política moderna de esta región y genera dubitación e incertidumbre que no mueven el fiel de la balanza en uno u otro sentido. En el campo de la organización territorial, la construcción de las ciudades y la teoría y práctica de la arquitectura, esta dualidad es muy omnipresente y plantea o debería plantear una inicial toma de posición antes de poner en juego cualquier clase de parámetros valorativos.

El mundo americano sería así predominantemente autóctono o mestizo (véase ello como atraso o ventaja) diseñado según criterios de cosmogonía y paisajismo, acople con lo mágico-natural y ceremonia variada de manufactura investida de conjuro o intento de establecer algo más que funcionalismo (Freyre, 2002).

Así como Kusch remite a la refundación ontológica del *dasein* heideggeriano, Freyre, de formación académica sajona, bien puede aludir a una sociología

diríamos *a lo Bataille*, donde cuestiones del don o del derroche se anteponen, como fuertes manifestaciones de pulsiones sexuales o de ejercicio del poder sobre el aparente triunfo de los modelos capitalistas de la racionalidad productiva y el cálculo.

3. Modernidad inconclusa

De todas formas, o más bien de un modo irregular, superficial o cosmético, la modernidad es consustancial de lo americano, aunque tal vez se trate de una modernidad formal y formalizada que navega sobre el magma de una modernización ésta sí, plenamente *imperfecta*, o sea, carente de arraigo en los preceptos iluministas, distante en el modo de resolución o alcance de un estadio de alcance de urbanidad burguesa, frívola en cuanto a la posesión de instituciones más virtuales que reales o socioculturalmente arraigadas (como la democracia, la escuela, los derechos civiles o el parlamento).

La perspectiva de una modernización imperfecta empero, en conexión con las críticas europeas al iluminismo, para algunos pensadores americanos es más bien una ventaja que un defecto. Aunque obligue a establecer criterios para relativizar el grado de modernidad superando las consabidas teorías de reflejos —dentro de la sociología sesentista de la dependencia— y verificando otras perspectivas menos colaterales de análisis como las que emergen del modelo de fagocitaciones implícito en el imperativo barroco para connotar alguna especificidad socioestética latinoamericana (Lezama Lima, 1993; Chiampi, 2000; Nouzeilles, 2002).

La *modernidad híbrida* del urbanismo y la arquitectura latinoamericana, que debió moverse sobre bases sociales y políticas no modernizadas, resultó de interés sin embargo, no por su alcance de canonicidad sino por una nueva instancia de producción de discursos híbridos, a veces *mestizos* (por ejemplo, en las arquitecturas de los peruanos Seoane y Velarde, del boliviano Emilio Villanueva, de los brasileños Costa y Reidy —y del primer Niemeyer, el de las obras de Pampulha—, los chilenos Martínez y Garafulic, los uruguayos Cravotto y Vilamajó, los argentinos Virasoro y Sacriste, los colombianos Martínez y Piñol, los venezolanos Mujica y Villanueva, los mexicanos Villagrán y O’Gorman, etcétera).

Esa manipulación de discursividades modernas —a veces meramente estilísticas, a veces ligadas a los idearios de modernización técnica y socioproductiva— lleva el signo del pragmatismo y la necesidad de formular prácticas de carácter adaptativo, lo que explica la relativa carencia de movimientos o impulsos vanguardísticos, al menos en el campo del diseño, lo que hace que tal lista, en cualquier caso y desde la perspectiva de la ortodoxia moderna, no

puede ser sino intensamente ecléctica, aunque de un eclecticismo ya no tan historicista sino más bien interesado en lo moderno como forma.

Esta reducción del potencial político–ideológico de la cultura moderna a una especie de apropiación más bien superficial o esteticista tiene que ver con la peculiaridad de nuestra modernización, con el grado de conservadurismo social y los acuerdos hegemónicos para mantener un *status quo* de falta de progreso social (la esclavitud en Brasil fue oficialmente abolida en el último cuarto del siglo XIX) que impiden la formación de movimientos más complejos y abarcativos —como la Bauhaus por ejemplo—, no por un desinterés estricto de posibles protagonistas de esas alternativas sino por la carencia en la organización del Estado y la Sociedad de demandas genuinas acerca de una aportación de producciones culturales modernas que acompañaran cambios estructurales en esas dimensiones.

Aunque aquí caben formular dos relativizaciones. La primera es preguntarnos por el efectivo éxito —al margen de la épica historiográfica— de estas formaciones en Europa donde salvo bien avanzados los '70, donde una economía mundial estabilizada financia un razonable Estado de bienestar, todo esfuerzo en aquel sentido —el fracaso de la Bauhaus es espectacular— no trasciende meros intereses cenaculares y endógenos de los propios protagonistas (será Giedeon quien sanciona el triunfo de Le Corbusier). La segunda es postular la necesaria reinterpretación acerca de hasta qué punto la bestia negra de las teorías políticas de la modernidad —el populismo— queda fuera de interesarse y promover producciones típicas de la cultura moderna. Cuestión que aunque no les guste nada a los intelectuales progresistas europeos debería alcanzar a revisar este tema por ejemplo, dentro de la historia cultural y política del fascismo italiano.

La *frivolidad* de una modernidad sustentada en una modernización fragmentaria se revela como uno de los problemas históricos de la práctica de la arquitectura en el contexto americano y también signo de la reducción de lo moderno a *estilo*, así como de convivencia como tal, con el resto de expresiones histórico–eclécticas.

Pero no puede dejar de imaginarse un vasto campo de tareas pendientes en América Latina, cuya relativa consumación ofrecería un flanco de inusitado protagonismo a la arquitectura, casi recuperando su comprehensividad socio-funcional moderna: lo que ocurrió en España, fuera de que nos guste o no el cuasi dogmatismo de una ultramodernidad minimalista adaptada, caso como emblema del Estado y la sociedad —bien podría ocurrir en Latinoamérica, con unas prácticas arquitecturales muy participativas en la construcción de progresos faltantes.

Una pregunta posible entonces en este sentido es: ¿sería posible un *welfare state tardío* al estilo ibérico? Un tipo de desarrollo, amparado y sustentado por la UE que ha dado al menos casi dos décadas de muy buena arquitectura

social en España y Portugal (que ahora parece extenderse a Irlanda, Grecia y en menor medida el ex bloque oriental y a Turquía) que ha tenido un rol preponderante de completamiento de la deuda de equipamiento social preferentemente urbano–arquitectónico.

La cuestión de la *burguesía* americana es central en esta especulación aunque parece claro que los fenómenos de movilidad social y progresividad cultural que prohicieron el desarrollo eurocéntrico —incluso Weimar y hasta en cierto sentido la mirada evolutiva de Marx y el socialismo— se presentan en una modalidad harto diferente, en la que la captación de esta disposición social hoy ya se cae claramente dentro del *episteme* del consumo *mass–mediático*, es decir, bastante lejos de un rol de progresividad sociourbana como el de mitad del siglo XX en Europa.

Pero por otra parte, los sedimentos de progresismo populista que había elaborado marginalmente Antonio Gramsci para las periferias europeas, como un tránsito ciertamente más complejo e híbrido hacia dimensiones de progreso socioregional (y que en América Latina expresaron pensadores como José Carlos Mariátegui, Manuel Ugarte o José Martí), tamizan el programa político–ideológico de un completamiento–revitalización de modernidad latinoamericana y aun en extremo, de la posibilidad de una hibridación implícita en la idea aparentemente contrapuesta de una *modernidad populista*.

4. Crítica del cosmopolitismo

Una vertiente optimista o positiva del discurso posmoderno —ese *PM bueno* encarnado en algunos pasajes de Jean Francois Lyotard, Michel Foucault o Fredric Jameson— se propuso admitir el fracaso de la ilusión universalista moderna encarnada por ejemplo, en el *hombre–tipo* del *modulor* corbusierano y en su consecuente intento de generalizar modelos ecuménicos de proyecto para todo el mundo, peripecias en las que no son episodios menores las aventuras americanas del maestro suizo, o sus trabajos en la India de Nehru, que como el Brasil de Kubitschek, creyeron posible treparse al estándar del progreso moderno en el interregno desarrollista de los '60.

La versión que dicho posmodernismo presentará en torno del estallido del universalismo en una miriada de expresiones regionales no fue sino una ilusión, si se entiende al ulterior montaje de la globalización —en tanto, forma político–cultural que acompaña el momento final del capitalismo tardío, financiero y *posfordista*— como la forma que deglute tales diferencias en varias actitudes, desde cosmopolitizar lo vernáculo (en el desarrollo y concentración de formas etnoculturales en las metrópolis globales) hasta uniformizar el gusto mundial a través del *branding corporativo* y el manejo *mass–mediático* (Klein, 2001).

Sin embargo, la crítica al cosmopolitismo moderno dio pie para políticas culturales de rescate del concepto de *región* o de formaciones etnoculturales específicas y con capacidad de resistir la centrifugación de la globalización.

El libro *Estéticas geopolíticas* que Fredric Jameson (1992) dedica al análisis de los cines regionales, o los trabajos del orientalista islámico Edward Said (1996), e incluso la crítica que Jane Jacobs (1996) construye en su trabajo *Edge of empire* (que desarrolla el tópico de las culturas que llama *poscoloniales* y su impacto en la redefinición de ciudades como Londres o Brisbane) son algunos aportes que se abren para reformular la perspectiva del *diseño regional*, ya no folklórico o tradicionalista, sino *crítico* de la uniformidad regresiva de la cultura global.

La cuestión de afrontar un equilibrio americano oscilante entre una crítica efectiva a la globalización cultural (que puede y debe cuestionar un nuevo aparato de alienación mundializada del consumo, pero que tal vez valore algunas ventajas de una mayor democracia informativa) y en un fortalecimiento de la diversidad cultural que sea políticamente capaz de ir más allá que el completamiento de una mayor oferta de diversidad cultural por parte de las industrias terciarias de la economía global, parece constituirse en una nueva agenda intelectual para América Latina cuyas tareas incluyen desde luego al trabajo teórico de la arquitectura y sobre todo a las investigaciones ligadas con sus instituciones de enseñanza.

5. Crisis de sustentabilidad mundial y oportunidades americanas

En la cumbre mundial de Río de 1992 acerca del tema *Ambiente y Desarrollo* no sólo se planteó la cuestión de la insustentabilidad ecosférica del planeta debido al cambio climático regresivo y la degradación de biodiversidad, sino también la cuestión de la *deuda natural*, ya que el hemisferio Sur, como poseedor del 80% del capital natural del mundo, no recibe el capital que se le sustrae en términos de deterioro irreversible de su capacidad reproductiva de naturaleza. Deuda que el economista hindú Anil Agarwal calculó en 300 veces más grande que la deuda financiera que el Sur tiene respecto del Norte.

Todavía hoy, industrias tan aparentemente coevolutivas del desarrollo químico–tecnológico, como la farmacéutica, dependen en muy alto grado de insumos naturales ya que caso el 80% de los compuestos básicos de las terapéuticas modernas son elaboradas con insumos de productos silvestres y su sustitución por vía sintética aumentaría hasta 80 veces el costo de algunos preparados.

Estas cuestiones no sólo no se resolvieron sino que se agravaron en la década pasada con lo cual, al menos en la parte del mundo a la que pertenecemos, y como variante contributiva a una racionalización de la sustentabilidad y a una

revaloración del capital natural que posee la región (por fuera de su creciente pérdida de soberanía política) resulta fundamental plantearse el concepto de *ecoproyecto*, como una noción de proyecto basado en la sustentabilidad, en el ahorro energético, en el aprovechamiento de recursos y potenciales regionales, en la maximización del uso de las capacidades locales, etcétera.

En América suele utilizarse empero un discurso basado en un uso intensivo del capital natural como forma de acortar el camino hacia un estatus de mayor calidad de vida, sin advertirse que la condición transnacional de la economía recurso-intensiva contemporánea, hoy no asegura ninguna retención local del valor agregado a obtenerse mediante negociaciones exitosas de tal capital natural.

El derroche de suelo periurbano (y los costos adicionales requeridos por una infraestructuración racional de esa expansión) que implica la producción urbana de muy baja densidad —Santiago o Lima tienen un promedio poco mayor que 100 hab/H— con el derroche de áreas naturales de muy alto e irrecuperable valor —esas ciudades crecen fagocitando unas 100 hectáreas naturales del muy escaso *hinterland* de valle en que se instalan— implica, a nivel de cuestiones inherentes a la arquitectura y el urbanismo, otras facetas ligadas al ítem de la sustentabilidad.

6. Nuevas dimensiones de la práctica proyectual

Las prácticas proyectuales se han diversificado y complejizado en virtud del impacto de muchas de las cuestiones antes referidas. La agudización de la brecha de desarrollo entre países y aun la estratificación de los mercados al interior de cada país, así como el incremento de pobreza, el desfinanciamiento, el colapso de los aparatos políticos nacionales y locales, y la pérdida creciente de calidad y seguridad de los ambientes públicos urbanos han cambiado fuertemente las *prácticas proyectuales*, emergiendo aspectos en los que los arquitectos americanos —demasiado nostálgicos del completamiento de la modernidad inconclusa o seducidos por la generalización globalizada de lógicas proyectuales posmodernas— tuvimos y tenemos poco en cuenta.

En la escena americana, a la sensación de modernidad incompleta —con su secuela de inaplicabilidad fáctica general de cuestiones que forman parte del presente proyectual central pero a la vez, dada la globalización, conocido con el supuesto estatus natural del ejercicio de la disciplina— se le suma la difícil comprensión de escenarios bien distintos del central —evidente por ejemplo en el 40% de población que vive fuera de condiciones mínimas de habitabilidad— que sin embargo no alcanzan a ser entendidos ni mucho menos internalizados en una revisión y adaptación de los modos tradicionales modernos de conocer y practicar la arquitectura.

De allí que posturas y trabajos como los de Carlos Levinton —que investiga sobre el hábitat de emergencia, las perspectivas de aprovechar materiales de desecho en construcciones marginales, o los temas que obligan a redefinir el proyecto en la escena de la crisis de sustentabilidad de materia y energía, especialmente con relación a los estamentos sociales más pobres—, Gustavo Flórez Restrepo —que analiza las perspectivas del desarrollo de una tecnología regional adaptada como la que se basa en el uso de la guadua—, Jae Cha —que se ocupa del ítem arquitectónico en misiones de ayuda humanitaria a situaciones extremas—, Jorge Burga —que trabajó asistiendo creativamente los procesos de autoconstrucción en Villa El Salvador y luego se dedicó a diversas investigaciones y proyectos de características regionales y barriales—, Jorge Jáuregui —que proyecta dentro del esquema de reurbanización de las favelas cariocas—, Carlos Mijares —que trabajó mucho tiempo pensando el proyecto en el seno de comunidades aborígenes de artesanos rurales mexicanos, muy ingeniosos en el uso de las cerámicas—, o el recientemente fallecido norteamericano Sam Mockbee —que organizó el equipo de enseñanza, investigación y asistencia técnica a las necesidades populares llamado *Rural Studio*, en Alabama— son entre otras, experiencias que necesariamente debemos conocer, estudiar y difundir para su replicación y multiplicación que sin duda proponen una profunda modificación del pensar y hacer del proyecto en la peculiaridad del subdesarrollo y la pobreza.

Aspectos tales como la gestión y el *marketing de proyectos*, el desarrollo de ciclos completos de proyecto incluyendo la identificación de *nichos de oportunidad*, las alternativas de instalación, adaptación y aprovechamiento de condiciones aptas para desarrollo de proyectos (como la existencia de *áreas con capital fijo* importante e inactivo), la asistencia y trabajo técnico con *nuevos colectivos sociales* (como ONG's o asociaciones de consumidores o pobladores o minorías urbanas, etc.), el desarrollo de sistemas alternativos de construcción, el montaje de empresas prestadoras de servicios y *consulting de desarrollo*, etc. son algunas cuestiones que redefinen el arco de trabajo de la actividad proyectual de la arquitectura.

El mundo genérico del diseño —es decir, la atención sistemática del mundo social material y sus sistemas de intercambio simbólico— que está en el contexto latinoamericano más exigido por la necesidad social que por la demanda cultural, es todavía y sobre todo, una exigencia básica, un servicio antes que una dimensión excedentaria y ligada al consumo de cultura.

Ello impone desde luego, dimensiones mucho más complejas de actuación, quizá no tanto en las prácticas —siempre establecidas en la perspectiva de su viabilidad económica, ahora incluso casi enteramente dependiente de las posibilidades del mercado, agotado o suspendido el rol de los Estados, sobre todo los locales o municipales— pero sí en la teoría y en la crítica; en el diseño

y programación de competencias, en el descubrimiento de nuevas alternativas de investigación y descubrimiento; en el montaje de la disciplina, sino del mero campo de las profesionalidades.

7. El problema de los que están alrededor del proyecto

Las nuevas dimensiones de la práctica proyectual que emergen en la condición contemporánea y como efectos de los procesos que fuimos comentando, obliga a analizar más detalladamente el conjunto de *actores* y *factores* que orbitan el problema del proyecto y que a menudo lo facilitan o viabilizan o bien, por el contrario, lo obstruyen o imposibilitan.

Aludimos así a cuestiones como las normas urbanísticas y las regulaciones del desarrollo urbano, las políticas sectoriales del Estado y especialmente, las de los Estados locales o municipales, los programas formulados desde los distintos sectores, o bien, la definición de los cuadros de necesidades que tales programas buscan afrontar, las prácticas profesionales que definen la captación de encargos —desde los concursos hasta los *portafolios de riesgo*—, las condiciones reales y potenciales del mercado, entendiendo en éste, todas las capas y dimensiones sociales susceptibles de participar de alguna manera del intercambio de bienes y servicios arquitectónicos y urbanísticos, incluyendo nuevas variantes como los abonos de servicios o las prestaciones prepagas, etc. La pregunta central debería ser así: ¿cómo pensar todo eso desde una perspectiva proyectual (o mejor: ético–proyectual)?

Las necesidades de abordar una sociología de las necesidades generales del hábitat y de las posibilidades prácticas de montar respuestas válidas y viables están más allá de la supuesta disolución de la praxis proyectual en el campo de las ciencias sociales como fuera pensado sobre todo en las primaveras progresistas de inicios de los '70 en varios países de la región y que implicaron, como en el caso de la experiencia del llamado *Taller Total* (una enseñanza alternativa de la arquitectura abordada en Córdoba a inicios de esa década) un ablandamiento de la especificidad cognitiva y de la responsabilidad técnica del arquitecto convertido prácticamente en activista social o, a lo sumo, en un analista de los procesos de cambio político de entonces.

Saber más sobre las condiciones de la marginalidad política y social de los escenarios latinoamericanos, lejanos en sus características del mundo central, es sin duda parte de la necesaria cultura política de un especialista que debe insertarse en cuadros complejos de necesidades que deben abastecerse con mucho ingenio y pocos recursos.

Pero ese perfil es muy poco para garantizar una mínima eficiencia ya que hoy hacen falta muchos más saberes para abordar con éxito una contribu-

ción progresista a las demandas locales. Se trata por ejemplo de conocer las posibilidades en que opera una sociedad en que las reglas de mercado —aun en el seno de grupos sociales pobres— ha instituido ocupando los espacios emergentes del retroceso del Estado, de insertar una posible práctica local o regional conociendo y no ignorando, la situación global y de disponer de una inédita plataforma formativa que aúne capacidad técnica, aptitud para desplegar modelos de gestión, conocimientos económicos y sociales, entendimiento de las crisis de sustentabilidad y la necesidad de afrontar ecoproyectos sensibles a territorios en crisis y también, pero no al final, habilidades estéticas, poéticas y comunicativas.

8. El problema de lo que está después del proyecto

La idea renacentista—moderna del proyecto y su caracterización predominantemente prefiguracional y anticipativa de un futuro que aseguraría la consumación técnica e inmutable de aquella prefiguración empieza a hacer agua por varias razones, como la pérdida del concepto de *totalidad* de la idea de proyecto, su decadencia de tectonicidad (en el sentido de crisis que presenta Frampton —1999—) o el auge de la virtualidad y la condición efímera.

Aun así y a todas estas variaciones más bien recientes, el proyecto siempre supuso una entidad o producto relativamente *deformable* por el *uso-consumo*, lo cual, en general, implicaba una gran molestia para la comunidad proyectual que veía estas transformaciones como degradaciones de la cualidad supuestamente inmutable del proyecto original. Solemos lamentar mucho los cambios que el uso concreto de los edificios le producen sus propios habitantes que desde la perspectiva de esta hipervalidación del proyecto como obra de arte a preservarse de modo íntegro, aparecen como intrusos.

Hoy en cambio ha crecido una idea de mutabilidad casi absoluta del proyecto y más aún, una manera de concebirlo como instrucciones abiertas al devenir del consumo, casi como si fuera una partitura musical o un guión o *script* cinematográfico, que más que una puntual realización de lo previsto implica una *performance*, un *juego* (en el doble sentido que tiene en inglés el verbo *to play*).

El proyecto entonces, abandona su pretensión mimética y prefiguracional absoluta y en cambio se despliega una potencia estratégica en tanto instrumento crítico y operativo en el contexto de la crisis de la sustentabilidad y de la dialéctica global—local. La noción de *proyecto operativo* —que emerge tanto en el arte de sistemas como en la nueva geografía— aparece así como un dispositivo sistémico y abierto a cambios de características —ajustes homeostáticos diría el *pensum* cibernético— vinculados a mutaciones de escenarios.

Todas estas cuestiones que parecen formar parte de las avanzadas más exóticas y especulativas del pensamiento arquitectónico central (por ejemplo lo que tratamos en el primer capítulo como referido a la cuestión del fenómeno y la revisión profunda de las ideas mecanicistas o reduccionistas que todavía sobrevuelan y determinan la noción de función), paradójicamente, creo que serían de gran ayuda en revisar cómo entender el proyecto y su uso social por ejemplo, en América Latina.

Ideas que tienen que ver con una pérdida de importancia del proyecto como documento técnico absoluto y, en cambio, el deslizamiento del saber arquitectónico como orientador de prácticas múltiples y corales (como la capilla de San Vicente hecha por Jorge Lobos en Chiloé, sin planos, con una estrategia constructiva de ayuda solidaria y casi con una especie de convenio entre muchos actores poniéndose de acuerdo en practicar un manual de proceso antes que en construir un proyecto) están apareciendo como una curiosa rearticulación de saberes globales y locales, lo mismo que el llamado arte político o las derivas psicogeográficas de los situacionistas, que resultan ser prácticas semejantes a las de colectivos marginales de las ciudades latinoamericanas que ejercen apropiaciones tácticas o furtivas del territorio y las ciudades.

9. Instalaciones y adaptaciones

La suspensión o inversión de la fatalidad futurista del concepto renacentista-moderno de proyecto implica aventurarse en variantes acerca del tenor prescriptivo estricto de esa noción ya clásica del mismo. Así como vimos, estamos muy en camino de concepciones *abiertas* o *tácticas* de proyectos, en las que vale mucho la capacidad de configurar *instalaciones* (como disposiciones específicas en un cuadro contextual) o *adaptaciones* (como enunciaciones que pliegan lo proyectual a presiones o condiciones grandemente efectivas del contexto).

Las prácticas *reproductivas* o *retrospectivas* (como las definió Leonardo Benévolo —1992—) son otra variante, si bien no enteramente novedosa, de una actividad proyectual que no se mueve en la *tabula rasa* de la innovación absoluta sino que definen lo proyectual como acomodo en lo previo (instalándose o adaptándose a sus características) y al trabajo mismo del proyecto como una transformación de la materialidad dada en una producción ya fruto de un momento proyectual originario, con lo cual podemos hablar de proyecto reproductivo o incluso, de *proyecto de segundo orden*.

Desde luego estamos aquí en un territorio, yo diría mal adjudicado íntegramente, al discurso de las prácticas preservacionistas y patrimonialistas (que pueden tener un sentido cuando se trata de piezas únicas o elementos muy singulares del *corpus patrimonial*), pero que en todo caso rearticula alguna

clase de ligazón entre la idea de proyecto y el avance indiscriminado, como menciona Andreas Huyssen (2002), de una *pasión por la memoria*. Aunque en América ello sería una memoria pobre o una conciencia de la pobreza.

En este contexto se redefine el concepto de patrimonio que ya no es un corpus selecto de piezas que aúnan importancia histórica y relevancia estilística sino que se extiende a capas de la cultura material de las ciudades, como lo que en un origen se llamó arqueología industrial y hoy tiene que ver con el patrimonio inmaterial o popular y el patrimonio ambiental y mitológico, dimensiones en que la escena americana es descollante y en las que cabrán discernir nuevos modos de práctica analítica y proyectual, nuevos procesos de investigación territorial y neocultural y hasta nuevas formas de ejercicio de modalidades del *land art* o arte conceptual y de paisajismo o gestión de las transformaciones territoriales.

Esta expansión conceptual de un concepto originado en el corazón de las culturas centrales —los monumentos, no solo allí concebidos sino también con la posibilidad excedentaria de economías que los pueden atender y poner en valor— hacia estratos de cultura material con los que conviven sociedades populares, tiene la relevancia de permitir revisar el cuadro de valores con que se analizan las ciudades y sus arquitecturas y ello es importante no sólo para los diseñadores (que suelen ser miopes o reacios en reconocer valores a producciones que no se engendran en su propia institución) sino para la sociedad que comienza a pensar en otras formas de manejar sus entornos.

10. Conocimientos ecotécnicos y antropológico-culturales

Repensar la ciudad, no como *estabilidad formal* sino como *mutabilidad funcional*, hoy aparece como el desafío de nuevas configuraciones de saberes que funden elementos tanto de raíces *ecotécnicas* (desde las viejas posturas mumfordianas hasta las más nuevas aportaciones de Christopher Alexander —1981—, Jane Jacobs o Sergio Bettini —1998—) como nuevas miradas devenidas de los campos *antropológico-culturales*, desde los análisis de Pierre Bourdieu —1995— y Marc Augé —1994— hasta las investigaciones de Néstor García Canclini —1993— para la vida metropolitana en México.

Los estudios americanos en estas temáticas todavía son escasos y suelen reducirse a investigaciones etnoantropológicas, con lo que resulta más evidente el vacío que el interés devenido de la arquitectura pudiera generar al considerar estos singulares ambientes en los que aparecen temas diferentes como la suburbanidad de las interfases difusas entre campo y ciudad, los problemas de la aculturación urbana (aunque ya pasó casi medio siglo del pico de las migraciones campo-ciudad) en habitantes de origen rural o de pequeños asen-

tamientos, la idea de unas metrópolis débiles que en América Latina fuera de su desmesurado tamaño son más bien constelaciones de componentes aislados, palimpsestos de culturas barriales coexistentes, los modos tácticos o furtivos con que ciertos colectivos sociales se apropian transitoriamente de partes de las ciudades no mediante objetos permanentes sino a través de mitos, rituales, códigos y sistemas de enunciación a menudo endógenos o las colecciones de objetos que estipulan la etnoidentidad de determinados grupos, todo ello sobrepuesto pero no asimilado al creciente peso de la cultura *mass-mediática* que reforma y aplanan las culturas populares.

En realidad no es que las ciencias biológico-sociales hayan descuidado el análisis de la ciudad, de sus metabolismos e intercambios energéticos y simbólicos, sino que ha faltado una elaboración de esos estudios en términos proyectuales, básicamente en torno de dos situaciones contemporáneas, a saber: 1) el pasaje de los *receptáculos* a los *espectáculos* (en donde puede uno valorar la propuesta de geógrafos como Lawrence Halprin —1969— y algunas conceptualizaciones proyectuales de Tschumi —1985—) y 2) el desplazamiento del interés de los *sportes* a los *eventos* y a nuevas articulaciones entre portación y prestación (uno de cuyos grupos señeros en trabajarlos sería el holandés Grupo NOX).

11. Nuevos roles proyectuales en los nuevos modelos o funciones de ciudad

Las ciudades vienen afectadas por procesos y comportamientos muy distintos de la noción tradicional gravitatoria según la cual a cada actividad le correspondía, *land uses planning* mediante, un punto concreto de territorio que estructuraba una manera contextual y regulada de proyectar, predeterminada en las regulaciones normativas del plan.

La ciudad actual en cambio, tanto la desarrollada como la subdesarrollada, vive en un escenario de violentas mutaciones con procesos de nomadismos, despliegue de la idea periférica de *ciudad difusa* o *ville-archipel*, con sedimentación espacial de mestizajes y fusiones.

Para esta mutación de ciudad, movimientos como el *situacionismo* de Guy Debord (1977) habían identificado la posibilidad de unas prácticas diferentes, abarcativas de la movilización política, la observación sociogeográfica y la *performance* de arte conceptual como fueron las que llamó *derivas psicogeográficas*, transectas, itinerarios, etc., en las cuales el neoproyectista urbano, como si fuera un narrador o un cineasta, se interesaba no tanto por el congelamiento de la actividad sino por los movimientos de los sujetos.

Si bien en un plano que puede tener algunos resabios de cinismo, los trabajos urbanos —las dimensiones X y XL— de Rem Koolhaas (1995) tienen

(por ejemplo en los estudios de Atlanta o Singapur) la voluntad de tratar de entender una realidad urbana esencialmente divergente de la ilusión racionalista moderna, más bien caótica e imperfecta, mutable e incierta, carente de estabilidad y sentido: allí donde quizá pueda caber un saber del proyecto capaz de ser crítico de tal situación e intérprete de nuevas demandas de diseño.

La necesidad de pensar prácticas o habilidades para o meta proyectuales empieza a ser acuciante en estos contextos, por ejemplo roles dedicados al descubrimiento de nichos de oportunidad para el desarrollo urbano o para el mejoramiento inducido de su calidad que no sean puramente tarea de especuladores inmobiliarios, roles orientados a manejar procesos de negociación entre el interés privado y la calidad pública, lo que ya no puede controlarse mediante la planificación convencional de los usos urbanos, roles articulados a necesidades sociales nuevas que todavía no tienen fuerte correlato institucional como las ONG's o las OBC's o los colectivos minoritarios (como niños, ancianos, discapacitados, etc.), o roles centrados en movilizar y favorecer las prácticas participativas (como aquello que en USA se conoce como *design by community*).

12. Región dentro de lo global

Un comentario final para esta reconstrucción de un sentido del proyecto en el tiempo y espacio que nos toca, apunta a valorar y fortalecer *lo regional como crítica de lo global*, no como autorreclusión folklorizante y desconocimiento de las democratizaciones telemáticas de la información.

Que somos ya todos globales es, ya queramos o no, un hecho casi consumado salvo que ejercitemos alguna clase de autismo depurativo al estilo de los monjes budistas ajenos a la dinámica malsana del mundo.

La información, como decía Tom Wolfe (1973), nos inunda y satura, es como el agua de una inundación, inevitable y generalizada. Se trata de tamiarla según nuevas exigencias intelectuales que ya no podemos declinar para como en el judo, usar esa fuerza en los contextos locales, en los que pueden presentárenos inéditas y múltiples oportunidades de proyecto.

El hecho que existan posibilidades más abiertas de establecer circuitos más horizontales de los flujos de información, abre la perspectiva de conocer aspectos de microculturas que pueden alimentar procesos de análisis proyectual más semejantes a los que tienen que ver con problemáticas locales, rompiéndose así en parte, el direccionamiento centro/periferia inexorable de la formulación de paradigmas inexcusables o puntos de vista instituidos desde tales posiciones centralizadas.

Quizá nos toca experimentar una época de *hiperdiseño*, un mundo en que la *reflexión proyectual* (no siempre conducida a *dar forma*, sino muchas veces,

a criticar y cuestionar) puede readquirir algún protagonismo en el campo de la ética y el pensamiento.²

Está claro que nuestra época parece ser un espacio comunicativo interrelacionado como nunca en la historia y en el que las *imágenes* juegan un papel preponderante, incluso dada una cierta declinación del pensamiento gutem-berguiano, como ya lo había anunciado McLuhan (1969) hace tres décadas.

Se trata empero de un combate entre la frivolidad y el consumo, por un lado, y una renovada racionalidad crítica de parte de los protagonistas del mundo del proyecto, por otra.

Un *mundo diseñado* pues, pero tensionado entre la retórica de la publicidad consumística y las estrategias del poder mediático, y enfrente, la perspectiva de un *proyecto crítico*.

Notas

¹ Bonfil introduce categorías de análisis del par propiedad/ajenidad y también revela la gran relevancia del nombrar/designar territorios propio de la civilización mesoamericana y aún vigente en la marcada topofilia del habitante rural mexicano, procedimientos de tan singular fusión entre historia y geografía que también se verifica en la modalidad de producción de los códices del siglo XV, en los que ya en plena vigencia de la instauración de la Colonia, se advierten discursos sobre el origen de las familias dominantes mapeados en identificaciones territoriales.

² Es muy interesante la disquisición que hace el cineasta alemán Wim Wenders acerca de la palabra *einstellung*: palabra que de manera simultánea quiere decir *plano* (o encuadre) en lenguaje cinematográfico y *actitud* en lenguaje filosófico y moral; palabra que unifica —y puede llegar a obligar alguna articulación al respecto— los campos de la estética y la ética. Véase Win Wenders, 2005.

9. El vacío de la teoría

Argumentos para la investigación proyectual como refundación teórica de la Arquitectura

La situación contemporánea de la Arquitectura como *Institución* (*pensum* disciplinar pedagógico, sistema de validación de las experiencias, producción disciplinar teórica, crítica e historiográfica) presencia un extremo desprecio por la condición reflexiva propia de la producción de teoría. Desde luego no es el caso de otros campos de conocimiento como la Física o la Biología, ni siquiera de la Economía.

Esta situación inédita en la historia de la Arquitectura —en muchos de cuyos momentos relevantes la teoría supuso un estatus central para la construcción del pensamiento y para, si cabe, un *pensar constructivo*, un *proyectar* como *emergente de un basamento intelectual*— remite a una exaltación de la pura práctica, cada vez más desustancializada y por tanto, instalada en un devenir frívolo, de un experimentalismo de marcada insustentabilidad social y culpable de degradar el valor o reconocimiento público de la arquitectura y reubicarla ni siquiera en el estamento de las Artes sino más crudamente, en el nivel arbitrario de la Moda o persuasivo de la Publicidad.

Alguien tan positivamente comprometido con esta actualidad de la arquitectura como fuera el agudo Ignasi Solá-Morales, en algunos pasajes de sus trabajos llega a intuir la inconsistencia de este ultrapragmatismo:

Entender el propio trabajo —*argumenta amistosamente Solá para los grandes lápices*—, poderlo problematizar exige un cierto extrañamiento, una operación de alienación en el más estricto sentido de esta palabra. Puesto que la práctica aislada carece de discurso, la

arquitectura se ve, muy a su pesar, necesitada de ensayos de entendimiento más allá del marco concreto de las condiciones de una determinada obra. (2003:151–152)

Ante este panorama la solución solamoralense no era la *teoría* sino la *cartografía*, ya que ante la virtual imposibilidad de configurar una plataforma conceptual para la incontinencia pragmática, lo que al menos debía disponerse era de mapas, guías o árboles cognitivos que trazaran alguna delimitación del devaneo individualista, algún portulano de estas navegaciones exasperadas.

Que Solá lo relativizaba al decir que “es posible la constitución de discursos internos desde la experiencia sobre la práctica pero con intención de razonarla, sopesando las palabras que se utilizan y huyendo de la pura autobiografía”.

Ante este exordio en el que se percibe el lejano rumor del concepto kantiano de un saber de una *razón* capaz de *criticar* unas prácticas (que de paso demuestra cuán poco afilados están los prototeóricos de la arquitectura si deben remitirse a Kant) se perfila un panorama de un vacío de la teoría apenas compensado por voluntades cartográficas,¹ por autoexégesis de pretensiones sistémicas y ejemplarizantes de actores–proyectistas² o por estallidos o iluminaciones de críticos más bien situados en el descubrimiento de pequeños hallazgos conceptuales antes que de cosmovisiones.³

Sin ánimo de agotar este primer grupo de argumentos sobre las limitaciones de la teoría —que de cualquier forma abren una agenda de posibles y necesarios desarrollos futuros— me gustaría avanzar en este artículo reseñando el proceso argumentativo, en el que trabajé recientemente indagando las relaciones entre el *modus* cognitivo de la *investigación* (como actividad inherente a la sistematización del saber acumulado y/o a la producción de nuevos conocimientos) y la operación conceptual e instrumental del *dispositivo proyectual*, para poner en marcha programas de Doctorado en Arquitectura.⁴

Atento al dominante rango que supone el trabajo de investigación en estos programas, cuyo campo epistemológico vinculado al saber teórico y práctico del proyecto presenta todavía un estado de desarrollo y formación en comparación con la situación en otros campos disciplinares, lo que sigue de este trabajo pretende discutir las cuestiones siguientes:

- ¿Qué es conocimiento proyectual?
- ¿Qué características específicas puede tener, dentro del campo de la investigación, la llamada investigación proyectual?
- ¿Qué temáticas podrían abordarse dentro del campo de las investigaciones proyectuales?
- ¿En qué medida una investigación proyectual puede ser la base de una tesis doctoral en Arquitectura? y, finalmente
- ¿Qué características o protocolos debe poseer una tesis basada en una investigación proyectual?

Entendemos que referirse a estas cuestiones hace parte de la definición de las tareas del trabajo en una tesis doctoral que como se sabe, consiste en el desarrollo de una investigación cuyos resultados aporten a una ampliación o perfeccionamiento del conocimiento o estado del arte, de tal forma que las notas siguientes buscan plantear algunos términos de partida para tal definición.

Investigar en este sentido es producir conocimiento proyectual, o sea, plataformas teóricas para la praxis pura e instrumental del trabajo del proyecto.

1. ¿Qué es conocimiento proyectual?

Hay un campo general de conocimientos ligado a conocer las formas de asentamiento y habitación—producción, en general, los *procesos de transformación de territorios* predominantemente *naturales* según procesos tecnoantrópicos.

Este campo general puede ser compartido por la geografía, la antropología y la arquitectura, aunque sólo ésta propone el conocer estados dados de tal transformación con la finalidad de fundamentar *nuevos* cambios.

Desde ese origen transformador de algo predominantemente natural (tema que sin embargo vuelve, cualitativamente muy modificado, en la cuestión de la *sustentabilidad* y su crisis), ese campo de conocimientos orientado a saber cómo instalar—se, cómo habitar, fue complejizándose a un nivel de operar proponiendo cambios sobre cambios, transformaciones sobre estructuras ya muy antropizadas y especialmente, las estructuras urbanas y metropolitanas.

En este punto, el acompañamiento disciplinar de la geografía diverge claramente y en cuanto a la antropología —o más bien, ahora, las ciencias sociales y los *estudios culturales*— se interesan más que en las *formas de hábitat* o asentamiento, en las *prácticas sociales del habitar* y sus *instituciones*.

A la Arquitectura —como un campo genérico de diseño de innovación, transformación y ajuste del hábitat existente, ya muy tecnosocialmente complejo— le sigue importando (y definiendo su *pensum* específico) ocuparse de cambios, evoluciones y adaptaciones del estado del hábitat.

La forma técnica y cognitiva de esos cambios en términos generales podemos llamarlos *proyectos* que a su vez pueden categorizarse según escalas o tamaños de actuación (desde el territorio a los utensilios pasando por organizaciones urbanas y formas habitativas residenciales y productivas). Se puede hablar quizá del problema de *producir nuevos hechos de cultura material*.

En este enfoque, el proyecto se presenta como *forma de conocimiento* e instancia de experimentación tentativa de prever mediante modelos analógicos y verosímiles, la clase de cambio o ajuste necesario en el hábitat preexistente, y ello conlleva así factores de racionalidad, cálculo, evaluación *in antis* de

efectos sociales, etc., es decir, todos ellos componentes clásicos de protocolos científicos de generación de nuevo conocimiento.

Es preciso aquí presentar una diferencia entre una idea de *proyecto fundante* respecto de una idea de *proyecto recurrente*: el proyecto fundante sería aquel que en su concepción y proposición contiene un elemento de innovación, una propuesta contributiva a la transformación del problema o necesidad que origina su razón de ser, que pone en marcha la necesidad de proyecto.

El proyecto recurrente, en cambio, refiere más bien a una repetición tipológica, a una *performance* de aplicación serial de una construcción conceptual existente al interior del campo disciplinar/profesional de la Arquitectura.

A menudo se puede pensar que es posible trabajar en la producción de un proyecto fundante (que en sí mismo podría coincidir con la exigencia de aquello que llamaríamos investigación proyectual) en la medida que identifiquemos un *problema*, o sea un estado de necesidad social susceptible de ser solucionada mediante una actuación proyectual.

Puede haber *problemas genéricos* que admiten o exigen puntos de vista variados, pero tales problemas tienen la posibilidad de *soluciones específicas en la forma de proyectos*, y estas soluciones, en una condición virtual de abarcamiento de actuación resolutoria en todo el campo de los problemas sociales, constituyen en sí lo que podemos entender como el espacio de la *Teoría de la Arquitectura*.

Justamente, asimismo podría decirse que la tensión cognitiva orientada a proponer proyectos fundantes (que implica por tanto, desarrollar protocolos de *descubrimiento*) pareciera dar cuerpo al concepto de *disciplina* de la Arquitectura, y en cambio, que la realización con mayor o menor calidad de *performance* de proyectos recurrentes tendría más bien que ver con la *profesión* de la Arquitectura.

Como un aspecto conectado en parte al argumento precedente y con su propia identidad por otro lado, tendríamos el tema de la *producción de comunicación* y de objetos o productos cuya dominante es la *función comunicativa*: a su vez este campo podría desdoblarse si se quiere, en un campo de comunicación dominado por la función o utilidad (comunicación gráfica y visual) de un campo de comunicación escindido de una exigencia de función o utilidad (cine, y más precisamente, la dimensión autónomamente artística de este campo). De todas formas, la esfera propia de la comunicación posee una dimensión proyectual, en tanto proposición de *nuevos objetos o situaciones comunicantes*, que pueden definirse como consecuencia de una actividad proyectual porque son *nuevas*.

También es posible extender la dicotomía entre proyectos fundantes y recurrentes de comunicación, siempre que esté presente la cuestión de la utilidad o, por tanto, el grado de problema o necesidad social que reclama *solución proyectual*.

El conocimiento proyectual comprende así un saber sobre las transformaciones producidas en un territorio o entorno dado —incluyendo extensivamente, transformaciones de la cultura material y del intercambio simbólico entre las

sociedades— tanto como un saber sobre las transformaciones a producirse; es decir, un cierto *saber-hacer lo que aún no existe*.

Tradicionalmente, dentro del campo disciplinar de la Arquitectura se atribuye más importancia al conocimiento proyectual entendido como el saber necesario para las *transformaciones futuras*, aquellas todavía no proyectadas; por tanto podríamos coincidir con aquellos autores que refieren a la Arquitectura como una de las disciplinas relacionadas con unas *Ciencias de Futuro*.

Hay un énfasis cognitivo pues centrado más bien en conocer nuevos estados o condiciones de realidad y por tanto, con una voluntad o mirada fuertemente dominada por la praxis.

En el caso general del Diseño ese énfasis cognitivo por la prefiguración es todavía más fuerte; el diseñador de objetos y/o de comunicación es antes que nada, un conocedor eventual de nuevos objetos (materiales o simbólicos).

2. ¿Qué características específicas puede tener, dentro del campo de la investigación, la llamada *investigación proyectual*?

El conocimiento en general es procurado por una acumulación de evidencias y comprobaciones experimentales resultante de tareas que solemos llamar de investigación. A menudo la investigación se apoya en construcciones teóricas resultantes de trabajos previos que sirven para dar un marco referencial a nuevas investigaciones, que en tal caso pueden entenderse como avances fuera de las fronteras definidas por dichas construcciones.

Si existe un campo que aceptamos como propio del *conocimiento proyectual* (definición I) puede haber *investigación* caracterizable como *proyectual* en tanto procura interactuar con tal campo, a saber, constituirlo o trascenderlo. Eventualmente como fruto relativo de tal proceso de estabilización de la investigación, también podemos hablar de construcciones teóricas emergentes del conocimiento proyectual.

La investigación proyectual, como cualquier otra, puede atenerse a aportar elementos para esas construcciones teóricas o puede dedicarse a trabajar en avances fuera de las *fronteras* de esas construcciones.

En relación con la tendencia a identificar proyectos con dispositivos empíricos de prefiguración de futuros, también decimos que la investigación proyectual puede estar caracterizada por dicha práctica; es decir, se pueden producir *proyectos de futuros* no como actividades extremadamente arbitrarias o subjetivas sino como parte de estrategias cognitivas, es decir, como dispositivos típicos de investigación ligados a la función del descubrimiento.

En este punto es importante insistir en el acople de proyecto —como solución— y demanda, necesidad o deseo instalado en el hábitat social —como problema.

Es decir, que la calidad propositiva o contributiva de una forma de conocimiento que llamamos proyectual y que se puede construir mediante mecanismos que llamaríamos propios de la investigación proyectual, requiere constituirse en dicho acople entre solución (proyecto) y problema (necesidad/deseo).

No hace falta insistir demasiado en que la trasposición de la necesidad al deseo incluye el pasaje de la *función* a la *in-utilidad*, y que en tal ampliación del espectro de las demandas de proyecto se incluye así la posibilidad del ejercicio artístico.

En algunos casos propios del diseño —como el diseño de nuevos objetos de uso cotidiano o de indumentaria, por ejemplo— existe un espacio de la investigación proyectual muy ligado a la verificación de posibilidades resultantes de aplicaciones de nueva tecnología genéricamente disponible y/o a la verificación de respuestas específicas a factores identificados con necesidades sociales y/o deseos culturales.

En estos casos el acople mencionado entre solución/necesidad–deseo (o la definición de solución como aplicación/aprovechamiento de una condición de producción proyectual previa, en el terreno de la tecnología o del consumo) es todavía más significativo.

3. ¿Qué temáticas podrían abordarse dentro del campo de las investigaciones proyectuales?

Aquí aparece cierta ambigüedad relativa a la escasa consolidación de las construcciones teóricas, propias del conocimiento proyectual, que resulten plataformas válidas para nuevas investigaciones proyectuales emergentes de esas construcciones. En efecto no poseemos si se quiere, construcciones teóricas equivalentes por ejemplo, a las de la *física cuántica*, a las de la *matemáticas difusas* o las de la *biología del ADN*. Tampoco tenemos, parece, construcciones teóricas equivalentes a las que formulan, por ejemplo, las teorías del Estado o del Mercado. Es difícil entonces la investigación proyectual deducida de aportes pensados para expandir fronteras de construcciones teóricas proyectuales, como por ejemplo, una *Teoría General del Hábitat*.

Asimismo debe reconocerse que si bien hoy tal vez no existan *grandes relatos teóricos* en el campo disciplinar de la Arquitectura, sí los hubieron en otros momentos históricos (por ejemplo con relación a los *sistemas* propuestos por Vitrubio, Alberti, Palladio, Perrault, Laugier, Durand, etc., véase al respecto el libro de A. Pérez–Gómez —1984—).

Hoy hay algunas sistematizaciones de pretensión abarcativa más bien en Diseño (Maldonado, Manzini, Foster, etc.) y en otro orden, *summas* más bien críticas en donde la voluntad relativa de sistematización teórica está más

bien del lado de la delimitación de los problemas o demandas de proyecto (Koolhaas, Tschumi, *Actar*, etcétera).

De cualquier manera, si bien no habría grandes *plataformas de deducción* de temas de investigación proyectual, sí podemos elaborar *agendas abiertas* de temas que reflejan interés, demandas o posibilidades en el cuadro de necesidades cognitivas y epistémicas del saber de la Arquitectura. Al final de este ensayo ponemos una lista en tal sentido donde de nuevo insistimos en pensar, más que nada, condiciones problemáticas del hábitat social en que sería susceptible de pensar soluciones entendibles como proyectos.

4. ¿En qué medida una investigación proyectual puede ser la base de una tesis doctoral en Arquitectura?

Una tesis doctoral en Arquitectura tiene que garantizar en principio dos cosas inherentes a su propia definición como tal: tiene que tener *la forma de la investigación*, y tiene que poseer *la sustancia de lo proyectual*; una suerte de investigación sustantiva, adjetivada por lo proyectual, en donde lo sustantivo es la condición–problema y lo adjetivo es la condición–solución, con una articulación o acople cuya condición de eficacia o calidad es precisamente la *calidad del proyecto*.

En general, suele reconocerse y admitirse una especificidad de la investigación realizada en la esfera de la Arquitectura en tanto ésta resulte *adjetivada* por la condición proyectual. Lo cual alude a lo *específico*, aunque también hay campos de trabajo investigativo activos dentro de las escuelas de Arquitectura que no resultan específicos de éstas y que resultan legitimados en su calidad por parámetros extradisciplinares, como los campos ligados a la investigación tecnológica, histórica y en parte también, los urbanísticos y morfosémicos.

Este campo de trabajos investigativos es perfectamente viable y encuentra sus modos de resolución en metodologías muy desarrolladas en esa condición extradisciplinar que señalamos. Por ello la lista de temas–problemas que referimos pretende contribuir no a esta dimensión sino a aquella inherente a lo específico–cognitivo de *lo proyectual* dentro de la división del saber, como ocurre en la mayoría de las instituciones que enseñan Arquitectura.

Aunque colateralmente, deberíamos también discutir las condiciones de instalación de la cuestión proyectual dentro del tipo de investigaciones que como las mencionadas, poseen en principio, *formas inespecíficas de legitimación* como tales.

Tal vez aquí haya que poner en juego un énfasis en asignar a tales estilos o modalidades de investigación, por ejemplo en relación con el acople solución/problema en situaciones dadas (investigación proyectual–histórica), con relación a la calidad/novedad del acople solución/problema en situaciones

paradigmáticas dadas (investigación proyectual–crítica), con relación a las condiciones de posibilidad de nuevas soluciones (investigación proyectual–tecnológica), etcétera.

La forma de una *investigación* —y por tanto, del *modelo cognitivo de producción de teoría*— contiene sumariamente estos ítems: tema, hipótesis a demostrar (en rigor: se trata de aquello propio del tema por descubrir o trascender), revisión del estado de la cuestión, casuística —o trabajo de campo—, síntesis y proposiciones (que en general son pro, meta o paraproyectuales pero que deben incluir las propuestas específicamente proyectuales).

La sustancia de lo proyectual implica concentrarse en las diferentes dimensiones recién señaladas de la forma de la investigación, en sus aspectos directa o indirectamente proyectuales: un tema proyectual (ver la agenda de temas), una hipótesis por demostrar que puede asumir la característica de una proposición proyectual (o metaproyectual), un estado de la cuestión (referida a proyectos anteriores), una casuística definida como cierta realización de proyectos —por ejemplo, tareas proyectuales realizadas en una dimensión didáctica entendida como un laboratorio o banco de pruebas— y finalmente, proposiciones proyectuales.

5. ¿Qué características o protocolos debe poseer una tesis basada en una investigación proyectual?

Las características de una tesis doctoral en Arquitectura tienen que atender, según el punto precedente, a conformar el *protocolo de la forma–investigación*, así como garantizar intrínsecamente unos contenidos que referan al *protocolo del contenido–proyectual*.

Las características de un protocolo de la forma–investigación son suficientemente conocidas, y tanto la forma–investigación típica de las ciencias exactas–naturales como la propia de las ciencias sociales pueden asimilarse perfectamente al desarrollo de una tesis de investigación proyectual.

Es decir, puede haber un trabajo experimental y/o un trabajo delimitatorio; una tesis puede basarse en *protocolos de experimentación/descubrimiento/verificación* (forma dominante en las exactas) o en *protocolos de delimitación/correlación/ sistematización* (forma dominante en las sociales).

Lo importante entonces sería pensar las características de un protocolo del contenido–proyectual; es decir aquellas cosas innovativas que pueden enunciarse, como conocimiento nuevo, única y exclusivamente como *enunciados proyectuales*.

6. Agenda de temas de investigación proyectual

Lo que sigue es una nómina muy sintética y para nada taxativa, que postula una agenda entendible como razonablemente vinculada a un diagnóstico de un estado de necesidad o campo de problemas susceptibles de ser abordados según lo que proveería un nuevo conocimiento proyectual.

- Cambios psicosociales y transformaciones del *housing*.
- Los lugares del intercambio: movimientos, *no-lugares*.
- El *no-lugar* como oportunidad y demanda de proyecto. Saturación, significación.
- Arquitecturas del territorio: lo táctico y mutante.
- Resignificación del espacio público. Cambios paradigmáticos: los espacios públicos del turismo, de la seguridad, de las tribus urbanas, de las minorías, etcétera.
- El espacio público: de contenedor de clases a expresión multicultural. La segregación espacial como sucedáneo de la confrontación social.
- Arquitectura y diseño como información/comunicación.
- Aprendizaje y espacio. Didáctica del espacio.
- Salud psicofísica y espacio. Terapéutica del espacio.
- Los lugares del trabajo posindustrial. Territorios posfordistas.
- Arbitrariedad del proyecto: el carácter cerrado y subjetivo del proyecto.
- El proyecto como documento técnico-analógico.
- Constructividad y expresividad.
- La sustentabilidad: reflexión proyectual sobre la escasez matérico-energética.
- Didácticas del proyecto, ¿lógicas del proyecto?
- Desmontaje/montaje: contra lo creativo aleatorio. Procedimientos de la cita, referencia, alusión.
- Potenciamiento de lo creativo: estimulación, procesamiento crítico.
- Validación social de la arquitectura: el problema del gusto.
- Derivas de las *performances* sociales del hábitat a las respuestas disciplinares del diseño. Sobre la relación entre arquitectura y prácticas habitativas.
- Soportes: elementos mínimos sobre los que efectuar adaptaciones y *performances*.
- Arte contemporáneo como generación de ideas proyectuales.
- Teoría de los *efectos especiales* (DX): el problema de la realidad como apariencia.
- Prácticas del *sampler* y los DJ's: otra música, ¿otra arquitectura?
- Sobre el partido: qué fue históricamente, qué fue en *Beaux Arts*, cómo funciona, cómo se produce (elige), cómo se reviste de arquitectura (resolutiva o de detalle). Crítica de partidos. Lógicas topológicas.
- El proyecto como modelo. De la idea mental a la obra. Proyecto como mediación y como transformación. Obra sin proyecto.
- Geometrías. Posicionamiento, soporte. La forma geométrica como *a priori* proyectual.
- Investigación formal como experimentación preproyectual. La conexión entre forma y sentido (después de la función y el funcionalismo).

- El tamaño del proyecto. Tamaño y detalle. Forma genérica y acabamientos. Proyecto de partes de ciudad.
- Diferencias y homologías entre proyecto y plan.
- Las cosas de la gente y las cosas del diseño.
- Artesanía, diseño industrial y diseño serial.
- Problemas del diseño *folk*: lo regional y lo global.
- Colectivos sociales y formas de comunicación.
- Sociedades, cuerpos e indumentarias.
- Ecología artificial, ecología de artefactos. Paisajes de objetos.
- Modelación de territorios: el paisaje emergente de la globalización. Uniformidad y diferencia.
- El paisaje de la periferia urbana. Interfases híbridas campo/ciudad.
- Ciberespacios: fusión de arquitectura y comunicación. Proyectos mestizos.
- *Unicum* y repetición. Obra de arte única y producto repetitivo.
- Crisis de sustentabilidad de materia y energía y nuevos objetos/prestaciones.

10. La angustia de las influencias

Teoría y práctica de formas genealógicas de proyecto

Contra el evidente atractivo de una modernidad estrictamente *picassiana* —*yo no busco, encuentro...*— supuestamente instalada en una utopía antihistórica, la mayoría de los sucesos modernos y el núcleo duro de la actual producción proyectual de la Arquitectura dista mucho del muy valorado dispositivo de una creatividad *non plus ultra*, hipotetizada como pura *innovación*.

Al contrario, lo que existiría parafraseando a Bloom, es una *angustia de las influencias*, es decir, un grado de proposiciones nuevas que no son tales, sino que operan como eternas y continuas flexiones de un devenir *genealógico* (en el sentido nietzscheano).

Es posible reconocer que la producción cultural moderna —desde mediados del siglo XIX hasta ahora, para poner una hipótesis temporal— está dominada por la *performance*, por la *ejecución*, por la *reproducción* de un argumento (visual o discursivo) previo: nunca como ahora resulta tan relevante *quién* ejecuta, no *qué* ejecuta. Vayan a una góndola de CD musicales y la verán ordenada por intérpretes, no por autores. El efecto advenido por el supuesto acceso a lo que Benjamin llamó *época de la reproducibilidad técnica* parece verificarse en el reordenamiento de los valores atribuidos al *forming* o *performing* antes que a supuestos saltos en el vacío, y una de las mecánicas creativas modernas par *excellence* parece ser el método mallarmeano del *coup de dés*, la maniobra cuya *novedad* resulta completamente *azarosa*.

Si tal argumento de partida es válido, el rol de la crítica y su sedimentación, la teoría (que también podría entenderse como una suerte de *crítica estratégica*) tienen una tarea esencialmente filologista, un modo de iluminar esa razón (las

influencias) y ese deseo compulsivo (la angustia del artista/proyectista). Con lo cual el cenit se alcanzó con la secuela ampliada de la *Warburg School* y poco se podrá agregar metodológicamente hablando, a lo propuesto por el vasto arco que va desde Aby Warburg y Pevsner hasta Benjamin y, para poner el nombre de un *warburgiano* en el mundo de la arquitectura, Manfredo Tafuri.

Incluso la aparente novedad de la deconstrucción, fuera del impacto de la turbadora idea de parangonar texto artístico y texto crítico en una misma secuencia discursiva de valores y propiedades semántico–estéticas equivalentes, es más de lo mismo y con su elegante erudición, Jacques Derrida es uno de aquellos del modelo filologista extremo, como también resultarían ser el *objetivista* Deleuze o el *subjetivista* Lacan, uno en el campo de las *influencias*, otro en el de las *angustias*.

Lo que sigue serán unas notas acerca del modernamente denostado tema de las influencias, como aspecto tan negado como relevante en la cuestión del *metier* proyectual (en este caso ampliando un poco la noción de *metier* artístico) y a la vez como metatexto genérico aunque tampoco transparentado, de los discursos críticos.

1. Una cuestión clave de la modernidad, aunque vaya en contra de su pretendido *ordo ex novo* es el problema del gusto, que *aparece* tal vez con la mayor efectividad kantiana, en cuanto al tema de una racionalidad universalizada o sea más allá de la efectividad individualista del *genius*. Por tanto, la demanda de un estatus de universalismo estético, políticamente basado en la utopía socialista de una ética también universalizada, formula las dificultades del pasaje del canon académico (crítica como ajuste a un canon jerárquico) al repertorio vanguardista (crítica como verificación *ex post* de *performances* y en unos pocos casos, crítica como indagación *ex ante* de vestigios).

Pero de cualquier forma, lo importante es la deriva institucional de la academia a la vanguardia como instancia de legitimación de ese gusto universal, no el pretendido reemplazo de la canonicidad. Lo canónico sigue porque es la única forma de garantizar una vía al juicio estético universalizado. Sólo que ahora ese canon lo instala la institución llamada vanguardia, con otros mecanismos pero asimismo desde una plataforma de autoridad del gusto, quizá ahora más articulada a una dimensión del consumo antes que de la producción. Esa flexión canónica de la producción al consumo pudiera ser distintiva del pasaje del canon académico al canon vanguardista.

Lo que la modernidad inventa es un nuevo modo de legitimar el gusto, no una forma de producción estética inmune al mecanismo de la reflexión sobre lo precedente, que es el continuo y lentamente reelaborado modo de producción de certezas canónicas.

Este cambio va a introducir una transformación más drástica en la institución de la crítica que debe pasar de la construcción de *maneras* ejemplares

clasicistas (instrucciones de producción) a cierta forma de medir la efectividad de las tentativas canónicas planteadas desde la vanguardia (evaluaciones de consumo). Por eso la crítica pasa de ser axiológica y pre-productiva a selectiva y pro-productiva. Aunque también ese cambio tiene limitaciones —en el sentido que no habrá un modo objetivo de efectuar esas selecciones legitimantes— dado que el crítico (como nunca antes en la historia de las Artes) pasa a formar parte de la institución de la vanguardia. En Arquitectura habrá ejemplos muy nítidos en los casos de Giedeon o Russell–Hitchcock, el primero como introductor del carácter canónico ejemplar de la arquitectura corbusierana, el segundo como *inventor* del Bauhaus, a partir de su relegitimación internacionalista mediante su introducción en USA.

2. El atractivo de la modernidad picassiana y el concepto agudizado de *creatividad casual* (es decir, la exacerbación de la idea renacentista del *genio*) no tiene la envergadura que supo dársele como motor sustantivo de la estética moderna, salvo como mecanismo típicamente capitalista, que otorga valor suplementario y diferencial al acto de gestualidad genial (Rockefeller comprando estética riveriana...). Por otra parte, una vez más la genialidad no está estrictamente asociada al factor de innovación histórica del aporte del genio en cuestión —véase el agudo conservadorismo estético de Diego Rivera— sino que se afirma en una carga de valor agregado más bien biográfico, por caso esa turbulencia sexo-política de Rivera o los desplantes violentos de Pollock (que en cambio, sí aporta alguna novedad instrumental).

Al mismo tiempo y como nunca, esa mirada de artistas tratando de derivar a una función de líderes del canon estético, no habiendo academias, necesitarán como nunca o de un periodismo que instale su perfil más bien biográfico y de provocación social, o de una crítica fundadora, como la que Adorno hará posicionando como referentes modernos a Schoenberg, Beckett o Giacometti.

El otro factor que conspira contra la contundencia de la novedad es la dificultad de conjuntar ética socialista y estética racionalista abstracta, y esto no es sólo atribuible al sesgo realista asumido por el marxismo político o directamente por el leninismo contra el desesperado intento de cargarle todas las culpas estéticas a Stalin.

El grado cero de una estética social se presentará como rémora contenidista y referencialista—representativa como se materializa de manera extremadamente contundente en el anacronismo del Guernica, en el que pálidos reflejos del modelo montajista del cubismo fundante pasa a disciplinarse en nombre de una narratividad y un alegorismo enteramente romántico.

3. Por tanto, bien podría hablarse de una modernidad instrumental que en una forma soterrada también está inficionada de una presión productiva devenida

del saber iconográfico, eso que convierte a la producción de cultura en un saber eminentemente filológico. Las investigaciones de Mario Praz, sólo aparentemente referidas a momentos premodernos (como los demonismos de la literatura negra del romanticismo inglés, o las novedades contenidistas de Füssli o los prerrafaelitas) afirma esta condición esencial de producción de novedades, en rigor, travestimientos de motivos convencionales procesados con erudición y en algunos casos, representado en formas modernas como el *collage*. Y a veces en esa perspectiva, se presenta como componente de novedad el desciframiento erudito de algunos elementos más bien crípticos de la obra considerada: la novedad es por tanto una revisita calificada a contenidos enigmáticos.

El tándem de los críticos y los artistas se materializa como tal, en unos circuitos de retroalimentación que convierten a la crítica no sólo en legitimación sino sobre todo en *apertura*, poniendo en acción unos roles en los que ambas funciones se caracterizan como arqueólogos indagadores sistemáticos de supuestos *materiales dados* que, como decía Benjamin, emerge como una *neo naturaleza*.

El saber ver en esas canteras de referencialismos variados aparece como virtud central de ambos operadores, los críticos y los artistas, ya que tal saber ver (mucho más relevante en el arte moderno que el *savoir faire* de los artistas clásicos hacedores de diferencias dentro de la omnipresencia de los géneros) es la clave cognitiva del *yo no busco encuentro*. El *encontrar* no es una actividad casual ni meramente dependiente de alguna estimulación perceptual o predisposición imaginativa genial, sino una capacidad arqueológica que cuando funciona es resultado de poseer cierta erudición aplicada a lo precedente. Un artista en ese sentido mucho más explícito que Picasso, como fue Dalí, no vaciló en desmontar sus complejos procedimientos aunque artísticos (en una nueva versión del *capriccio* manierista) dentro del ropaje pulsional del subconsciente.

En ese maridaje entre críticos y artistas, los actores relevantes del devenir del arte moderno, el crítico emerge como estabilizador (o naturalizador) de las pulsiones modernas, por ejemplo como racionalizador y sistematizador tipológico de la aparentemente infinita y subjetiva cantera psicologista. Pero es difícil caracterizar la aparición de los motores surrealistas como una forma de selección contrahistórica de motivos, ya que al contrario de los incontrolados artistas dadaístas, hombres como Jung se ocupaban de presentar una modernidad meramente reelaboradora de estructuras arquetípicas transhistóricas.

4. Hay también en el despliegue de la modernidad una cierta expansión de la crítica a la teoría, aunque esto ya forma parte de ciertos fenómenos premodernos como el rol así cumplido por románticos como Schiller o Ruskin. Pero ahora se confirma una suerte de *maoísmo* de una teoría sólo pasible de emerger como reflexión sobre la praxis. Será el caso de Lawrence Alloway o

de Rosalind Krauss o el rol de Siegfried Giedeon en Arquitectura, en que una producción de teoría se presenta legitimada como historia paradójica de lo pretendidamente a-histórico. La teoría surge como discurso que se apoya en el relato histórico como vía de discursividad procanónica, en parte porque tal sustentación historicista de la teoría se reviste de lo natural del relato histórico: esa naturalidad tiende a volver al Picasso del *yo no busco...* en donde lo histórico intenta aparecer como legitimación de lo genealógico.

En cualquier caso, que la crítica derive en teoría también se debe a que la producción de obras de arte pasó de ser una cuestión predominantemente *expresiva* a una cuestión esencialmente (y hasta podría decirse, excluyentemente) *cognitiva*. La obra de arte, despojada luego de Duchamp de toda funcionalidad referencial (mimética, alegórica, etc.), sólo puede darse en la modernidad como didáctica de su propio proceso de conformación, lo que resulta evidente en las preceptivas que alientan las estéticas de los *procesos* —desde el *collage* hasta el *action painting*— en detrimento de las estéticas de los *productos*.

5. El rol moderno de la vanguardia —en tanto formación cultural innovativa según el enfoque culturalista de Williams— es cuanto menos controversial: fundante y revolucionario (en el sentido de romper el ritmo del devenir historicista) en Adorno —quien entendía esta formación como encarnación operativa del imperativo anticapitalista del arte moderno como proyecto de fugar de la inexorable condición de mercancía de todo producto incluso la obra de arte— y evocativo o reelaborativo de la función de las academias en Bürger, que quizá se apunta en una concepción más vinculante de esa formación con la estabilización legitimante *ex post* del experimentalismo, un campo propio de la relativa autonomía simbólica del arte pero que debe decantar en cierta organización de la articulación política y económica de ciertos productos seleccionados dentro de ese magma.

La teoría adorniana de lo moderno emerge como la presentación de una nueva sistematicidad poskantiana, casi como una derivación del largo discurso iluminista repensado a la hora histórica de la consumación del capitalismo. De allí que el racionalismo adorniano adopte la forma de una actividad crítica y que, según la estética moderna, deberá discernir y producir los elementos necesarios para cuestionar el imperativo capitalista. Las novedades instrumentales de la modernidad (como el fin de la era de la representación o el despojamiento del contenidismo narrativo en el producto artístico) estarían en línea con esa derivación crítica o negativa (adjetivo que le encantaba a Adorno) de la tradición iluminista del objetivismo universalizante kantiano y del optimismo de la encarnación del ente-sujeto en la forma-Estado hegeliana.

Adorno puede ser visto casi como una inversión de Benjamin en su intento sistemático de ir más allá de las constelaciones y del *shock*, descartando la

modernidad de la vía regia surrealista: así por tanto, la idea de una estética entendida como crítica racional, en Adorno es esencialmente una defenestración del concepto mágico-religioso del acto artístico en Benjamin.

6. En este desarrollo vale quizá un desvío o excursión que trate de lo genealógico, esa expresión nietzscheana que establece una forma arbitraria de utilizar el material histórico precisamente como material, es decir, componentes utilizables en un contexto de manejo referencial erudizante a fin de montar performances o discursos nuevos. Ese ricsorsismo de evocación acerca del eterno retorno de la dicotomía apolíneo/dionisíaco funda la vía antimoderna de una modernidad cuya sustancia es más bien cambiar los métodos productivos de expresión retomando de alguna forma la omnipresencia de esas preexistencias de las culturas.

Pero desde entonces, la modernidad como teoría crítica parece recorrer dos rutas genealogistas: la que va de Nietzsche a Foucault, que resultó ser la más exitosa dentro de la historia intelectual del siglo XX, y la que une en otro camino a Nietzsche con Derrida.

La primera vía dio curso a las arqueologías del saber y el proyecto de escarbar hasta sus últimas consecuencias de dónde viene cada *raison d'être* conceptual en cada cosa del mundo material de la cultura. Esa vía admite fundir análisis crítico de ciertos materiales con su posicionamiento en el sistema de condiciones generales que provee el materialismo histórico: las cosas vienen y son de alguna parte y, además, son como son en el marco de las condiciones evolutivas del marco productivo que las originó.

Desde Aby Warburg y Edwin Panofsky hasta (aunque no lo admita plenamente) Georges Steiner se estaría reflejando las ideas y metodologías que relacionan a Nietzsche con Foucault. En ese contexto Manfredo Tafuri aparece como máxima referencia warburguiana en crítica arquitectónica: una crítica sistémica entendida como crítica ideológica al campo de determinaciones materiales que un momento histórico determinado infringe a cualquier objeto y, además, una crítica específica como establecimiento de constelaciones, como registro de las derivas de procesamiento de referentes previos que el modo arqueologista puede establecer.

La deconstrucción que surge del otro camino se presenta más bien como demostración de la falsa naturalidad de lo histórico-discursivo y en ese sentido descarta el potencial de verdad que nutre el enfoque foucaultiano. A Derrida parece interesarle el motivo genealogista como un argumento estético, no político, casi como estaría estableciendo el cese del modelo adorniano del arte moderno como crítica al capitalismo. Por eso su aporte suele conectarse con la fundación del momento posmoderno, cuya cualidad esencial no es tanto la superación de los motivos modernos, sino la suspensión de su potencial crítico, eso que bien se llama frivolidad, entendida técnicamente como operación de significantes sin ningún interés o atención en los significados.

En ese sentido, la deconstrucción aparece como exacerbación del procedimentalismo moderno y también como coartada vitalista/fenomenologista/ subjetivista, ahora que se llegó al fin de la historia de la consumación del capitalismo.

7. Hay pues, de manera prácticamente excluyente en la modernidad y como uno de sus atributos, un ejercicio de la crítica como descubrimiento de los filones que sostienen el estatuto de la obra de arte en cuestión. Un descubrimiento de materiales propios del *factum* en cuestión que abarca desde el genealogismo aplicado a la indagación de los mapas cognitivos de influencias conformados por operaciones racionales, pulsionales y comunicacionales o retóricas.

Este último aspecto que abarca toda la cuestión de las citas parece ser un componente esencial en la producción de obras modernas de arte y también de la producción de las críticas modernas de obras de arte, cuya instancia crucial pasa a ser así la detección de esas operaciones retóricas.

Otro componente de los filones constitutivos del *factum* artístico puesto en evidencia por el análisis genealogista es el devenir dado en los métodos o formas de producir efectos artísticos, aspecto que como señalamos, es el que Adorno postula como la gran novedad del arte moderno inorgánico, ese que abandona por completo la dimensión del contenido y el significado y se aboca a la exclusiva producción de significantes.

El genealogismo procedimental no es desde luego, exclusivo del arte moderno —como lo demostraron por ejemplo los estudios de Svetana Alpers sobre el modo de construcción de la imagen del arte holandés del siglo XVII, tan dependiente de una reflexión evolutiva y elaborativa por la cual la novedad de la imagen avanza y se conforma tributariamente del avance científico vinculado con las diferentes máquinas de visión— aunque es en la modernidad cuando cobra un predicamento extraordinario.

Pero la sustancia de este tándem de producción de obras artísticas y de críticas que, por decirlo a la manera científica, son coevolutivas, se centra en toda la temática del referencialismo y la producción de una clase de mimesis en parte clásica, en parte moderna, por la cual se imponen límites en la innovación y la creatividad. El efecto de novedad puede aparecer así como destreza referencial y distanciamiento del mimetismo canónico a la manera estrictamente clásica en cuanto éste es más bien efecto del canon como sistema normativo sociohistórico de carácter autoritario que de cierta plasticidad preformativa de la mimesis.

Podría encontrarse una excepción que implica cierta vuelta al academicismo clasicista (y extensivamente, la emergencia del minimalismo) como estrategias negativas en tanto indiferentes y hasta hostiles a un referencialismo más de performance que sería en nuestra hipótesis, la clave del cambio estético moderno.

Thomas Schumacher (en su significativo estudio sobre un proyecto concreto de arquitectura: el *Danteum* de Giuseppe Terragni, que por otra parte, es la

obra cumbre de una modernidad arquitectónica cuya novedad es estrictamente un procesamiento alegórico, es decir una innovación emergida de la elaboración de materiales antiguos como lo es el poema cumbre del Dante) arma un trabajo crítico nutrido de deconstruccionismo interpretativo, un filologismo historicista que incluye o posibilita en su deliberada reducción al lenguaje (de cómo Terragni traduce al Dante a un objeto de arquitectura moderna que es artístico al decir de Hegel en la medida que carece de función) un análisis del proyecto como tensión multiactoral.

8. El precepto deconstructivista acerca de la homología entre primer y segundo texto (texto poético, texto con-texto, comentario o texto crítico-analítico) alimenta y sostiene un concepto de crítica que puede entenderse como análisis especulativo-rizomático de algo dado, cuya existencia es puntual dentro de un proceso previo: es por ejemplo el mecanismo analítico que Derrida, Lacan o Deleuze aplican sobre el barroco.

El modo de balanceo entre la autonomía del objeto criticado y una interpretación del mismo según el cartabón de la máxima potencia de realización de las promesas o principios que alientan el objeto en cuestión, da pie, dentro de esta voluntad rizomática, a la idea de una crítica como clínica en Deleuze que recurre a recortar esa potencia según figuras de la expresión subjetiva, así como a cierta esperanza de estabilización del síntoma que tal objeto criticado contiene o expresa.

En paralelo a este proyecto crítico, cierta poética moderna se plantea ciertos intentos de limitar o paralizar el azar; especie de dique analítico a la fenomenología fantástica de Dada y los surrealistas (los primeros más políticos y reformadores sociales, los segundos más expresivos de una nueva vuelta de tuerca de *art pour l'art*). Esta sería la cualidad paradójica de Duchamp como máximo anartista que tensiona al máximo su capacidad de generación automática de actos artísticos anárquicos —el *object trouvé*— junto al desarrollo de enunciaciones que restablece la lógica analítica de sus procesos de producción de obras de arte.

De allí que será Duchamp el primero que pueda poner en práctica el lema del poeta Mallarmé que reza que “todo azar debe ser eliminado de la obra moderna y sólo puede estar en ella fingido”.¹

9. Pero el cauce que abrirá Duchamp no tendrá retorno, y una de sus consecuencias será alentar una suerte de *fáctum* del arte contemporáneo cuya cualidad es precisamente el montarse como ejercicio crítico, lo que obviamente segrega la necesidad de la observación externa del crítico es la forma de pensar las obras. Se opera así una reversión y vaciamiento de la autonomía teórica: cuando se dice que hoy todo ocurre en la praxis del artista se dice que ella en

sí es toda operación discursiva, montaje analítico genealógico, didáctica del procedimiento y por tanto se ha sustraído en el proceder del artista aquellas tareas enunciativas que eran propias de la crítica. Por tanto, se llega a un arte que es básicamente crítica y que por ello no necesita ninguna actividad discursiva suplementada para su interpretación, actividad que era propia de la crítica y que si ahora se realizase resultaría redundante.

Esta internalización de los procedimientos, fines y medios del análisis crítico al interior de las poéticas actuales se opera desde la Internacional Situacionista hasta Antoni Muntadas y, desde luego, en el principal escenario de desarrollo desde Marcel Duchamp a Joseph Beuys. *Documenta Kassel* se presenta como el lugar de canonización del vaciamiento de la autonomía discursiva del artista y del hundimiento del *factum* en discursividad, y el hecho que la Bienal de Arte de San Pablo de 2008 haya decidido no exponer piezas u obras de arte a favor de constituir un espacio puramente discursivo, no debería entenderse como una revancha de los críticos sino como la afirmación de la disolución de su especificidad dentro de los cauces de la artísticidad institucional contemporánea.

10. Precisamente todas las referencias recién apuntadas —de Duchamp y la IS hasta Beuys y Muntadas— comparten en la expansión cognitiva de sus modos de producir obras de arte, las derivas que el arte parece tener respecto del pensamiento urbano. Se trata de la emergencia de una idea de *arte* que se presenta en sí, bajo la forma de esa sobrecarga analítica y discursiva, como distancia y espejo de lo anómalo urbano. Distancia porque se sigue tratando de garantizar una esfera de autonomía para lo que sea que llamemos arte; espejo en la medida que se re—presenta aquello turbador, dañado o cuestionable que forma parte de las metrópolis nerviosas: si hace un siglo era el sociólogo Simmel el que proponía un marco interpretativo de los nuevos sujetos urbanos y del colapso de los modelos de sociedades comunitaristas, desde los '60 serán, por ejemplo, Beuys, o su contracara más cínica como Warhol, quienes propongan en sus obras resultados de la interpretación de esos procesos en la realidad vital y en la percepción subjetiva.

Esa idea del arte podría, si se quiere, entenderse como contracara de la biopolítica, si es que aceptamos que ésta se centra en los saberes y prácticas de la normalización del hombre urbano, desde la maximización de las técnicas policiales de la administración urbana, que estudiara Foucault en *Seguridad, Territorio, Población* hasta las aventuras propias de la reproducción infinita de seres, o de extinción de la duración de lo humano (Sloterdijk, 2000).

11. Dominantemente el proyecto contemporáneo se presenta en tanto intento de producción cultural, como ejercicio *analítico*. Podría decirse entonces que se delimita una especie de vasta dicotomía que escinde *prácticas profesionales*,

entendibles como ofertas eficaces a demandas de mercado (siendo éste el gran agente de promoción de cambio urbano elitista o diferencial en el actual estado de desarrollo del capitalismo avanzado) de *prácticas disciplinares*, cuya voluntad parece ser *negativa* —en tanto negación o cuestionamiento del filón opuesto— y que emergen como resistencia autodisciplinar o remedo de autonomía a costa de varios efectos, deseados o no, como la restricción a un trabajo preferente o únicamente centrado en la dimensión de proyecto (que pasa a ser *final* y no *medial* dentro del *progreso* del trabajo arquitectónico) y que por tanto, suspende o inhabilita su tradición *instrumental* —*pro-yecto* como *ver-antes*, proyecto como promesa *representada* de realidad ulterior y siempre en todo caso, estación o etapa, nunca destino final del trabajo—. Resulta pues, automáticamente constituida una entidad teórico-crítica del proyecto toda vez que éste se exime de su voluntad técnico-representativa o instrumental: si el proyecto es un mecanismo discursivo ajeno a una circunstancia ligada a generar *instrucciones* para un *after-project* resulta devenido sin más en acción crítica, en producción de una textualidad que acaba en sí y que tiene que buscar su cualidad en un proceso que ya quedará separado de su eficacia instrumental.

Hacer que un proyecto resulte no-instrumental convierte su producción en actividad intelectual, en ejercicio de construcción discursiva que implica en su razón de ser, una dimensión analítica. En cierta forma, se trata de considerar de esta suerte al proyecto como una típica actividad textualizadora de aquellas que Derrida exponía como piezas del procedimiento deconstructivista: cita, glosa, comentario, reensamblaje de fragmentos discursivos, etcétera.

Y no será por ello casual que se produzca el encuentro concreto entre Jacques Derrida y Peter Eisenman en el proyecto teórico *Chora* para La Villette, que en rigor, despojado el proyecto de una responsabilidad de preparación de un real hecho ulterior (el proyecto construido) se remite a una traducción en los códigos escriturales de la arquitectura, de referencias o contenidos de un (otro) discurso que aparece como punto de partida para la operación deconstructiva, en tal caso uno de los diálogos de Platón.

Lo significativo de este ejemplo es que la entidad del proceso de producción del proyecto consiste en la naturaleza de una *transcripción/traducción de una textualidad previa* que es el discurso platónico. Cumplido ese procedimiento (que relata bastante puntualizadamente el filósofo) el proyecto *acaba*: se ha producido otro *resultado* —en este caso varios dibujos de plantas que refieren al concepto de suelo profundo, suelo excavado en que aparece cierta clase de comentario a las ideas de forma negativa platónica— y esa es la única finalidad que tiene este modo de producir proyectos.

Curiosamente el proyecto resultante, si bien no pensado para su realización, tiene unas características que no niegan absolutamente su *viabilidad*, por ejemplo, alude a ciertas incisiones en el suelo, ciertas curvas, etc. y esta *viabilidad relativa*

de lo in-útil (o sea, de aquello no formulado como respuesta a una demanda o a una función) no descalifica del todo el *modus* convencional de proyecto. Cuando Eisenman relata que para el proceso de producción de un proyecto convencional —por ejemplo, el Laboratorio de Biología de Wolfsburgo— escoge una metodología de desarrollo basada en la reelaboración de un diagrama extraproyectual (en tal caso, la representación geométrica de las cadenas de ADN) está en rigor avalando un cierta autonomía del trabajo proyectual que en ese caso, al menos en la fase inicial del proceso, asemeja bastante la práctica analítica deconstructiva de la *chora* de La Villette.

Aunque por lo demás, existen otros trabajos de Eisenman —como el llamado *Los Castillos de Verona*— que consisten en *traducciones* o sea en complejas *trasposiciones de textos previos* (el *Romeo y Julieta* de Shakespeare, la constelación virtual de lugares urbanos apócrifos que escenifican en Verona dicho drama, en absoluto ligado a hechos históricos, la geografía histórica de la ciudad y su río Adigio, etc.) que son interpretadas y rescritas en lenguaje arquitectural sin ninguna pretensión ulterior, ya que este trabajo afirma su condición intelectual y no técnica al presentarse como un texto (un suerte de memoria que describe el proceso proyectual) y un conjunto de láminas que pueden exhibirse como si fueran cuadros de una exposición.

Y algo semejante es lo que ha hecho John Hedjuk en su serie de libros —como el llamado *Víctimas*, por ejemplo— que consiste en un conjunto de textos escritos y dibujos alusivos a tales textos constituyendo tal combinación una suerte de antología no distante de una antología de poemas y acaban en ello, es decir que no tienen ninguna *ulterioridad aplicativa*. En cualquier caso, sin embargo, al despojarse todo contenido o función representativa de estas operaciones que nosotros llamamos *proyectos*, cabe empero la pregunta acerca de la continuidad conceptual de esta noción o si seguimos llamando proyectos a construcciones discursivas que quizá sean otra cosa y que reclamen otro nombre.

12. Si un fuerte componente de afecto por lo analítico permea la noción misma de deconstrucción y hace que el trabajo consecuente sea más deductivo que creativo o innovativo (en una nueva vuelta de tuerca de los modelos genealogistas), la relación con el mundo real o fáctico del proyecto también discurre por cauces más cercanos al de la *reproducción calculada* que a los de la *empiría experimental*: las relaciones con lo matérico o la forma de articulación entre proyecto y tecnología tampoco parece abrigar líneas según las cuales el proyecto inaugure o establezca demandas o requerimientos cognitivos sobre el *savoir faire* sino más bien, que la tecnología avanza por su cuenta y ofrece catálogos variables de estados del arte sobre los que el operador proyectual efectúa selecciones deductivas pero muy raramente ocurre al revés, que el proyecto sea motor y fundador de innovaciones técnicas. Ello puede resultar

consecuencia del carácter de *uniquum* de cada producto arquitectónico, carácter que difícilmente pueda resultar en fundador de *modus* más o menos complejos y frecuentemente corales de ejecución. Cada cosa única logra, en el mejor de los casos, una oportunidad de experimentar un modo previo y previsto de producción, cada cosa única resulta en lo técnico nunca nada más que una *performance* comprobatoria de cierto estado del arte de la construcción.

Fuera de este cauce, digamos principal, también discurriría un espacio en que la exigencia o aventura proyectual se direcciona a una negación/superación de lo tecnológicamente dado, lo que implica una especie de voluntarismo proyectual que, sin embargo, no podríamos situar del lado de un innovacionismo o creacionismo estricto en la medida que debe situarse en un ámbito no del todo controlado por el proyectista. En parte, esto dio lugar a una inversión del *uniquum* antes situado en la entidad de lo proyectual, y al borde de alardes casi por completo ajenos a una lógica evolutiva de la tecnología ha devenido en tecnologías únicas, récords de tamaños o prestaciones, forzamientos de propiedades o cualidades, requerimientos de anulación o minimización del sedimento matérico de los *constructor*, etc. Un resultado de este pensamiento que casi parece poseer atributos lúdicos, puede verificarse en la tendencia a la inmaterialidad y a la virtualidad con sus propias y específicas demandas de tecnologías *ad hoc*, por ejemplo en el proyecto Blur, de Diller&Scofidio cuyos materiales son la bruma, el vapor de agua, etcétera.

Una tecnología requerida a veces de manera ajena a las propias posibilidades del desarrollo tecnológico para la virtualidad, aparece así en diseñadores que emergen más como *regisseurs* operísticos o *curadores* expositivos: manipuladores de espectáculos y operadores de recursos que hay que definir más bien como efectos (o *efectos especiales* —*special effects*, SFX, SPFX o genéricamente FX, combinaciones de efectos ópticos y mecánicos que culminan generando efectos visuales o simulacros— que es como en Hollywood se define a los recursos proponentes de ficciones hiperreales), uno de cuyos cultores más reconocidos es Jean Nouvel, quien a la sazón está asociado con Jacques Le Marquet que es escenógrafo de profesión. Esta búsqueda de efectuaciones más allá de las limitaciones tecnológicas tiene por cierto una fuerte carga de voluntad narrativa, de discursividad vinculada a la generación de hechos circunstanciales cuya entidad estaría fundamentalmente dada por el suceso que provocan o la estimulación subjetiva a que instan.

El libro que recoge las conversaciones entre Nouvel y el filósofo Jean Baudrillard (2006) se centra en lo que llaman *objetos singulares*, en lo que se opone a lo neutro o global y que es irrepetible o que seduce aun siendo feo. Esta procura de oposición a lo que llaman la *clonación*, sin embargo parece depender de los efectos especiales, de la creación del tipo del prestidigitador que genera ilusiones.

Esta convergencia de Nouvel y Baudrillard —por otra parte dos almas gemelas en su campos: recuérdese la invención digital de *la Guerra del Golfo*, que *no existió* según el célebre título de un ensayo de Baudrillard— repone desde dos perspectivas discursivas diferentes la idea de una manipulación sincrética de lo real, fragmentado y recompuesto en objetos cuya unicidad no depende de la novedad sino de la perspectiva de infinitos montajes e infinitas posibilidades de trabajar las relaciones entre estímulos y sensaciones. Sería, por otra parte, el caso de Paul Virilio, cuya trayectoria es la de un arquitecto —su profesión originaria— de donde deviene pensador de circunstancias en la que sería posible deducir la condiciones reproductivas de nuevos escenarios de ciudad.

13. Otra posible dimensión de acogimiento del devenir actual del proyecto a un estado genealogista o situado en la angustia de las influencias pudiera vincularse con la recuperación paradójica de artísticidad que ocurre en la instancia ulterior a la vigencia plena de lo moderno. En efecto, lo que podríamos entender como proyecto transmoderno aparece entre otras características connotado como proyecto no-social —o más precisamente como proyecto cultural en suplantación del proyecto social—, lo que se podría interpretar como eliminación de la pulsión funcionalista. Esta recuperación del *dictátum* hegelianista implicaría una vuelta a la artísticidad de la arquitectura como contracara y complemento del abandono de la utilidad.

14. Cierta desunstantialización de la arquitectura —quizá concomitante de la precedente caracterización de vuelta al estatuto hegeliano de la artísticidad— podría relacionarse con la reducción virtual de la arquitectura al proyecto de envolventes sígnicas, al diseño de diafragmas o pieles que revisten de cara a su imagen pública, porciones abstractas y geoméricamente indiferenciadas de ciudad. La condición de singularidad objetual que reivindicaba Nouvel parece instalarse en la condición relativamente novedosa de estas superficies de alta densidad sígnica —lo que deviene en llamarse *urban brand packaging*, envases urbanos de marca— si no fuera que tal potencial de singularidad depende enteramente de la eficacia de dispositivos retóricos convencionales.

El proyecto como operación artística viene a consagrar un efecto de cancelación de toda estipulación sociofuncional y una caída en la pura operación de significantes, eso que Derrida bautizaba como *frivolidad*: de allí que la proximidad física entre la obra de arquitectura de Gehry y la obra de arte de Koons en Bilbao (artefacto plegado de chapa de titanio + superperro de un peluche hecho de flores) expresa por una parte, la nueva identidad relativamente perversa entre una arquitectura no-social y un arte conceptual y por otra, la instalación de argumentos de realidad en ambos terrenos que se basan en efectos superficiales y especiales.

15. Esa declinación frívola, afecto por lo aparente y manipulación discursiva de la retórica son elementos de una genérica reimpostación intelectual de la arquitectura que también parece requerir un temperamento deconstructivo en cuanto a la negación de una voluntad experimental y creacionista *ad novum*, y de un compromiso más abierto con el mundo empírico. Casi todos los rasgos comentados ilustran un refugio de la arquitectura posmoderna en constelaciones previas, en cartografías de partículas de pensamiento que buscan rearticularse como punto de partida de ese *modus* proyectual caracterizado por su cualidad intelectual en tanto analítica y recompositiva. Esta connotación hace presumir un interés por los *efectos* en un sentido amplio: los ópticos, pero también las resonancias o reverberaciones en esas tramas o constelaciones de conceptos. Crítica radical de la contribución malsana de la arquitectura a lo nuevo más que a los productos o el hacer en sí, e incluso se podría distinguir un *modus* moderno distinto de lo premoderno —en tanto interés en el proceso antes que en el producto— de un *modus* posmoderno distinto de lo moderno —en tanto énfasis en los efectos o en la efectuación antes que en los procesos.

Una versión de tal deslizamiento podría advertirse en la rearticulación reciente de la arquitectura, ya no con contextos materiales de realidad sino con elementos propios de la esfera de lo imaginario, y en ello la referencia al problema ya esbozado por Marx de lo que éste llamó *capital fantasmático*, según las afiladas interpretaciones que Fredric Jameson hace en un sentido de los hoteles de John Portman y de los complejos Bonaventure Plaza y Rockefeller Center, objetos en los que parecen emerger algunos rasgos inmateriales presentes en el *late-capitalism*.

Y otra referencia —también del orden de los discursos hermenéuticos o de interpretación que parecen prevalecer incluso como esqueleto del *modus* proyectual posmoderno: ahora se proyecta *invirtiendo* un proceso de carácter hermenéutico— podría encontrarse en la reconstrucción genealógica de la arquitectura como producción de retóricas sociomercantiles que aparecen en las historias de Manhattan escritas por Rem Koolhaas.

16. La fusión deconstructivista entre *primera* y *segunda* escritura (objeto y texto de la crítica) no sólo homologa *producción* —de nuevos hechos o productos de cultura entre ellos, productos de arquitectura— y *re-producción* —en tanto análisis reelaborativo de aquellas escrituras primarias de los nuevos hechos— sino que arrastra todo el sistema a un campo multirreferencial, una escena dominada por las situaciones previas, los antecedentes, los materiales preparatorios o brutos (que en este caso, a efectos de nueva escritura pueden ser objetos culturales completos o terminados), la tradición de lo que viene dado, etcétera.

En un denso aunque pequeño texto referido a la literatura latinoamericana, un escritor-crítico (en tanto fusionaba intensamente de una manera que lla-

maríamos derridiana, las actividades de *primera y segunda* escritura), Héctor Libertella, identifica bastante tempranamente —en 1977— literatura y cocina:

Persistente aquel cruce analógico del que escribe con el que cocina, cierto goce compartido sobre un tipo de práctica, el reconocimiento de los materiales que empleó para la cocción, sean elementos “locales” [...] o “cultos” [...] sobreviene un momento sucesivo cuando el practicante raspa el fondo de la olla, ya digeridas las sustancias, y allí encuentra las marcas de viejos cocineros: autores en los que reconoce la proyección de una misma mano sobre una misma nobleza de materiales. (2008:33)

Este *analogon*, al que también recurrirán estructuralistas tardíos como Levi Strauss o Barthes (y hay que decir aquí que el estructuralismo más ambicioso dejó puesta la semilla del pos —antes que del anti— estructuralismo como suele también llamarse el movimiento deconstructivista, como lo hace por ejemplo, Jonathan Culler —1998—) lo lleva a Libertella a replantear la noción de vanguardia, que parecía aquello que rompía con las genealogías e imponía una nueva y siempre renovable hora cero del reloj de la historia de la cultura:

Las vanguardias (todas) —sigue nuestra cita— hacen un movimiento de autoprotección que empieza —en su variante espontánea— apoderándose de esos autores de su tradición para definirlos en el propio espacio actual, para hacerlos eficaces. [...] Lo que supone reconocer en la masa de textos de la tradición procedimientos —sólo eso— ya clausurados pero que todavía aletean en el espacio de la nueva manufactura aunque representados por lo que ahora son: ruinas. (34)

Bajo esta perspectiva deconstructivista se anula pues todo lo que no sea referencialista, ligado a urdimbres genealogistas, incluso aprovechando la tendencia hermenéutica aglutinada en todo un espectro de filosofía contemporánea que va desde Heidegger (y su pasión por las etimologías) y Wittgenstein (con su materialismo lingüístico) hasta Gadamer (o la traducibilidad) que quizá lleve no sólo a tal homología entre lo dicho y lo analizado —texto y comentario— sino a una hegemonía productiva de lo segundo en detrimento de lo primero, y así sería como una suerte de crítica neosemántica visible en el discurso de Lacan por una parte —según quien lo discursivo incluye o engloba lo sintomático—, en el retorno de Barthes a las figuras retóricas y a las metodologías analíticas de cosmovisiones contemporáneas que, por ejemplo en Omar Calabrese (1996) no sólo vuelven a poner en eje el concepto de estilo como sistema de administración de recursos retóricos sino asimismo a la idea de *remake* o reutilización completa de sistemas integrados de referencialidad en su entronización crítica de lo neobarroco como episteme epocal dominante en una posible categoría de diseño total.

17. Así como las flexiones deconstructivistas otorgaron un valor quizá exagerado y hasta preferencial al comentario respecto de lo comentado, inversamente podría advertirse cómo en la actividad de producción de lo objetivo–proyectual puede aparecer (y hegemonizar su sentido) una noción de crítica o voluntad analítica que se presente como parte sustantiva o central de la acción proyectual. Deviene así la situación de un proyecto que es en sí, un comentario o un análisis o una especulación (navegación y reflejo): Peter Eisenman leyendo/traduciendo a Guattari; Steve Holl usando a Merleau–Ponty, Cage, Sierpensky, etcétera.

Esta fusión o entremezclado de proyecto y crítica, de escritura primera y segunda, desde luego activará los circuitos de referencialidad así como inhibirá —o ahogará usando una metáfora más biológica— los posibles procedimientos creativos de una modalidad de proyecto que pretenda emerger como innovativa y despojada de cualquier carga genealogista: esta saturación de referencialidad simplemente instala un modus de reflexión/deducción cuyos cruces generan flujos continuos de sucesos proyectuales existentes y nuevos.

18. A las mezclas, fusiones e inficciones de lo dado y lo nuevo, lo proyectado y lo analizado, el texto primero y el segundo o comentario, cruces que parecen puramente diacrónicos o paradigmáticos, en los que lo único que pasa es tiempo (la temporalidad de un antes y un después), debe adicionarse la complejidad que podría darse en llamar sincrónica o sintagmática, si extendemos la textualidad del espacio sin tiempo a las geografías cuyas diferencias instalan otras discursividades tales como las propias del dilema de lo global/local, la recentración de lo periférico–lateral o la globalización emergente del mundo mediático como productor de hegemonías comunicacionales con sus nuevas estrategias de regulación canónica.

Estas tensiones agregan otras redes genealógicas e instalan otros dispositivos de especulación: el proyecto central puede motivar el proyecto o comentario periférico; el proyecto periférico puede alimentar el comentario central y así siguiendo en rizos casi infinitos pero siempre navegando en mares caracterizados por la angustia de las influencias.

Nota

¹ Esta cita pertenece a Stephane Mallarmé, en *Les Poemes d'Edgard Poe*, citado por R. Barthes, 2005:243.

11. Simulación:

pasos en la dirección del anti(pos)proyecto

Lo que ya desde Platón parecía una cuestión imperfecta —el *simulacro*— pasará a ser, sobre todo por la ingente obra filosófica de Deleuze, un tema central, no ya de la estética y la arquitectura sino de la filosofía en general y, en particular, de la crisis del sujeto y la metafísica. Sin demasiadas precisiones conceptuales y más como un excursus de hipótesis, este breve ensayo se propone dos cosas: primero, un comentario sobre esa arqueología de la noción de *simulacro* (como acción resultante de la actitud de la simulación) y segundo, un conjunto de hipótesis sobre la perspectiva del fin del proyecto —que paradójicamente es también o sobre todo, el fin de la perspectiva o de un concepto específico de representación— y las tareas y posibilidades emergentes de la arquitectura en un escenario posproyectual.

1. De las platónicas certezas a las aperturas deleuzianas

Quisiéramos exponer algunas ideas básicas de Gilles Deleuze, y para aprovechar un derrotero tan pertinente como sintético, sigamos tramos del libro de Raúl García (1999) sobre Deleuze, en especial su primer ensayo “El desierto visto por los ojos de un camello o de los múltiples pliegues del pensamiento”, que intenta plantear una descripción del programa filosófico deleuziano. En ese devenir, Deleuze termina su trabajo dedicado a las investigaciones estéticas (sobre todo, al reconocimiento de *la inevitabilidad de un modo de pensar barroco*, en torno de la noción leibniziana de *pliegue*) pero arranca con una

crítica a la filosofía de la representación, empezando con los planteos platónicos al respecto y siguiendo con el elogio de Nietzsche y la crítica simétrica a Hegel. Principio y fin de su itinerario que tienen perfecta ilación: arranca postulando la necesidad de superar el *dictum* platónico de la representación y concluye analizando el paisaje estético-cultural de una realidad que ha roto los cauces de la reproducción de lo canónico y fluye en la selva de lo distinto.

En su indagación sobre la teoría de la representación, dirá Deleuze glosado por García, que

El Sofista es el lugar donde Platón expone aquella triple relación: entre un “original”, su “copia” y el simulacro; la “copia” es una representación genuina del “original”, mientras que el simulacro es una mala copia (una “mala imagen”) que es necesario desechar. Es así porque los simulacros son otra constitución; puesto que se constituyen a partir de una primera diferencia (aquella existente entre el “original” y la “copia”) son una diferencia de la diferencia y ya no poseen una relación directa —genuina— con el “original”, son una diferencia doblada. En la misma constitución del simulacro ya anida una diferencia. Platón no puede manejar el mundo de los simulacros, por lo tanto procede a la fundación de un “linaje” en el cual existen copias buenas con las cuales trabajar, y otras copias malas que es necesario desechar. La representación se va a sostener sobre la dualidad modelo-copia. Los simulacros son expulsados del juego: quedan allí arrojados como lo otro. (13-14)

De esa constatación, Deleuze pasa a reconocer la importancia del naturalismo epicúreo de Lucrecio y la filosofía estoica, que plantea la existencia de los simulacros, como *incorporales*, desprendimientos o emanaciones de los cuerpos que producen un mundo de superficies, de imágenes, ya no indisolublemente ligadas a un “original”.

Si la representación es la *relación correcta* entre modelo y copia, la corrección definiría la pertinencia de una determinada entidad de copia. Desde este punto de vista, un proyecto sería, en un sentido, una inversión temporal del planteo, en tanto el proyecto es copia de un modelo (original) ulterior. La copia pre-anuncia y determina el modelo (original) del cual en su momento, será idéntica.

También el proyecto podría presentarse siempre como una copia, articulada con un modelo (previo) y otro ulterior: ésta sería la idea del tipologismo rossigrassiano y la formulación de la llamada *arquitectura de tendencia*, en la cual, incluso el concepto de copia, podría funcionar como réplica o re-presentación de otras copias, con lo que la idea de modelo —como punto de referencia imitativo original— deviene a la idea de tipo —como modelo abstracto regulador de un linaje o sistema de copias desplegadas a través del tiempo.

Lo que en cualquier caso, parecería indiscutible, sería el carácter objetivo de las nociones de modelo y copia y de los métodos o criterios de establecer las identidades entre ambas a través de la representación. El original es un

objeto y la copia es un objeto segundo, que en la noción de copia–proyecto, pretende reconstituirse en original.

2. Hipótesis sobre el fin del proyecto

1. El proyecto se presenta como producto y totalidad, como voluntad de forma y deseo de realidad. Como tal, se resiste técnicamente a la figura de simulacro (aunque pueda ser incluido en esta categoría de “objetos” de conocimiento sobre todo si ampliamos —o incluimos— la dimensión pulsional o la voluntad de utopía contenida en el proyecto; en el primer caso como de–formación subjetiva del supuesto proceso objetivo de producción del proyecto; en el segundo, como desvío o negación de realidad tópica o *locus*) y podemos referirlo a la dialéctica modelo–copia, ya sea repitiendo un elemento previo de realidad —visión *reductiva* de la *tendenza*—, ya sea anticipando cuidadosamente un objeto futuro —idea central de la modernidad desde Brunelleschi en adelante, sobre todo a partir de la rigurosa enunciación del producto–proyecto como *re–presentación*, que en el modelo moderno debería más precisamente llamarse *pro–presentación*.

2. En el proyecto nunca se puede negar del todo o anular la tensión entre la copia y el simulacro; el desvío posible entre “buena” y “mala” copia, la pertenencia a un linaje (que podría llegar a cristalizar en *estilo*) garantizaría la “calidad” de la copia pero sólo si la canonización y prefiguración de los proyectos (copias) posibles fueran perfectas. Hay *malas* copias por defectos del proyectista o por una voluntad crítica de éste, en el sentido de vulnerar la secuencia fundante entre proyectos preexistentes —que advienen modelos— y nuevo proyecto o copia de aquéllos. En el segundo caso aparece, como omnipresencia de un yo–proyectual, lo “otro” de la secuencia apolínea modelo–proyecto.

3. La paradoja del proyecto (y quizá su condición de contingencia histórica) es la dualidad que subsiste en su razón de ser: copias que quieren ser objetos (modelo); es decir, esa dependencia no del pasado sino del futuro. Inversión empero —la copia antes del original— que contiene un dispositivo de *poder*, una voluntad de imposición y que tiende a considerar históricamente lógica la reducción de intersubjetividad que significa el paso del modo pre–proyectual gremial medieval al modo proyectual renacentista, que para garantizar la calidad de la copia requiere una suprasubjetivización (en el doble agente que dispone de poder: el diseñador y el comitente, *el arquitecto y el príncipe* en el libro postrero de Tafuri). El proyecto se de–socializa, de–contextualiza y des–urbaniza en la necesidad de garantizar la calidad representativa de la

relación original–copia–original, circuito éste que además, desprecia la seriedad coral y exige la firma, la novedad, la propiedad intelectual.

4. El simulacro emerge, como analizaba Deleuze en la construcción del pensamiento platónico en *El Sofista*, como una *doble diferencia*, un redoblamiento del apartamiento de lo real–original, que agrava su posibilidad de error y aumenta su autonomía como producción discursiva. El proyecto, como producto discursivo estándar, no puede clausurar del todo el confinarse en el estatuto de la primera diferencia (que busca pulverizar, con la ortodoxia de la representación, o más bien, con su condición analógica) sino que puede recaer en la categoría de simulacro toda vez que se intente producir como cita, glosa, comentario, alusión, deconstrucción de una copia previa, por lo que cabe reconocer una genealogía de productos proyectuales situados en la segunda diferencia que el simulacro instituye sobre la que inevitablemente hay en la primera entre el original y la copia (que en este caso, deberíamos asimilar al concepto intrínseco de proyecto, aun con ese doble movimiento temporal para el pasado —los originales previos— y para el futuro —el original que promete y asegura la materialización de las instrucciones contenidas en esa copia analógica que llamamos proyecto—). Desde esta perspectiva un objeto aparentemente perteneciente al mundo de la primera diferencia —la copia, el proyecto emergente de sedimentos de canonicidad tipologista— como sería el *Teatro del Mondo*, que Rossi construyó efímeramente en la laguna de Venecia, pudo ser analizado por sendos trabajos de Eisenman y Libeskind no como tal, sino como simulacro, es decir, producto emergente de la doble diferencia señalada por Deleuze.

5. El mecanismo de la producción proyectual centrado en el trabajo original–copia explica el abandono de la arquitectura como disciplina, de la capacidad de entender la complejidad del mundo, aun en su dimensión más física, inmediata, material y tecnourbana que, al cabo de yuxtaposiciones históricas rebosa de sistemas y pliegues en lugar de colecciones de objetos (susceptibles de reproducirse mediante el proceso modelo–copia y a través de la re–presentación provista por el dispositivo proyectual). La tercera vía del simulacro posibilitaría acercarse al entendimiento de tal complejidad por varias razones, como a) la suspensión del ciclo reproductivo modelo–copia–modelo que “obliga” al proyecto a pensarse como vía inevitable de realidad, b) la reinserción del *pensum* arquitectural en una categoría intelectual, o sea, no meramente técnica, c) la posibilidad epistemológica de otorgar a la producción de simulacros el valor experimental que permita densificar el entendimiento científico del mundo complejo que debería configurar el verdadero objeto teórico de la arquitectura como campo o espectro disciplinar, y d) la recuperación de una función político–cultural

de la arquitectura (tal como la que gozan hoy otras disciplinas como las artes posplásticas o la literatura trascontenidista) basada en la mayor eficacia y envergadura comunicacional de un *corpus* de simulacros, cuya mayor autonomía de producción posibilitaría un abarcamiento mayor de cuestiones que aquellas que surgen de la mera producción proyectual convencional.

6. La ciudad que estaría verificando el fracaso tecnosocial de la producción de proyectos, en que se intentó cimentar la razón de ser epistemológica de la arquitectura, es aquella que Koolhaas bautizó como ciudad genérica (aquella que “acoge tanto lo primordial como lo futurístico [...] todo lo que queda de lo que la ciudad solía ser [...] la posciudad que se está preparando en el sitio de la ex-ciudad [¿o será al revés?]”, cita de la versión editada en *Beta_test*, diciembre 2002).

7. El pasaje metodológico–epistemológico que implica el giro de la producción proyectual que va de la copia al simulacro es también el de un cambio de rol del productor: de *operador* a *observador*; figura ésta consumada en la noción del analista que prefiguran las técnicas del situacionismo de Debord (las derivas psicogeográficas, los *detournements*, la construcción de situaciones, etc.). En realidad, en griego la palabra *theorien* (de donde viene “teoría”) es *observar* y en la actividad observante —o analítico–observante— existe también una dimensión operante.¹

El hecho de una instrumentalización *ad hoc* es lo que otorga un estatuto de autonomía al simulacro, al vulnerar la inevitabilidad de la re–presentación (un *volver* analógico atado estrictamente al elemento de referencia, modelo, original, tipo o arquetipo, etcétera).

En parte, tal autonomía abre la posibilidad de las configuraciones tácticas o disposiciones que suponen observaciones/interpretaciones/situaciones ambientales que, estando más cerca de la *mise en scene* (que *en oeuvre*), delimitan territorios existenciales, rituales, ejercicios de convivialidad, intersubjetividades, circuitos de comunicación y fruición de eventos, situaciones cercanas a la materialidad cero y, por tanto, todo un universo fenoménico ya mucho más complejo que el conjunto de reproducciones finitas de las relaciones modelo–copia–modelo propias de la noción clásica de proyecto y sustrato de la teoría de la arquitectura como la conocemos.

8. El auge de la experimentalidad inherente a la producción de simulacros no sólo le dio a esta categoría superadora de la representación, un estatus científico (en la medida de permitir precisamente el concepto de *experimento*, como evento o suceso inédito que rompe la circularidad de lo reproductivo) sino también perspectivas nuevas a la producción de discursos estéticos (por

ejemplo, toda la producción dada–surrealista, de la que emerge por otra parte, el situacionismo como postura a la vez estética, política y científica) y a la generación de una articulación de artes y ciencias en la que aparece el azar, la incertidumbre (que es una nueva manera de abrir la diferencia del evento como acontecimiento inesperado, es decir, la figura enteramente opuesta a la *imitatio*) e incluso, la *serendipity* o arte de invención totalmente casual.

9. En tal plano de proliferación de experimentalidad se despliegan las alternativas metodológicas de observar complejidades que van de los juegos de guerra a *Simcity*; del *land uses planning* a la *sensitivity*. *Simcity*, el juego de simulación de ciudades, en sus diversas formulaciones, es simplemente un sistema de regulaciones de combinabilidad aleatoriamente infinita y en cierta forma, quizá infinitamente más regresiva, representa el modelo complejo de una organización urbana: una corrida de *Simcity* es un simulacro, no un proyecto urbano: aunque lejos de la imitación–reproducción funciona muy bien como modelización de la complejidad de actores–acciones y delimita una cualquiera entre múltiples vías de gestionar tal complejidad, conformando cada vez situaciones distintas.

El enfoque *sensitivity* del planeamiento urbano asume la complejidad de la urbanidad, casi inmanejable en términos prescriptivos, y ofrece en lugar de normas o estipulaciones (proyectos) formas (sensores) de armar bases de datos con los cuales jugar distintas escenas y posibilidades (simulacros).

10. En el devenir estético también sobrevendrá un enfoque del arte posrepresentacional, una voluntad de romper el modelo reproductivo de la cadena de secuencias modelo–copia–modelo. Donald Judd, por ejemplo, resolverá recurrir a la entidad matérica esencial —la cosa en sí— que al borde de su silencio o mudez de alusiones, define una producción de arte sin significado, por tanto, un objeto que, rota la cadena de alusión–representación, juega como simulacro, cuya diferencia ya no es primaria sino que cae en el depósito de lo “otro”. Joseph Beuys llevará esa voluntad estética negadora del efecto de representación/referencia a la escena de lo cósmico cotidiano; no ya un objeto en cuya cosificación se segrega (como los cubos de Judd) sino al contrario, artistizar lo banal, inmediato, casual de lo cotidiano urbano. Detrás de estos intentos de producir simulacros —desviada y exacerbaba la relación modelo–copia— está la teoría/acción verdaderamente fundante de una discursividad que aquí podría llamarse posproyectual, cual es la Marcel Duchamp.

11. La proliferación de un concepto posrepresentativo arrasa incluso con la entidad física de la cosa artística, y si Judd todavía hace cosas fijas, duras, estáticas, inmutables, ya Beuys convierte en “cosas” fragmentos de lo múltiple–cósmico, de aquellos continuos de urbanidad que ya no dejan ver

relaciones de figura/fondo o donde se difumina la idea de soporte o residuo y luego, con las alternativas de conceptualistas y videoartistas se alcanzaría un concepto de artes operativas, de flujos mucho más dinámicos e interactivos entre fenómeno y situación, como en el cerdo tatuado de Wim Delvoye, los *assemblages* caóticos de Jason Rhoades o las derivas de percepciones urbanas de Antoni Muntadas.

11. Como planteé en otro escrito (Fernández, 1999:39–44) referido a discutir cómo pueden jugarse relaciones en el armado del discurso tópico en arquitectura y cine, el propio título de aquel ensayo establece la diferencia sustantiva entre el modo de producción de un proyecto y un simulacro, en relación ambos con la categoría del espacio: uno trabaja con la *medida* (y con sus cuestiones concomitantes: escala, orden de diseño y orden de percepción, proporción, analogía, jerarquía compositiva, etc.) y otro depende del *relato* (y aspectos relacionados: como discursividad, textualidad e intertextualidad, lógica de discurso y lógica de sentido, figuras retóricas como la alegoría, etcétera).

12. Más cerca de las categorías lógica del simulacro y técnica del relato, parecen estar hoy ciertos productos posproyectuales, por ejemplo de Eduardo Arroyo, de los grupos *Actar*–Metápolis, MVRVD, Nox; o incluso de ciertos trabajos de Diller–Scofidio, Fuksas, Griffith, Sejima, etc. Son trabajos en los que casi ha desaparecido por completo la compulsión de la representación y la obligación de pensar proyectualmente en términos de modelos.

Nota

¹ Para una relación de Debord–IS con el urbanismo, véase Berenstein (2003).

12. Estéticas del fragmento

El proyecto moderno de lo no-total

El *fragmento*, como elemento casi inasible de una totalidad triturada, hace parte del estatuto programático de la modernidad, pero es más que una mera cualidad instrumental de una producción artística epocal, es en nuestra hipótesis, el anclaje entre arte y sociedad, aquello que sustituye una pre-modernidad fundada en la mimesis de naturaleza y de naturaleza historizada (es decir, los postulados del arte clásico y del arte clasicista).

Así, el pasaje de lo pre-moderno a lo moderno es el tránsito hacia una representación de lo desintegrado, de lo no-total, de lo carente de armonía o equilibrio porque ya no existe una naturaleza cósmica ni una sociedad racionalmente fundada en el orden natural.

Los principios cartesianos ponen a inicios del siglo XVII, la lápida acerca de la voluntad de totalidad, y Leibnitz, a la sombra de los apolíneos Descartes o Newton, comenzará a trabajar en el pliegue de la desintegración o en la infinitud de lo ínfimo, así como Montaigne destruye el paradigma de sociedad ideal al poner en marcha su noción de *multiculturalismo* (Toulmin, 2001).

Bajo esta consideración general, este capítulo pretende presentar un conjunto de argumentos o hipótesis sobre la presunción de una larga duración de la idea de fragmento como corrosión premeditada de totalidades ya imposibles: una idea entonces no reducida a la contingencia moderna sino que al menos se implanta en el alba de modernidad de los inicios del XVII y que reduce la noción poshistórica de posmodernidad a una cultura no de novedad sino de afianzamiento negativo de ese principio fragmentístico que, en la historia de las ideas artísticas, ya era muy longevo. Lo fragmentario no es posmoderno

sino que atraviesa la modernidad larga de casi cuatro siglos. Permítaseme desarrollar este criterio general en las sucesivas argumentaciones y luego discutir algunas referencias en general de proyectos arquitectónicos contemporáneos.

1. Conflicto entre *modernidad* y *vanguardia*

Peter Bürger (1984) presentó esta dicotomía adjudicando a la modernidad el papel de continuidad evolutiva en una historia *positiva* del Arte, y a la vanguardia, por el contrario, un grado de apartamiento de la lógica de producción de lo artístico supuestamente dependiente de una voluntad ideológica. Los hermanos Vesnin, en pleno apogeo leninista, no vacilan en suspender su precario protagonismo vanguardista proponiendo para una festividad en la Plaza Roja un abierto retorno al *populismo narodniki*, lo que parece evidenciar su dosificación de rupturas y realismos.

Theodor Adorno pensaba lo contrario que Bürger y concebía la vanguardia como el punto de acción conducente a practicar un arte que intentara existir fuera del *corset* del modo productivo histórico y en tal forma, la vanguardia (Duchamp o Schwitters, por ejemplo) cumplía la función de proponer una obra de arte cuya cualidad principal no era de tipo sensible sino más abstracta e históricamente situada en el propósito de fugar de la condición de mercancía. Adorno adornaba este argumento diciendo negativamente que se trataba de una misión imposible.

Para Alain Badiou —al entregar un análisis que podría ser multifacéticamente complementario a Bürger— la vanguardia sería la operación *que no vacila en sacrificar el arte antes que ceder en cuanto a lo real*. La insostenibilidad de cualquier actuación de orden representativo cancela por completo la representación; si lo real es inasible desde lo artístico, no es que debe obstinarse en algún referencialismo sino que corresponde la eliminación total de cualquier tentativa de representación, y ese camino se recorre mediante diferentes formas de antitotalidad como la destrucción o la sustracción.

Podemos denominar —dice Badiou— vanguardias artísticas del siglo XX a los diferentes avatares de esa corriente [...] de crítica del semblante o la máscara, de la representación, de la mimesis, de “lo natural” [...], todos ornados de vocablos abstrusos como dadaísmo, acmeísmo, suprematismo, futurismo, sensacionismo, surrealismo, situacionismo [...] Ya entrevimos con el Cuadrado blanco sobre fondo blanco de Malevich que el siglo es iconoclasta de buena gana. No vacila en sacrificar la imagen para que lo real advenga por fin en el gesto artístico. Pero sin duda con respecto a la destrucción de la imagen es preciso agregar de inmediato que sigue existiendo la otra tendencia, la de la sustracción, que procura la imagen mínima, el simple rasgo creador de imágenes, la imagen fugitiva. La antinomia

de la destrucción y la sustracción anima todo el proceso de destitución de la semejanza y la imagen. Hay en especial un arte del enrarecimiento, de la obtención de los efectos más sutiles y perdurables, no mediante una postura agresiva en relación con las formas heredadas, sino a través de los ordenamientos que disponen esas formas al borde del vacío, en una red de cortes y desapariciones. (2005:167–168)

2. Conflicto entre *modernidad* y *modernización*

Jürgen Habermas, con el sedimento filomarxista que conservó de su pasado frankfurtiano, emitió el célebre argumento de la disociación entre el desarrollo histórico social de la modernización y el desarrollo cultural de la modernidad. Hay autonomías relativas pero no independencia absoluta de una esfera respecto de la otra y tampoco debería hablarse, a la manera lukacsiana o en términos artísticos en sintonía con Hauser, de determinaciones de lo social sobre lo cultural según ya lo había invertido Gramsci quizá anticipándose a la hora actual del *capitalismo cognitivo*. La hipótesis habermasiana tiene la ventaja de presentar al posmodernismo como forma cultural correlativa de un estadio de la modernización (el *late capitalism* de Jameson), no como superestructura de una inexistente posmodernización, con lo cual la pretensión poshistórica de esta noción se desvanece.

De todas formas es preciso reconocerle a Habermas la identificación de un proceso de instalación de lo que llamamos *modernidad artística* en la que ésta ha acometido, casi disolviéndose como institución sociohistórica, una tarea de crítica respecto del progreso del capitalismo a su fase avanzada, y en tal forma dice Habermas lo siguiente:

El arte modernista es la crisálida en que se preparó la transformación del arte burgués en contracultura. El surrealismo atestigua entonces el momento histórico en que el arte modernista rompe progresivamente la crisálida de una apariencia que ha dejado de ser bella, y se vierte desublimadamente en la vida. El emparejamiento de los grados de realidad entre arte y vida no nace por cierto con las nuevas técnicas de la producción en masa y la cultura de masas, tal como supuso Benjamin; en todo caso, se acelera con ellas. Ya el arte modernista había eliminado el aura del arte burgués clásico, en cuanto la obra hizo transparente el proceso de su producción y se presentó como algo fabricado. Pero sí es verdad que con aquellas técnicas, por vez primera, el arte entró en el estadio del abandono de su condición autónoma. Este proceso es ambivalente. Puede significar la degeneración del arte en arte de masas propagandístico o cultura de masas comercializada, pero también su conversión en contracultura subversiva. Igualmente ambivalente es el aferrarse a la obra de arte formalista, que por un lado resiste la coacción a asimilarse a las necesidades y actitudes de los consumidores, determinadas por el mercado, con lo cual rechaza una falsa

superación del arte, más por el otro permanece inasequible para las masas, y por lo tanto impide también el rescate exotérico de las experiencias intensas —de las “iluminaciones profanas”, según expresión de Benjamin—. Lleve o no razón la prognosis de Adorno en contra de la de Benjamin, en la medida en que el arte de vanguardia no se vea despojado de sus contenidos semánticos ni comparta el destino de la tradición religiosa cada vez más despotenciada, agudizará la divergencia entre lo que el sistema sociocultural ofrece y los valores requeridos por los sistemas político y económico. (1999:148–149)

Esta divergencia puede expresar los campos respectivos de *modernidad* (sistema sociocultural) y *modernización* (sistemas político y económico).

3. Fisuras de los grandes relatos

Suele decirse que la modernidad caduca como formación cuando deja de pensar y producir *grandes relatos*, es decir, cuando pierde su supuesta capacidad de enunciar totalidades discursivas. Este argumento es francamente rebatible ya que los *grandes relatos* (por ejemplo, Joyce o Eliot o Duchamp) son ya epifanías de experiencias trituradas en el seno de totalidades sociales inexistentes. Desde Baudelaire en adelante ya se sabe que los grandes sistemas iluministas (es decir Kant o Hegel) ya han colapsado como teoría de realidad y que abrir brechas en esa sistematicidad racional mediante recursos tan variados como la recuperación de la alegoría, la identidad arte–vida basada en reclamar una total autonomía del arte (*l'art pour l'art*) y el abandono de la fecundidad productiva (en la anomia del *flaneur* y la abulia del *spleen*) deben convertirse en imperativo de época.

Sin abrir pues una discusión de la existencia o no de *grandes relatos estéticos* (como serían las postulaciones más entusiastamente marxistas de Callinicos, Berman o Anderson), sí podemos mencionar la existencia de gruesas *fisuras* irracionales en los *grandes relatos ideológicos* de la modernidad, por ejemplo, en Marx o en Freud: la ideas de enajenación y de fetichización son enormes agujeros de racionalidad desde donde se demuelen nociones totales como las de mercancía o la de instinto. Fisuras que operan como engranajes de las miradas fracturadas de los posmarxistas (Negri, Jameson) o de los posfreudistas (Deleuze, Lacan) y que convergen a explicar la debilidad moderna de voluntad de totalización o por el contrario, su disolución en experimentos fragmentaristas.

4. Arte surreal

Lo su–real —en Breton, en Tzara o en Dalí— desafía los límites de la representación de lo real y motoriza el procesamiento psíquico de lo imaginario,

procesos en los cuales Freud había tematizado el *trabajo del sueño* como un procedimiento de reensamblado de materiales de memoria y experiencia que quedaba fuera de toda lógica retotalizadora y era diseminante por definición, como lo procesó Dalí en su opúsculo sobre la *metodología paranoico-crítica*, o más académicamente Lyotard cuando propuso sus derivas entre las figuras y los discursos. Pero es este mecanismo de apartamiento de procesamientos de lo real lo que ha exacerbado el criterio de operación de fragmentos, incluso en Schwitters y su neodada hanoveriano, como una operación cuidadosamente apolítica o sea exenta del potencial ideológico tradicional de la vanguardia.

5. Arte como *negación de la mercancía*

Dice Badiou en su texto antes citado, que el siglo XX presencia un dilema sustantivo que es el de la disociación entre pensamiento científico y pensamiento político, observable en la irreductible heterología entre los problemas que el mundo científico se propone y resuelve y los proyectos que el mundo político plantea y, acaso, abandona. Precisamente la ciencia ha *entregado soluciones* (como la virtual reconstrucción del hecho vital suscitado en las ofertas de las tecnologías genéticas) mientras que la política ha *abandonado proyectos* (como el de la generación del *hombre nuevo* o el de la consumación del *Estado de bienestar* augurado por el Iluminismo).

Ese dilema, sigue Badiou, hoy queda circunscripto a decisiones emergentes del mundo económico, ese que ha generalizado la traducción de cosas a mercancías, de unidades de materia a insumos y de unidades de energía a servicios.

El siglo ha experimentado ese desarrollo y frente al mismo, el arte se dispuso a autoliquidarse a favor de una imposibilidad de representar lo real o a juzgar, más audaz y negativamente todavía, que lo real debe prevalecer frente a lo real-representado. De allí que el arte devenga liquidador de todo intento de representación, proceso por el cual arranca disolviendo o triturando las cosmovisiones. Como fuerza programática de esa expectación que el arte tiene de una escena real antagonica de ciencia y política y de la intuición acerca de la invalidez del arbitraje económico frente a tal confrontación, diríase con Adorno que el argumento de un arte crítico o inorgánico se propone restablecer la entidad de lo real negando su traducción en componentes del mundo económico: esa sería una explicación de la estética adorniana que entiende el arte moderno como proceso de intentada y frustrada fuga de la obra de arte frente a su irresistible conversión en mercancía.

6. Levedad de lo no-mimético

En la poderosa puesta en crisis de lo apolíneo-moderno desplegada por Rosalind Krauss, se lee un comentario acerca del planteo lyotardiano acerca de los procedimientos modernos soterrados, encaminados al desorden y la malformación:

Lyotard llega a darse cuenta de que el espacio del psicoanálisis, el espacio del inconsciente, desestima la idea fundamental de las coordenadas de lo real. Desoyendo todas las leyes de la probabilidad, admite que dos, tres o cinco cosas estén en el mismo lugar al mismo tiempo. Cosas que son de por sí absolutamente heteróclitas, que no son variaciones de unas sobre otras sino que se hallan en una absoluta oposición. Este “espacio” es pues literalmente, inimaginable: un coágulo de contradicciones. No siendo una función de lo visible, sólo es posible intuirlo a través de la proyección de diversas “figuras” que surgen de las profundidades de este “espacio”: el *lapsus linguae*, el sueño diurno, la fantasía. A este medio, el medio que yace bajo el fondo visible, Lyotard le da primero el nombre de matriz, para pasar a un seguimiento de su actividad; actividad que no identifica con la formación de la *gestalt* sino con la gestión de la malformación: una actividad en la que de hecho, se transgredía la forma. (1997:233)

El ingreso de la vía oscura de lo surreal al dispositivo moderno debilita o anula la estabilidad totalizante de la forma gestáltica y ratifica la pasión moderna —no estrictamente propia del surrealismo— por las múltiples vías de transgresión de la forma y así se instala no sólo una clausura del arte mimético u orgánico sino una absoluta levedad de lo no-mimético, una voluntad de anular la obra a favor del proceso de producción de la obra. Voluntad que no puede sino operar en la inestable esfera del fragmento, esquivarlas de lo que se pretendió forma.

7. Arte en producción&consumo

Peter Bürger (1994:5–23) habla repetidamente de la doble historicidad del proceso de producción de obras de arte (o de cultura en general, refiriéndose a un campo genéricamente múltiple), proveniente del doble estatuto subjetivo de autor y receptor, con lo que instala una dificultad insalvable en un otorgamiento de sentido y verdad en una obra enteramente dependiente de una u otra esfera. La pretensión de verdad sólo adviene saliéndose de la pura subjetividad del autor y por tanto cancelando la hipótesis de la creatividad *ad novo* absoluta. Inevitablemente la obra tiene que recaer en dialogar con el sujeto virtual que la receptorá y ello impone su drama de pretender ser general

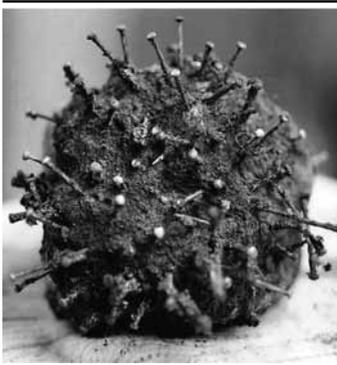
siendo particular —o propia exclusivamente de la subjetividad sensible de su autor— fundando a la vez cierto circuito de legitimación extraindividual (e incluso institucional).

Pero además dice Bürger, la obra moderna debe fundar su estatuto de forma desde una negación del pasado estético (lo cual implica negar el pasado de las obras en cuanto a su estatuto formal pero también a su contenido y a su modo de proceder a encadenarse miméticamente con las obras previas) lo cual obliga a una búsqueda de verdad dialógica (autor/receptor) harto más compleja por tal negatividad. Que sin embargo puede tener recaídas como la que nuestro autor asigna a Picasso, que en un momento de sus investigaciones históricamente evolutivas, vuelve conscientemente atrás al adaptar procedimientos de Ingres.

8. Fugacidad, shock, evanescencia

La sincronización de los flujos temporales —cito a Alfonso Cuadra (2007) en su estudio acerca de Benjamin— nos permite adoptar el tiempo del objeto, sin embargo, para que esto haya llegado a ser posible hay una suerte de *training* sensorial de masas, una apropiación de ciertos modos de significación que se encuentran inscritos como exigencias para un narratorio y que se exteriorizan como principios formales de montaje. En este sentido, el *shock* es susceptible de ser entendido como un nuevo modo de experimentar la calendariedad y la cardinalidad. En una línea próxima, Cadava¹ escribe: “El advenimiento de la experiencia del *shock* como una fuerza elemental en la vida cotidiana a mediados del siglo XIX —sugiere Benjamin—, transforma toda la estructura de la existencia humana. En la medida en que Benjamin identifica este proceso de transformación con las tecnologías que han sometido el sistema sensorial del hombre a un complejo *training* y que incluyen la invención de los fósforos y del teléfono, la transmisión técnica de información a través de periódicos y anuncios, y nuestro bombardeo en el tráfico y las multitudes, individualiza a la fotografía y al cine como medios que —en sus técnicas de corte rápido, múltiples ángulos de cámara, instantáneos— elevan la experiencia del *shock*, a un principio formal”.

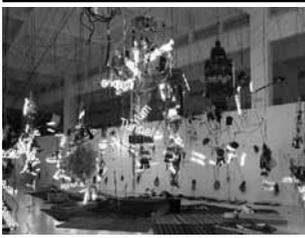
Los nuevos modos técnicos de producir (y consumir) arte introducen *per se* argumentos de ruptura de la obra tradicional: la cosa en sí se hace imagen, la imagen fluye y se desestabiliza, impera la fugacidad del impacto sensorial que irrita la subjetividad del receptor e ingresamos a una consumación de lo fragmentario en la coexistencia con lo evanescente, en el desvanecimiento de la experiencia apenas ésta ocurre evitándose, de tal forma, articular la experiencia con la memoria. Eso que Benjamin, con un lenguaje más mesiánico, aludía con el tándem fatal de la estética moderna: experiencia y pobreza.



1. On Kawara. Acerico 05, 2007.



2. Ben Vautier. Frankfurt Fatto, 2007.



3. Jason Rhoades.
Sol Rojo, 2005.



4. Sophie Calle.
Sur Auster, 1996.



5. Sophie Calle.
Les dormeurs, 1988.



6. Santiago Sierra. 21 Muros Fecales,
Nueva Delhi, 2006.



7. Santiago Sierra. Sumisión,
Ciudad Juárez, 2007.

9. Re-presentar lo social: alejamiento del *welfare state* (*workfare*, *orgawre*, etcétera)

Cualquiera sea la definición que adoptemos de *vanguardia* —por ejemplo lo afirmado por Bürger o por Badiou— está claro que ésta se propone prescindir de una cualidad estética autónoma a fin de maximizar su compromiso con lo real social, que incluye el depósito de la experiencia tipificada de lo subconsciente (en la tríada lacaniana de real/simbólico/imaginario). Quizá a la búsqueda de tal imperativo pudiérase proponer la tentativa de una nueva mimesis, en este caso orientada a hacer una actividad artística cuya finalidad sea la re-presentación de lo social. Hablamos entonces no de representación sino de nueva presentación, o sea formulación de una escena que incluye como posibilidad y como programa la puesta en crisis de aquello que re-presenta. Desde este punto de vista el arte contemporáneo trasciende su voluntad de autorreflexión conceptual y alcanza una dimensión de actividad política, en tanto dispositivo de crítica social. Pero este devenir de *arte político* —que podría situarse en la entreguerra en torno de las propuestas de Heartfield, Grosz o Dix— debe atravesar varios estadios de horizonte axiológico de sus proposiciones y se pasa así de un arte que re-presenta el ideal inalcanzado de sociedad de bienestar al arte que discurre sobre *la corrosión del carácter* —esa noción de Sennett que alude al paradigma del fin del trabajo fordista y al desplazamiento del *welfare* al *workfare*— o al que debe presentar una política de lo organizacional o del paradigma de una gestión acomodaticia del *diktatum* de lo hipereconómico en las propuestas del arte que representa el imperio de la biopolítica (Blom, 2006) (Santiago Sierra [6, 7] u On Kawara [1] o Sophie Calle [4, 5] o Jeff Wall) o la llegada a los modelos del *orgware* (Ben Vautier [2] o Jason Rhoades [3] o Rem Koolhaas).

10. Experiencia como sensibilidad nerviosa

Este es el tema clásico de Georg Simmel (1997), que lo vincula a la experiencia metropolitana, sede y fuente de tal clase de estímulos de los que emerge una trituración de forma y contenido dentro del *plenum* de vida nerviosa que deconstruye subjetividades y engendra un colectivo fragmentario:

El tipo de individualidad propio de las metrópolis tiene bases sociológicas que se definen en torno de la intensificación del estímulo nervioso, que resulta del rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones externas e internas. Siendo el hombre un ser diferenciante, su mente se ve estimulada por el contraste entre una impresión momentánea y aquella que la precedió. Por otra parte, las impresiones duraderas, las que se diferencian ligeramente la

una de la otra, así como las que al tomar un curso regular y habitual muestran contrastes habituales y regulares, utilizan, por así decirlo, un grado menor de conciencia que el tumulto apresurado de impresiones inesperadas, la aglomeración de imágenes cambiantes y la tajante discontinuidad de todo lo que capta una sola mirada; conforman este conjunto, precisamente, las situaciones psicológicas que se obtienen en las metrópolis. Con el cruce de cada calle, con el ritmo y diversidad de las esferas económica, ocupacional y social, la ciudad logra un profundo contraste con la vida aldeana y rural, por lo que se refiere a los estímulos sensoriales de la vida síquica. La metrópoli requiere del hombre —en cuanto criatura que discierne— una cantidad de conciencia diferente de la que le extrae la vida rural. En esta última, tanto el ritmo de la vida, como aquel que es propio a las imágenes sensoriales y mentales, fluye de manera más tranquila y homogénea y más de acuerdo con los patrones establecidos.

Si bien Simmel representa la nostalgia conservadora de la vida premetropolitana, también su indagación remite a fijar un campo intelectual —el propio de lo metropolitano moderno— que no sólo será aquel en que se presentará como novedad el arte y la cultura moderna, sino que más precisamente según Simmel, es la emergencia histórica de lo metropolitano lo que causa y motiva lo moderno en tanto disociación definitiva entre forma y contenido, entre referencia y representación, entre el todo estable de la cosmovisión que llama rural (pero que es premoderna) y la fragmentariedad de una producción de cultura basada en los *estímulos sensoriales de la vida síquica*.

11. Antitectónica, obsolescencia

La objetología moderna —si bien casi como último gesto del *ancien regime*, Alois Riegl (1982) presenta en 1904 su teoría sobre el *culto moderno a los monumentos*— abandona casi completamente la pretensión de duración o perennidad en otra manifestación afirmativa de las tendencias disolutorias de la modernidad. La obsolescencia será la forma que la civilización de las mercancías introduce en la corta duración de cánones del gusto, lo que explica la velocidad rotativa de nuevas formulaciones estéticas en la vorágine de los *ismos* y la corrosión que el vanguardismo infringirá a modelos de canon y más elocuentemente, lo innecesario de organizar objetos de larga duración frente a las mutaciones de la fortuna del consumo. Las cosas no sólo rápidamente fugan de la aceptación del gusto sino que por ello requerirán formalizarse de manera evanescente o fungible. Esta formalización débil a menudo servirá como nuevo motivo de sentido o contenido y avalará el proceso de fragmentación.

En el campo de la arquitectura ello será presentado negativamente por ejemplo en Kenneth Frampton (1995), como decadencia de los imperativos

tectónicos y en ello el fin del largo ciclo clásico. Indirectamente, el abandono de tales imperativos implicará una relajación sobre el canon del orden y la apetencia de totalizaciones estables propias de la obra clásica.

Sin embargo, Frampton relaciona de manera discutible esta cesación de clasicidad formal con las nociones de *tectónica textil* inspiradas por Gottfried Semper (2004): en rigor podría decirse que la teoría de una producción objetual basada en el paradigma de las piezas textiles (urdimbres, tejidos, pieles) alimenta *in nuce* un concepto de indeterminación y reglas de procesos productivos antes que categorías objetuales con lo cual el discurso semperiano quizá está más cerca de sepultar el concepto de tectónica clásica y su idea de totalidad (canon, equilibrio, orden) que de fundamentarlo, con lo que sus ideas —que también circularon en la Viena *fin de siècle*, por ejemplo anticipando e influyendo el discurso *descentrado* de Seldmayr (2006), otro conservador contrariado— forman parte de esa noción de fisuras que atribuíamos por caso a Freud y su teoría de la fetichización, como agujeros negros de una irresistible tendencia a cuestionar lo totalizado del pensamiento y la cultura formal.

12. Lo fragmentario como esencia de la *modernidad larga*

Está claro que el montaje teopolítico de la estética barroca organiza algunos temas que son base de una idea de *modernidad larga* (si es que no queremos extendernos como Tafuri hasta el *quattrocento*), que autores como Omar Calabrese lo entenderán como instauración de un gusto epocal que se hace suprahistórico.² La idea de *ciudad teatral* de Bernini o su afecto por las *scenae dispositio* —desde el Baldaquino a las tumbas papales pasando por la ambigüedad de las escenas de éxtasis a la noción de *tapa-frontis* que aplica en Sant'Andrea, incluso diferenciando la calidad de motivos y materiales entre soporte y *máscara* agregada: esta última es más *noble*— o el concepto de *trompe d'oeil* elevado por el jesuita Andrea Pozzo a obra magna de la simulación y artefacto ilusorio apto para figurar persuasivamente espacios de trascendencia—ascendencia son algunos de los síntomas de las crisis de representaciones totalizadoras, de la extenuación de los procedimientos de mimesis clásica y de la voluntad de disociar definitivamente percepción de realidad.

Pero el clivaje extremo en la sanción de un *final de historia* (estética) ligado a la asunción de lo fragmentario devendrá en la irrupción de la modernidad de fines del siglo XIX, como Benjamin lo advierte en su capital París alrededor de las nuevas poéticas de personajes tan disímiles como Grandville, Haussman o sobre todo, Baudelaire. Y más aún en un redoble de la estética baudelaireana —a quien hay que adjudicarle, como lo hace Jauss, el retorno moderno de la figura de la *alegoría*, otra instancia poética de la disociación

y fragmentación— con novedades como las que propone Apollinaire en sus poemas de la primera década del siglo XX.

Hans Robert Jauss (1995:186–187),³ centrándose en su poema *Zone*, argumenta lo que sigue:

Ciertamente sabe el *flâneur* de *Zone*, en su vagabundeo por París, descubrir y exaltar la poesía de la técnica y la belleza del “arte industrial”. Sin embargo, en la medida que apura hasta el final la fascinación de la metrópoli —desde la madrugada de los trabajadores hasta los insípidos placeres nocturnos de los miserables— tiene que experimentar que su propio yo se le escapa, que es incapaz de transformar en discurso las voces alternantes de un yo y un tú.

En este pasaje ya insinúa Jauss cómo el montaje de una estética está operando una nueva clase —quizá definitivamente moderna— de mimesis entre discurso poético y metáfora de socialidad: la nueva experiencia discursiva va a pagar el costo de la disolución de la vieja idea de *comunidad*, en la extinción de lo dialógico y consecuentemente, en la fractura entre emisión y recepción, entre producción y consumo de los *factums* de arte y cultura. En esa fractura —o en esa incapacidad— debería buscarse el origen psíquico de la idea de vanguardia o artista vanguardista.

El hombre que vaga por la ciudad —*sigue Jauss*— que recibe y disfruta eufórico en la corriente de la muchedumbre cualquier visión intensa de la vida moderna, parece condenado a enfrentarse con todos los recuerdos de su vida pasada como si perteneciesen a un yo extraño. El alto precio que hay que pagar por la ampliación sin precedentes de la experiencia mundana moderna pasa por la pérdida de la identidad y la memoria.

Ahí está entonces presentándose una estética de una experiencia nueva que extingue la continuidad —dada en la memoria— de una conciencia histórica de lo social y por primera vez parece instituirse una praxis poético-artística desgajada de lo social históricamente constituido.

“La experiencia de la fragmentación del yo en el espacio y el tiempo —sigue nuestro autor—, la maldición de la pérdida del yo, desplazan la experiencia eufórica de la existencia en el seno de una multitud anónima”. Jauss explica de esa forma la poética nueva que representa Apollinaire, cuya novedad remite a la fragmentación discursiva como reflejo de la disociación del yo poético en el continente social, en el cual la multitud o la metrópolis no aparecen como contraccaras del sujeto sino como temas o motivos estéticos: “así, la experiencia de la fragmentación —concluimos nuestra cita de Jauss— acaba en la pérdida del yo lírico y en la visión de una naturaleza fragmentada y por eso se exhibe en *Zone* el alto precio que hay que pagar por la enfática afirmación del triunfo de la técnica moderna”.

Jauss concluye afirmando que esta exploración poética va a presentar nuevos procedimientos estéticos entre los que identifica el *verso libre* (como presentación de *una polifonía inédita*) y una “nueva estética de la simultaneidad, que con el procedimiento de la fragmentación sistemática y el montaje antimimético permite integrar aspectos de la realidad, citas y fragmentos de recuerdos”.

13. Lo fragmentario–estético como anuncio de lo fragmentario–social

Otro autor crítico de la modernidad y apólogo de una posmodernidad que entrevé como necesaria —nos referimos a Jean Francois Lyotard (1994:232–234)—, también tiene un ensayo sobre el poema *Zone* de Apollinaire y también le adjudica un valor que va más allá del evolucionismo estilístico o poiético, ya que reconoce en ese material el inicio de una teoría del Arte enderezada a aludir a la final carencia de totalidad de la esfera social contemporánea: así Lyotard vendrá a decir que la tarea moderna del pensar estético (pero también del pensar en general) será una eterna disquisición sobre la fragmentariedad irreconciliable de lo social, y más aún, quizá anunciar que el cometido de las praxis artísticas será desde ahora reflejar para atrás (¿nueva mimesis?), y también anunciar para adelante la ausencia de cualquier teoría de comunidad, la idea ya perdida de totalidad o cosmos: “los modernismos —dice Lyotard— han sido humanismos, religiones del Hombre. Este fue durante un tiempo el último ‘objeto’ no tocado por el nihilismo. Pero rápidamente se hizo evidente que ese objeto debía a su vez, ser destruido”. Una de las novedades de la modernidad será entonces por una parte, su continuidad de pensamiento en torno de las figuras humanistas pero a su vez, paradójicamente, su propio movimiento requiere la neutralización nihilista de ese último *objeto* clásico, con la consecuencia de una fatal o final disociación de estética y ética y el arribo a un arte cuyo motivo central será la descripción de una fractura del yo y lo social.

En la megalópolis estetizante —*sigue Lyotard*— el filósofo se encuentra o más bien, se pierde en la posición de estar en guardia o de tomar en consideración la nada que es el absoluto [...] Se pierde como intelectual en y para la ciudad ya que ésta se pierde. Se pierde como maestro de los conceptos y los edificios de conceptos; le es necesario, en esta materia, aprender de las ciencias y las técnicas. Ya no es tiempo para él para soñar construir una megalópolis para el pensamiento, como la comunidad moderna se lo había encargado y según el crédito que le había concedido al hacer de él profesor de universalidad.

La totalidad con que debe interactuar el pensador–artista–intelectual moderno se le escurre, no tendrá ya modelos ni cosmovisiones ni ideologías, sólo



8. Andrea Pozzo. Trompe d'oeil,
San Ignacio de Viena, 1692.



9. Kurt Schwitters. HMB, 1930.



10. Rural Studio. Pod Street, 1999.



11. Rural Studio. Boomer House, 2002.



12. Cooperativa Amereida. Hospedería de
La Entrada, 1998.



13. Cooperativa Amereida. Hospedería
Colgante, 2002.

se tratará de ahora en más, de describir el estallido de lo universal o cómo lo universal se reintegra en sistemas que como el mundo de las mercancías o la esfera del intercambio simbólico ya le son completamente inoperativos puesto que ha abjurado de todo esfuerzo mimético.

La inmensa zona rumorea con millones de mensajes silenciosos. Incluso sus violencias, guerras, insurrecciones, revueltas, desastres ecológicos, hambre, genocidios, crímenes son emitidos como espectáculos, con la aclaración, vean esto no está bien, nuevas regulaciones son necesarias, hay que inventar otras formas de comunidad, esto pasará. Así las desesperaciones son entendidas como desórdenes que hay que corregir, nunca como los signos de una falta irremediable.

Después de los argumentos precedentes cerraremos esta presentación con una breve referencia a temas o motivos proyectuales que en la modernidad de la arquitectura permiten ilustrar aquellas nociones generales, entendiendo desde luego a la arquitectura no como un sector de la materialización del mundo real sino como un campo artístico y cultural.

Si Andrea Pozzo (*Trompe d'oeil* en la cúpula de *San Ignacio de Viena*, 1692, [8]) impone en el seno de las necesidades políticas e ideológicas de la contrarreforma una completa disociación de realidad y representación —a favor de la autonomía de la segunda y la posibilidad de configurar artefactos de pura ilusión o *simulacros* en el sentido leibnitziano— en plena modernidad el experimento de Kart Schwitters (*Hanover Merzbau*, 1930, [9]) culmina una fase de indagación autonomista, despojándose de la virulencia política del dada berlinés original y estableciendo un hacer instalado en la pura y completa manipulación de *objetos no-totales* (acumulaciones, *work in progress*, procesos preformativos).

Los trabajos del grupo didáctico-experimental que en la Universidad de Auburn, Alabama, dieron origen al grupo *Rural Studio* liderado por el activista Sam Mockbee (*Pod Street*, 1999 [10]; *Boomer House*, 2002 [11]) usaron el deconstructivismo como estrategia cognitiva con lo que afirmaron una metodología del *casual work*, con referencias tales como el *objetc trouvée* o el *manufactum* procesualista negador de cualquier estabilización formal o funcional. El carácter tan aparentemente asocial de esta forma de *art pour l'art* buscaba redimirse en este caso con lo que llamaron *sweat charity*, voluntariado de acción social que de paso recuperaba cierto arraigo en el imaginario popular, en las tecnologías pobres y en el relativismo cultural.

En un sentido bastante equivalente en los procedimientos del *Rural Studio* pero despojados de sus intereses ideológicos, la tarea en este caso estrictamente pedagógica de la Cooperativa Amereida (*Hospederías de la Entrada* [12], *Colgante*, 2002 [13]; *Torre de Agua*, 2004, [14]) recorre en unas costas chilenas cercanas

a Valparaíso, otros itinerarios que puntúan intereses del experimentalismo moderno, desde la poesía total de los simbolistas (con apoyo en Rimbaud —pero que bien podría haberse extendido al arco Baudelaire–Apollinaire— ponen en juego una clase de proyecto basada en el desarrollo de los propósitos de un *acto poético* fundante) hasta el posvitruvianismo de una arquitectura despojada de sus exigencias de función y tectónica para generar un centenar de objetos mutantes en el paisaje que sólo exponen sus atributos de degeneración de forma y el mutismo de su in–utilidad.

Toda esta producción bordea el anonimato y la desubjetivización —en parte sublimada en la producción de una suerte de *arte colectivo*— que encontrará ratificación en el mundo de lo real–popular: un rancho palafítico del Río Paraná [15], postula en este caso, una homología de resultados formales en un sentido que sin embargo disocia vigorosamente la identidad entre sociedad y cultura.

Algunos proyectos del grupo Mansilla&Tuñón (*Grand Slam*, Madrid, 2002 [16]; *Museo de Cantabria*, Santander, 2003 [17]) parecen ratificar el método fragmentarista de la circulación de materiales alegóricos así como el mecanismo de transliteraciones que podrían resultar fácilmente descalificables como *frívolas*, en ese sentido derridiano de nombrar el manejo de material formal disociado de atributos de contenido, utilidad o funcionalidad. Es lo mismo que, con mayor engolamiento intelectual, propondrá Peter Eisenman (*SAV Napoli Afragola*, 2003 [19]; *Centro Cultural*, Santiago, 2002 [18]) manipulando la referencia a una escultura barroca evanescente —el *Cristo Velato* de Giuseppe Sanmartino, instalado en la *Capella San Severo* en 1753 [20]— o a la vieira del apóstol en el caso santiaguino: procedimientos explicables en su otorgamiento de sentido al inicio del *dispositivo* de forma del proyecto, pero también operaciones al borde de la autonomización del proyecto, tal como ocurrió en el caso gallego, la idea no trasciende a su pura instancia intelectual. Lo fragmentario sacrifica incluso el pasaje de la idea a realidad.

La idea de juego de papiroflexia y plegaduras descuella en obras de Toyo Ito (como la que propone junto a Andrea Branzi para el *Foro de Ghent*, 2003 [21]) y en ello también arraiga lo casual y lúdico, lo propio del arte moderno cuyo resultado objetual es un arribo casual a una estación indeterminada de una continua experimentación de forma: inestabilidad y flujo conceptual que colapsa con el imperativo tectónico monumental.

Como también ocurre en el caso de trabajos como los de Coop Himmelblau (*BMW Welt*, Munich, 2006 [22]), pura especulación de pieles envolventes que arranca como gesto *signée* o escriturario, se expresa como morfología genética y debe contrarrestar la inconveniencia de su materialización física. Y dar además, una marca identitaria a una productora de fetiches modernos, ofreciendo no

un receptáculo sino un *mundo* —*welt*— como esfera abierta de significados en la investigación de procesos de formalización (*canopies* torsionadas, envolventes anticorporales, transgeometrías).

Signée pero fuertemente recapitalizadora de la inversión básica sería asimismo la producción de eventos de marcada irracionalidad arquitectónica —o de un forzamiento de ideas devenidas de la praxis artístico-conceptualista a un formato arquitectónico pero que más bien debería ser teatral si la amortización del capital fuera más rápida— que es lo que ocurre con las obras de Frank Gehry, cuya flagrante (pero también falsa o fantasmática) pretensión de artísticidad tiene a favor la ventaja de la museística mercantilización de la memoria que atraviesa esta hora del mundo y que hace que su producción sea una colección de piezas de ese museo virtual que configuran ciudades que atesoran sus obras, incluso ciudades que buscan su confirmación global como tal mediante este expediente coleccionístico como las nuevas capitales arábigas (*Guggenheim Museum*, Abu Dabhi, Sadiyat, 2007 [23]). Es curioso advertir en este caso cómo la serie de las obras de Gehry se desacoplan enteramente de su inserción concreta en un lugar o de las prestaciones funcionales y guardan meramente correlaciones del orden de la colección.

En el caso de algunos trabajos de Giuseppe Terragni (como su célebre e irrealizado proyecto del *Danteum*, 1938 [24]) aparece la dualidad entre el racionalismo compositivo estricto y la carga de simbolismos con que también Le Corbusier obscurecía sus planteos, quizá no tan persuadidos de la potencia autónoma del lenguaje racionalista cuya utilización en diferentes contextos ideológicos era perfectamente posible. La otra cualidad propia de una modernidad descentrada en la multiplicidad de referencias transliterales será en esa obra de Terragni directamente la puesta en marcha de un mecanismo de *traducción* —de la *Divina Comedia* o bien, de su estructura formal así como de algunos de sus atributos de contenido, a un monumento expresivo de la *latinidad* mussoliniana— que en esencia se presenta *avant la lettre* como el método deconstructivo derridiano.

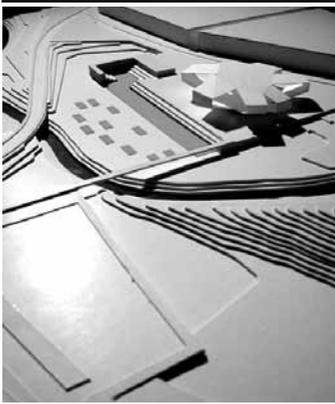
La pérdida de autorreferencia del proyecto arquitectónico o su disolución en estéticas heterotópicas se presentará en autores como Will Alsop (*The Sharpe Center of Design*, Toronto, 2004 [25]) en afinidad con registros propios de los *mass-mediums* o los *cómics*, discursos de aseguramiento de receptividad y percepción popular que resultan externos al proceso de definición del proyecto y funcionales a la presentación de hitos urbanos grandemente disruptivos de contextos y memorias, lo que por cierto es la argumentación teórica principal de los trabajos de Venturi&Scott Brown (*Perelman Quadrangle*, 2000 [26]) que empezaron con el elogio formalizante de materiales históricos eclécticos —en una suerte de contrahistoriografía oportunista— y culminaron con la apología del *tecnopopulismo* de esa meca de simulación que es Las Vegas.



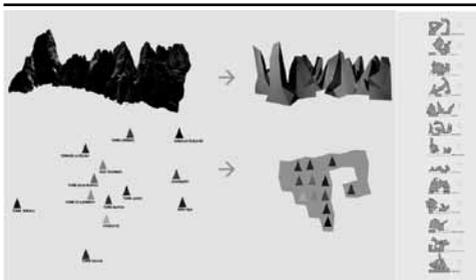
14. Cooperativa Amereida. Torre de Agua, 2004.



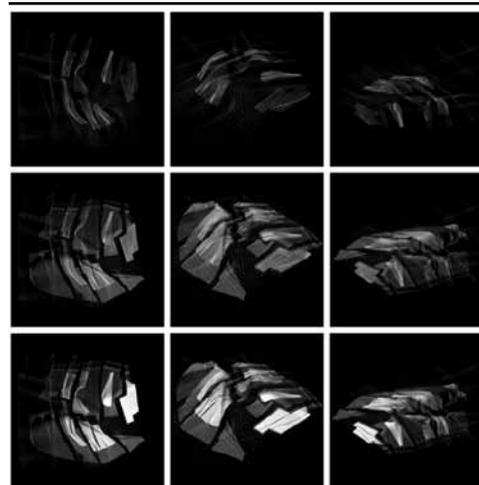
15. Rancho palafítico del río Paraná.



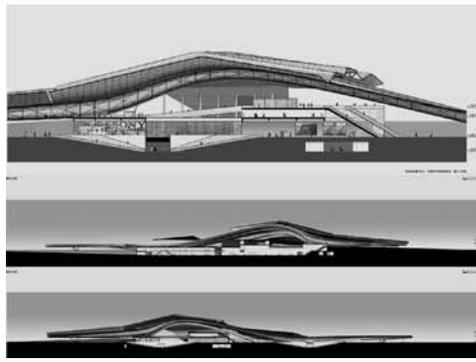
16. Mansilla&Tuñón. Grand Slam, Madrid, 2002.



17. Mansilla&Tuñón. Museo de Cantabria, Santander, 2003.



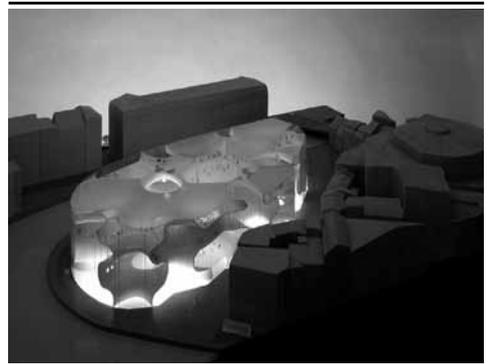
18. Peter Eisenman. Centro Cultural, Santiago, 2002.



19. Peter Eisenman. SAV Napoli Afragola, 2003.



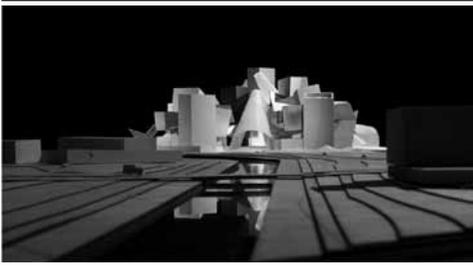
20. Giuseppe Sanmartino. Cristo Velato, 1753.



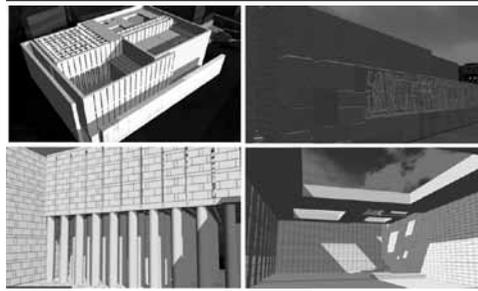
21. Toyo Ito&Andrea Branzi, Foro de Ghent, 2003.



22. Coop Himmelblau. BMW Welt, Munich, 2006.



23. Frank Gehry. Guggenheim, Abu Dabhi Sadiyat, 2007.



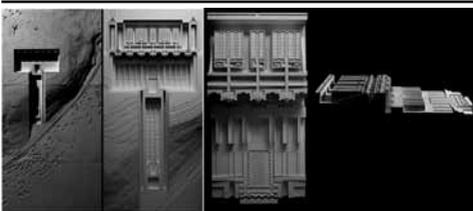
24. Giuseppe Terragni. Danteum, 1938.



25. Will Alsop. The Sharpe Center of Design, Toronto, 2004.



26. Venturi&Scott Brown. Perelman Quadrangle, 2000.



27. Renato Rizzi. Museo de El Cairo, 2002.



28. Peter Hubner. Aula en Lippstadt, 2004.

Es posible también encontrar operaciones de proyecto que intentan relacionarse con el territorio (estructura, materia, paisaje, deformaciones históricas y culturales) casi en sintonía con el modo de *land-art* puesto en juego por ejemplo por Richard Long. Como el tipo de proyecto de *incisiones* territoriales evocativas, en este caso de ciertas conductas formales de una cultura determinada que practica Renato Rizzi (*Museo de El Cairo*, 2002, [27]), o los trabajos más en clave de una analítica de las condiciones ecológicas hoy críticas del lugar natural en los trabajos de Francois Roche (*Green Gorgon*, Lausanne, 2005).

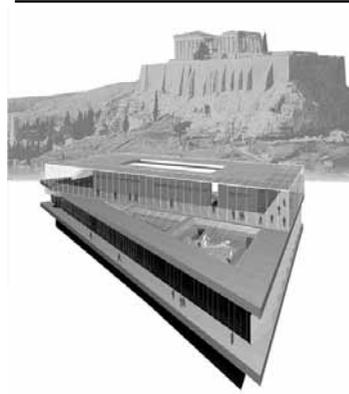
Si los casos precedentes parecen indagar en lo territorial casi en un sentido más trascendental o quizá heideggeriano, otras alternativas del proyecto contemporáneo analizan la perspectiva de una disolución casi total del artefacto arquitectónico a favor de examinar la viabilidad de una adaptación de una función posible a condiciones de sitio, dentro de las preceptivas de lo que los geógrafos posmodernos han llamado *paisajes operativos*, como en el trabajo de Rick Joy y del grupo que integra con Al Sayed/Burnette/Boucher (*Page One*, 2002) o las *puestas* territoriales de Germán Del Sol (*Termas de Villarrica*, 2005), entendibles casi íntegramente como aprovechamientos circunstanciales de potenciales territoriales (étnicos o etnológicos, geológicos, ecológicos, etcétera).

La mirada disolutoria o fragmentarista de Peter Hübner (*Aula en Lippstadt*, 2002 [28]) parece depender de la dilución de las decisiones integrativas del acto proyectual en un doble campo definido, en un sentido, por las prácticas participativas en el seno de colectivos que desean o necesitan el objeto a proyectar, y en otro sentido, a aprovechar el capital técnico acumulado en los saberes populares. La arquitectura se convierte en tal forma no en resultados esperables ni tipificados sino en momentos de largos e iterativos procesos de discusión y tomas de decisión colectivas poniendo en juego factores tales como la tensión entre conocimientos globales y locales y los mecanismos de legitimación institucional de los proyectos. Por otra parte es evidente que también emerge una especie de notación descriptiva temporalizada —casi como una notación musical o coreográfica, que articula relaciones entre tiempo y espacio— que aleja la idea de representación totalizadora convencional en la modernidad.

Dentro de una especie de pensamiento transversal fuertemente influenciado por la filosofía fenomenológica, el cine y el psicoanálisis la obra de Bernard Tschumi (por ejemplo, sus proyectos para *The Architectural Foundation Building*, Londres, 2004 [29]; o para *The Acropolis Museum*, Atenas, 2004–6 [30]) refleja el desvanecimiento de la *autonomía* de la arquitectura —casi en el polo opuesto de las teorías de Aldo Rossi— y su posmoderna disolución en las *medias*, de manera que, como la publicidad, la arquitectura vuelve a plantearse el problema de la recepción —tanto como en el barroco había que garantizar un *estado de gracia* en la contemplación de los artefactos teológico-artísticos— y para ello se recurre a la metodología de una *acción proyectual* como *acción*



29. Bernard Tschumi. THF Building, Londres, 2004.



30. Bernard Tschumi. The Acropolis Museum, Atenas, 2004–2006.



31. Rem Koolhaas. Jebel Resort, 2007.



32. Rem Koolhaas. Dubai Renaissance, 2007.



33. Scogin&Elam. Wolfsburg Science Museum, 1999.



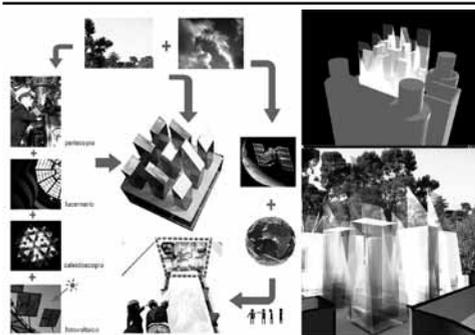
34. Norman Foster. The Troika, 2005.

comunicativa, unos circuitos estímulos/efectos basados en la vuelta al ruedo de figuras de la retórica. Lo único que parece molestar a esta flexión del pensamiento pos–posmoderno es la relativa larga duración del *factum* constructivo, la dureza o perennidad de algo que mejor debería ser puramente ilusorio o fugaz.

En los trabajos de Rem Koolhaas (en este caso, proyectos para Arabia Saudita y el vendaval de petrodólares como el *Jebel Resort*, 2007 [31]; o el *Dubai Renaissance*, 2007 [32]) se advierte una postura semejante que afecta al mundo efímero de lo perceptual y al doble discurso en este autor de una devastadora teoría de las miserias urbanas —lo que bautiza como la decadencia de la *ciudad genérica*— junto a la materialización cínica de objetos que vendrían a formar parte de aquella miseria denunciada, ya sea en su puro aparecer acumulativo, como un juego infantil de bloques en un territorio virgen, ya en la mera acumulación de piezas dislocadas de una ciudad hecha de volúmenes extruidos y silenciosos, autosuficientes y antiurbanos que sin embargo pueblan como una siniestra segunda naturaleza la metáfora de una ciudad–bosque.

Fenómenos relativos a la fortuna moderna y posmoderna de objetos no–totales y de procedimientos tendientes a experimentar con el montaje de fragmentos, o la referencia a procesos morfogénicos naturales, también generalizan prácticas y condiciones geoculturales: un estudio de Atlanta, en USA, la profesional firma Scogin&Elam que habitualmente trabaja en casas unifamiliares sofisticadas para el auge del *sunbelt* norteamericano y en edificios universitarios, situándose en cierta forma bastante lejos de los mecanismos de legitimación de las neovanguardias actuales, sin embargo también apela, dentro de requisitos de Mercado tradicional, a investigaciones de forma por completo apartadas de las normas clásico–modernas, críticas de estabildades tectónico–monumentales, negadoras de condiciones de contexto o memoria o demandantes de prestaciones tecnológicas en el orden de la *bio–high–tech* (*Wolfsburg Science Museum*, 1999 [33]).

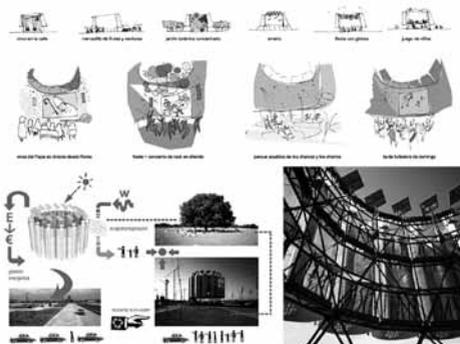
Pero complementariamente, oficinas del *jet set* internacional de arquitectura (que venden proyectos como cuotas de *capital agregado*) como las de Norman Foster pueden diversificar su cartera de ofertas proyectuales al borde de otra variante de un eclecticismo enteramente abierto a demandas de Mercado: un Mercado que puede requerir sofisticar lo autóctono (*Chesa Londgadin*, Suiza, 2000) o que puede formular un catálogo enteramente fracturado según el cual el libre juego de la oferta/demanda inmobiliaria puede ir redefiniendo de manera aleatoria el paisaje de las ciudades, en una manifestación contundente acerca del fin del paradigma del *planning* (*The Troika*, Kuala Lumpur, 2005 [34]). Emerge aquí no ya una tematización de lo procesual y fragmentario como modo artístico de confrontar la caotización del mundo, sino más bien como mero acompañamiento de la acumulación indiscriminada de piezas de arquitectura, cada una definida por su propia lógica y geometría del orden de la mercancía. *The Troika*



35. Ecosistema Urbano.
Museo de la Astronomía, 2005.



37. Rafael Iglesia. Edificio
San Luis, 1998.



36. Ecosistema Urbano. Plaza de Vallecas, 2006.



38. Clorindo Testa. Galería de Arte,
Pinamar, 2004.



39. Alejandro Aravena. Torres Gemelas,
PUC, Santiago, 2005.

además se define como forma de aprovechamiento del capital simbólico de otra pieza de arquitectura prestigiosa en la escena de los imaginarios exitosos —las Torres Petrona, que están frente a este proyecto fosteriano—, el cual se adapta y torsiona en la voluntad de capturar el máximo posible del *excedente de paisaje* que ofrece aquel *landmark* de reconocimiento visivo global.

Así como las grandes firmas protagónicas del *high-tech* exhibicionista —como el propio Foster, Rogers, Piano o Nouvel— diversifican sus ofertas descendiendo a resemantizar objetos transidos de calidad vernacular (como el proyecto polinesio en Noumea, de Renzo Piano) firmas más marginales se abastecen del capital metodológico del *bricolage tecno* cuya veta abrieron en su hora personajes como Buckie Fuller, Cedric Price o Jean Prouvé, como el caso del hispánico grupo Ecosistema Urbano cuyos proyectos se presentan como teoremas resueltos, sobre la base de una profusa diseminación de problemas/soluciones o demandas/ofertas donde el final del proyecto está abierto o indeterminado y en todo caso es un estadio conclusivo de un puro análisis de ensambles, partes y servicios (*Museo de la Astronomía*, 2005 [35]; *Plaza de Vallecas*, 2006 [36]).

Aunque otros excéntricos en cambio, reafirman sus potencias localistas de sabor popular o vernacular e intentan participar de una suerte de *world-music* o *welt-literatur* (nombres ecuménicos que ahora se dan a la centrifugación global de marginalidades locales en aras de diversificar el mundo de un consumo sesgado por lo multicultural, como está ocurriendo precisamente en música, literatura o gastronomía, por ejemplo en Londres, el equivalente actual de antiguos emporios como Alejandría, Roma o Bizancio), como entre muchos, el caso del finlandés Olavi Koponen recicla no sólo materiales de desecho sino saberes casi ancestrales y estrictamente provinciales (*Villa Langbo*, Finlandia, 2001).

Los procesos de manipulación de materiales modernos para reensamblarlos precariamente tanto en una diversificación morfológica y funcional de la urbanidad como en una crítica estética a su acelerada banalización podrán derivar en indagaciones que pretenden tornarse en transgresoras de las legalidades y codificaciones de la forma urbana central —por ejemplo en el caso del argentino Rafael Iglesia (*Edificio Altamira*, Rosario, 1998 [37])—, en la recuperación de una gestualidad artística y en una voluntad de *firmar* disidencias respecto del orden establecido de la forma urbana —como es el caso de Clorindo Testa (*Galería de Arte*, Pinamar, 2004 [38])— o intentando suturar las brechas entre lo global y lo local —como el caso del chileno Alejandro Aravena (*Torres Gemelas*, Pontificia Universidad Católica, Santiago, 2005 [39])—, con mezcla de materiales y formas y también con una sátira hacia aquella arquitectura que devenida meganegocio no sólo dio carne a una identidad entre forma y sustancia de lo mercantil sino también pasto de las agresiones simbólicas que reflejan los antagonismos de la fragmentariedad que también se dan no tanto o

no sólo entre Sur y Norte, ni entre Iglesia y Finanzas sino más complejamente entre la multiplicación de vías de tránsito de diversas modernidades, todas sin embargo, uniformizadas por su abandono de pretensiones de totalidad, ensamble ética–estética, suturas entre arquitectura y ciudad, identidades entre forma y contenido o entre apariencia y memoria.

Notas

¹ Cadava, E., 2006.

² Véase en su ensayo “Neobarroco”, en *Otra mirada sobre la época*, 1994:251–267, la utilización del concepto de *neobarroco* como la reedición contemporánea de un sistema de pensamiento que atraviesa transversalmente toda la producción estética como rasgo emergente de la novedad barroca (por ejemplo en la replicación de motivos en Caravaggio, Kepler, Góngora o Borromini).

³ En el mismo tomo figura como ensayo 6, *El recurso de Baudelaire a la alegoría* en el que Jauss presenta el análisis al que aludíamos en nuestro texto, según el cual Baudelaire aparece como introductor moderno de esa vieja o clásica figura retórica que en sí misma trabaja con la fractura de referente y alusión.

13. Intersticios

Crisis: de la *productividad* a la *imaginación* crítica

El descalabro financiero de USA desencadenado a mediados de 2008 —USA es el Estado con más deuda externa *per capita* del mundo que tuvo hace medio siglo la sagacidad de colocar, en Bretton Woods, su moneda como patrón mundial— nos instaló abruptamente de nuevo en 1929 como si se tratara del *remake* de una vieja película: desocupación, quiebras bancarias y empresarias, tratar de resucitar a Lord Keynes, etc. Con algunos aditamentos negativos tales como la ultraconcentración de las multinacionales (que transmiten los colapsos centrales más rápido que las epidemias ya que si tienen que efectuar ajustes pueden optar por sus tentáculos más lejanos) o el colapso del mercado inmobiliario ajustado a un régimen hipotecario que estalló pero que había armado una burbuja basada en un incremento desmesurado del valor del metro construido (seguramente Marx habría escrito otro tratado sobre la relación de valor/precio si hubiera conocido el mundo del capitalismo inmobiliario reciente).

En semejante escenario viene bien preguntarse —dada la globalización— cómo afecta tal panorama no ya a una economía localizada sino a una disciplina/profesión particular: la arquitectura. La crisis generalizada sin embargo, parece resultar una *crisis de productividad*, en el sentido que aparecen escollos para el propósito de generar alta productividad, o sea ganancias o plusvalías exageradas. La arquitectura hace rato que quedó afuera de un modo digamos industrial de producir objetos y por tanto sus discursos están lejanos a cualquier paradigma productivista. Salvo en cuanto la proposición posmoderna de objetos de deseo (representativos de poder, lujo, estatus, diferencia social,

etc.) se entienda como contributiva a la obtención de ganancias: esa frívola contribución arquitectónica a la productividad en todo caso, también será afectada por esta crisis.

Volviendo al análisis del impacto de la crisis general sobre la arquitectura y fuera del exclusivista comentario precedente, lo primero que se me ocurre en tal sentido es que la crisis operativa de este campo empezó o se instaló de manera estructural a fines de la década del '60 del pasado siglo, si es que admitimos que un primer cambio traumático y regresivo le fue propinado al modelo, o versión moderna de la misma, con la caída del *welfare state* y un poco después, con el fin esperpéntico de los socialismos nacionales. Digamos que la arquitectura disfrutó de unas ocho décadas modernas (1880–1960) en las que se tuvo la sensación de que podía convertirse en un estrato ligado a *necesidades básicas* y que se podía relacionar su desarrollo conceptual (flexibilidad, estandarización, tecnologización, simplicidad funcionalista, etc.) con algo que podía definirse como *derecho al hábitat*. Es cierto que tal derecho nunca se expandió lo suficiente y que las respuestas —como por ejemplo los ahora denostado *conjuntos de interés social*, cuya matriz básica Georges Candilis desarrolló a partir de las ideas de Le Corbusier, su maestro— fueron de baja calidad sea que hablemos de *Pruitt Igoe* o los barrios *23 de enero* en Caracas o *Fuerte Apache* en Buenos Aires.

Pero en el Estado de bienestar se percibió la existencia de una nueva clientela —básicamente el Estado y también, las emergentes clases medias— sobre la cual, como definió Tafuri respecto del Renacimiento, era posible montar un sistema teórico–práctico sobre el que pivotó la producción de arquitectura (su dimensión profesional) y la reproducción de la misma (la dimensión disciplinar en la que se enseñaba el modo de re–producir eso que la profesión practicaba, permitiendo no sólo consumir el modelo pedagógico simulatorio típico del taller bauhausiano sino también lograr que los profesores simplemente transfiriesen su habilidad proyectual profesional: en esa *primavera* los catedráticos, salvo pocas excepciones, nunca estuvieron más lejos del perfil de un trabajador intelectual, desajuste voluntarista que todavía dura en las escuelas).

Bajo esta caracterización es probable deducir nuestra primera hipótesis: nosotros, los arquitectos, *estamos en crisis hace casi medio siglo*. Recordemos además que el especulativo creador del concepto *post–modern*, Charles Jencks, hizo arrancar tal período estilístico precisamente con la demolición planificada del conjunto de *Pruitt Igoe* o sea, con la cancelación socialmente trágica de la utopía moderna de la vivienda colectiva. Lo que abre este período serán los años que aceptaron la natural transferencia del saber/hacer arquitectura hacia dimensiones ya no cruciales en relación con aquel derecho al hábitat sino ahora más articuladas al deseo, al derroche, a la parafernalia necesaria para la expansión del consumo (desde la *franchising architecture* hasta los *thematic*

parks), al mundo del terciario avanzado (museos de toda clase, envases terciarios para el mundo de las finanzas, etc.): la arquitectura entendida sin más, como una *media* de las *mass-medias*.

Esa sería nuestra segunda hipótesis que coincide con el título que el crítico del *New York Times*, Nicolai Ouroussoff (2009), le puso su mirada a la situación actual: *la recesión pone fin a la arquitectura de lujo* y allí repasa cómo las grandes firmas posmodernas —desde Hadid hasta Ghery, desde Koolhaas hasta Nouvel— empiezan a sufrir el embate de la caída severa de encargos. Este señor neoyorquino —que quizá sea ruso— admite que los arquitectos habían exagerado su perfil suntuario, inhumano y hasta antidemocrático, cosa que reconoce en el profundo cinismo de proyectos tales como el pabellón Chanel de Hadid o la tienda Prada (que Rem inaugura, a pocas cuerdas, sólo tres meses después del atentado a las Torres Gemelas).

Podría uno admitir que habrá una crisis en ese sentido, que bajará la producción de condominios de lujo o casas playeras de fuste y embuste, que las *multis* harán poco y nada en las provincias, que nuestra llegada al mundo encantado de nuevas museologías y equipamientos del terciario avanzado quedará en agua de borrajas, etc. Personalmente pienso que una caída o recesión en tales campos no debería afectar demasiado la esfera de la arquitectura, no en su terreno profesional (ya que esas prácticas están fuertemente monopolizadas) ni mucho menos en su dimensión disciplinar (ya *El Croquis* dosificaba al *star system* con figuras menores de entornos provinciales: con buenas fotografías puede seguir alimentándose una ficción de *high production*). De todas maneras, como el encadenamiento ultracapitalista había articulado al mundo frívolo a muchos subcontratados —la profesión arquitectónica tiene como nunca, un crecimiento exponencial de actores en relación de dependencia— ahí sí se verá un efecto de crisis en la dimensión de la demanda de empleo tercerizado.

Pero hay otro aspecto, que precedió algo al colapso de los mercados financieros, al cual es necesario referirse que es la *centrifugación metropolitana de expresiones marginales*, invirtiendo el flujo clásico moderno de la transculturación, que al modo japonés, puede indistintamente leerse como crisis o como oportunidad.

Lo que en música se conoce como *world music*, lo que Goethe le pedía a una literatura iluminista universal (*welt-literatur*) o lo que los programas *gourmet* y las revistas de avión llaman *cocina étnica* quizá esté llegando a la arquitectura, con sus pros y contras. Música, literatura y cocina marginalizadas se mundializan sólo a partir de una manipulación centralizada que ocurre por ejemplo en Londres, desde donde se seleccionan, promueven y comercializan productos de esas dimensiones.

Un número de *Arquitectura Viva*¹ (fechado imprecisamente en 2008) se llama “Planeta Tierra” y allí, en su nota central, el influyente Luis Fernández-Galiano presenta, junto a otro recolector de menudencias regionalistas, Kenneth

Frampton, los resultados de una investigación—libro llamada *Atlas: Arquitectura Global circa 2000*, encargada y jugosamente costeada por la fundación del Banco BBVA, una de las empresas financieras hispanas mundializadas. Fernández procura abrir un margen de ambivalencia al respecto, oponiendo a Ortega y Gasset (sólo lo cosmopolita puede ser moderno) con Unamuno (sólo se alcanza lo universal desde lo particular) pero a la vez reconociendo la existencia de *arquitecturas resistentes* que desbordan sus *límites naturales*. *Lo resistente* estaría dado por hacerse fuera del mundo de la globalidad (no quizá porque resistan a pensarse como globales) y el desborde de sus *límites naturales* sería lo que está dispuesto a franquearle el propio Galiano y que también habría hecho en su momento Frampton con sus nociones de *regionalismo crítico* o de *retaguardias*.

No me interesa aquí discutir la antinomia Ortega—Unamuno ni menos las definiciones de Galiano o Frampton sino constatar que se ha vuelto a poner un foco sobre el retraso, la resistencia, el anacronismo o los límites de las provincias culturales. ¿Qué significa todo esto: crisis creativa central, nueva operación de *marketing*, neocolonialismo?

Si analizamos dicha revista veremos que allí se escogieron una docena de casos ilustrativos de tales escenas de resistencia. Pero hete aquí que, salvo ignotos (para mí) referentes africano, hindú, canadiense y oriental, el restante 66% de quienes representarían aquel *mundo limitado* lo integran cultores suficientemente conocidos e integrados por la vía de la promoción, al sistema mundial (Zumthor, Lacaton&Vassal, RCR, Joy, Jiménez, Mendes da Rocha, Murcutt, Cruz Ovalle). Una primera muestra de lo que se valora de esos referentes es su materialidad al estar mostrados cada uno con un cuadradito que fotografía un trozo de la fachada de sus edificios representativos. Se trata de manifestaciones anti *high-tech*, manipulaciones artesanales y opuestas al infladísimo tema de las *paredes colgadas*. En el caso de Zumthor, directamente se presenta la capilla privada Bruder que está pensada y hecha a la manera medieval (con maestros carpinteros, cerrajeros, etc.). Lo tradicional y arcaico está puesto del lado del aporte de estas referencias marginales; también está puesto allí en evidencia que esas destrezas están muy lejos de formar parte del universo productivo y simbólico popular y pertenecen más bien a la esfera de la etnografía y por tanto suelen ser facturas muy caras, lujosas y elitistas.

Todo bien, pero aquí me parece que hay otras pinceladas sobre la crisis: recaptura central del mundo periférico, montaje de un *marketing* expresivo de ese mundo (algo que también están haciendo los curadores de arte), direccionamiento del interés proyectual marginal hacia objetos investidos de modos de producción de alta calidad artesanal y lujosos en sus materialidades, etc. Estas pinceladas revelan tópicos o manifestaciones de crisis allá (¿hay algún agotamiento de creatividad, el ecuménico minimalismo los atosigó, en ese lenguaje *todos los gatos son pardos?*) y acá (¿qué hacer y para quién, hay que hacer

un *tecno-folk* elitista y conservador, no hay más margen que la sofisticación artesanal-tradicional?).

Aquí vendría el segmento de este ensayo que trata de tematizar sobre la crisis, vista desde nuestro sur, o sea un mundo dado vuelta a la manera de don Torres García. Y aquí viene el planteo del subtítulo de este texto: estamos atravesando una *crisis de modelos de productividad* y más que indagar sobre cómo restaurar esas fases de funcionalidad capitalista se trata de oponerle otra dimensión, lo que enunciamos como imaginación *crítica*.² Es decir, al momento creo que no se trata de inventar *otra* productividad sino adoptar, como instancia de eso que empieza a llamarse *capitalismo cognitivo*, una postura tensada hacia la generación de pensamiento ya que seguramente como otras veces, las renovaciones productivas sólo se apoyan en plataformas teóricas, a menudo eso que se llamaron *utopías*.

Hay tres campos, un tanto difusos, que aportan experiencias de pensamiento y prácticas alternativas sobre los que valdría la pena reflexionar no como disciplinas regenerativas sino como metodologías de articulación pensamiento/acción.

El primero es el que llamaré, a falta de mejor denominación, *activismo urbano* y que arranca modernamente con la *International Situationist* y las tareas de Guy Debord, tanto las *psicoderivadas* y sus nuevas proposiciones cartográficas urbanas como su crítica a la sociedad espectacularizada. De allí derivaría un cauce diversificado que aúna acciones de los movimientos globalifóbicos, prácticas de *street-art-terrorism* (desde Matta-Clark hasta Bansky o Shepard Fairey y también quizá el mediatizado *hip-hop* Basquiat, mártir de sus propios excesos) hasta episodios ligados al *urbanismo furtivo* (por ejemplo en el andaluz Santiago Cirugeda).

El segundo anida en los vastos dominios del *concept-art*, deriva más o menos reciente de cauces tales como el *land-art*, el laborario *Stalker* (homenaje al homónimo film de Tarkovski) y los *wallscapes* de Francesco Careri o las innumerables acciones de artistas (Richard Long, Walter de María, Robert Smithson o Sol LeWitt).

El tercero sería lo que deviene *grosso modo* del *análisis territorial*, el desarrollo de acciones extensivas del *paisajismo*, los registros de las *cartografías de layers* (cuyo primer eslabón quizá lo puso Ian McHarg), la *ecología del paisaje* (la *teoría de los mosaicos* de Richard Forman, por ejemplo), la concepción y modelado de los llamados *observatorios ambientales* o las *plataformas sustentables* (*scoreboards*), los proyectos de contexto propios de la noción de *paisaje operativo*, (en lugar de proyectar al modo contextual), etcétera.

Desde esas canteras que ligan intereses urbanísticos con planteos artístico-políticos creo que se puede diversificar la noción moderna-posmoderna de arquitectura y reenfoclarla como un terreno cuyo atributo analítico-proyectual puede ser poderoso para entender y reencauzar la crisis en sus diversas facetas. Creo que en ese sentido la arquitectura puede fructificar más en esos cruces que en las remanidas jeremiadas multidisciplinares en que se pretende mari-

darla con campos demasiado formales del conocimiento científico, a menudo excesivamente abstractos como la sociología, la economía o la politología.

Sobre la base de ese posible recambio conceptual de un pensar/hacer arquitectura en grado diferencial, uno podría volver a preguntarse *qué hacer* en una escena de crisis (ese fue el título de uno de los libros de Lenin más precisos en materia de metodología política) y allí se me ocurre plantear una especie de axioma quizá tan teórico como práctico, que me vuelve o instala en la noción del título de este ensayo: *ocupar intersticios en la ciudad porosa*. Tema que por empezar ya trató Marcelo Danza (2009) en sus inquietantes escritos que vincula a Matta Clak con la idea de *ciudad clandestina* del Movimiento Tupamaro. Allí se devela cómo esa organización disintiendo con el guevarismo consideró que en Uruguay lo más poroso (lo que mejor podía encubrir un espacio de la clandestinidad) era la ciudad y por tanto se impuso ocupar algunos de sus intersticios.

Sin entrar en una discusión sobre la oportunidad/conveniencia de esa modalidad de articular espacio y política lo cierto es que habría todo un *espacio negativo* (los agujeros de un queso *gruyère*) para activar, pero también se trataría de otras activaciones intersticiales por caso, en la economía porosa —lo que José Coraggio formuló como campo de la *economía popular*—, en la cultura porosa —aquello que promovieron desde Debord hasta las performances de Helio Oiticica— y en la vida social de la sociedad porosa —eso que ahora empieza a ser leído microsociológicamente, por ejemplo en las teorías de lo social como discursividad (Lüthman, Habermas) o en el modelo TAR (teoría del actor–red) desarrollada por Bruno Latour (2008).

Toda la posible actividad que podría emerger de la activación de intersticios existentes en entidades porosas da curso a una primera actividad que podría entenderse como exclusiva del saber proyectual y que consistiría en el territorio de las *invenciones programáticas*, es decir, el tanteo de relacionamientos entre lo social y espacial a partir de ciertas clases de especificaciones (topológicas, funcionales, legales, simbólicas, etc.). Un espectro de actividad proyectual que fuera por caso, reconocido por Cedric Price (2003a, 2003b, Hardingham —2003—, Mathews —2007—) o Reyner Banham y también a su manera por Maas y Koolhaas y que estaba en el corazón de las preocupaciones teóricas de los chilenos Juan Borchers (1968, 1975) e Isidro Suárez.

Estas operaciones vinculadas con la reaparición de un rol observante del sujeto proyectista (re–aparición porque ya existió tal rol —aunque en otras dimensiones poéticas— por ejemplo en Baudelaire, sabia y abiertamente decodificado por Benjamin en el *Libro de los Pasajes* —2005—) deben relacionarse, según creo, con el esquema triádico de trabajar agujeros, saturar intersticios en la triple dimensión espacial (rellenar ciudad), cultural (activar productos y servicios en el nuevo terreno del capitalismo cognitivo y en lo

posible —todavía con Adorno— fugar del rígido estatuto de la mercancía) y social (ingresar a dimensiones micropolíticas de la vida colectiva con la herramienta pre-proyectual de la programación).

En esta última instancia —que a mi juicio, para los pretendidos intelectuales del trabajo arquitectónico, implica un espectro formativo o re-formativo— sólo cabe efectuar un comentario de algunas exploraciones postsociológicas, si cabe el término, que creo extremadamente sugestivas para entender/actuar nuestra crisis.

En primer término, quería hacer una referencia al libro *Micropolítica*,³ que es una recopilación que la psicoanalista y activista social Suely Rolnik hace de un célebre viaje que Félix Guattari hizo al Brasil en 1985, que sirvió para desplegar su aparato teórico en un análisis micropolítico que abre perspectivas sobre minorías, movimientos sociales (incluido el entonces incipiente *trabalhisme*) y situaciones de conflicto-reactivación social: es un libro optimista, que confía en la redención social por la vía de la movilización rizomática anárquica, que anticipa mucho de lo que sucedería en Argentina en el verano 2001–2002 y que escenifica campos de posible proyectualidad alternativa en el sentido que los movimientos y síntomas sociales que describe necesitan y/o transforman el espacio.

En segundo lugar, me gustaría aludir al último texto conocido de Bruno Latour, *Reensamblar lo social*, que aborda este campo luego de muchos escritos acerca de una antropología de la relación entre ciencia y naturaleza, *background* aparentemente hiperformalizado (que sin embargo Latour desmembra al proponer su noción de *híbrido* según la cual hoy ya no existen objetos naturales ni culturales puros sino distintas instancias de mezcla, o la idea de la múltiple articulación moderna entre entes *humanos* y *no-humanos*). Estos escritos desestructuran las ideas abstractas de la sociología de cuño decimonónico y proponen otras formas de observación de la complejidad de la vida social moderna en donde también nos sirve tal mirada para reconocer situaciones–magmas, agujeros activables, flujos de des y re–territorialización y sobre todo, de cara a nuestro campo, el rol activo de los objetos, que se describen no como receptáculos inertes de acciones de actores sino como otra clase de actores. De la página 117 sacamos una cita que podría verse como un atractivo esquema reflexivo para una proyectación en–carnada o pos–abstracta:

Una vez construido, el muro de ladrillos no dice una palabra, aunque el grupo de obreros puede seguir hablando y pueden proliferar los graffiti en su superficie. Una vez llenados los cuestionarios impresos quedan en los archivos desconectados de las intenciones humanas hasta que algún historiador los vuelve a la vida. Los objetos, por la naturaleza misma de sus conexiones con los humanos, pasan rápidamente de ser mediadores a ser intermediarios y valen como uno o nada, sin importar lo complicado que puedan ser internamente. Es por eso que hay que inventar trucos específicos para hacerlos hablar, es decir, hacerlos ofrecer descripciones de sí mismos, producir guiones de lo que hacen hacer a otros, humanos o no–humanos.

Por último, completando una mínima excursión a territorios de novedades conceptuales para entender esta sociedad fracturada (y que por tanto resulta porosa aunque quebrada en fragmentos fronterizados entre sí) es interesante el libro *Generación post-alfa*, de Franco Berardi (2007), conocido como Bifo, un intelectual italiano muy comprometido en movilizaciones sociopolíticas y uno de los referentes, junto a Negri, Virno o Lazzarato, de la *posizquierda*.

Este libro —colección de artículos diseminados en múltiples medios— se centra en una crítica a la *flexibilidad*, que se reconoce como atributo esencial de esta etapa capitalista, culpable según Bifo del progresivo proceso de des-calificación social de una parte sustantiva de la población mundial. Pero a la vez Berardi indica como problema la *inviabilidad de modelos no-flexibles* con lo que habría que buscar una *flexibilidad proactiva* a la calidad social creciente y no al revés, y eso debería ser a la vez, un marco ideológico de un nuevo progresismo y un marco operacional de nueva programación proyectual, meditando por ejemplo, sobre los efectos de la deslocalización y la logística.

Sobre la *flexibilidad* —y la ambivalencia de efectos psicosociales que instaura— son interesantes los varios escritos de Brian Holmes, sobre todo el llamado *La personalidad flexible* (2004), que se propone considerar el impacto más bien psichistórico de esta fase de capitalismo fuera de sus efectos sociales devastadores. Holmes asume que se ha llegado a una fase caracterizada por el *imperio de las networks* con 5 rasgos dominantes: 1) la desestructuración de las jerarquías del modo de producción fordista, 2) el auge de comportamientos desplanificados, espontaneístas o tácticos, 3) el despliegue de figuras de movilidad extensiva y la licuación de las fronteras físico-geográficas, 4) la estandarización del mundo productivo (que no excluye la posibilidad del incremento de múltiples pequeñas series o de objetos a medida, pero siempre según una programación del productor) y 5) la estimulación del deseo más allá de (o inclusive a merced de) la necesidad. Estas circunstancias redefinen el mundo social y así, sobre el fondo de una masa brutalmente marginalizada, emerge la figura del *networker* que es a la vez y sobre todo, un *prosumidor* (un productor hiperprogramado enredado en la red de incentivar la oferta incesante siendo él mismo un laboratorio vivo de deseo de consumo).

Holmes inserta este análisis coincidiendo con la lectura evolutiva del capitalismo que el importante estudio de Luc Boltanski y Eve Chiapello (1999) hacen centrando el objetivo de la *acumulación* como factor central de esa evolución. En ese estudio se analizan sucesivamente las *eras* u ondas históricas en que el capitalismo avanza en orden a su *compulsión* por la acumulación que hace que absorba, procese y desactive las *críticas* que se le hacen. Las críticas, dicen Boltanski-Chiapello, son de dos clases: las *sociales* (que son críticas a las *situaciones de explotación* que suscita tal desarrollo capitalista) y las *artísticas* (que son críticas a las *condiciones de alienación* que se van sucediendo). Lo notable,

advierde Holmes en el análisis de este libro, es que el capitalismo parece ser la única o primera formación socioproductiva histórica que absorbe y a la vez neutraliza, las críticas que van surgiendo y esa es la condición a la vez de su supervivencia cuanto de su mutabilidad.

Volviendo a Bifo, otro rasgo negativo de lo que llama *semiocapitalismo* —fase actual del capitalismo— es cómo esta fase ha incrementado la velocidad de los intercambios y la aceleración de las inercias semióticas con el resultado de una virtual *licuación–disolución del capital simbólico*. Este proceso —de orden socioeconómico— es concomitante con otro proceso —más bien sociopsíquico— que lo designa *prozac–economy* (en referencia a la masificación del uso de tal antidepresivo) y que mediante una programación neuronal, activa una falsa euforización capaz de permitir cierta con–vivencia con dicha inestabilidad semiótica.

Por tanto, Berardi, parafraseando el dicho de Deleuze–Guattari en *Mil Mesetas* —“el inconsciente no es un teatro sino una fábrica”— concluye afirmando que *el imaginario* (en tanto soporte de la vida colectiva, en especial la urbana y metropolitana) *no es un teatro sino un laboratorio* y por tanto las situaciones no hay que meramente percibir/ describir sino actuarlas (eso sería el eje de una nueva dimensión crítica y también, agregó, una plataforma proyectual).

Se cierra ahora sí este capítulo; una frase–resumen del propósito básico de esta reflexión, presentada más como base o apertura de discusión que como caso cerrado.

Descubrir, describir, ocupar los intersticios de la porosidad: y esos tres verbos juntos, incluirlos en una redefinición de la acción de *proyectar* y situarlos en la entidad de *proyecto*.

Notas

¹ *Arquitectura Viva* 120, Madrid, s/f, 2008.

² Recordemos que uno de los dos frustrados proyectos de revistas motorizados por Walter Benjamin —éste junto a Bertold Brecht— se llamaba *Crisis y Crítica (Krise und Kritik)* y pretendía, hacia 1931, discutir la articulación entre ideología marxista y las nuevas técnicas artísticas, abriendo un campo de adaptación crítico-productiva (ligado al enfoque benjaminiano visible en su ensayo *El artista como productor*) pero también un campo antiproductivo, analítico, regenerativo (que se podría vincular con proposiciones de otro ensayo, *El arte en la era de la reproducibilidad técnica*). Un tratamiento del proyecto K&K puede leerse en Wizisla, E. (2007).

³ Guattari, Rolnik (2003). Este libro es como una bitácora de un viaje político-pedagógico de Guattari al Brasil de los '80 de más de un mes pero también puede verse como un *descenso* a la práctica y a una verificación *in situ* de muchos de los conceptos teóricos que Guattari desarrolló en su libro *Cartografías esquizoanalíticas*, 1989, que dicho sea de paso, tiene un capítulo referido a la arquitectura, recartografiada desde la perspectiva guattariana.

Bibliografía

- Abalos, I.; J. Herreros** (1998) "La piel frágil" en *Dominó 2*. Montevideo.
- Alba Rico, S.** (2001) *La Ciudad Intangible. Ensayo sobre el fin del neolítico*. Argitaxe Hiru, Honarribia. Guipúzcoa.
- Alexander, C.** (1981) *El modo intemporal de construir*. G. Gili. Barcelona.
- Augé, M.** (1994) *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa. Barcelona.
- Badiou, A.** (2007) *El Siglo*. Manantial. Buenos Aires.
- Barthes, R.** (2004) *Cómo vivir juntos*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- (2005) *La preparación de la novela*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Baudrillard, J.; J. Nouvel** (2006) *Objetos singulares (Arquitectura y Filosofía)*. Fondo el Cultura Económica. Buenos Aires.
- Bauman, Z.** (2002) *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Benévolo, L.** (1992) "Los agentes de la conservación" en *La Ciudad y el Arquitecto*. Paidós. Barcelona.
- Benítez Rojo, A.** (1986) "La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña" en *Cuadernos Hispanoamericanos* 429. Madrid.
- Benjamin, W.** (2005) *Libro de los Pasajes*. Akal. Madrid.
- Berardi, F. ("Bifo")** (2007) *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semicapitalismo*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- Berenstein, P.** (2003) "Breve histórico da Internacional Situacionista" en el sitio *Arquitextos*, texto 176. Abril.
- Bettini, V.** (1998) *Elementos de Ecología Urbana*. Trotta. Madrid.
- Blom, I.** (2006) "The Life/Art Problematic: a biopolitical perspective" en *Ojeblikket* 13. Copenhagen.
- Boltanski, L.; E. Chiapello** (1999) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal. Madrid.
- Bonfill Batalla, G.** (1990) *México profundo. Una civilización negada*. CNCA-Grijalbo. México.
- Bookchin, M.** (1985) *Los Límites de la Ciudad*. Blume. Madrid.
- Borchers, J.** (1968) *Institución Arquitectónica*. Andrés Bello. Santiago.
- (1975) *Meta arquitectura*. Mathesis. Santiago.
- Borja, J.; M. Castells** (1999) *Local y Global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Taurus. Barcelona.
- Bourdieu, P. et al.** (1995) *Respuestas por una antropología reflexiva*. Grijalbo. México.
- Brading, D.** (1991) *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Brand, P.; F. Prada** (2003) *La Invención de Futuros Urbanos. Estrategias de competitividad económica y sostenibilidad ambiental en las cuatro ciudades principales de Colombia*. UNC-Medellín/Colciencias. Medellín.
- Brand, P. (ed.)** (2009) *La ciudad latinoamericana en el siglo XXI*. Universidad Nacional de Colombia. Medellín.
- Brotherston, W.** (1997) *La América Indígena en su literatura: los Libros del Cuarto Mundo*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Brú, J.** (1997) *Medio ambiente: poder y espectáculo. Gestión ambiental y vida cotidiana*. Icaria. Barcelona.
- Buck-Morss, S.** (2005) *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Interzona. Buenos Aires.
- Bürger, P.** (1984) *Theory of the Avant-Garde*. Minnesota University Press. Saint Paul.
- (1994) "La verdad estética" en *Criterios* 31. La Habana.

- Butler, J.; E. Laclau; S. Zizek** (2000) *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Cadava, E.** (2006) *Trazos de luz. Tesis sobre la fotografía de la historia*. Palinodia. Santiago.
- Calabrese, O.** (1994) "Neobarroco" en F. Jarauta (ed.), *Otra mirada sobre la época*. COATM-Librería Yebra. Murcia.
- (1996) *La era neobarroca*. Crítica. Madrid.
- Chiampi, I.** (2000) *Barroco y modernidad*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Choay, F.** (1970) *El Urbanismo: Utopías y Realidades*. Lumen. Barcelona.
- Ciucci G. et al. (ed.)** (1975) *La Ciudad Americana. De la Guerra Civil al New Deal*. G. Gili. Barcelona.
- Crosby, A.** (1988) *Imperialismo ecológico*. Crítica-Grijalbo. Barcelona.
- Cuadra, A.** (2007) "La obra de arte en la época de su hiperreproducibilidad digital" en *Torre de Babel*. Ediciones Digitales.
- Culler, J.** (1998) *Sobre la deconstrucción*. Crítica. Madrid.
- Culot, M.** (1978) "The Cambre School of Architecture and anti-industrial resistance" en *Lotus International* 21. Milán.
- Danza, M.** (2009) "Urbanismo ortodoxo-Urbanismo cínico. Política, cinismo y supervivencia en la naturaleza urbana" en *X* 2. Otoño. Mar del Plata.
- Debord, G.** (1977) *La creación abierta y sus enemigos. Textos situacionistas sobre arte y urbanismo*. La Piqueta. Madrid.
- Deleuze, G.; F. Guattari** (1988) *Mil mesetas*. Pre-textos. Valencia.
- Deleuze, G.** (1998) *El pliegue*. Paidós. Barcelona.
- Dramstad, W.; J. Olson; R. Forman** (1996) *Landscape Ecology Principles in Landscape Architecture and Land-Use Planning*. Harvard University Press. Cambridge.
- Eckersley, R.** (1992) *Environmentalism and Political Theory: Towards an ecocentric approach*. UCL Press. Londres.
- Espósito, R.** (2004) *Bios. Biopolítica e filosofía*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Farrell, T.** (2007) "Manifiesto for London" en *The Architectural Review* 1327. Septiembre. Londres.
- Fernández-Galiano, L.; K. Frampton** (2008) "Atlas, una presentación Arquitectura global circa 2000" en *Arquitectura Viva* 120. Madrid, s/f.
- Fernández, R.** (1998) *El laboratorio americano. Arquitectura, Geocultura y Regionalismo*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- (1999) "La construcción del simulacro. Del espacio de la medida al espacio del relato" en *Astrágalo* 11. Madrid.
- (2000) *El Proyecto Final*. Dos Puntos. Montevideo.
- (2002) *Derivas*. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe.
- (2005a) *Formas Leves*. Epígrafe. Lima.
- (2005b) *Utopías sociales y cultura técnica. Estudios de Historia de la Arquitectura Moderna*. Concentra. Buenos Aires.
- (2007) *La Noche Americana*. Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe.
- Forman, R.** (2004) *Mosaico territorial para la región metropolitana de Barcelona*. G. Gili. Barcelona.
- Forman, R. et al.** (1997) *Landscapes Ecology Principles*. Harvard University Press. Cambridge.
- Forrester, V.** (1997) *El Horror Económico*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Foster, H.** (2004) *Diseño y delito*. Akal. Madrid.
- Foucault, M.** (2006) *Seguridad, Territorio, Población*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Frampton, K.** (1999) *Estudios sobre cultura tectónica. Poéticas de la construcción en la arquitectura de los siglos XIX y XX*. Akal. Madrid.
- Freyre, G.** (2002) *Casa Grande e Senzala*. Colección Archivos 55. París.
- Fu Tuan, Y.** (2007) *Topofilia. Un estudio sobre percepciones, actitudes y valores medioambientales*. Melusina. Madrid.
- García, R.** (1999) *La Anarquía Coronada. La Filosofía de Gilles Deleuze*. Colihue. Buenos Aires.
- García Canclini, N.** (1993) "México 2000: ciudad sin mapa" en *Medio Ambiente y Urbanización* 43 y 44. Buenos Aires.
- (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo. México.

- García Canclini, N. (coord.)** (1998) *Cultura y comunicación en la ciudad de México*. Grijalbo. México.
- George, S.** (2000) *El Informe Lugano*. Icaria. Barcelona.
- Georgescu-Roengen, N.** (1971) *The Entropy law and the economic process*. Harvard University Press. Cambridge.
- Germani, G.** (2005) *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Temas Grupo Editorial. Buenos Aires.
- Gorz, A.** (1998) *Miserias del presente. Riqueza de lo posible*. Paidós. Barcelona.
- Guattari, F.** (1986) *Las tres ecologías*. Pre-textos. Valencia.
- (1989) *Cartografías esquizoanalíticas*. Manantial. Buenos Aires.
- Guattari, F.; S. Rolnik** (2005) *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- Guimaraes, R.** (1994) “El desarrollo sustentable: ¿propuesta alternativa o retórica neoliberal?” en *EURE XX* 61. Diciembre. Santiago de Chile.
- Habermas, J.** (1999) *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Cátedra. Madrid.
- Halprin, L.** (1969) *The RSVP cycles: creative process in the human environment*. Braziller. Nueva York.
- Hardingham, S.** (2003) *Cedric Price: Opera*. Wiley-Academy. Londres.
- Harvey, D.** (1982) *Limits to capital*. Blackwell. Oxford.
- (1996) *Justice, Nature & the Geography of Difference*. Blackwell. Malden-Oxford.
- Heidegger, M.** (2003) *Acerca del evento*. Biblos. Buenos Aires.
- Holl, S.** (1991) *Anchoring*. Princeton Press. Nueva Cork.
- (1996) *Entrelazamientos*. G. Gili. Barcelona.
- Holmes, B.** (2004) *La personalidad flexible*. Disponible en www.caosmosis.acracia.net
- Huysen, A.** (2002) *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Fondo de Cultura Económica. México.
- ICLEI** (1996) *The Local Agenda 21 Planning Guide*. ICLEI-IDRC-UNEP. Toronto.
- Jacobs, J.** (1996) *Edge of Empire. Postcolonialism and the city*. Routledge. Londres.
- Jameson, F.** (1992) *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial*. Paidós. Barcelona.
- (2000) *Las semillas del tiempo*. Trotta. Madrid.
- Jauss, H. R.** (1995) *Las transformaciones de lo moderno. Estudios sobre las etapas de la modernidad estética*. La Balsa de la Medusa. Madrid.
- Klein, N.** (2001) *No Logo. El poder de las marcas*. Paidós. Buenos Aires.
- Koolhaas, R.** (1995) *S, M, X, XL*. The Monacelli Press. Nueva York.
- Krauss, R.** (1997) *El Inconsciente Óptico*. Tecnos. Madrid.
- Kusch, R.** (1976) *Geocultura del hombre americano*. F. García Cambeiro. Buenos Aires.
- Lancaster, C.** (1972) *Handbook of Prospect Park*. Long Island University Press. Nueva York.
- Lash, S.** (1997) *Sociología del Posmodernismo*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Latour, B.** (2001) *La Esperanza de Pandora. Estudios sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Gedisa. Barcelona.
- (2008) *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial. Buenos Aires.
- Lazarato, M.** (2006) *Políticas del Acontecimiento*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- Lefebvre, H.** (1972) *La Revolución Urbana*. Alianza. Madrid.
- Leff, E.** (1994) *Ecología y Capital*. Siglo XXI. México.
- (1998) *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. Siglo XXI. México.
- Le Gates, R.; F. Stout** (1996) *The City Reader*. Routledge. Londres.
- Lezama Lima, J.** (1993) *La expresión americana*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Libertella, H.** (2008) *Nueva escritura en Latinoamérica*. El Andariego. Buenos Aires.
- Lüthmann, N.** (1992) *Sociología del Riesgo*. Iberoamericana. Guadalajara.
- Lyotard, J. F.** (1994) “Zona” en F. Jarauta (ed.), *Otra mirada sobre la época*. COAATM-Librería Yebra. Murcia.
- Margalef, R.** (1993) *Teoría de los sistemas ecológicos*. Universidad de Barcelona. Barcelona.

- Martínez Alier, J.** (1994) *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Icaria. Barcelona.
- (1995) *Curso Básico de Economía Ecológica*. Oficina del PNUMA para América Latina y el Caribe. México.
- Marull, M.; J. Mallarach** (2002) “La conectividad ecológica en el Área Metropolitana de Barcelona” en *Ecosistemas XI*, 2. Barcelona.
- Mathews, S.** (2007) *From Agit-prop to Free Space: The Architecture of Cedric Price*. Black Dog Publishing. Londres.
- McHarg, I.** (1971) *Design with Nature*. Doubleday. Nueva York.
- McKaye, B.** (1921) “An appalachian trail: a Project in regional planning” en *Journal of American Institut of Architects*. Octubre.
- McLuhan, M.** (1969) *La galaxia Gutemberg*. Génesis del homo typographicus. Aguilar. Madrid.
- Mongín, O.** (2006) *La condición urbana*. Paidós. Buenos Aires.
- Montaner, J. M.** (2002) *Las formas del siglo XX*. G. Gili. Barcelona.
- Morales, J.** (1996) “Terrain vague” en *Quaderns* 214. Barcelona.
- Morse, R.** (1978) “Los intelectuales americanos y la ciudad. 1860–1940” en J. Hardoy et al., *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Clacso–Siap. Buenos Aires.
- Mumford, L.** (1979) *La Ciudad en la Historia*. Infinito. Buenos Aires.
- Murra, J.** (1979) *Formaciones económicas y políticas en el mundo andino*. IEP Lima.
- Nancy, J. L.** (2003) *El sentido del mundo*. La Marca. Buenos Aires.
- National Research Council** (2003) *Cities Transformed. Demographic change and its implications in the developing world*. The National Academic Press. Washington. Prepublication copy, www.nap.edu
- Negri, T.** (2000) *Arte y multitud. Ocho cartas*. Trotta. Madrid.
- Negri, T.; M. Hardt** (2001) *Imperio*. Paidós. Barcelona.
- Nijkamp, P.** (1990) *Regional sustainable development and natural resource use*. WB Annual Conference on Development Economics. Washington.
- Nouzeilles, G. (comp.)** (2002) *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*. Paidós. Buenos Aires.
- O’Gorman, E.** (1958) *La invención de América*. Fondo de Cultura Económica. México.
- O’Connor, J.** (1990) “Las condiciones de producción. Por un marxismo ecológico, una introducción teórica” en *Ecología Política 1*. Barcelona.
- Olzewski, A. et al.** (2005) *Agua para Todos. Gestión Participativa como expresión de intereses y necesidades sociales*. Espacio. Buenos Aires.
- Ouroussoff, N.** (2009) “La recesión pone fin a la arquitectura de lujo” en Suplemento ARQ. Clarín. 3 de febrero. Buenos Aires.
- Pearce, D.; R. Turner** (1995) *Economía de los Recursos Naturales y del Medio Ambiente*. Celeste–CEM. Madrid.
- Pepper, D.** (1995) *Ecosocialism. From deep ecology to social justice*. Routledge. Londres.
- Pérez-Gómez, A.** (1984) *Architecture and the Crisis of Modern Science*. MIT Press. Cambridge.
- Pérez Oyarzún, F. y R. Pérez de Arce** (2003) *Escuela de Valparaíso. Ciudad Abierta*. Tanais. Madrid–Sevilla.
- Polanyi, K.** (1992) *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Price, C.** (2003a) *The Square Book*. Wiley–Academy. Londres.
- (2003b) *Re:CP* Birkhäuser. Zürich.
- Rees, W.** (1992) “Ecological footprints and appropriated carrying capacity: what urban economics leaves out” en *Environment and Urbanization 2*. Vol. 4. Londres.
- Riegl, A.** (1982) “The modern cult of monuments: its character and origin” en *Oppositions 25*. New York.
- Rifkin, J.** (1998) *El Fin del Trabajo*. Paidós. Barcelona.
- Romero, J. L.** (2001) *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Rostworowski, M.** (1988) *Historia de Tahuantisuyu*. IEP Lima.
- Rubert de Ventós, X.** (1976) *Ensayos sobre el Desorden*. Kairos. Barcelona.
- Said, E.** (1996) *Cultura e Imperialismo*. Anagrama. Barcelona.
- Sale, R.** (1985) *Dwellers in the land. The bioregional vision*. Sierra Club Books. San Francisco.

- San Martín, I.** (1996) "Cuestionando el sueño americano: planificación regional versus el área metropolitana de Phoenix" en *Ciudades 3*. Valladolid.
- Sassen, S.** (1994) *Cities in a world economy*. Sage. Pine Forge.
- (2006) "Hacia una proliferación de ensamblajes especializados de territorio, autoridad y derechos" en *Cuadernos del Cendes* 62. Vol. 23. Mayo. UCV. Caracas.
- Sedlmayr, H.** (2006) *Art In Crisis: The Lost Center*. Transaction Publishers. New Brunswick.
- Semper, G.** (2004) *Style in the Technical and Tectonic Arts; or, Practical Aesthetics (Texts & Documents)*. The Getty Research Institute. Santa Mónica.
- Sennett, R.** (1991) *La conciencia del ojo*. Versal. Barcelona.
- (2000) *La corrosión del carácter*. Anagrama. Barcelona.
- Serres, M.** (2002) *El contrato natural*. Pre-textos. Valencia.
- Simmel, G.** (1997) "La metrópolis y la vida mental" en *Discusión* 2. Barcelona.
- Sloterdijk, P.** (1994) *En el mismo barco. Ensayo sobre la Hiperpolítica*. Siruela. Madrid.
- (2000) *Normas para el parque humano*. Siruela. Madrid.
- (2006) *Esferas 1–2–3*. Siruela. Madrid.
- Solá-Morales, I.** (2003) *Diferencias: Topografías de la Arquitectura*. G. Gili. Barcelona.
- Sorkin, M.** (2001) *Some Assembly Required*. University of Minnesota Press. Minneapolis.
- (2004) *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad americana y el fin del espacio público*. G. Gili. Barcelona.
- Sprechmann, T.; D. Capandeguy** (1998) "Montevideo: entre el cambio competitivo y el posicionamiento marginal" en *Dominó* 2. Montevideo.
- Suárez, I.** *Organización Filosofía y Lógica de la Programación Arquitectural*. Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile. Acceso digital.
- Sudjic, D.** (1996) "El turbulento nacimiento de una nueva ciudad asiática" en *La Era Urbana* 4–1. Washington.
- Tarde, G.** (2006) *Monadología y sociología*. Cactus. Buenos Aires.
- Tosi, A.; A. Cardia (eds.)** (1987) *Il Territorio dell'innovazione*. Angeli. Milán.
- Toulmin, S.** (2001) *Cosmópolis. El trasfondo de la Modernidad*. Península. Barcelona.
- Tschumi, B.** (1985) *Textes paralleles. Des transcripts a La Villette*. IFA. París.
- Vásquez Rocca, A.** (2004) "Peter Sloterdijk: Extrañamiento del mundo: Abstinencia, drogas y ritual" en *Cuaderno de Materiales* 22. Madrid.
- Villagómez Paredes, C.** (2003) *La Paz ha muerto*. Plural. La Paz.
- Virno, P.** (2006) *Ambivalencia de la multitud*. Tinta Limón. Buenos Aires.
- Wackernagel, M.; J. Kitzes; D. Moran; S. Goldfinger; M. Thomas** (2006) "The Ecological Footprint of cities and regions: comparing resource availability with resource demand" en *Environment & Urbanization* 1. Vol. 18. Londres.
- Wackernagel, M.; W. Rees** (1996) *Our Ecological Footprint: Reducing Human Impact on the Earth*. New Society Publishing. Gabriola. Canadá.
- Wallerstein, E.** (1991) *Geopolitics and Geoculture. Essays on the changing world-system*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Wenders W.** (2005) *El acto de ver. Textos y conversaciones*. Paidós. Barcelona.
- Williams, R.** (2001) *El campo y la ciudad*. Paidós. Buenos Aires.
- Winner, L.** (1989) "Viviendo en el espacio electrónico" en *Anthropos* 94–5. Barcelona.
- Wizisla, E.** (2007) *Benjamin y Brecha. Historia de una amistad*. Paidós. Buenos Aires.
- Wolfe, T.** (1973) "Supongamos que es lo que parece" en G. Stearn (comp.), *McLuhan. Caliente&Frío*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Yaro, R.; T. Hiss** (1996) *A region at risk. The third regional plan for the New York–New Jersey–Connecticut metropolitan area*. Island Press. Washington.
- Zaera Polo, A.** (1994) "Orden out chaos (The material organization of advanced capitalism)" en *Architectural Design* 64. Londres.
- Zuidema, T.** (1989) *Reyes y guerreros. Ensayos de cultura andina*. Fomciencias. Lima.

Sobre el autor

Roberto Fernández · Buenos Aires (1946). Arquitecto (1970), Doctor (2006) y profesor Titular de Historia de la Arquitectura (UBA), cargo que también ocupa en la Facultad de Arquitectura de Mar del Plata. Director de CIAM (Centro de Investigaciones Ambientales), de la Maestría en Gestión Ambiental Urbana y del Programa de Doctorado, que también conduce en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Córdoba. Miembro de las Academias de Bellas Artes de San Fernando (Madrid) y Nacional (Argentina). Conduce un grupo de investigación ambiental en la Universidad del Salvador y es Asesor de Investigación en Arquitectura de la UAI. Director de la revista *X:Experimentos de diseño* (Mar del Plata) y, para la UAI, de la revista *Modos del Proyecto* (Buenos Aires). Autor de numerosas publicaciones, entre ellas: *El Laboratorio Americano* (Madrid, 2000), *Utopías Sociales y Cultura Técnica* (Buenos Aires, 2001), *El Proyecto Final* (Montevideo, 2002), *Formas Leves* (Lima, 2004), *Obra del Tiempo* (Buenos Aires, 2007), *Ecología Artificial* (Buenos Aires, 2010), *Derivas* (Santa Fe, 2002) y *La Noche Americana* (Santa Fe, 2007).

